

URGENT

Sebastian Fitzek

Airline/Agent

**EL
ENVÍO**

Air Waybill No.

Destination

Total No. of Pieces



NHH 0633 8262 12

Lectulandia

Desde que fue violada en una habitación de hotel, la joven psiquiatra Emma Stein ya no abandona su casa. Había sido la tercera víctima de un psicópata asesino y la única que escapó con vida, aunque sin verle la cara.

Un día el cartero deja un paquete destinado a su vecino, a quién no conoce. Al aceptarlo no imagina que está a punto de comenzar su peor pesadilla...

Lectulandia

Sebastian Fitzek

El envío

ePub r1.0

Titivillus 29-10-2018

Título original: *Das Paket*
Sebastian Fitzek, 2016
Traducción: Irene Saslavsky

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

*Para mi dream-team:
Manu, Roman, Sabrina, Christian,
Karl, Barbara y Petra.*

*Y para las imprescindibles:
Carolin y Regine.*

*Y desde luego para aquellos a quienes
echo de menos incluso cuando los abrazo:
Sandra, Charlotte, David y Felix.*

En recuerdo agradecido y afectuoso de mi padre, Freimut Fitzek

Si uno las narra hasta el final, todas las historias acaban con la muerte.
Quien las priva de ello no es un buen narrador.

ERNEST HEMINGWAY

Es imposible observar algo sin modificarlo.

Principio de incertidumbre
de HEISENBERG

Prólogo

Cuando Emma abrió la puerta de la habitación de sus padres no imaginaba que lo hacía por última vez. Con su elefante de peluche, nunca más se acurrucaría junto a su madre a las doce y media de la noche, procurando cuidadosamente no despertar a papá mientras se deslizaba entre las sábanas; su padre, que en sueños pataleaba, murmuraba palabras incoherentes o hacía rechinar los dientes.

Ese día no pataleaba, ni murmuraba ni rechinaba los dientes. Ese día solo gemía.

—¿Papá?

La niña entró sigilosamente en la habitación desde el oscuro pasillo. El brillo plateado de la luna llena, que en esas noches primaverales de Berlín brillaba como un sol de medianoche, penetraba a través de los visillos cerrados.

Con los ojos entornados, por encima de los cuales el flequillo le colgaba como una cortina de color castaño, podía distinguir el entorno: el arcón de junco de Indias a los pies de la cama, las mesillas de noche de cristal que flanqueaban la amplia cama, el armario de puertas correderas donde antes a veces se escondía.

Hasta que Arthur entró en su vida y le quitó las ganas de jugar al escondite.

—¿Papá? —susurró Emma, y tanteó buscando el pie desnudo de su padre que asomaba por debajo de la manta.

Ella misma solo llevaba un único calcetín, que apenas le colgaba de los dedos del pie. Había perdido el otro mientras dormía, en algún punto del trayecto entre el castillo resplandeciente del unicornio y el valle de la plateada araña voladora, que a veces la asustaba en sueños.

«Pero no me da tanto miedo como Arthur», pensó. Él no dejaba de asegurarle una y otra vez que no era malvado, pero ¿podía confiar en él?

Emma presionó el elefante contra su pecho. Notaba su lengua como un trozo de goma de mascar que se pegaba al paladar. Apenas había oído el hilo de su propia voz, así que volvió a intentarlo.

—Despierta, papá.

Le tiró del dedo gordo. Él retiró el pie y se volvió de lado sin dejar de gemir. Al hacerlo, levantó la manta y entonces Emma percibió el olor de su padre dormido; estaba segura de que podría reconocerlo solo por ese olor, incluso con los ojos cerrados y en medio de otros adultos, gracias a ese aroma, esa mezcla de tabaco y agua de colonia que le era tan familiar, que tanto le agradaba.

Reflexionó un instante: tal vez sería mejor intentarlo con su madre. Ella siempre estaba ahí para ella, mientras que su padre se enfadaba a menudo. En general, Emma no tenía idea de qué había hecho cuando las puertas se cerraban con tanto estrépito que toda la casa temblaba. Después su madre decía que su padre tampoco lo sabía con exactitud. Que se trataba de una «corlirica», o algo por el estilo, y que luego se

arrepentía de haberse enfadado. Y de vez en cuando, muy rara vez, incluso se lo decía él mismo: entraba en la habitación de Emma, le rozaba la mejilla anegada en lágrimas, le acariciaba el pelo y le decía que ser adulto era muy complicado debido a las responsabilidades, los problemas y esas cosas. Para Emma, esos escasos momentos eran los más dichosos del mundo, y ahora lo que ansiaba era un momento de esos.

Justo ese día hubiese significado mucho para ella.

«Porque tengo tanto miedo...».

—Por favor, papá, yo...

Quiso acercarse al cabecero de la cama para tocarle la frente, pero tropezó con una botella.

«¡Oh, no...!».

Debido a su inquietud, había olvidado que mamá y papá siempre dejaban una botella de agua junto a la cama, por si tenían sed durante la noche. Para Emma, cuando la botella cayó y rodó por el parqué, fue como si un tren de mercancías recorriera la habitación: el ruido parecía ensordecedor, como si la oscuridad lo aumentara todavía más.

La luz se encendió.

Del lado de su madre.

Emma soltó un gritito.

—¿Ratoncito? —oyó que preguntaba su madre, que, iluminada por su lámpara de lectura, parecía una santa. Una santa despeinada con los pliegues de la almohada marcados en la cara.

Entonces el padre despertó y también abrió los ojos, sobresaltado.

—¿Qué demonios?, maldita sea... —exclamó y miró en derredor, tratando de orientarse.

Era evidente que acababa de despertar de una pesadilla, en la que tal vez aún estaba sumido. Se incorporó.

—¿Qué te pasa, cielo? —quiso saber su madre.

Antes de que Emma pudiera contestar, su padre gritó:

—¡Maldita mierda!

—¡Thomas! —lo reprendió su mujer.

Él alzó la voz aún más y agitó las manos señalando a su hija.

—¡Mierda! ¿Cuántas veces te he dicho...

—¡Thomas!

—... que de noche has de dejarnos en paz?

—Pero mi... mi armario... —balbuceó Emma, y sus ojos se humedecieron.

—¡No, otra vez no! —siguió vociferando su padre.

Los intentos de apaciguarlo de su madre solo parecían enfurecerlo más.

—Arthur —explicó Emma—. El fantasma. Vuelve a estar ahí, en el armario. Debéis venir conmigo, por favor, o tal vez me haga daño de verdad.

Su padre jadeaba y su mirada se ensombreció, sus labios temblaban. Durante un instante se pareció a Arthur, tal como Emma se lo imaginaba: como un pequeño diablo sudoroso, panzón y calvo.

—Y una mierda: no vamos a ir. Emma, lárgate ahora mismo o yo te haré daño. ¡Y no tal vez, sino con toda seguridad!

—¡Thomas! —volvió a exclamar su madre, y Emma se tambaleó hacia atrás.

Las palabras la golpearon, con mayor violencia que la esquina de la mesa de pimpón contra la que el mes anterior se había golpeado la cara accidentalmente. Los ojos se le llenaron de lágrimas y la mejilla le ardió, como si su padre la hubiese abofeteado, aunque él ni siquiera había alzado la mano.

—No puedes hablarle así a tu hija —dijo su madre, temerosa y en voz baja, casi suplicando.

—Le hablo como me da la gana. Es hora de que aprenda que no puede irrumpir aquí todas las noches...

—Es una niña de seis años.

—Y yo soy un hombre de cuarenta y cuatro, pero supongo que en esta casa mis necesidades no cuentan, ¿verdad?

Emma dejó caer su elefante y ni siquiera se dio cuenta. Se dirigió a la puerta y abandonó la habitación como arrastrada por el invisible hilo de una marioneta.

—Thomas...

—Deja de repetir «Thomas» —replicó él—. Solo hace media hora que pegué ojo. Si mañana por la mañana no estoy en forma en el juzgado, si pierdo este juicio, entonces se acabará el bufete y tú podrás olvidarte de todo esto: la casa, tu coche, el bebé...

—Sé que...

—No sabes nada. Emma ya nos cuesta mucho dinero, pero tú te empeñaste en tener un segundo mocoso que no me dejará dormir nunca más. Joder, aquí soy el único que gana dinero, como tal vez hayas notado. ¡Y necesito dormir!

Emma ya había recorrido la mitad del pasillo, pero la voz de su padre no disminuyó de volumen. Solo la de su madre.

—Tranquilo, Thomas, cariño, relájate.

—¡¿Cómo quieres que me relaje?!

—Deja que me ocupe de ti, por favor. Ahora me ocuparé de ti, ¿vale?

—¡¿De mí?! Desde que has vuelto a quedar embarazada solo te ocupas de ti misma...

—Lo sé, lo sé. Ese fue mi error. Vamos, deja que...

Emma cerró la puerta de su habitación y dejó fuera las voces de sus padres. Al menos fuera de su habitación, aunque no de su cabeza.

«¡Lárgate ahora mismo o...!».

Se restregó las lágrimas y aguardó a que desapareciera el zumbido de sus oídos, pero eso no ocurrió, como tampoco desapareció la luz de la luna de su habitación, que

allí parecía más clara que en la de sus padres. Las persianas venecianas eran muy delgadas y, además, por encima de su cama resplandecían las estrellas luminosas pegadas al techo.

«Mi cama».

Emma quería ocultarse allí y llorar bajo la manta, pero solo podría hacerlo tras asegurarse de que el fantasma no seguía acucillado en su escondite. Que no volvería a abalanzarse sobre ella mientras dormía, sino que habría desaparecido, al igual que cada vez que mamá la acompañaba para que ella lo comprobara.

El viejo armario rústico era un monstruo cuyas puertas de roble estaban cubiertas de toscas tallas; al abrirlas, imitaban la risa áspera de una vieja bruja. Como en ese instante.

«Por favor, que haya desaparecido».

—¿Hola? —dijo Emma al agujero negro ante sus ojos.

El armario era tan grande que sus pertenencias únicamente ocupaban el lado izquierdo. Al otro lado había lugar para las toallas y los manteles de su madre.

Y para Arthur.

—Hola —contestó el fantasma de voz profunda. Como siempre, sonaba como si se cubriera la boca con la mano o un paño.

Emma soltó un gritito, pero curiosamente no sintió aquel temor intenso, ese que todo lo abarcaba, como la primera vez que oyó ruidos en el interior del armario y fue a ver qué era.

«Quizás el miedo es como un paquete de gominolas —pensó—. Y ya me las comí todas en la habitación de mis padres».

—¿Todavía estás ahí?

—Por supuesto. ¿Creíste que te dejaría sola?

«Me hubiera gustado».

—¿Y si mi papá hubiera venido a ver qué pasaba?

—Sabía que él no vendría —repuso Arthur, riendo en voz baja.

—¿Por qué?

—¿Es que alguna vez se ha ocupado de ti?

Emma vaciló.

—Sí. —«Bueno... no lo sé»—. Pero mamá...

—Tu mamá es débil. Por eso estoy aquí.

—¿Tú? —dijo la niña, alzando la nariz.

—Dime... —Arthur hizo una pequeña pausa y su voz se volvió más profunda—. ¿Has llorado?

Ella asintió con la cabeza. No sabía si el fantasma podía verla, pero quizá no necesitaba luz para ver. Tal vez ni siquiera tenía ojos, no estaba segura, puesto que nunca lo había visto.

—¿Qué pasó? —quiso saber Arthur.

—Papá se enfadó.

—¿Qué dijo?

—Dijo... —Emma tragó saliva: una cosa era oír las palabras en su propia cabeza, y otra muy distinta pronunciarlas en voz alta. Era doloroso. Pero Arthur insistió y a ella la inquietaba que él se pusiera tan furioso como papá, así que lo repitió—: Lárgate ahora mismo o te haré daño.

—¿Eso dijo?

Emma volvió a asentir y, en efecto, Arthur parecía capaz de verla en la oscuridad, porque reaccionó a su gesto. Soltó un gruñido de desaprobación y entonces sucedió algo asombroso: Arthur abandonó su escondite. Por primera vez.

El fantasma, que era mucho más grande de lo que ella imaginaba, apartó varias perchas y, mientras salía del armario, se pasó los dedos enguantados por el pelo.

—Ahora puedes acostarte en la cama, Emma.

Ella alzó la vista, lo miró y se quedó de piedra. En vez de un rostro vio una imagen deformada de sí misma, como si se contemplara en el espejo de una cámara de los horrores. Tardó un momento en darse cuenta de que Arthur llevaba un casco de motorista en cuyo visor veía su viva imagen deformada y convertida en una mueca.

—Vuelvo enseguida —dijo él, y se dirigió a la puerta.

Algo de sus andares le resultó conocido, pero el objeto puntiagudo que él sostenía en la mano la distrajo.

Pasarían años antes de que Emma comprendiera que se había tratado de una jeringuilla provista de una larga aguja que, a la luz de la luna, despedía un brillo plateado.

A quien miente una vez, no le creen, aunque entonces diga la verdad.

PROVERBIO

Veintiocho años después

«¡No me hagáis esto! ¡Juro que os he mentado, me lo he inventado todo, de verdad! ¡Por favor, no...!».

Los espectadores, casi exclusivamente hombres, se esforzaban por adoptar una expresión indiferente mientras observaban en la pantalla cómo maltrataban a una mujer medio desnuda de pelo negro.

«¡Dios mío, vais a cometer un terrible error! ¡No tengo ninguna enfermedad! ¡Socorro!».

Sus gritos resonaban en la habitación estéril y pintada de blanco, las palabras se comprendían perfectamente; más adelante, allí nadie podría justificarse afirmando que se trataba de un malentendido.

Aquella mujer no quería eso que le estaban haciendo.

No obstante, el técnico barbudo y un tanto obeso le clavó la jeringuilla en el ángulo del brazo inmovilizado. Tampoco le quitaron los electrodos fijados a su frente y sus sienes, ni el anillo de junta que le rodeaba el cráneo, con el que se parecía a uno de esos torturados monos de laboratorio a los que trepanan el cráneo e introducen sondas en el cerebro. En el fondo, lo que estaban por hacerle a aquella mujer no se diferenciaba mucho de eso.

Una vez que la anestesia y el relajante muscular surtieron efecto, entraron otros técnicos y comenzaron a aplicarle descargas eléctricas. Descargas de 475 voltios repetidas diecisiete veces, hasta que le provocaron un ataque epiléptico.

Desde el ángulo inclinado de la cámara de seguridad no se apreciaba si la mujer de pelo negro se encabritaba o si los espasmos agitaban sus miembros: las espaldas de las figuras con batas y mascarillas impedían la visión de los espectadores. Pero los gritos habían cesado y al final también se detuvo la proyección. Las luces de la sala volvieron a encenderse.

—Lo que acaban de ver es un caso muy chocante... —empezó la doctora Emma Stein y se interrumpió para acercarse el micrófono, a fin de que los invitados al simposio pudieran escucharla mejor. Lamentó haber rechazado el taburete que le había ofrecido el técnico durante la prueba de sonido. Normalmente, ella misma lo hubiera solicitado, pero el individuo del mono azul había sonreído con tanta suficiencia que Emma rechazó el taburete, y por eso ahora se veía obligada a ponerse de puntillas detrás del atril—. Como decía, un caso muy chocante de un tratamiento psiquiátrico dado por obsoleto hace tiempo.

Al igual que la propia Emma, la mayoría de los presentes también eran psiquiatras, así que no resultaba necesario explicarles que su crítica no se refería al

método de la terapia electroconvulsiva; por más medieval que pudiera parecer la idea de aplicar corriente eléctrica a un cerebro humano, los resultados en la batalla contra las psicosis y las depresiones eran sumamente prometedores. Efectuado bajo anestesia total, el tratamiento casi no tenía efectos secundarios.

—Logramos sacar de contrabando estas grabaciones de una cámara de seguridad de una sala de operaciones de la clínica hamburguesa Orphelio. La paciente, cuyo destino acaban de observar en parte, fue ingresada en la clínica el tres de mayo del año pasado. En el informe de ingreso se le diagnosticó una psicosis esquizoide, basándose únicamente en las declaraciones que la mujer, de treinta y cuatro años, hizo durante el ingreso. Y eso que estaba perfectamente sana. La supuesta enferma solo había fingido sus síntomas.

—¿Por qué? —preguntó alguien cuyo rostro permanecía oculto en la semipenumbra reinante, sentado a la izquierda de Emma, más o menos en el centro de la sala.

El hombre casi tuvo que elevar la voz para hacerse oír en aquella sala semejante a un anfiteatro. Para su simposio profesional anual, la Sociedad Alemana de Psiquiatría había alquilado la sala principal del Centro Internacional de Congresos de Berlín. Desde el exterior, el CIC se asemejaba a una estación espacial plateada arrojada desde el infinito cosmos directamente a los pies de la torre de radiodifusión. Sin embargo, al entrar en el edificio, de los años setenta y tal vez contaminado de amianto (los expertos no se ponían de acuerdo al respecto), más que en ciencia ficción uno tendía a pensar en una película retro. En el interior predominaban el cromado, el cristal y el cuero negro.

Emma deslizó la mirada por las hileras de sillas ocupadas por los numerosos asistentes, pero no logró distinguir al hombre que preguntaba, así que dirigió la voz hacia donde supuso que se encontraba.

—Una contrapregunta: ¿recuerda los experimentos Rosenhan?

Un colega de mayor edad, sentado en una silla de ruedas al lado de la primera fila, asintió con la cabeza.

—Fueron llevados a cabo por primera vez a finales de los sesenta y principios de los setenta con el fin de testar la fiabilidad de las prognosis psiquiátricas.

Como siempre que estaba un poco nerviosa, Emma se enrolló un mechón de sus espesos cabellos castaños en un dedo. No había comido nada antes de su disertación para evitar sentirse pesada o eructar. Entonces su estómago protestó tan sonoramente que temió que el micrófono amplificara los crujidos y alimentara aún más las bromas que, con toda seguridad, circulaban sobre su gordo trasero, un elemento que perjudicaba su estética debido a que el resto de su cuerpo era más bien delgado.

«Arriba, palo de escoba; abajo, bola de demolición», había vuelto a pensar esa mañana al contemplarse en el espejo del cuarto de baño.

Un momento después, Philip la había abrazado por detrás y afirmado que tenía el cuerpo más bello que él jamás había tocado. Y, durante el beso de despedida ante la

puerta principal, la había estrechado entre sus brazos y susurrado al oído que tenía una necesidad urgente de una terapia de pareja con la psiquiatra más erótica de Charlottenburg, en cuanto ella hubiese regresado. Ella notó que él hablaba en serio, pero también sabía que lo de hacer cumplidos se le daba muy bien a su marido. Emma había tenido que acostumbrarse a que flirtear formaba parte del carácter de Philip y rara vez desaprovechaba una oportunidad de lucirse.

—En los experimentos Rosenhan, cuyo nombre, como sabéis, se debe al psicólogo americano David Rosenhan, ocho personas sanas participaron en un test que consistió en hacerse internar en clínicas psiquiátricas: estudiantes, amas de casa, pintores, psicólogos y médicos. Durante el ingreso todos contaron la misma historia: que oían voces, voces extrañas y misteriosas que pronunciaban palabras enigmáticas. Como recordarán, todos los falsos pacientes fueron aceptados, en su mayoría con diagnósticos de esquizofrenia o psicosis maníaco-depresiva.

»Aunque era demostrable que los sujetos a estudio estaban sanos y que se comportaron de manera completamente normal tras el ingreso, los trataron durante semanas en las clínicas y en total les administraron más de dos mil pastillas.

Emma se humedeció los labios y bebió un sorbo de agua del vaso dispuesto en el atril. Se había pintado los labios, aun cuando Philip prefería que no se maquillara. Tenía una piel muy tersa, en su opinión demasiado pálida dado el intenso color de su cabello, y no le parecía que eso supusiera un «agradable contraste», tal como opinaba Philip.

—Si ustedes creen que los años setenta son historia, que todo eso ocurrió en otro siglo, en la Edad Media de las ciencias psiquiátricas, este vídeo demuestra lo contrario: ocurrió el año pasado. Esa mujer también participaba en un test. Hemos repetido los experimentos Rosenhan.

Un murmullo recorrió la sala, tal vez no tanto debido al temor ante las escandalosas consecuencias de aquello, sino más bien debido al temor de los presentes de que quizás ellos mismos fueran sometidos a un test.

—Una vez más ingresamos falsos pacientes en instituciones psiquiátricas, una vez más verificamos qué ocurría cuando personas absolutamente sanas eran ingresadas en una institución cerrada. Y los resultados fueron aterradores.

Emma bebió otro trago de agua y continuó:

—Solo basándose en una afirmación pronunciada durante su ingreso, a la mujer del vídeo le diagnosticaron una paranoia esquizoide. Después recibió tratamiento durante más de un mes, no solo mediante medicamentos y terapias verbales sino también mediante violencia directa. Como ustedes mismos han visto y oído, ella manifestó con total claridad que no quería que la sometieran a la terapia electroconvulsiva, puesto que estaba completamente sana. Sin embargo, fue obligada a recibir ese tratamiento.

»Aunque lo rechazó de manera inequívoca, aunque tras el ingreso no se comprobaron otros síntomas y aunque en diversas ocasiones ella aseguró a los

médicos que su estado se había normalizado. Pero no le hicieron caso, y tampoco a los enfermeros y demás pacientes, pues a diferencia de las visitas esporádicas de los médicos, las personas con las cuales ella mantuvo un prolongado contacto estaban seguras de que esa mujer no debía estar en el pabellón de aislamiento.

Emma vio que alguien se ponía en pie en la sala. Le hizo la señal acordada al técnico y este aumentó la intensidad de la luz. Cuando distinguió un hombre alto y larguirucho de cabello ralo aguardó a que una asistente se abriera paso entre las hileras y le tendiese un micrófono.

El hombre sopló contra el micrófono y luego dijo:

—Soy Stauder-Mertens, de la Uniklinik de Colonia. Con su permiso, señora colega. Usted nos presenta deslavazados vídeos de terror cuyos orígenes y procedencia preferiríamos ignorar, y formula repugnantes afirmaciones que, si alguna vez se hicieran públicas, causarían un grave perjuicio a nuestro gremio.

—¿Quiere formular alguna pregunta? —repuso Emma.

El médico asintió con la cabeza.

—¿Dispone de algo más que la declaración de esa falsa paciente?

—La escogí personalmente para este experimento.

—Muy bien, pero ¿puede poner la mano en el fuego por ella? Me refiero a cómo sabe que esa mujer realmente está sana.

Incluso a esa distancia Emma reconoció la misma sonrisa de suficiencia que ya la había irritado cuando se la lanzó el técnico de sonido.

—¿Adónde quiere ir a parar, señor Stauder-Mertens?

—A que alguien que voluntariamente deja que lo ingresen en una institución cerrada simulando hechos falsos es una persona que (permítame formularlo con un eufemismo) debe poseer una estructura psíquica bastante peculiar. ¿Quién le dice que esa dama no sufrió esos síntomas por los que al final recibió tratamiento y que quizá solo se manifestaron durante su estancia en la clínica?

—Yo —respondió Emma.

—Vaya, ¿acaso estuvo con ella todo el tiempo? —replicó el hombre en tono irónico.

—Pues sí.

Entonces la sonrisa del hombre desapareció.

—¿Usted?

Emma asintió y la inquietud del público aumentó.

—Así es —confirmó con voz temblorosa debida a la agitación, pero también por lo monstruosa que suponía la revelación que iba a hacer—. Estimados colegas, ustedes solo vieron a esa paciente de espaldas y con el cabello teñido, pero esa mujer, que en contra de su voluntad claramente manifestada primero fue anestesiada y después sometida a descargas eléctricas, era... yo.

Dos horas después

Emma cogió su maleta con ruedas y vaciló al entrar en la habitación 1904, pues casi no veía nada. La escasa luz existente procedía de la miríada de luces de la capital que se extendían a sus pies diecinueve plantas más abajo. El Le Zen, situado en la Tauentzien Strasse de Berlín, era un nuevo hotel de cinco estrellas. Cromado y acristalado, disponía de más de trescientas habitaciones. Era más elevado y lujoso que los demás hoteles de la capital, pero —al menos según Emma— estaba amueblado y decorado con bastante mal gusto.

En todo caso, esa fue su primera impresión tras encontrar el interruptor junto a la puerta y encender la luz cenital.

El mobiliario parecía obra de un becario de interiorismo que hubiese tenido en cuenta todos los clichés relacionados con el modo de vida de Extremo Oriente. En la antesala, separada de la habitación contigua por una delgada puerta corredera forrada de papel de seda, había un arcón de boda chino; una alfombra de bambú se extendía desde la puerta hasta una cama baja estilo futón. Las lámparas junto a los bajos canapés se asemejaban a farolillos del desfile multicolor organizado anualmente para los niños del parvulario de la Heerstrasse, el día de San Martín. También había un enorme y elegante póster en blanco y negro, colgado entre el sofá y el armario empotrado, con un gigantesco retrato de Ai Weiwei, del suelo al techo. Hacía poco, Emma había visitado una exposición de ese extraordinario artista chino.

Apartó la vista del hombre de despeinada perilla, colgó su abrigo en el armario y sacó el móvil del bolso.

Revisó el buzón de mensajes.

Ya lo había intentado una vez, pero Philip no se ponía, como de costumbre cuando estaba de servicio. Suspirando, se acercó a la gran ventana y se quitó los Peep Toes de tacón sin los cuales su estatura se reducía a la de una quinceañera. Contempló el Kurfürstendamm mientras se acariciaba la barriga, que aún no se había abultado, todavía era demasiado pronto. Pero la idea de que allí dentro había algo que crecía, algo mucho más importante que todos los seminarios y todo el reconocimiento profesional, la tranquilizó.

Había pasado un tiempo antes de que, cinco semanas atrás, por fin apareciera la segunda rayita en el test del embarazo. Y esa rayita también era el motivo por el cual esa noche Emma no dormía en su casa, sino por primera vez en aquel hotel. De momento, su pequeña casa de la avenida Teufelssee estaba en obras, porque habían empezado a reformar el ático para instalar la habitación de los niños. Aun cuando

Philip opinaba que antes del primer trimestre del embarazo tal vez fuera un tanto exagerado iniciar la construcción del nido.

Como Philip volvía a estar de servicio en otra ciudad, Emma había aceptado el bono de pernoctación que la Asociación Alemana de Psiquiatría le había ofrecido gratis a todos los disertantes invitados al congreso de dos días de duración, incluso a los que vivían en Berlín, para que durante la ceremonia nocturna (de la que Emma se había escaqueado) también pudieran beber unas copas en el salón de baile del hotel.

—La disertación acabó tal como pronosticaste —dijo Emma, dejando un mensaje para Philip—. Es verdad que no me lapidaron, pero solo porque no tenían piedras a mano. —Sonrió y añadió—: Al menos no me quitaron mi habitación de hotel, la tarjeta de acceso que me dieron junto con los documentos del congreso aún funciona.

Le mandó un beso, colgó y lo echó muchísimo de menos.

«Mejor sola aquí en el hotel que sola en casa, entre botes de pintura y tabiques derribados», pensó, tratando de convencerse de que la situación era perfecta.

Se dirigió al baño, donde, mientras se quitaba el traje sastre, buscó el mando de los altavoces de la tele instalados en el entretecho, pero en vano.

Así que tuvo que regresar a la habitación y desconectar el televisor. También allí tardó lo suyo en encontrar el mando en un cajón de la mesilla de noche, y por eso recibió una información exhaustiva sobre un accidente aéreo en Ghana y una erupción volcánica en Chile.

A continuación, un presentador de voz nasal dio una nueva información:

«La policía advierte sobre un nuevo asesino en serie. Las mujeres deben...».

Entonces presionó una tecla y apagó el sonido.

En el baño tardó unos segundos en encontrar el control de la temperatura del agua. Como era muy friolera, adoraba el agua caliente, incluso en verano. Ese día de junio había sido fresco y sobre todo ventoso, así que puso el mando digital de la ducha a cuarenta grados, el máximo que podía soportar, y esperó el hormigueo que siempre le recorría el cuerpo en cuanto el chorro de agua caliente la golpeaba.

En general, se sentía más viva en cuanto, envuelta en vapor, sentía el agua caliente sobre el cuerpo, pero ese día el efecto fue menor, también porque la presión a que la sometieron después de su disertación no se dejaba eliminar con agua y jabón de hotel.

Las reacciones a sus revelaciones —que también en el siglo XXI, y debido a diagnósticos erróneos realizados de manera chapucera, las personas corrían peligro de convertirse en juguetes de semidioses vestidos de blanco que abusaban de su poder— habían sido encendidas. Cuestionaron la validez de los resultados de sus investigaciones más de una vez. El editor de la revista científica de mayor renombre incluso había anunciado una minuciosa comprobación antes de «tomar en consideración» la publicación de un artículo sobre su trabajo.

Desde luego, tras el acto unos cuantos colegas le prometieron apoyo, pero incluso entre los pocos que le palmearon la espalda no dejó de percibir el reproche mudo en

sus miradas. «¿Por qué te pusiste en peligro mediante ese estúpido intento personal? Además, ¿por qué pones en peligro tu carrera y te enfrentas a los más poderosos del sector clínico?».

Algo que Philip nunca le preguntaría. Él comprendía por qué hacía años que Emma luchaba por los derechos de los pacientes en tratamiento psiquiátrico, quienes —y debido a su dolencia psíquica— en general se enfrentaban a una mayor desconfianza que los pacientes que, por ejemplo, se quejaban de un tratamiento dental defectuoso.

Philip también comprendía el motivo por el cual ella emprendía caminos tortuosos y a veces peligrosos por esa misma causa. Sin duda, debido a que en ese punto ambos eran muy parecidos.

Él también excedía los límites de su trabajo —límites que ninguna persona normal excedía voluntariamente—, porque los psicópatas y asesinos en serie a quienes perseguía como jefe de detectives del Departamento de Perfilación de la Oficina Federal de Investigación Criminal a menudo no le dejaban opción.

Algunas parejas comparten el mismo sentido del humor, para otras, las actividades de ocio similares o un enfoque político parecido suponen la base de su relación. En cambio, a Emma y Philip les hacían gracia chistes completamente diferentes, ella no lograba que él abandonara su pasión por el fútbol; él, el amor de ella por los musicales, y mientras que en su juventud ella había participado en manifestaciones contra la energía nuclear y la industria peletera, él había sido miembro de la Joven Unión, una organización conservadora. Lo que conformaba los cimientos de su relación era la empatía.

La intuición y la experiencia les permitían introducirse en el alma de otros seres humanos y sacar a la luz los misterios de su psique. Mientras que Emma lo hacía con los pacientes de su consulta particular, Philip utilizaba su extraordinaria aptitud para realizar perfiles personales y de conducta. A los guionistas les gustaba llamar *profiler* a las personas que ejercían la profesión de Philip, pero en la vida real se llamaban «perfiladores». Gracias a los análisis de Philip ya habían atrapado a algunos de los delincuentes más peligrosos de la República Federal Alemana.

Pero últimamente Emma deseaba que ambos reservaran un poco sus propias fuerzas; tenía la sensación de que también a Philip le costaba cada vez más alcanzar la distancia necesaria de su trabajo durante su tiempo libre, que, de todos modos, ya era muy reducido. Temía que los dos estaban a punto de demostrar el aforismo de Nietzsche respecto del abismo: «Cuando miras largo tiempo el abismo, el abismo también mira dentro de ti».

«Medio año sabático, o al menos unas vacaciones. Eso sería ideal», pensó.

Había pasado tanto tiempo desde el último viaje que ambos emprendieron juntos que el recuerdo ya casi se había borrado.

Se lavó la cabeza con el champú del hotel y confió que a la mañana siguiente no parecería un caniche; por más fuerte que fuera su cabello castaño, era muy sensible a

los champús inadecuados; descubrir qué hacía resplandecer su melena o, por el contrario, la convertía en el relleno de un cojín reventado, le había costado innumerables intentos y muchas lágrimas.

Se enjuagó el pelo, apartó la cortina de la ducha y mientras todavía se preguntaba por qué un hotel tan caro no habría instalado mamparas de cristal, de pronto se quedó paralizada. Asaltada por el miedo, la primera palabra que le vino a la cabeza al ver la inscripción que aparecía en el espejo del cuarto de baño fue «huir».

Prolijamente escrito en el cristal empañado por el vapor, ponía:

LÁRGATE

¡ANTES DE QUE SEA DEMASIADO TARDE!

—¿Sí?

—Perdona molestias. ¿Todo en orden?

La rusa alta y delgada de pie en el umbral parecía sinceramente preocupada, y eso que a Emma la mujer —que hablaba un alemán defectuoso— no le pareció alguien que se preocupara en exceso por el prójimo. Más bien se asemejaba a una modelo consciente de su belleza, acostumbrada a ser siempre el centro de atención. Vestía un ceñido traje sastre de diseño, olía a Chanel y calzaba unos zapatos de tacón vertiginoso de precio exorbitante, con los que incluso Emma podía haber mirado a sus congéneres desde las alturas.

—¿Quién es usted? —preguntó Emma, reprochándose haber abierto la puerta.

Estaba descalza ante una beldad eslava, con el pelo empapado y solo cubierta con el kimono del hotel, cuya tela era tan delgada que seguramente destacaba cada una de las redondeces de su cuerpo desnudo, mucho menos perfecto que el de la rusa.

—Perdón. Paredes muy delgadas —dijo la mujer, y se apartó las rubias extensiones de la frente—. Pasé. Oí grito.

—¿Ha oído un grito? —preguntó Emma en tono apagado.

De hecho, solo recordaba haberse mareado, algo que seguramente no solo se debió al inquietante mensaje del espejo sino también a la ducha demasiado caliente. Ambas causas la habían hecho perder pie. Al principio logró agarrarse al lavabo, pero al final se desplomó en el suelo del cuarto de baño con la vista clavada en aquellas palabras.

LÁRGATE

¡ANTES DE QUE SEA DEMASIADO TARDE!

—También oí llanto —dijo la rusa.

—Debe de tratarse de un error —respondió Emma, aunque era muy posible que, además de desplomarse, hubiera llorado; al menos aún le ardían los ojos. El mensaje escrito en el espejo había despertado los recuerdos más oscuros de su infancia.

«El armario». Las puertas chirriantes tras las cuales se acuclillaba un hombre que llevaba un casco de motorista.

«Arthur». El fantasma que la había acompañado durante innumerables noches. Primero como monstruo, después como amigo. Hasta que a los diez años por fin se «curó», aunque en realidad en psicoterapia ese concepto no existía. Tras numerosas sesiones, el psiquiatra infantil que antaño Emma se vio obligada a visitar había logrado expulsar el demonio, tanto de su armario como de su cabeza, al tiempo que la hizo tomar conciencia de quién se trataba ese espejismo en realidad.

«¡Papá!». Desde que asistiera a aquellas sesiones de terapia, que fueron lo primero que despertó su interés por su profesión actual, Emma sabía que nunca había existido un fantasma llamado Arthur, sino que siempre había sido su padre, ese que durante toda su vida la había rechazado y atemorizado y al que, sin embargo, le hubiese gustado tener cerca, como cómplice. Solo de ella, siempre cerca de ella, siempre accesible, incluso de noche en el armario.

Pero el padre de Emma nunca fue un amigo, ni durante su infancia ni mientras estudiaba, y mucho menos en el presente, cuando ya era una psiquiatra casada. Su trabajo siempre había sido más importante para él, sus expedientes, sus testigos y sus juicios; por las mañanas salía demasiado temprano de casa, por las noches volvía demasiado tarde. O no volvía en absoluto.

Hacía mucho tiempo que no ejercía, y en la actualidad a veces le enviaba una tarjeta de felicitación por su cumpleaños, pero seguro que se las dictaba mamá, con la que pasaba su vejez en Mallorca. Expresiones como «Te echo de menos» o «Espero que este año logremos pasar más tiempo juntos» sencillamente no formaban parte de su vocabulario colérico. Más bien cosas como: «Lárgate ahora mismo o te haré daño».

Y ahora una amenaza similar aparecía escrita en el espejo del baño de su hotel.

¿Podía tratarse de una casualidad? «¡Por supuesto!».

Incluso antes de que llamaran a la puerta, Emma ya había alcanzado una explicación lógica del hecho: «¡Una broma pesada!». El ocupante anterior de la habitación debía de haber escrito el mensaje en el espejo para asustar y amedrentar al próximo huésped... y lo había logrado.

A tal punto que ella había asustado a medio hotel con sus gritos. Quizás el gracioso se habría preocupado por la desmedida reacción de Emma, puesto que no podía haber sospechado que las palabras del espejo despertarían un viejo trauma.

Y eso que antaño no fue la amenaza de su padre lo que tanto perturbó a Emma, sino aquella noche en que Arthur salió del armario por primera vez. El casco de motorista, la jeringuilla, su voz... todo había parecido tan real...

Y en su recuerdo de vez en cuando seguía pareciéndolo.

—¿Encuentras bien? —quiso saber la rusa, que seguía contemplándola con una extraña mezcla de inquietud e impaciencia, y entonces añadió algo tan cordial como cruel—: ¿Cliente crear problemas?

Emma no supo si reír o llorar. ¡Dios mío! Claro: ¡era una prostituta de lujo!

De ahí su pinta emperifollada. Medio congreso estaba alojado en Le Zen, el hotel estaba repleto de hombres solos en habitaciones individuales. ¿Cuántos de ellos habían contratado una chica de compañía esa noche? Seguro que cabrones como Stauder-Mertens, los que sin duda aprovechaban todas las oportunidades que se les brindaban cuando estaban separados de su mujer y su familia.

—Si necesitar ayuda, entonces...

—No, no. Muy amable, pero... —Emma negó con la cabeza... «pero no soy una prostituta, solo una psiquiatra atemorizada».

Qué amable por parte de aquella mujer ofrecerle ayuda, y qué espantoso que pareciera acostumbrada a lidiar con clientes violentos. «Y con putas llorosas y apaleadas acurrucadas en el baño de un hotel».

Emma sonrió, pero la sonrisa no resultó sincera. En la mirada de ojos oscuros de la rusa vio que esta aún dudaba, y por eso decidió decirle la verdad.

—No se preocupe. Estoy sola en mi habitación, pero creí que alguien había entrado a hurtadillas y me había espiado mientras me duchaba.

—¿Mirón?

—Sí. Pero solo era una broma estúpida del huésped anterior.

—¡Pues entonces!

La prostituta no parecía convencida, pero se encogió de hombros y echó un vistazo a su Rolex. Luego se despidió pronunciando la primera frase libre de errores:

—Ten cuidado de que no te pase nada.

A lo mejor la había oído a menudo en boca de sus colegas.

Emma se lo agradeció, cerró la puerta y a través de la mirilla vio cómo se alejaba por el pasillo. Los ascensores se encontraban en la dirección opuesta, así que quizá la aguardaba una «cita».

Con el corazón palpitante, echó llave a todas las cerraduras de la puerta, corrió la barra de seguridad y solo entonces se dio cuenta de cuán exhausta estaba. Primero la disertación, luego el espejo y después la conversación con la rusa... Ansiaba recuperar la tranquilidad y conciliar el sueño.

«Lo mejor sería entre los brazos de Philip».

¿Por qué no estaba junto a ella para que ambos pudieran bromear sobre esa ridícula situación? Durante un momento sopesó la idea de llamar a algún amigo para distraerse, a Sylvie o a Konrad, pero sabía que ambos tenían una cita, no juntos desde luego, puesto que Konrad era homosexual.

No obstante, si lograra comunicarse con uno de los dos, ¿qué le diría? ¿«Lo siento, pero estoy un poco nerviosa porque mi espejo está empañado»?

Estaba empañado, comprobó cuando regresó al cuarto de baño para lavarse los dientes. El vapor había desaparecido y también el mensaje.

Como si nunca hubiese existido.

Emma tiritaba. Lo único que quedaba de la condensación evaporada en el espejo eran unos bordes feos; sin reflexionar, eliminó las manchas con un paño, un instante después se enfadó por no haber echado el aliento al espejo para que el mensaje volviera a cobrar vida, y luego volvió a enfadarse porque ya no estaba segura de nada.

—¿Qué pasa contigo, Emma? —susurró, presionando la cara contra una toalla.

«No imaginaste que el mensaje solo era una broma estúpida. No tienes motivo para ponerte tan nerviosa».

Apagó la luz del baño sin volver a mirar el espejo, volvió a colgar el kimono en el armario y se puso un pijama, pero no pudo resistir el impulso paranoico de registrar el armario en busca de posibles escondrijos secretos. Ya puesta, también miró detrás de la cama y las cortinas y comprobó las cerraduras una vez más, siempre bajo la atenta mirada de Ai Weiwei, cuyos ojos estaban fotografiados de manera que nunca perdían de vista a Emma, independientemente del lugar que ella ocupara frente a la foto.

Sabía que todo eso eran meros actos impulsivos, pero se encontró mejor tras ceder a sus irracionales síntomas de estrés.

Cuando tras la «ronda de vigilancia» por fin se deslizó bajo la almidonada sábana, se sentía cansada y pesada. Intentó hablar con Philip por última vez. Le dijo: «Sueña conmigo cuando hayas escuchado el mensaje», puso el despertador y cerró los ojos. Como le sucedía cuando estaba agotada y al mismo tiempo muy tensa, la oscuridad en la que quería sumergirse se llenó de luces titilantes y sombras chinescas.

«¿Por qué dijiste eso? —se preguntó sumida en un recuerdo borroso de su disertación mientras comenzaba a adormilarse—. ¿Por qué contaste que tú misma eras la torturada paciente del vídeo?». Nunca había tenido intención de contarlo, actuó impulsivamente y solo porque Stauder-Mertens, ese gallo arrogante de Colonia, la había incordiado: «¿Dispone de algo más que la declaración de esa falsa paciente?».

Sí, disponía de algo más... Su inesperada revelación había causado un revuelo innecesario.

Se tendió de lado y trató de olvidar las imágenes de la jauría de espectadores masculinos del centro de congresos, pero sintió un pinchazo en las orejas porque había olvidado quitarse los aretes de perlas. «¿Por qué siempre haces cosas así?», se preguntó y, tal como solía ocurrirle durante la transición hacia el sueño, se preguntó por qué se lo preguntaba y a qué se refería con «siempre». Mientras aún se encontraba en ese bucle de ideas, de pronto ocurrió.

Se durmió brevemente, apenas unos minutos, hasta que un sonido la despertó: un zumbido. En la oscuridad, muy próximo, justo a un lado de su cama.

Se volvió, abrió los ojos y vio el brillo de su móvil; lo había dejado en el suelo porque el cable del cargador no llegaba hasta la mesilla. Tuvo que esforzarse por recoger el cacharro de la alfombra.

«Número desconocido».

—¿Cariño? —preguntó, con la esperanza de que Philip la llamara del teléfono de alguna comisaría.

—¿Doctora Stein?

Nunca había oído la voz de ese hombre y la irritación se sumó a la decepción de que no fuera Philip. ¿Quién la llamaba a esas horas de la noche, por todos los diablos?

—Espero que sea algo importante —dijo, bostezando.

—Lamento molestarla. Soy Eigenhardt, llamo de la recepción del Le Zen.

«¿A mi móvil?».

—¿Sí?

—Solo queremos comprobar si piensa hacer el *check-in* hoy.

—¿Cómo dice? —Tanteó en busca del interruptor de la lámpara de la mesilla, pero no lo encontró—. ¿A qué se refiere? Ya estoy durmiendo. —«Al menos lo intento».

—¿Entonces podemos disponer de la habitación?

¿Es que había oído mal?

—No, ya he hecho el *check-in*. Habitación 1904.

—Le ruego que me perdone, pero...

—Pero ¿qué?

—Pues resulta que en este hotel no existe una habitación con ese número.

«¿Qué?».

Emma se incorporó en la cama y clavó la vista en el pequeño piloto titilante del detector de humos pegado al techo.

—¿Está de broma?

—En todo el hotel no hay ningún número cuatro. Es un número gafe en el entorno asiático y por eso...

Emma no oyó el resto porque ya no sostenía el móvil en la mano. En cambio, oyó algo completamente imposible junto a su oreja: un carraspeo.

De un hombre.

Entonces, mientras el terror le atenazaba la garganta, notó la presión en la boca de una mordaza, al tiempo que sentía un pinchazo y algo frío que se le derramaba en el ángulo del codo.

El hombre volvió a carraspear y Emma, mientras se quedaba congelada interiormente, notó algo puntiagudo, invisible en la oscuridad, muy próximo a su rostro, un sonido intenso, una vibración.

Zummmmm...

Un cuchillo de cocina, una sierra o un sacacorchos, un aparato eléctrico dispuesto a pinchar, cortar, punzar...

Oyó el sonido de una cremallera que se abría.

«¡Estoy embarazada!», quiso gritar, pero la lengua y los labios se negaron a obedecerle. Inmovilizada, no podía gritar, patear ni agitar los brazos. Solo aguardar a sentir los dolores. Y rogar que el horror no durara demasiado.

Pero no fue así.

SEIS MESES DESPUÉS

Emma abrió los ojos y no supo cuánto tiempo llevaba observándola dormida el hombre sentado frente a ella.

El profesor Konrad Luft estaba en su sillón con las manos plegadas sobre el vientre, al tiempo que su mirada pensativa se posaba con melancólica pesadez en el rostro de ella.

—¿Te encuentras más o menos bien? —se interesó, y al principio ella no entendió la pregunta de su mejor amigo, pero entonces vio la mesilla auxiliar junto a la camilla, en la que reposaban las pastillas que le habían dado en la clínica psiquiátrica, en el pabellón de aislamiento donde la habían ingresado por orden del juez.

Por si acaso. Por si sentía dolor en cuanto despertara.

Estiró los miembros bajo la manta de la clínica e intentó apoyarse en los codos, pero estaba demasiado débil. Dejó caer la cabeza en la almohada y se restregó los ojos.

Había dormido durante el traslado, algo lógico en vista de todas las pastillas que le daban. Solo los efectos secundarios bastarían para tumbar a un elefante, y encima le habían administrado un sedante.

Después de despertar tardó lo suyo en darse cuenta de dónde estaba; el despacho donde antaño había pasado tantas horas le resultaba extraño, aunque no tanto como el pabellón de aislamiento que no había abandonado durante las últimas semanas. Quizá la curiosa sensación se debía a que hacía poco Konrad había reformado su bufete de abogado penalista, pero Emma lo dudó: lo que había cambiado bastante era ella, no aquel despacho.

El olor a pintura y parqué de nogal encerado aún se percibía. Durante las obras habían desplazado algunos muebles, pero en el fondo todo seguía igual que en su primera visita diez años atrás. En aquel entonces se había sentado en el sofá vestida con tejanos y zapatillas deportivas, ahora estaba tendida en camión en una camilla de altura regulable, casi en el centro del despacho, ligeramente en diagonal, con vistas al escritorio de Konrad y las ventanas de la fachada.

—Supongo que soy la primera cliente trasladada hasta tu bufete en una camilla con ruedas —dijo.

Konrad le dirigió una leve sonrisa.

—Ya he tenido algunos clientes incapaces de trasladarse por sí mismos, aunque entonces fui yo quien se trasladó hasta ellos. Pero en la clínica rechazaste todo contacto, Emma, incluso te negaste a hablar con los médicos, así que obtuve una autorización judicial excepcional.

—Gracias —dijo ella, aunque ya no había nada que agradecer, ni siquiera haber podido abandonar su «celda». De hecho, Emma se había negado a recibirlo en la

institución, no quería que nadie la viera en ese estado, tan enferma y destrozada, encerrada como un animal. No hubiera soportado semejante humillación.

—No has perdido ni una pizca de tu orgullo, querida amiga. —Konrad meneó la cabeza, pero su mirada no era de reproche—. Prefieres ingresar voluntariamente en la cárcel antes que permitir que te visite... Y eso que ahora necesitas mi ayuda más que nunca.

Emma asintió.

«Todo depende del desarrollo de su conversación con su abogado», le habían dicho, tanto los psiquiatras como los policías, que, con toda seguridad, aguardaban en la sala de espera para volver a trasladarla.

Abogado. Una palabra singular. Muy pocos conocían su origen: procedía de *onweald*, un antiguo término inglés que significaba «poder». ¿Acaso Konrad realmente tenía el poder de modificar su destino? Era su viejo confidente —bueno, «viejo» no era la palabra adecuada para describir a un hombre deportista y casi atlético de cincuenta años de edad—. Emma lo había conocido cuando estudiaba Medicina, durante el primer semestre, y cuando él se presentó su nombre le resultó extrañamente familiar; solo después recordó el motivo: su padre y Konrad Luft eran colegas y ambos habían trabajado en casos que abarcaban ambos bufetes, casos acerca de los cuales Emma había leído en los periódicos. En cambio, el caso que antaño los reunió no apareció en la prensa.

En una ocasión, Benedict Tannhaus, el exnovio de Emma, se había pasado de copas y la había violentado en una cafetería cerca de la universidad. Konrad, que solía cenar en esa cafetería, había visto que aquel individuo le metía mano soezmente e intervino de un modo enérgico. Después le dio su tarjeta a Emma, por si necesitaba asesoramiento jurídico, lo cual de hecho ocurrió, pues su ex resultó un auténtico acosador.

Emma también podría haber recurrido a su padre, desde luego, pero eso hubiese empeorado las cosas. A diferencia de Benedict, el padre de Emma nunca se había vuelto violento, pero a lo largo de los años su irascibilidad —y los descontrolados ataques de ira que sufría— se había agudizado. Así pues, tras mudarse a una habitación de estudiantes, ella se alegró de no mantener ningún contacto personal con su padre. Le resultaba incomprensible que su madre soportara vivir con él bajo el mismo techo.

Durante el largo procedimiento en que Konrad obtuvo una orden judicial contra Benedict, ambos se hicieron amigos, y eso que al principio Emma creyó que el interés de Konrad por ella albergaba segundas intenciones. De hecho, su encanto paternal le resultaba muy atractivo pese a la gran diferencia de edad. Ya desde aquel entonces Konrad ocultaba su pronunciado mentón bajo una barba prolijamente recortada, y solía vestir trajes cruzados azul marino a medida y elegantes zapatos cosidos a mano. Su cabello rizado había menguado, pero aún le cubría la alta frente. Emma comprendía perfectamente por qué muchas de sus clientas eran damas de

cierta edad y buena posición, puesto que no podían sospechar que, si bien Konrad adoraba a las mujeres, ellas no ocupaban un lugar en sus fantasías eróticas. La homosexualidad de Konrad era un secreto compartido entre él y Emma desde el inicio de su amistad.

Ni siquiera le había hablado a Philip de las preferencias sexuales de Konrad, aunque en realidad se debía a motivos egoístas, tal como ella tuvo que reconocer para sí misma. Gracias a su aspecto y su carácter encantador, Philip recibía numerosas proposiciones que él ya ni siquiera registraba; por ejemplo, cuando una bonita camarera le ofrecía la mejor mesa del restaurante o recibía la sonrisa más simpática en la cola del supermercado.

Por eso a Emma le hacía bien que su marido de vez en cuando se pusiera celoso cuando Konrad volvía a llamarla por teléfono para encontrarse con ella a la hora del *brunch*: estaba bien que Philip creyera que ella también tenía admiradores.

Por su parte, Konrad cuidaba su secreto para evitar que su reputación de abogado duro y viril se viese afectada, y siempre asistía a las audiencias acompañado de guapas estudiantes de Derecho. «En la sala del tribunal es mejor parecer un eterno solterón que un marica», le había dicho a Emma.

Y por eso las viudas repeinadas y dispuestas a correr aventuras sufrían una desilusión cuando Konrad les explicaba que él solo aceptaba asuntos penales, no divorcios, y aun así solo casos intrincados y difíciles.

Como el suyo.

—Gracias por ayudarme —dijo Emma. Un comentario intrascendente, pero se lo debía. Y añadió—: Una vez más.

Tras el caso del novio acosador, era la segunda vez que se convertía en su letrado, ahora a raíz de aquella noche en el hotel, cuando fue víctima de un psicópata, un asesino en serie que, antes que a ella, ya había asaltado a otras tres mujeres en habitaciones de hotel y les había rapado la cabeza con una afeitadora eléctrica después de violarlas brutalmente.

Y eso que para Emma las horas subsiguientes en el hospital fueron peores que la propia violación. Todavía no había recuperado del todo la conciencia cuando un desconocido volvía a manipular sus orificios corporales. Volvió a notar dedos enfundados en látex en la vagina e instrumental, objetos con que obtenían el frotis para recabar pruebas. Pero lo peor fueron las preguntas que le hizo una mujer policía de cabello gris y cara de póquer.

—¿Dónde fue violada?

—En el Le Zen. En la habitación 1904.

—Allí no hay una habitación con ese número, señora Stein.

—Sí, también me lo dijeron, pero eso es imposible.

—¿Quién realizó su *check-in*?

—Nadie. Me entregaron la tarjeta electrónica junto con los documentos del congreso.

—¿Alguien la vio en el hotel? ¿Algún testigo?

—No... Bueno, sí, una mujer rusa.

—¿Sabe cómo se llama?

—No, ella era...

—¿Qué?

—Da igual. Olvídelo.

—¿Puede describir al autor del hecho?

—No; estaba oscuro.

—No logramos descubrir heridas defensivas.

—Estaba anestesiada. Supongo que el análisis de sangre demostrará con qué. Noté un pinchazo en el antebrazo.

—El autor del hecho, ¿le cortó el pelo antes o después de la penetración?

—¿Se refiere a antes o después de la brutal violación?

—Comprendo su agitación.

—No, no la comprende.

—Bien, y sin embargo debo hacerle preguntas incómodas. El autor del hecho, ¿utilizó preservativo?

—Supongo que sí, dado que usted dice que no hallaron esperma.

—Y tampoco lesiones vaginales importantes. ¿Suele tener relaciones sexuales con distintas personas?

—¡Estoy embarazada! ¿Podemos cambiar de tema, por favor?

—Bien. ¿Cómo llegó hasta la parada del autobús?

—¿Qué?

—La parada del autobús de la plaza Wittenberg. Donde la encontraron.

—Ni idea. En algún momento debí de perder el conocimiento.

—Entonces, ¿en realidad no sabe si fue violada?

—Ese psicópata me afeitó la cabeza. Y me arde la vagina como si me hubieran metido un atizador. ¡¿Usted qué cree que me ocurrió?!

Emma recordó que Philip la había llevado a casa en un taxi y la había acostado en el sofá.

—Todo se arreglará —le había dicho.

Ella asintió con la cabeza y le pidió que le trajera un tampón, uno de los grandes para las hemorragias intensas, esos que estaban en el fondo del armario del baño. La hemorragia había empezado en el taxi. Fue la primera vez que ambos lloraron juntos y la última vez que hablaron de niños. Al día siguiente, Emma encendió una vela por el nonato. Hacía tiempo que se había consumido.

Ahora tosió, se cubrió la boca con la mano e intentó desprenderse de sus sombríos recuerdos paseando la mirada por el despacho de Konrad. La estantería que llegaba hasta el techo —que, además de la encuadernada jurisprudencia del Tribunal Supremo, albergaba las obras de Schopenhauer, las predilectas de Konrad— le pareció más baja, tal vez debido a la pintura nueva que hacía que el despacho

pareciera más pequeño. El enorme escritorio todavía ocupaba el mismo lugar: delante de las ventanas cuadradas a través de las cuales, en los días soleados, la mirada se deslizaba por encima del Gran Wannsee hasta Spandau. Ese día apenas alcanzaba al paseo marítimo, donde escasos paseantes se abrían paso a través de la nieve de diciembre, que les cubría los tobillos.

De repente notó que Konrad estaba junto a su camilla y le tocaba el brazo con suavidad.

—Deja que te ponga un poco más cómoda —dijo, y le acarició la frente.

Ella percibió el aroma de su especiada loción para el afeitado y cerró los ojos. En los últimos meses la mera idea de que un hombre la tocara le había resultado repugnante, pero dejó que Konrad la alzara en brazos de la camilla y la colocara en el sofá junto a la chimenea.

—Así está mejor —dijo él cuando ella se reclinó contra los blandos cojines, y a continuación la tapó con una manta de cachemira de color crema.

Él tenía razón: así estaba mejor; se sentía protegida. Allí todo era conocido: el tresillo con el sillón de orejas en que Konrad volvió a tomar asiento, la mesa baja de cristal entre ambos, las caldeadas llamas de la chimenea, la alfombra redonda, blanca y esponjosa, enmarcada por un trazo negro que parecía una delgada pincelada. Vista desde arriba, la alfombra parecía una «O» apresuradamente dibujada. ¡Cuánto le había agradado a Emma tenderse en esa «O» y disfrutar de sus ensoñaciones mientras contemplaba el fuego! ¡Cuán bien se había sentido cuando ambos comían sushi, cuán segura y protegida cuando ambos hablaban del mal de amores, de fracasos e inseguridades, y él le brindaba aquellos consejos que ella siempre había deseado recibir de su padre! Los hilos negros de la alfombra estaban un poco desteñidos y a lo largo de los años habían adquirido un tono ligeramente marrón.

«El tiempo todo lo destruye», pensó Emma, y percibió la tibieza de las llamas en el rostro, pero la agradable sensación que siempre experimentaba cuando visitaba a Konrad no se produjo. No era de extrañar, pues esa no era una visita, más bien una necesidad urgente.

—¿Cómo está *Samson*?

—Estupendamente —contestó Konrad, y ella le creyó. Él siempre había tenido mano para tratar a los animales y en su casa el perro de ella estaba muy bien cuidado. Poco después de la horrible noche en el hotel, Philip le había regalado aquel husky blanco como la nieve y con trazos grises.

—¿Un perro de trineo? —había preguntado ella, sorprendida cuando él le tendió la correa por primera vez.

—Te arrastrará fuera de allí —había afirmado Philip, refiriéndose a la «depresión» en que estaba sumida.

Bien, se había equivocado, y al parecer *Samson* tendría que arreglárselas sin su ama durante bastante tiempo más. Tal vez para siempre.

—¿Qué te parece si empezamos? —propuso Emma, aunque deseó que Konrad respondiera que no, que se pusiera en pie y la dejara sola. Pero no lo hizo, por supuesto.

—Adelante —dijo el mejor interlocutor del mundo, tal como en cierta ocasión un cronista había denominado al abogado estrella en un artículo de periódico. Quizá fuera su mayor virtud.

Hay personas que saben leer entre líneas, y Konrad era una de ellas. Esa cualidad lo había convertido en una de las escasas personas con que Emma lograba sincerarse; él conocía su pasado, sus secretos, su fantasía desbordante... Ella le había hablado de Arthur y de la psicoterapia mediante la cual se había liberado de los seres imaginarios y otras visiones. Ahora no estaba tan segura de ello.

—No lo lograré, Konrad.

—Debes lograrlo.

Como siempre, Emma buscó un mechón de pelo para enrollárselo en un dedo... pero su pelo todavía era demasiado corto. Ya había transcurrido casi medio año y aún no lograba acostumbrarse a la desaparición de su magnífica melena, pero al menos sus cabellos ya habían crecido unos seis centímetros.

Konrad la contempló con tanta insistencia que ella tuvo que desviar la mirada.

—De lo contrario no podré ayudarte, Emma. No después de todo lo que ha ocurrido.

«No después de todas esas muertes. Lo sé». Emma suspiró y cerró los ojos.

—¿Por dónde he de empezar?

—¡Por lo peor! —dijo Konrad—. Regresa con tus recuerdos allí donde más duele.

Una lágrima se desprendió de sus ojos y volvió a abrirlos. Clavó la mirada en el ventanal y observó a un hombre que conducía un dogo sujeto a una correa por el sendero de la orilla. Desde lejos parecía que el enorme perro abría las fauces para atrapar copos de nieve con la lengua, pero Emma no estaba segura; solo sabía que hubiese preferido estar allí fuera, con el hombre y el dogo y la nieve a sus pies, que con toda seguridad no era tan fría como el patio interior de su alma.

—Bueno, de acuerdo —dijo, aunque nada de lo subsiguiente tenía algo de bueno y era de suponer que nunca lo tendría, incluso si lograba sobrevivir a ese día, algo de lo cual aún no estaba segura—. Es que no sé de qué servirá todo esto. Tú estuviste presente durante el interrogatorio.

Al menos durante el segundo. La primera declaración la había hecho sola, pero cuando las preguntas de la funcionaria se volvieron cada vez más escépticas y Emma pasó de sentirse una denunciante a una acusada, había pedido que su abogado estuviera presente. A diferencia de Philip, que se vio obligado a conducir toda la noche para llegar hasta ella desde el lugar del operativo en Baviera, su mejor amigo se había presentado en el hospital a la una y media de la madrugada.

—Incluso me acompañaste durante mi declaración y estabas presente cuando firmé el formulario de aquella mujer policía. Sabes lo que el Peluquero me hizo

aquella noche.

«El Peluquero». ¡Qué denominación tan pusilánime por parte de la prensa! Como si denominaran «gamberro» a un hombre que despellejara mujeres.

Konrad negó con la cabeza.

—No estoy hablando de la noche en el hotel, Emma.

Ella parpadeó, nerviosa. De pronto supo lo que él diría y rogó que no lo hiciera.

—Sabes exactamente por qué estás aquí.

—Pues no —mintió ella.

Claro que Konrad quería hablar del paquete, ya que de lo contrario, ¿de qué?

—No —repitió ella en voz baja.

—Por favor, Emma. Si he de defenderte, debes contarme todo lo que ocurrió aquel día hace tres semanas, en tu casa. Sin omitir nada.

Ella cerró los ojos y deseó que los cojines del sofá se la tragaran para siempre, al igual que las hojas de una planta carnívora devoran una mosca, pero por desgracia no ocurrió. Y porque quizá no le quedaba otra opción, empezó su historia con voz quebradiza. Empezó a hablar del paquete.

Y cómo, junto con aquel paquete, el horror —que se había iniciado aquella noche en el hotel— llamó a la puerta de la pequeña casa rodeada de una cerca rústica, situada al final de una calle sin salida, y entró en su vida.

TRES SEMANAS ANTES

6

La rosca de tornillo se abría paso a través del tímpano de Emma y se introducía en su cerebro. No sabía quién había conectado el taladro acústico que puncionaba su amígdala cerebral —el punto donde reside el miedo— tan temprano por la mañana, sumiéndola en el pánico.

Nunca había considerado que su casa de la avenida Teufelssee fuese algo especial, aunque era el único edificio aislado del barrio.

El barrio junto a la Heerstrasse consistía en encantadoras casas adosadas de los años veinte y durante casi un siglo —hasta que en las últimas semanas Philip la había convertido en una pequeña fortaleza— su pequeña casa solo destacaba porque uno podía rodearla sin pisar el terreno del vecino. Para gran alegría de los niños del vecindario, que antes, durante los cálidos días de verano, disfrutaban organizando carreras a través de su jardín; atravesaban la cerca abierta y corrían a lo largo de la estrecha senda de guijarros, giraban a la izquierda bajo la ventana del estudio, cruzaban el jardín delantero un tanto asilvestrado y alcanzaban la calle, donde el ganador debía golpear la vieja farola de gas y gritar «¡Primero!».

«Antes».

En el tiempo anterior.

Anterior al Peluquero.

En la actualidad, la cerca de madera había sido reemplazada por grandes puntales metálicos gris verdoso, anclados en la tierra y supuestamente a prueba de jabalíes, si bien los jabalíes eran lo último que Emma temía.

Sylvie, su mejor amiga, creía que tenía un miedo cervical al hombre que aquella noche en el hotel le había hecho cosas horribles... pero se equivocaba. Claro que temía que su agresor pudiera volver, pero lo que le daba más miedo era ella misma.

Como psiquiatra, Emma conocía los síntomas de una paranoia aguda. Irónicamente, había escrito su tesis doctoral sobre ese tema y, además, la pseudología —el estudio de las mentiras enfermizas— era una de sus especialidades. Ya había tratado a numerosos pacientes extraviados en sus alucinaciones y sabía cómo acababan.

Y aún peor: sabía cómo la paranoia se había iniciado en ellos.

«Al igual que en mi caso».

Seguida de *Samson*, a quien el timbre había despertado de su amodorramiento, Emma avanzó silenciosamente hasta la puerta principal con el agudo timbrazo aún resonando en sus oídos.

«¿Visitas? ¿A esta hora? ¿Justamente ahora, cuando Philip ya se ha marchado?».

Samson le pegó un empujoncito con el morro, como si la animara a seguir avanzando y dijera: «Venga ya, no es tan difícil».

No gruñó y tampoco enseñó los dientes, tal como solía hacer cuando un desconocido llamaba a la puerta, así que a lo mejor no la amenazaba ningún peligro. «¿O sí?».

Emma tuvo ganas de echarse a llorar allí mismo, en el pasillo. Llorar: de momento era su actividad predilecta desde hacía ciento cincuenta y ocho días, doce horas y catorce minutos. «Desde mi nuevo peinado». Se llevó la mano a la frente, al nacimiento del cabello, y notó que había crecido bastante; ese día ya lo había comprobado varias veces en una hora.

Se acercó a la maciza puerta de roble y abrió la cortinilla que cubría el cristal del tamaño de un platillo empotrado a la altura de los ojos.

Según la oficina del registro de la propiedad, la avenida Teufelssee se encontraba en el distrito de Westend, pero en comparación con las mansiones por las que ese barrio elegante era famoso, su pequeño hogar más bien parecía una caseta de perro con peldaños de entrada. Se encontraba en el centro de la rotonda de una callejuela empedrada difícil de rodear para coches grandes y casi imposible para furgonetas. Vista de lejos, su casa encajaba muy bien en el vecindario, con su tosco enlucido claro, las anticuadas ventanas de marco de madera, el techo de tejas color arcilla y los escalones de ladrillo rojo pardusco que conducían a la puerta, a través de la cual ella atisbaba en ese momento.

Aparte de la cerca, las últimas reformas no resultaban visibles desde el exterior. Los sensores de cristales rotos, la cerradura electrónica, los detectores de movimiento en los techos o el botón de emergencias que Emma estaba rozando. «Por si acaso».

Eran las once de la mañana de un día nublado —el cielo cubierto de nubes grises parecía al alcance de la mano—, pero no llovía (tal vez hacía demasiado frío), y tampoco nevaba como lo había hecho sin parar durante los últimos días. Emma pudo distinguir al hombre detrás de la cerca con toda claridad.

De lejos parecía un rockero turco: tez morena, cráneo rapado, barba larga y aros de metal plateado del tamaño de una moneda colgando de las orejas. Era un hombretón de más de cien kilos de peso, y llevaba guantes amarillos y azules. A Emma le pareció que en cada uno de los dedos tenía tatuada una letra diferente.

«¡No es él, gracias a Dios!», pensó, y fue como si su alma se liberase de una tonelada de peso. Aliviada, le indicó a *Samson*, que permanecía junto a ella con las orejas erguidas, que se apartara. Presionó el pulsador de apertura de la verja y aguardó.

Encerradas entre el Teufelsberg al norte, diversas escuelas e instalaciones deportivas al oeste, la autopista de la ciudad de Avus al sur, así como los ramales del tren suburbano y del ferrocarril federal al este, alrededor de unas ciento cincuenta familias —en su mayoría de clase media alta— tenían su hogar en aquel barrio junto a la carretera. Una especie de comunidad rural en medio de una ciudad de millones de habitantes, con todas las ventajas y desventajas que supone vivir en una aldea, por ejemplo, la circunstancia de que todo el mundo se conoce y sabe el nombre de todos.

También el del cartero.

—Hola, Salim.

—Buenos días, doctora.

Emma había aguardado a que subiera los escalones de ladrillo y solo entonces entreabrió la puerta, tanto como se lo permitía el pestillo de metal.

Sentado a su lado, *Samson* empezó a menear la cola, como siempre cuando oía la voz del cartero.

—Lamento haberlo hecho esperar, estaba en la planta superior —se disculpó Emma con voz ronca; había perdido la costumbre de hablar.

—Descuide, descuide.

Salim Yüzgec depositó un paquete en el escalón superior, debajo del alero, se quitó un poco de nieve de los zapatos y sonrió al tiempo que extraía la golosina de rigor del bolsillo del pantalón. Como siempre, se aseguró de que Emma no tuviese inconveniente y, también como siempre, ella le indicó a *Samson* que podía comer la galleta para perros.

—¿Cómo se encuentra hoy, doctora? —quiso saber Salim.

«Bien. Acabo de tragar diez miligramos de Cipralex y de las nueve a las once respiré con la cara metida en una bolsa de papel. Gracias por preguntar».

—Un poco mejor —mintió, con la sensación de que su intento de devolverle la sonrisa se notaba forzado.

Salim era un hombre compasivo que de vez en cuando le traía un cazo de sopa de verdura preparada por su mujer. «Para que no siga quedándose en los huesos». Pero su preocupación por ella se basaba en suposiciones erróneas.

Para que el vecindario no se excediera en sus cotilleos acerca de por qué la doctora de pronto no salía de su casa, se pasaba todo el día envuelta en la bata y desatendía su consulta, Philip le había contado a la dueña del kiosco que Emma sufría una grave intoxicación alimentaria que casi resultó mortal y había afectado a sus órganos.

La señora Koslowski era la cotilla más grande del barrio. Y así, cuando el murmullo de «radio macuto» llegó hasta Salim, la intoxicación se había convertido en un cáncer, pero era mejor que la gente creyera que Emma había perdido el pelo debido a la quimioterapia y no que cotillearan sobre la verdad, sobre ella y el Peluquero.

¿Cómo habrían de creerle los desconocidos si su propio marido no lo hacía? Philip se esforzaba por ocultar sus dudas y había realizado investigaciones, pero no descubrió casi nada que apoyara la versión de Emma sobre los odiosos acontecimientos.

En el uso del idioma chino, japonés y coreano el número 4 guardaba cierto parecido con la palabra «muerte» y por eso se consideraba gafe en algunos círculos. En la región donde hablaban cantonés el número 14 incluso equivalía a «muerte segura», por lo que los propietarios del Le Zen, oriundos de Guangdong, no solo renunciaron a utilizar esos números en las habitaciones, sino incluso la cuarta y la decimocuarta planta.

Y la suposición obvia: que Emma se había equivocado en cuanto al número de habitación, tampoco resultó muy útil. Un vistazo bastaba para comprobar que las habitaciones 1903 y 1905 habían sido reservadas durante toda la semana por una madre y sus tres hijos, procedentes de Australia y de vacaciones en Berlín. No se hallaron rastros de una irrupción violenta o un ataque en ninguna de las dos habitaciones, y en ninguna de las dos colgaba un retrato de Ai Weiwei, lo que no resultaba sorprendente, puesto que no había ninguna fotografía del artista conceptual chino en todo el hotel. Otro motivo para que el «caso» de Emma no gozara de prioridad entre los investigadores, y que cada vez dudaran más de su cordura.

¿Cómo podía tomarle a mal su escepticismo a Philip, dada una historia tan inverosímil? Una violación en una habitación de hotel que oficialmente no existía y que unos momentos antes del supuesto hecho había sido registrada por ella a fondo...

Además, Emma afirmaba haber sido violada por un asesino en serie sin rostro, que de hecho era conocido por raparle la cabeza a sus víctimas. Todas ellas pertenecían al ámbito de la prostitución y ninguna había sobrevivido, pues esa era otra «marca de la casa» del Peluquero: asesinaba a las señoritas de compañía a las que asaltaba en sus habitaciones de hotel.

«Solo me dejó con vida a mí. ¿Por qué?».

Así que no resultaba sorprendente que la policía no atribuyera su agresión al Peluquero, y debido a eso los colegas de Philip la consideraban una chiflada que se había automutilado e inventaba historias de terror. Pero, gracias a eso, al menos se había quitado de encima a la prensa.

«Pero no al cartero».

—No esperaba que pasaría tan temprano —dijo, y le abrió la puerta a Salim.

—Hoy me caí de la cama —repuso el cartero, sonriendo.

Desde que ya no salía de la casa (Philip incluso era el encargado de sacar a pasear el perro), hacía que le llevaran gran parte de lo que necesitaba. Ese día Salim cargaba con pocos paquetes. Ella firmó el recibo de sus lentillas y se alegró de que la farmacia *online* por fin le hubiera enviado los analgésicos. El paquete de cartón un poco más grande seguramente contenía unas abrigadas pantuflas, y por último la caja diaria de comestibles que le enviaba el supermercado *online* según el correspondiente pedido.

Quien se encargaba de comprar las bebidas y todo lo que no se estropeaba —conservas, jabón de lavar o papel higiénico— era Philip, pero era mejor que las verduras, la leche, el pescado, la mantequilla y el pan no quedaran tirados en su

coche, ya que a menudo debía cumplir con un servicio y regresaba a casa horas después de lo esperado.

Últimamente no se había ausentado durante varios días, como ese fin de semana. No desde que aquel psicópata la anestesió e inmovilizó, le quitó el pijama y se tendió sobre ella con todo su peso.

En los últimos meses, Philip había insistido en permanecer junto a ella por las noches. Incluso quiso anular su asistencia a la convención europea celebrada ese fin de semana, pese a que era la más importante del año. Los principales perfiladores de Europa solo se reunían cada doce meses para intercambiar experiencias durante dos días, todos los años en una ciudad distinta. Ese año era en Alemania, en un hotel cerca del balneario de Saarow, junto al lago Scharmützel. Una cita obligatoria para ese grupo de personalidades extraordinarias que día tras día debían enfrentarse a los peores horrores cometidos por los seres humanos... y en esa ocasión Philip tendría el honor de pronunciar un discurso sobre su tarea.

—Ve tranquilo. Si pasara algo te llamo de inmediato. Además, estarás muy cerca, solo a una hora de casa —le había dicho Emma esa mañana al despedirse de él con un beso, cuando en realidad hubiera querido gritar: «¿Una hora? El psicópata no tardó mucho más en convertirme en una piltrafa psíquica»—. Debo conseguir salir de este agujero por mí misma —añadió, confiando en que él se diera cuenta de que solo pronunciaba huecas frases de manual en las que, una vez convertida en paciente, ella misma ya no creía desde hacía tiempo. Y tampoco en la última mentira que le dijo a Philip antes de que emprendiera viaje—: Me las arreglaré sola, descuida.

Sí... durante los escasos segundos en que lo despidió con la mano desde la ventana de la cocina. Después perdió la compostura y se golpeó la cabeza contra la pared hasta que *Samson* comenzó a brincar en torno a ella e impidió que siguiera haciéndose daño.

—Gracias —dijo ahora, tras coger todo lo que el cartero le entregó y amontonarlo detrás de ella en el pasillo.

Salim le ofreció llevarle los paquetes a la cocina («no te preocupes, gracias») y luego se llevó la mano a la frente.

—Casi lo olvido. ¿Podría aceptar este paquete que le envían a su vecino?

Salim recogió un paquete del tamaño de una caja de zapatos del suelo, uno que Emma había creído que no era para ella, y en principio tenía razón.

—¿A mi vecino?

Las rodillas empezaron a temblarle al tiempo que asimilaba las consecuencias que ese pedido peculiar le acarrearía si fuese lo bastante insensata para aceptar. Al igual que la última vez, cuando se mostró amable y aceptó los libros que le habían enviado a la dentista y se pasó horas sentada en la penumbra de la sala, incapaz de hacer nada excepto pensar cuándo sucedería. Cuándo el timbre de la puerta rompería el silencio y anunciaría la visita no deseada.

Mientras sus manos se humedecían y su boca se secaba, contaría los minutos y después incluso los segundos hasta que aquel objeto por fin hubiese desaparecido de su casa.

Y pensar en ello ni siquiera era lo peor, algo de lo cual tomó conciencia al leer el nombre del destinatario que aparecía en la etiqueta del paquete.

Señor A. Palandt
Avenida Teufelssee 16
14055 Berlín

A lo mejor no tendría problemas con ese objeto en su casa; modificaría el transcurso de su día y la sumiría en la confusión, pero el propio paquete no era el problema. «El problema es el nombre».

Con el pulso acelerado, Emma releyó la etiqueta y quiso echarse a llorar.

«¿Palandt? ¿Quién diablos es A. Palandt?».

Antes no hubiese dedicado ni un minuto a reflexionar al respecto, pero entonces su ignorancia dio alas a sus más sombrías fantasías, lo que la atemorizó tanto que estuvo a punto de estallar en llanto.

«¿Avenida Teufelssee 16?».

¿Ese número no se encontraba del lado izquierdo de la calle, tres o cuatro casas más abajo, justo a la vuelta de la esquina? Pero allí hacía años que vivía la vieja Tornow completamente sola, no el tal A. Palandt.

Emma conocía a todos los vecinos de los alrededores, pero jamás había oído ese nombre. Eso le causó una difusa sensación de impotencia. Hacía cuatro años que vivía en esa pequeña calle sin salida. Cuatro años desde que habían comprado el inmueble, que en realidad era demasiado caro y solo pudieron adquirir porque Philip había recibido una herencia.

—¿Quiere que acepte esto? —preguntó Emma sin tocar el paquete.

Estaba envuelto en papel de estraza marrón, con los bordes reforzados mediante cinta adhesiva. Unos cordeles formaban una cruz en la parte delantera y en el dorso, todo muy normal... excepto el nombre. «¿Señor A. Palandt?».

—Por favor —rogó Salim, y le acercó el paquete un poco más—. Dejaré un aviso en la casa del destinatario, poniendo que puede recoger el envío aquí.

—¡No, no lo haga!

—¿Por qué? —preguntó Salim, desconcertado—. Es el reglamento, ¿sabe? Debo hacerlo, de lo contrario el envío no está seguro.

—Sí, de acuerdo, pero por desgracia hoy no puedo...

—Por favor, señora Stein. Me haría un gran favor, mi turno acaba dentro de una hora y, dicho sea de paso, me temo que por mucho tiempo.

«¿Por mucho tiempo?».

—¿Qué quiere decir?

Sin darse cuenta, Emma retrocedió un paso; *Samson*, que percibió su agitación, se incorporó y enderezó las orejas.

—No se preocupe, no me despiden ni nada de eso. Son buenas noticias, para mí, para Naya y Engin.

—¿Naya es su mujer? —preguntó Emma, confundida.

—Correcto; en cierta ocasión le mostré una foto de ella. De nuestro Engin de momento solo existe una ecografía.

Una brisa fría atravesó la puerta y agitó la bata de Emma. Ella tiritó interiormente.

—¿Su mujer está... embarazada? —El peso de la palabra era tan grande que apenas logró pronunciarla.

«Embarazada». Una combinación de diez letras que ese día tenía un significado completamente diferente que hacía medio año. En aquel entonces, en el tiempo anterior, la palabra representaba un sueño, el futuro, era el símbolo de la alegría y el sentido de la vida por antonomasia. Ahora solo describía una herida abierta, una dicha perdida y, pronunciada en voz baja, su sonido se asemejaba a las palabras «nunca» o «fallecido».

Salim, que malinterpretó el estupor de Emma como un signo de muda alegría, sonrió de oreja a oreja.

—Sí, está de seis meses —dijo—. Ya tiene una gran panza —añadió, gesticulando—. Y todo encaja muy bien con el puesto administrativo en el servicio interno, ¿comprende? El sueldo es mejor, solo que ya no la veré, señora Stein, y lo lamento. Usted siempre ha sido muy amable conmigo.

—Pues me alegro —fue lo único que Emma logró decir en tono apagado, y se avergonzó de ello.

Antaño siempre reaccionaba con entusiasmo ante el anuncio de un nacimiento entre sus conocidos, incluso cuando los primeros amigos empezaron a preguntar por qué ella tardaba tanto en tener descendencia y si algo iba mal. Nunca sintió envidia o amargura por que ella y Philip no lograran tener hijos de inmediato. A diferencia de su madre, que siempre se enfadaba cuando otras manifestaban su felicidad por su embarazo; el inesperado aborto involuntario sufrido cuando Emma tenía seis años la había cambiado. Después su madre jamás volvió a quedar embarazada.

En el presente, a veces podía comprender la amargura de su madre. ¿Ser una mujer fértil? ¡Imposible! Emma se había convertido en otra persona. Una mujer con la vagina lastimada, una que conocía el sabor del látex y también la sensación del acero vibrando en el cráneo rapado. Una mujer que sabía que un único acontecimiento fatal era capaz de modificar todas las sensaciones, incluso acabar con ellas.

Recordó las últimas palabras de Salim y entonces se le ocurrió una idea.

—Espere un momento, por favor.

—No, por favor. No es necesario, de verdad —exclamó Salim a sus espaldas, porque sabía qué se proponía ella cuando le dijo a *Samson* que se quedara sentado en la entrada.

También para vigilar al cartero.

Una vez en la sala, Emma notó que sostenía el pequeño paquete contra el pecho, al parecer lo había cogido de las manos de Salim. «¡Maldita sea! Ya está en casa». Lo depositó en el escritorio, junto a su ordenador portátil, situado ante la ventana con vistas al jardín trasero. Abrió el cajón superior y buscó su monedero, en el que confiaba que hubiera dinero para la propina que quería darle al leal Salim como detalle de despedida.

El monedero se había deslizado hasta el fondo del cajón, de modo que primero tuvo que sacar unos papeles. Una carta del seguro, cuentas, tarjetas no leídas deseándole una pronta recuperación, folletos publicitarios de lavadoras y...

Se quedó de piedra, sosteniendo la hoja de publicidad en la mano.

Quiso apartar la mirada de una foto brillante.

«Zummmm...».

Oyó el sonoro zumbido en la cabeza, notó la vibración en el cuero cabelludo y sintió un picor apremiante. Quiso rascarse pero no lo logró, como tampoco logró librarse del tornillo de banco que le inmovilizaba la cabeza y la obligaba a mantener la vista clavada en aquella hoja.

Philip había descolgado los espejos de la casa para evitar que el aspecto de su «peinado» siempre le recordara aquella noche. Todas las tijeras y afeitadoras habían sido eliminadas del cuarto del baño, pero Philip no pensó en una sencilla hoja de anuncios de un periódico.

«Afeitadora con cuchillas de diamante. Solo 49,90 €. ¡Con función para cortar el cabello! ¡Ahórrese el peluquero!».

Emma oyó el suave crujido que siempre precedía el alud de sus pesadillas, justo antes de que rodara por la pendiente de su alma. Cerró los ojos y cuando cayó al suelo se precipitó en el nido de ratas de sus recuerdos.

La mayoría de la gente cree que el sueño es el hermano menor de la muerte, cuando en realidad es su mayor adversario. La antesala de la eterna oscuridad no es el sueño, sino el cansancio: esta es la flecha que nos dispara la parca, firme y segura, noche tras noche, la flecha que el sueño trata de arrancarnos con todas sus fuerzas. Pero por desgracia está envenenada y, por más que el torrente onírico intente eliminar el veneno, siempre queda un resto. Cuanto más envejecemos, tanto más difícil nos resulta levantarnos por la mañana con la sensación de haber dormido bien y haber descansado. Los capilares de nuestra existencia están impregnados de tinta negra, como una esponja antaño inmaculada que se va emponzoñando cada vez más. Las imágenes oníricas antes coloridas y dichosas se convierten en pesadillescos espejos deformantes, hasta que el sueño pierde su batalla contra el cansancio de manera definitiva y, exhaustos, un día nos deslizamos en una nada carente de sueños.

Emma adoraba dormir. Pero no los sueños que la ponzoña del cansancio vital había convertido en espantosas visiones. Espantosas porque eran muy reales y reflejaban lo que realmente le había sucedido.

Al igual que cada vez que se sumía en la inconsciencia, todo comenzaba con un zumbido.

Zummmmm...

No con la penetración violenta del Peluquero, la respiración jadeante junto a su oreja o la tos que le lanzaba vaharadas de aliento mentolado a la cara mientras le pellizcaba el pezón, mientras se corría en el condón. Visiones que ella no sabía si eran recuerdos reales o del atormentado intento de su cerebro de llenar las horas perdidas entre el asalto en el hotel y el despertar con pesadillas en aquella parada de autobús.

Siempre comenzaba con el zumbido de la afeitadora, que se volvía más nítido y penetrante cuando las cuchillas vibrantes entraban en contacto con los cabellos.

«Los cabellos». Símbolos de la sexualidad y la fertilidad desde el principio de los tiempos. Por eso las mujeres de diversas culturas ocultaban su cabeza, para no atraer al diablo que habita en los hombres. El diablo, que de lo contrario... «se abalanzaría sobre mí, me violaría y después me arrancaría el cuero cabelludo...».

«Arrancacabelleras»: una denominación truculenta pero más idónea para aquel psicópata que «Peluquero», pues este no peinaba a sus víctimas, sino que les arrancaba la vida de la cabeza.

Como siempre, Emma era incapaz de diferenciar entre el sueño y la realidad cuando evocaba la fría afeitadora en la frente, paralizada por el cansancio o el narcótico que circulaba por sus venas. Percibía el zumbido eléctrico de las cuchillas apoyadas en su frente y no sentía dolor cuando avanzaba desde el nacimiento del cabello hasta la nuca. No sentía dolor y, sin embargo, era como morir.

«¿Por qué me hizo eso?».

Una pregunta a la cual Emma creía haber hallado la respuesta.

El psicópata la había violado y era consciente de ello. Actuaba con inteligencia y no trataba de deshacer lo hecho, pero sí de delegar la responsabilidad en la víctima: Emma no se había cubierto la cabeza y sus abundantes y visibles rizos habían atraído al animal masculino fuera de su madriguera. No debía ser castigada por eso, pero sí obligada a presentar un aspecto respetable, a fin de no despertar el instinto depredador de los hombres.

«Por eso me rapó la cabeza. No para humillarme, sino para expulsar el demonio albergado en mí que lo había tentado».

Emma oía el chasquido cuando las cuchillas se atascaban en un remolino, notaba que él le volvía la cabeza hacia un lado para afeitarse las sienes, notaba un escozor cuando las cuchillas penetraban demasiado y rasguñaban la piel, percibía un guante de látex que le cubría la boca, el olor de la goma que le tapaba los labios, que quizá se habían entreabierto para gritar. No le quedó más remedio que pensar que él la esperaba...

Él la había escogido. ¡Él la conocía!

Ya la había espiado con anterioridad, sus cabellos, cuando ella jugueteaba con un mechón, sus rizos que danzaban sobre sus omóplatos cuando se volvía.

«Él me conoce. Y yo, ¿también lo conozco a él?».

Al hacerse esa pregunta notó la lengua de él. Áspera, larga y húmeda, le lamía la cara, babeaba por encima de su nariz, de los ojos cerrados y la frente... «Esto nunca me había sucedido hasta ahora». Notó una presión húmeda en la mejilla, abrió los ojos y vio a *Samson*, inclinado sobre su cabeza. Tardó un momento en darse cuenta de que estaba tendida en el suelo ante su escritorio.

Estaba despierta, pero la flecha del cansancio se había clavado más profundamente que nunca. Era como si tuviera el cuerpo lleno de plomo y no se habría sorprendido si su propio peso la hubiese arrastrado al sótano, si hubiera caído directamente a través del parqué en el lavadero o en el estudio de Philip, que él se había instalado allí abajo para no tener que conducir hasta la oficina todos los fines de semana.

Pero no cayó a través del sólido parqué, desde luego, sino que permaneció tendida en la sala, a cuatro metros de distancia de la chimenea, cuyas llamas flameaban con inusitado ímpetu. Se movían como impulsadas por el viento y entonces percibió una brisa fría en el rostro, después en todo el cuerpo. Se puso tensa.

«Una corriente de aire».

Las llamas que danzaban a expensas de la corriente de aire frío solo podían significar una cosa. «¡La puerta!». Había quedado abierta.

«Lo siento, tuve que marcharme. ¡Que le vaya bien!», rezaba la pequeña nota en que Salim había escrito su mensaje de despedida.

Con los dedos entumecidos, Emma despegó el pósit amarillo del marco de la puerta y entornó los ojos. Había empezado a nevar otra vez; en el otro extremo de la calle, poco antes del cruce, unos niños jugaban al pilla pilla entre los coches aparcados, pero el cartero y su furgoneta amarilla habían desaparecido.

«¿Cuánto tiempo estuve desvanecida?». Echó un vistazo a su reloj: las 11.30, así que había estado inconsciente menos de un cuarto de hora. «Y durante ese tiempo la puerta principal permaneció abierta». No de par en par, solo un poco, pero así y todo...

Se estremeció.

«¿Y ahora qué hago?».

Samson se restregaba contra su pierna como un gato, quizás intentaba decirle que hacía un frío de mil demonios. Así pues, Emma empezó por cerrar la puerta. Una súbita ráfaga la obligó a empujar la hoja, el viento soltó un último aullido y procuró arrastrar algunos copos de nieve al interior, hasta que la puerta se cerró y reinó el silencio.

Miró a la izquierda, donde el espejo del armario mostraría sus mejillas enrojecidas si no estuviera cubierto de papel de estraza. Quizás el aliento de ella también lo había empañado.

«¿Y aparecerán palabras escritas...?».

Durante un momento sintió la tentación de arrancar el papel para comprobar si había un mensaje oculto en el espejo, pero ya lo había hecho muchas veces y nunca había descubierto una inscripción en la acristalada superficie. Nada de «He vuelto» o «Tu fin está próximo». Philip nunca había protestado por verse obligado a volver a cubrir el cristal con papel.

—Lo lamento —se dijo, sin saber a qué se refería. Sus repetidos monólogos casi siempre carecían de sentido.

¿Lamentaba haber dejado plantado a Salim sin despedirse y sin propina? ¿Lamentaba causarle tanta preocupación a Philip? ¿No prestar oídos a sus consejos, mantenerse alejada de él y negarle su cuerpo desde hacía meses? Por supuesto que, como psiquiatra, sabía que la paranoia no es una flaqueza sino una enfermedad, por lo que uno debería someterse a terapia. «Si se dispone de la fuerza suficiente para hacerlo». Y que sus exageradas reacciones eran un síntoma de esa dolencia, que no desaparecería por su cuenta solo porque ella hiciera un esfuerzo. Las personas no afectadas a menudo se enfrentaban con desconfianza a quienes sufrían una enfermedad psíquica. Por ejemplo, se preguntaban por qué un actor o un artista de

renombre mundial que «lo tenía todo» era capaz de suicidarse pese a su fama, su dinero y sus numerosos «amigos», solo porque no sabían nada de los demonios que anidan sobre todo en las almas sensibles para susurrarles al oído sus carencias, justo en el instante de mayor felicidad. Quienes gozaban de buena salud mental le aconsejaban a un depresivo que no estuviera siempre tan triste, y a los paranoicos como ella, que no se pusieran así y no corrieran a comprobar si la puerta estaba cerrada solo por haber oído un crujido. Pero eso era como aconsejarle a un hombre que se ha roto el fémur que corra una maratón.

«¿Y ahora?».

Indecisa, miró la correspondencia depositada en el suelo, la que Salim le había traído. Por ahora, el pequeño y estrecho paquete que contenía las lentes de contacto podía quedar allí en el suelo del pasillo, al igual que los medicamentos y la caja más grande de los guantes. Solo los comestibles debían estar en la nevera, pero de momento Emma se sentía demasiado débil para transportar la caja hasta la cocina.

«No puedo cargar con la caja y al mismo tiempo tener miedo».

Samson, sentado a sus pies, se sacudió, y Emma deseó imitarlo, sacudir el cuerpo y quitarse de encima todo lo que en ese momento le pesaba.

—Has ladrado, ¿verdad? —le preguntó.

Samson enderezó las orejas y ladeó la cabeza.

—Claro que sí.

Samson soltaba un gruñido cuando un desconocido se acercaba a la casa, siempre estaba muy pendiente de su ama. Jamás dejaría entrar a un ladrón.

«¿O sí?».

Por una parte, la paralizaba la idea de no poder estar segura de encontrarse a solas en la casa y, por la otra, no podía llamar a Philip y pedirle que regresara por nada, por ningún motivo concreto.

«¿O tal vez sí, por “algo”?».

Entonces se le ocurrió una idea. —¡No te muevas de ahí! —advirtió a *Samson*, y abrió el armario empotrado del recibidor, donde se ocultaba la pequeña caja blanca de la alarma. Los números de la pantalla se iluminaron en cuanto ella acercó la mano: 1 - 3 - 1 - 0. La fecha en que se conocieron, en la fiesta de cumpleaños de Sylvie.

El dispositivo estaba programado de tal manera que, en caso de que sonara la alarma, llamaban a Emma a su móvil. Si no lograban comunicarse o si ella no pronunciaba la contraseña correcta (Rosenhan), la policía acudía en el acto.

Presionó el pictograma de la casa vacía y luego activó todos los sensores de movimiento. Mediante una segunda tecla (EG) volvió a desconectar los sensores de movimiento de la planta baja.

—Bien, ahora podemos movernos, pero nos quedamos en la planta baja, ¿vale?

Si alguien hubiese irrumpido en la casa ella lo oiría en cuanto se moviera en la planta superior o en el sótano. Que alguien se ocultara en la planta baja era bastante

improbable. Allí no había cortinas en la sala, ni grandes armarios, arcones u otros escondrijos. El sofá estaba pegado a la pared, que carecía de ángulos o salientes.

«Pero por si acaso».

Extrajo el móvil del bolsillo de su bata, abrió la lista de favoritos y pulsó el contacto de Philip para llamarlo de inmediato en caso de emergencia. Después fue a regresar a la sala, pero se volvió una vez más porque no estaba segura de haberle dado dos vueltas a la llave.

Tras comprobarlo y también resistir el impulso de mirar el espejo, volvió junto a *Samson*, que, con las uñas repiqueteando contra el parqué, ya había encontrado el camino de regreso a su manta junto a la chimenea.

«Debo llevarlo a que le corten las uñas», pensó, pero no porque le preocupara el parqué, puesto que de todos modos ya estaba bastante desgastado y era urgente que volvieran a pulirlo en cuanto ella tolerara la presencia de extraños en la casa. «A lo mejor en la próxima vida».

Se avergonzaba de que el perro no saliera a pasear más a menudo. Esa mañana solo durante un cuarto de hora, cuando antes de marcharse al simposio Philip lo llevó a dar una vuelta a la manzana. Ella solía sacarlo al jardín, donde *Samson* hacía sus necesidades junto al cobertizo de las herramientas a un lado del rododendro, mientras ella aguardaba su regreso detrás de la puerta principal cerrada con llave.

El hecho de que el perro se mostrara tan tranquilo era una señal inequívoca de que estaban solos, al menos allí en la planta baja. *Samson* se ponía nervioso con solo ver una mosca y empezaba a menear la cola, e incluso en presencia de Philip nunca se relajaba del todo porque estaba muy atento a Emma —que también siempre estaba cerca de él—. Eso hacía que, maquinalmente, el chuchó le hubiese adjudicado el papel de huésped a su marido, un huésped al que había que vigilar de manera afectuosa pero también permanente.

Se sentó al escritorio, cuyo cajón aún seguía abierto; logró volver a guardar la hoja de periódico que había provocado el recuerdo sin echarle un segundo vistazo al anuncio de la afeitadora. Entonces decidió que ese día se apartaría de su habitual rutina cotidiana y empezaría por examinar aquel paquete antes de iniciar su trabajo.

Lo cogió con ambas manos y lo hizo girar. Su peso no era mayor que el de tres tabletas de chocolate, más bien menor, lo cual lo convertía en un paquetito, pero no estaba segura: para ella todo lo que poseía un marco sólido y era más grande que una caja de zapatos era un paquete.

Lo agitó como un barman agita una coctelera, pero no oyó nada. Ni un tictac ni un zumbido, nada que indicara que contenía un objeto eléctrico o (¡líbreme Dios!) un ser vivo. Solo notó que algo liviano se movía en el interior, deslizándose de un lado a otro. No parecía especialmente frágil.

Incluso olisqueó el paquete, pero no notó nada extraño, ningún aroma picante de algún producto químico corrosivo o tal vez de un veneno. Nada que la hiciera pensar que el contenido fuera peligroso. Aparte de que su mera existencia le resultaba

amenazadora, parecía un paquete normal, similar a los miles que se entregaban todos los días en Alemania.

El papel de envolver se vendía en todas las papelerías y también en la propia oficina de correos, si es que todavía existían oficinas, puesto que hacía tiempo que iban cerrándolas. El cordel del paquete era idéntico a los que utilizaba de niña para hacer manualidades: de fibras grises y ásperas.

Examinó la etiqueta pegada en el dorso, en la que curiosamente también aparecía el nombre del destinatario, A. Palandt, pero no el remitente. Tampoco figuraba una dirección particular ni una empresa, así que lo habían enviado a través de una oficina de paquetería automática, pues solo en ese caso se podía hacer un envío anónimo. Emma lo había descubierto el año anterior, cuando quiso enviarle un paquete navideño a su madre sin que esta averiguara de inmediato quién lo remitía. Al final, en aquella ocasión Emma bromeó poniendo un remitente imaginario (Papá Noel, calle Navidad 24, Polo Norte). Pero ahora la ausencia de remitente casi la inquietó más que el hecho de no conocer a ningún vecino llamado A. Palandt.

Volvió a dejar el paquete a un lado y lo empujó hasta el borde de la mesa, lo más lejos posible de ella.

—¿De verdad no quieres hacerme compañía? —preguntó y se volvió hacia *Samson*.

Durante todas esas horas solitarias se había acostumbrado a hablar con el perro como si fuera un niño pequeño que observaba los quehaceres de Emma. Sin embargo, ahora le pareció curiosamente adormilado, tendido junto a la chimenea y no acomodado a sus pies bajo el escritorio, como de costumbre.

—Bueno —dijo con un suspiro cuando *Samson* no reaccionó—. Lo principal es que no te chives de mí, porque sabes que le prometí a Philip que no lo haría. —Pero justo ese día no podía evitarlo, y daba igual lo mucho que él se enfureciera después.

Tenía que hacerlo y punto.

Con la sensación de estar engañando a su marido, abrió el ordenador portátil y empezó a «trabajar».

Solo existía una foto de Emma y Philip en la que ella no detestara su aspecto; la había hecho una pequeña ladrona de dos años.

Unos cinco años atrás, de camino a la exposición de un amigo fotógrafo, se habían refugiado de un repentino chaparrón en un local para turistas junto al mercado de Hacke, un «restaurante de patatas» provisto de largos bancos y mesas de caballetes, una de las cuales tuvieron que compartir con más de una docena de fugitivos de la adversidad meteorológica. Los camareros prácticamente los obligaron a pedir algo más que bebidas, así que escogieron fritura de patatas ralladas con puré de manzana.

Jamás habrían recordado esa tarde de abril escasamente memorable si un día después Emma no hubiese encontrado esas extrañas fotos temblorosas en su móvil.

Las primeras estaban completamente veladas. En la quinta aparecía el borde de una mesa, al igual que en las seis siguientes, en las que al principio solo se veía el pulgar y después a la ilícita autora: una niña rubia de cabellos erizados, boca embadurnada de papilla de sémola y una sonrisa diabólica, de esas de las que solo son capaces los niños pequeños que acaban de sisarte el móvil sin que te des cuenta.

En total, y en siete tomas sin *flash*, aparecían partes de Philip y Emma. En una incluso Emma sonreía, pero la foto más bonita era aquella en que el tiempo parecía haberse detenido: Emma y Philip, sentados uno frente al otro, se miraban a los ojos mientras sus respectivos tenedores estaban clavados en el mismo trozo de fritura. La toma parecía de una película en la que de pronto desaparecía la banda sonora de los clientes del restaurante que no dejaban de parlotear, los llantos de los niños y el traqueteo de los cubiertos, y en cambio una romántica pieza de piano subrayaba la imagen fija.

Emma ignoraba que ella y su marido aún intercambiaran semejantes miradas afectuosas, y el hecho de que esa foto se hubiese generado de manera inadvertida y libre de cualquier escenificación la volvía aún más valiosa para ella. Y también para Philip, que adoraba la foto, pero a quien su pose torpe y larguirucha le parecía demasiado «jamesdeanística», sea lo que fuere que significara eso.

Antes, en el tiempo anterior, Emma había mirado la foto todos los días a las diecisiete horas, cuando Philip la llamaba para informarla si regresaría para la cena, porque ella la había copiado en su lista de contactos, en el número del móvil de Philip. Una copia de la foto estaba metida en el bolsillo interior de su bolso favorito, como talismán, y durante un tiempo también fue el protector de pantalla de su *notebook*, hasta que, incomprensiblemente, desapareció de su ordenador tras una actualización del sistema.

«Al igual que la seguridad en mí misma, mi alegría de vivir. Mi vida».

A veces Emma se preguntaba si aquella horrenda noche el Peluquero también la había sometido a una actualización del sistema y reseteado su disco duro, pues era evidente que ella se había convertido en una pieza defectuosa: mercadería estropeada, desechable.

Clicó en el icono de Outlook en la pantalla para dedicarse a su desagradable pero necesaria tarea cotidiana. Esta consistía en navegar por Internet en busca de las últimas informaciones sobre el Peluquero, algo que Philip le había prohibido después de que los periódicos, debido a una indiscreción de la fiscalía, hubieran logrado meterse en el perfil del psicópata realizado por Philip. Le habían sacado provecho durante días y Philip temía que los informes sensacionalistas de la prensa amarilla perturbaran aún más a Emma. Así pues, ella debía actuar con cautela.

«En secreto, como una ladrona».

Navegó en privado mediante un buscador que no almacenaba ningún URL. El archivo en que guardaba cronológicamente todos los informes y datos sobre el caso se titulaba «Dieta» y estaba protegido mediante una contraseña.

Ese día volvía a aparecer un torrente de especulaciones en la red, pues el Peluquero había vuelto a actuar la semana anterior, una vez más en un hotel de cinco estrellas de Berlín, en esta ocasión situado en la plaza Potsdamer. Una vez más, una prostituta había sido envenenada con una sobredosis de GHB, ácido oxibico, restos del cual se habían encontrado en la sangre de la mujer. Sin embargo, la policía no lo consideraba una prueba determinante. Emma era psiquiatra y sabía cuán fácil resultaba obtener dicho medicamento, que en dosis bajas tenía un efecto estimulante, por lo que a menudo se abusaba de él en las fiestas.

Los artículos publicados por la prensa amarilla proporcionaban más detalles sobre las preferencias sexuales de Natascha W., de veintidós años, que sobre la manera en que había perdido la vida sometida a una dolorosa tortura. Si uno examinaba los comentarios de los lectores de los foros de Internet podía tener la impresión de que las víctimas también tenían parte de culpa, pues ¿quién las obligaba a entregarse a hombres desconocidos por dinero?

La mayoría pasaba por alto que las víctimas también eran seres humanos. La rusa que aquella noche había llamado a su puerta irradiaba más empatía que todos los comentaristas de los foros. Que los investigadores no lograran encontrarla solo se debía a la mala suerte, pero de hecho no era extraño, pues ¿qué señorita de compañía proporcionaba su auténtico nombre al recepcionista o informaba del número de habitación de su cliente? En los hoteles de lujo semejantes chicas eran huéspedes inevitables pero invisibles.

Crac.

En la chimenea, un leño cayó del montón en llamas. *Samson* ni siquiera arrugó el morro, pero Emma pegó un respingo.

Echó un breve vistazo por la ventana y clavó la mirada en el pino del jardín que todos los años decoraban como árbol de Navidad; la nieve aplastaba las ramas.

Contemplar la naturaleza era una de las escasas cosas que la tranquilizaba. Adoraba su jardín; poder volver a cuidarlo era importante para deshacerse de esa estúpida perturbación mental. Seguro que en algún momento hallaría fuerzas para someterse a una terapia y dejar que un colega controlara su medicación. «Algún día, pero no hoy».

En su cuenta de correo descubrió un mensaje, evidentemente correo basura, que la amenazaba con la anulación de sus tarjetas de crédito; por debajo aparecían diversas alertas de noticias bajo la palabra clave «Peluquero». También un artículo de la *Bildzeitung* y uno de la *Berliner Zeitung*, que fue el primero que abrió. Tras comprobar que no contenía nada nuevo, lo copió como PDF en el ordenador: «Peluquero_TRES_Investigaciones_NATASCHA».

En realidad, la tal Natascha ocupaba el lugar que el Peluquero había dispuesto para Emma. En realidad, le correspondía el número cuatro.

«Yo solo soy la mujer que no cuenta».

Para cada víctima, Emma tenía subcarpetas tituladas «Vida privada», «Vida profesional» e «Hipótesis propias», pero las destinadas a las investigaciones públicas eran las más importantes.

Allí también se encontraba el artículo de la revista *Der Spiegel* sobre el primer perfil confeccionado por Philip, en que el monstruo era caracterizado como un narcisista psicópata, adinerado, culto y con estudios superiores. Tan enamorado de sí mismo que era incapaz de mantener una relación; como se consideraba perfecto, culpaba a las mujeres de su soledad. Mujeres que seducían a los hombres y que en realidad solo querían una única cosa de ellos: dinero. Ellas eran las responsables de que un individuo tan gallardo como él no lograra controlar sus impulsos. El proceso del rapado lo consideraba un servicio brindado al mundo masculino mediante el «afeamiento» de las mujeres, para así evitarles caer en la tentación.

Era posible que hubiese más víctimas como Emma a las que «solo» les rapaba la cabeza tras la violación. Quizás el Peluquero no quería matar necesariamente a sus víctimas, sino solo cuando seguían pareciéndole atractivas incluso rapadas.

Philip había añadido dicha reflexión a la sospecha de que, durante sus tropelías, tal vez el Peluquero llevara un dispositivo de visión nocturna a fin de evaluar el acontecimiento al final. Una especulación que Emma había archivado en la carpeta «Hipótesis», al igual que aquella que sugería que el psicópata quizá sentía repugnancia ante la sangre. Al fin y al cabo, le había causado una herida en la frente mientras la afeitaba. Puede que gracias a eso Emma se hubiera salvado, pues la herida y la sangre la habían desfigurado a tal punto que el Peluquero consideró que había consumado su propósito.

Oficialmente, Philip no participaba en el caso, solo a causa de su implicación personal, aunque la palabra «implicación» había sido una transcripción amable de su jefe por «esposa chiflada con delirios de violación». Pero, de manera extraoficial, Philip recurrió a todas sus fuentes para estar al corriente de las investigaciones.

Emma estaba convencida de que él no le contaba todo lo que averiguaba, de lo contrario no se hubiera quedado sin respiración cuando abrió la página inicial del *Bild*.

«¡Maldición!».

Se llevó la mano a la boca y parpadeó.

El pie de la foto solo consistía en tres palabras, pero ocupaban gran parte de la pantalla:

¿ESTE ES ÉL?

Por encima aparecía una foto de color verdoso, tomada desde una cámara situada en el techo de un ascensor. Mostraba a un hombre con una sudadera gris con capucha; tres cuartas partes de su rostro estaban velados y la parte visible podía pertenecer a cualquier hombre blanco vestido con tejanos y zapatillas. Lo que perturbó a Emma no fue el aspecto de la figura delgada de mediana estatura que se dirigía al vestíbulo del hotel en que la víctima número dos se había dejado la vida, sino el objeto que el hombre sostenía en la mano al abandonar el ascensor.

Más abajo se leía: «Aquí se ve un hombre no registrado como huésped del hotel en la noche que murió Lariana F.». Al parecer, dado que no era seguro que ese fuese el criminal, en su momento no quisieron publicarlo debido al régimen de protección de datos; sin embargo, ahora sí que lo publicaban, a falta de otras opciones. Para informaciones al respecto aparecían los habituales números de teléfono y un vínculo directo con la policía.

«¡Dios mío! ¿Acaso me equivoco? O quizás eso es...».

Emma buscó una bolsa de papel en el escritorio para respirar, no encontró ninguna y pensó en ir a la cocina en busca de una, pero entonces decidió que primero aumentaría la foto, haría *zoom* en las manos aún cubiertas de guantes de látex, en los dedos, en el objeto que aferraban.

«Las autoridades creen que aquí el Peluquero se lleva sus trofeos», rezaba el texto.

«¿El pelo cortado? ¡En un paquete!».

Emma alzó la mirada, se fijó en el paquete depositado sobre el escritorio y luego regresó a la imagen. «Pequeño, empaquetado de manera sencilla en papel de estraza normal». Más o menos como el paquete anónimo que Salim le había entregado para su misterioso vecino A. Palandt.

Notó que una gotita de sudor se le desprendía de la nuca y le descendía por la espalda. Entonces oyó gruñir a *Samson*, incluso antes de que la alarma sonara en el ático.

«¿Qué ha sido eso?».

El susto la paralizó, pero se obligó a contener el pánico y averiguar el origen del sonido.

En comparación con el pitido agudo que soltaría el sensor de movimientos, este sonido era débil y lejano. Captado por los sensores infrarrojos, un único movimiento provocaría el estrépito de la alarma en toda la casa, no solo en una planta superior.

Además, el sonido era casi melodioso. «Como de un...».

Emma albergaba una sospecha, pero no logró concretarla por culpa del sonido, que se interrumpió tan abruptamente como empezó.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó en voz alta. *Samson* ni siquiera alzó la cabeza de sus gruesas patas, lo cual resultaba bastante atípico. Eso inquietó a Emma: tal vez solo había imaginado el sonido. «¿Es que ahora también sufro alucinaciones acústicas?».

Cerró el portátil, apartó la silla del escritorio y se puso en pie. El parqué crujía bajo sus pies y se dirigió de puntillas a la escalera, calzada con sus pantuflas de tela. Aguzó el oído apoyada en la barandilla de madera, pero lo único que oyó fue un suave zumbido, el acúfeno que todo el mundo percibe si se concentra en su propio oído.

Desconectó el sensor de movimientos mediante el comando instalado junto a la puerta principal y después subió los peldaños que llevaban a la primera planta, donde se encontraban la habitación, un vestidor y un amplio cuarto de baño.

Olvidó encender la luz de la escalera y allí arriba aún no había levantado las venecianas (a veces, cuando las migrañas —el efecto secundario de los psicofármacos— la afectaban, no las levantaba en todo el día), así que el ascenso fue como una escalada en la oscuridad.

Maldita sea: si hubiese bajado al sótano al menos podría haberse armado con alguna herramienta, incluso con el extintor que colgaba de la pared.

—¡Ven aquí, *Samson*! —llamó sin volverse, porque de pronto tuvo miedo de que alguien pudiera salir de la oscuridad y acercarse a ella en la escalera. Y como si Philip también hubiese instalado un sensor de voz para protegerla, su exclamación volvió a activar la alarma.

«¡Cielo santo!». Se mordió los labios para no soltar un alarido. Por supuesto, tal vez se debía a una casualidad que en ese momento volviera a oír el misterioso sonido, pero lo oyó. Y no se lo estaba imaginando.

Un tono nítido, un poco más intenso, pues se había acercado al origen, que, evidentemente, no se encontraba en la primera planta sino más arriba, en la

buhardilla. Y junto con la alarma regresó la idea anterior de Emma y se le ocurrieron varias asociaciones.

Un despertador era la explicación más inocua, pero también la más improbable, porque en la buhardilla solo había botes de pintura, algunas tablas sueltas, unos paneles de yeso arrancados y diversas herramientas desparramadas. ¡Pero ningún reloj! Y si lo hubiera, ¿por qué de repente empezaría a sonar ese día, seis meses después del final de las obras?

No, allí donde habían empezado a construir la habitación de los niños no había ningún reloj despertador, esa habitación que Emma denominaba BER en secreto, el nombre del aeropuerto de la capital que quizá tampoco nunca llegarían a terminar de construir. Aquel aciago día, junto con sus cabellos, también había perdido su deseo de tener hijos.

«De momento», le dijo a Philip. «Para siempre», le dijo a su alma.

Pero si no era un reloj, entonces solo podía ser... un móvil.

—¡Vamos, *Samson*, ven! —volvió a llamar Emma, con voz más sonora y enérgica.

La idea de que un móvil sonara en la buhardilla era inquietante. Ante la inevitable consecuencia —que debía pertenecer a alguien—, Emma estaba a punto de ser presa del pánico. Y lo fue en ese mismo instante, cuando a escasos metros de distancia la puerta del baño se cerró con estrépito.

Se apresuró instintivamente, sin tomar una decisión racional ni sopesar opciones, pues en ese caso con toda seguridad se habría lanzado escaleras abajo, habría cogido a *Samson* y corrido hacia la calle.

En cambio, remontó los últimos peldaños, cruzó el estrecho pasillo casi a ciegas, perdió una de sus pantuflas, entró bruscamente en la habitación, la cerró de un portazo y echó la llave. Acercó una silla y encajó el respaldo bajo el picaporte, tal como lo había visto hacer en las películas...

«Pero ¿es que esto tiene sentido?».

No, allí todo carecía de sentido desde hacía mucho tiempo, desde que la habían encontrado en la parada de autobús después de aquella noche en el hotel Le Zen.

Sin pelo.

Sin dignidad.

«Fuera de mis cabales».

Lentamente, su vista se acostumbró a la oscuridad; en la escasa luz diurna que penetraba a través de las lamas de la persiana solo distinguía contornos, sombras, superficies... las de la cama, el ropero, la puerta de la habitación con sus engarzados casetones de roble.

Se acurrucó junto a una cómoda heredada de su abuela en la que guardaba la ropa interior y clavó la mirada en el picaporte, el único objeto metálico y reflectante de la habitación.

Aunque su sentido de la vista había disminuido, su capacidad auditiva parecía haber aumentado: además del sonido de su respiración agitada y del susurro de su bata que se deslizaba por su torso, unos sonidos apagados llegaban hasta sus oídos.

Pasos, pasos muy pesados que subían la escalera.

Entonces cometió el mayor de los errores: soltó un grito. Agudo y penetrante. Oyó su propio terror mortal surgiendo de su garganta y, a pesar de saber que con ello solo llamaba la atención sobre sí misma, no pudo evitarlo. Cayó de rodillas, presionó la mano contra la boca, se mordió los nudillos, gimió y se despreció por su flaqueza.

¡Cuánto se había enorgullecido antaño por su capacidad de controlar sus sentimientos, incluso en las situaciones más inestables emocionalmente! Por ejemplo, cuando el celoso —que sufría un trastorno límite de la personalidad— al que quería derivar a un colega se despidió de ella en la consulta pegándole un puñetazo en la cara. O cuando una paciente de once años murió de un tumor cerebral y ella le sostuvo la mano en la clínica junto a su madre, hasta que la niña expiró. Siempre había logrado postergar el derrumbamiento hasta llegar a casa, sola, donde podía descargar su rabia o su pena en un momento escogido por ella misma y gritar contra

la almohada presionada contra el rostro. Pero hacía tiempo que carecía de esa clase de autocontrol, y se odiaba a sí misma por ello.

«Soy una piltrafa, una miserable llorona que cuando ve una publicidad en la que aparece un bebé rompe a llorar. Y que piensa en el Peluquero cada vez que se encuentra con un hombre».

Y que frente a un picaporte que alguien agita desde el exterior piensa que se enfrenta a una muerte segura.

Lo último que vieron sus ojos fue la puerta temblando bajo una andanada de golpes. Después los cerró, quiso levantarse aferrándose a la cómoda pero se deslizó al suelo sin fuerzas, como una borracha que ya no puede mantener el equilibrio.

Llorando, notó el sabor de las lágrimas y el sudor que goteaba de las cejas («¿por qué no me las afeitó junto con el cabello?»). Pensó en la persiana: «Qué estúpida fui al no abrirla esta mañana». Ahora no tenía tiempo de levantarla y saltar afuera. Desde la primera planta la distancia no era muy grande y, además, un montón de nieve cubría el jardín.

«A lo mejor lo habría logrado si...».

Cuando la puerta se astilló, dejó de gritar y pensar. Una corriente de aire refrescó su cara anegada en lágrimas. Oyó jadeos, pasos, gritos. No los suyos propios, sino los del intruso. «Gritos masculinos».

Entonces dos manos le apartaron los brazos con que se cubría la cabeza para protegerse, acurrucada como una niña pequeña que aguarda un castigo. «No; más bien como una mujer que aguarda la muerte».

Finalmente, oyó su nombre, espetado una y otra vez por una voz inesperada. Entonces recibió una bofetada en pleno rostro. La mejilla le ardió como si la hubiese picado una medusa y las lágrimas le escocían los párpados. De un modo borroso, vio que se enfrentaba a dos intrusos. Ambos estaban de pie ante ella, y reconoció sus caras pese a la penumbra y al velo que le empañaba los ojos.

No era nada excepcional, puesto que estaba casada con uno de ellos.

Philip no era un hombre ideal, al menos comparado con los hombres ideales con que supuestamente sueña la mujer media. No era ningún príncipe relamido, de esos que telefonean tres veces al día solo para decir «Te amo», y después del trabajo pasan por una floristería, una tienda de lencería o una joyería, para comprar una pequeña atención que sorprenda a su amada, y así un día tras otro, hasta las bodas de oro y más allá. Pero no solía discutir de malos modos, no miraba a otras mujeres, siempre era cariñoso con su madre y le gustaba cocinar para sus amigas.

Y lo principal: era un compañero fiable.

Alguien que defendía sus propias opiniones; un hombre con ángulos y bordes a los que ella podía agarrarse mejor que a la mano que le ayudaba a ponerse el abrigo. Le ofrecía seguridad y confianza, a pesar de todas las dificultades con que se había iniciado su relación. Él había tardado meses en separarse de su pareja anterior y durante semanas mantuvo una doble relación con «Kilian».

Claro, su ex no se llamaba así, pero en aquel entonces Philip había guardado el número de Franziska en su móvil bajo el nombre de un compañero del fútbol, para que Emma no sospechara cuando volvía a aparecer una llamada o un SMS de su ex. Cuando por casualidad lo descubrió, él y Emma mantuvieron la primera pelea importante que casi acabó con su relación, pero al final ella le creyó cuando Philip afirmó que, mediante ese truco, él no había tenido la intención de dejar abierta una puerta trasera. Él no podía impedir las llamadas de Franziska, ebrias y en parte histéricas, y tampoco podía dejar de atender las llamadas de su móvil del trabajo. Así que al menos había tratado de evitar que Emma se sintiera innecesariamente herida y de protegerse a sí mismo de peleas innecesarias.

Finalmente, el problema se resolvió cuando Franziska encontró una nueva pareja con la que se trasladó a Leipzig y el número de «Kilian» fue eliminado para siempre.

Por lo demás, adolecía de los habituales defectos masculinos: le gustaba quedarse con sus amigos hasta altas horas, sin avisar a Emma mediante un SMS; roncaba; inundaba el cuarto de baño; apoyaba los codos en la mesa al comer. Una vez olvidó el aniversario de su boda y otra vez, durante un arranque de ira, arrojó una taza de café contra la pared de la cocina (todavía se veía la mancha), pero nunca le había pegado.

No obstante, era la primera vez que Emma le había dado un motivo tan válido para ello.

—Lo siento —dijo Philip, unos minutos después.

La había conducido escaleras abajo hasta la cocina, donde ella se había sentado a la mesa cuadrada de madera, esa en la cual a ambos les gustaba desayunar los fines de semana porque el panorama del jardín era muy bonito. El jardín de la casa vecina estaba abandonado y por eso uno tenía la sensación de contemplar un bosque.

Emma asintió con la cabeza y quiso decir «No pasa nada», pero su voz se negó a surgir de su garganta. Aferraba una taza de café, un café que no bebería; Philip estaba apoyado en la encimera, a un lado del fregadero, manteniéndose a distancia. No porque quisiera hacerlo, sino porque sabía que en ese momento ella lo necesitaba, al menos hasta que la voz del miedo dejara de gritar en su cabeza.

—Lo siento mucho, maldita sea —insistió, haciendo rechinar los dientes y contemplándose las manos como si no pudiera comprender lo que había hecho.

—No. —Emma negó con la cabeza y se alegró de haber recuperado el habla, si bien lo único que surgió de su garganta fue un graznido—. Hiciste lo correcto. —La bofetada (que aún le escocía la mejilla) había apagado la llamarada de pánico. Solo después de recibirla había dejado de gritar y vuelto a tranquilizarse—. Estaba fuera de mí —admitió, al tiempo que pensaba: «Así que es así como se sienten mis pacientes cuando me cuentan sus historias. Y, después, ¿también se dan cuenta de cuán absurda es su conducta?».

Emma había creído que un extraño había cerrado la puerta del cuarto de baño, aunque la explicación residía en el regreso inesperado de Philip, que había olvidado la carpeta que contenía su discurso y había vuelto desde la autopista. La había llamado para avisarle, pero la llamada fue directamente al buzón de voz mientras ella estaba tendida e inconsciente en la sala.

—Subí en el acto cuando te oí gritar —explicó él.

Su marido parecía haber envejecido años y Emma temió que ello no solo se debía a la luz de la lámpara colgante; sus sienes parecían haberse agrisado, el pelo le raleaba y tenía la frente surcada de arrugas, algo que supuso que no se debía tanto a sus cuarenta años como a aquello que, hacía seis meses, había cambiado por completo: la vida de ella.

Cuánto le habría gustado ponerse en pie, tenderle la mano, acariciarle la barbilla apresuradamente afeitada esa mañana y decir: «No te preocupes, todo vuelve a estar bien. Ahora conducimos en el coche hasta Tegel y cogemos el primer avión a algún lugar desconocido para ambos. Lo principal es que sea muy lejos. Dejaremos la adversidad a nuestras espaldas». Pero eso era imposible, ella no lograría llegar ni hasta la puerta, puesto que ni siquiera tenía fuerzas para desplazar el taburete de la cocina, maldita sea. Así que se limitó decir:

—Creí que habían irrumpido en casa.

—¿Quién?

—Ni idea. Alguien.

Philip soltó un suspiro triste, como un niño pequeño que confía en que el juguete que acaba de reparar con gran esfuerzo vuelva a funcionar, pero no es así.

—Aquí no hay nadie, Emma. La puerta del baño se cerró cuando abrí la puerta principal; ya sabes que tenemos muchas corrientes de aire.

Ella asintió, pero frunció los labios.

—Eso no explica el timbrazo.

—¿Qué timbrazo?

Emma se volvió hacia la voz que surgió detrás de ella. Jorgo Kapsalos, el mejor amigo de Philip y su compañero en la Oficina Federal de Investigación Criminal, estaba ante la puerta de la cocina. Era el segundo hombre que había visto en la habitación.

Esa mañana, cuando pasó a recoger a Philip, Jorgo lo había esperado en el coche. Ahora había entrado y la miraba como siempre que se encontraban: con expresión nostálgica y esperanza disimulada.

Philip pasaba por alto las miradas de su compañero o las malinterpretaba, pero Emma sospechaba lo que Jorgo sentía cuando la miraba con tanta melancolía. Aunque Emma de vez en cuando usaba a Konrad para despertar los celos de Philip, jamás abusaría de los sentimientos de Jorgo, porque, a diferencia del abogado defensor, el compañero de su marido era cualquier cosa menos homosexual. El pobre estaba desesperadamente enamorado de ella y Emma lo sabía desde la velada de su boda, cuando mientras bailaban Jorgo, bastante bebido, le había susurrado al oído que se había casado con el hombre equivocado.

—¿Qué timbrazo? —volvió a preguntar.

—Ni idea. De un despertador o un móvil. Creo que procedía de la buhardilla.

Desde que ambos hombres forzaran la puerta de su habitación, ella ya no había oído nada más.

—Ve a comprobar las otras habitaciones —pidió Philip a su compañero.

—No lo hagas, por favor. —En vano, Emma trató de hallar las palabras para explicarles que ya había experimentado todo eso en otra ocasión, cuando había registrado su habitación y se había convencido de estar sola, y después fue violada. Era irracional e ilógico, desde luego, pero temía que convocaran la desgracia y que, con otro registro, a continuación la catástrofe se repitiera, como si existiese una tabla de réplicas del Mal. Una ecuación con un desconocido llamado «peligro» y un resultado predeterminado: «dolor». Ella sabía mejor que nadie que dicho razonamiento era patológico, y por eso se abstuvo de manifestarlo a aquellos dos hombres psíquicamente equilibrados. Se limitó a decir—: Debéis marcharos. Ya os he entretenido bastante tiempo.

—Tonterías —dijo Jorgo, haciendo un gesto negativo con la mano. Era un ropero de hombre, un individuo compacto y musculoso, de esos que uno desearía tener a su lado en una oscura estación de metro cuando se acerca una pandilla de gamberros—. Nos perderemos el primer seminario y punto. No es muy importante.

Philip asintió con la cabeza.

—Mi discurso tampoco es necesario. Tal vez sería mejor que fueras tú solo.

—Si lo prefieres... —Jorgo se encogió de hombros con gesto disgustado.

Emma sospechó el motivo: hubiese preferido ser él quien se quedara a solas con ella. El mejor amigo de su marido le había enviado varios mensajes en los que le

ofrecía su ayuda y apoyo tras su desgracia. Ella los había eliminado todos, los últimos sin siquiera leerlos.

—Sí, creo que es mejor que me quede aquí. —Philip asintió una vez más—. Ya ves qué mal está Emma. —La señaló y habló como si ella no estuviera presente, otra de sus costumbres que no encajaban con el hombre ideal—. No puedo dejarla sola.

—Sí, sí que puedes. Descuida —lo contradijo Emma, si bien «descuida» expresaba casi lo opuesto de lo que sentía.

Philip se acercó y le cogió la mano.

—Ay, Emma, ¿qué te ha confundido tanto hoy?

«Buena pregunta». ¿El anuncio de la afeitadora? ¿Su pérdida de conciencia? ¿La despedida de Salim? ¿La foto del Peluquero en el ascensor? «Un momento: el paquete...».

—¿Qué paquete es ese? —oyó preguntar a Philip y entonces se dio cuenta de que ese día ya era la segunda vez que formulaba sus pensamientos en voz alta—. ¿La caja de comestibles en el recibidor?

—No; lo siento, todavía no los he guardado.

Y el hecho de que casi había olvidado hablarle a su marido del extraño paquete apoyado en su escritorio hizo que Emma comprendiera cuán confusa estaba. En su fuero interno notó que estaba pasando por alto otra cosa, algo importante, pero que en ese momento no lograba recordar. Quizás el paquete era más importante de lo que parecía.

—Salim me pidió que aceptara algo para un vecino.

—¿Y? —preguntaron Jorgo y Philip al unísono.

—Pero jamás he oído ese nombre con anterioridad. —«¿Cómo se llamaba, maldita sea?». Debido a su agitación, Emma lo había olvidado, pero entonces volvió a recordarlo—. ¿Conoces a un tal A. Palandt?

Philip negó con la cabeza.

—¿Lo ves? Yo tampoco.

—A lo mejor es un nuevo vecino que acaba de mudarse —comentó Jorgo.

—Lo sabríamos —se obstinó Emma.

—¿Y eso te trastornó tanto, cielo? —Philip le apretó la mano con más fuerza—. ¿Un paquete para un vecino?

—Un vecino desconocido. Sé que mi reacción es exagerada, cariño... —dijo, haciendo caso omiso del ligero suspiro de Philip—. Pero la verdad es que aquí conocemos a todos y...

—Tal vez se trata de un subinquilino, quizás un familiar de algún vecino que durante una temporada se aloja en su casa y al que le envían la correspondencia a esa dirección —sugirió Philip—. Existen decenas de posibilidades razonables.

—Sí, puede que tengas razón, pero me gustaría que echaras un vistazo al paquete. Seguro que has visto la toma de la cámara de seguridad del ascensor del...

La expresión de Philip se ensombreció y le soltó la mano.

—¿Has vuelto a husmear en Internet?

Entonces volvió a suceder, como si él hubiese pronunciado una palabra clave: sonó un timbrazo en el piso de arriba.

La mirada escéptica con que Jorgo —apoyado contra el marco de la puerta— había escuchado la conversación desapareció y su rostro adoptó una expresión de alerta. También Philip adoptó lo que Emma denominaba su «expresión policíaca»: ojos entornados, frente fruncida, cabeza ladeada, labios entreabiertos y la lengua presionada contra el paladar.

Tras intercambiar una breve mirada, ambos hombres asintieron con la cabeza y Jorgo dijo:

—Iré a ver qué pasa.

Y antes de que ella pudiera protestar, fue al pasillo y subió la escalera con paso seguro, con la mano cerca de la cartuchera de su arma reglamentaria.

—Las cosas no pueden seguir así, Emma —susurró Philip, como si temiera que, una planta más arriba, Jorgo aún pudiera oírlo—. Debes tomar una decisión.

—¿Qué? —El timbrazo la había puesto nerviosa, no podía concentrarse en las palabras de su marido y además no lograba asumir las espantosas imágenes en su cabeza. Imágenes de lo que podría sucederle a Jorgo allí arriba, por ejemplo, una garganta cercenada de la cual (con cada grito que el policía intentaba soltar en vano) brotaba un chorro de sangre que se derramaba en el suelo de la eternamente inacabada habitación de los niños—. ¿De qué estás hablando, Philip? —volvió a preguntar.

Su marido se acercó a ella, se inclinó y apoyó su mejilla contra la abofeteada de su mujer.

—De una terapia, Emma. Sé que quieres resolver esto tú sola, pero hoy has cruzado una línea.

Al percibir su aliento en el lóbulo de la oreja, Emma se estremeció. Durante un instante creyó recordar una lengua que se introducía en su oreja en medio de la oscuridad del hotel mientras ella, inmovilizada, solo podía soltar gritos mudos, pero entonces Philip añadió en tono suave:

—Debes iniciar una terapia de una vez, Emma. He hablado de ello con la doctora Wieland.

—¿Con la psicóloga de la policía? —preguntó ella, horrorizada.

—Ella conoce tu caso, cariño. Muchos lo conocen. Estábamos obligados a comprobar la veracidad... —Se interrumpió, al parecer temiendo herir a Emma.

—... la veracidad de mi declaración. Desde luego. ¿Y qué opina la doctora Wieland? ¿Que soy una mentirosa enfermiza que inventa violaciones para divertirse?

Philip respiró hondo.

—Teme que de niña hayas sufrido un trauma muy profundo...

—¡Basta! ¡Cállate!

—Emma, tienes una fantasía desbordante. No es la primera vez que ves cosas que no existen.

—¡En aquel entonces tenía seis años!

—Eras una niña abandonada por su padre que compensó su ausencia mediante un imaginario sustituto.

Emma soltó una carcajada.

—¿Es que la doctora Wieland tuvo que apuntártelo o lo aprendiste de memoria la primera vez?

—Por favor, Emma...

—¿Así que no me crees?

—No he dicho eso...

—Así que ahora también tú crees que sufro alucinaciones —lo interrumpió con un siseo—. ¿Que todo eso solo fue producto de mi imaginación? ¿El hombre en la habitación del hotel, la inyección, los dolores? ¿La sangre? Bah, qué estoy diciendo, tal vez ni siquiera estaba embarazada, a lo mejor eso también fue producto de mi fantasía. Y la alarma que suena en la buhardilla, eso también solo existe en mi cabeza... —Se interrumpió abruptamente. «¡Dios mío!».

El timbrazo ya ni siquiera existía en su cabeza: había desaparecido.

Contuvo el aliento y dirigió la mirada al techo, que necesitaba una urgente mano de pintura.

—Por favor, dime que tú también lo oíste —dijo, y se tapó la boca con la mano. Tras su arrebató, el repentino silencio fue como un presagio de noticias aterradoras—. Lo oíste, ¿verdad?

Philip no respondió y en cambio ella oyó pasos que descendían la escalera.

Se volvió hacia la puerta, en la que apareció Jorgo con la cara enrojecida.

—¿Tenéis baterías? —preguntó.

—¿Baterías? —repitió ella, sin entender.

—Para el detector de incendios —aclaró Jorgo, sosteniendo un pequeño bloque de nueve voltios en la palma de la mano—. A más tardar, hay que cambiar esta cosa cada cinco años, de lo contrario todo empieza a sonar en todas partes, como en vuestra buhardilla.

Emma cerró los ojos; se alegró de que también existiera una explicación tan inofensiva del timbrazo, pero al mismo tiempo sintió una decepción irracional. En el fondo, había sufrido una crisis nerviosa provocada por la sencilla alarma de un detector de incendios, y su exagerada reacción había reforzado aún más las dudas de su marido respecto a su cordura.

—Qué raro —dijo Philip, y se rascó la nuca—. En realidad eso es imposible, puesto que comprobé esos artilugios la semana pasada.

—Pero no con la suficiente minuciosidad, por lo visto. ¿Y bien, Emma? —oyó preguntar a Jorgo y ella no supo a qué se refería—. ¿Tenéis baterías? —repitió el policía.

—Creo que sí. Espera, iré a ver.

Pasó junto a Jorgo y Philip, dejó atrás el hueco de la escalera, se dirigió a la sala y de pronto tomó conciencia de lo que había olvidado.

«¡Samson!».

En medio de su agitación ya no había pensado en él, y solo entonces, cuando posó la mirada en su manta, a un lado de la chimenea, se dio cuenta de lo que había inquietado su inconsciente.

«¿Por qué no acudió cuando lo llamé?».

Samson solo alzó cansinamente la cabeza y pareció sonreír al ver a su ama. Su mirada empañada la asustó, el perro apenas respiraba y tenía la nariz seca.

—¿Tienes dolores, pequeño? —le preguntó, acercándose al estante en cuyo cajón inferior guardaba el termómetro; entonces su mirada se posó en el escritorio y un segundo después ya no pudo reflexionar sobre el estado de *Samson*, no al contemplar el escritorio en que reposaba el paquete que Salim le había entregado.

«No, error».

En la que debería reposar. Porque allí donde ella lo había dejado poco antes de abrir el *notebook* para volver a echarle un vistazo a la foto del Peluquero en el ascensor, ya no había nada.

El paquete para A. Palandt había desaparecido.

Tres semanas después

—¿Y entonces te dejaron sola?

Mientras la escuchaba, Konrad casi no se había movido, ni siquiera cruzó las piernas ni relajó las manos enlazadas y apoyadas en el regazo. Emma conocía el motivo: en cierta ocasión, cuando comentó el dominio que él ejercía sobre su cuerpo, Konrad se lo había explicado: en el caso de clientes difíciles, esos que tenían algo que ocultar, bastaba la mínima distracción para interrumpir su discurso.

«Así que eso es lo que ahora soy para él».

Ya no era una amiga similar a una hija, sino una clienta difícil, cuyas aseveraciones había que indagar de un modo minucioso.

—¿A pesar del paquete desaparecido sin rastro, Philip se marchó con su amigo? —preguntó Konrad, chasqueando los dedos—. ¿Así, sin más?

—No, claro que no así, sin más.

Emma dirigió la mirada a la ventana. El lago estaba cubierto de una delgada capa de nieve; vista desde lejos, la superficie invitaba al patinaje sobre hielo, pero ella sabía cuán traicionero podía ser ese aspecto. Todos los años había personas que caían al agua porque se equivocaban al calcular el espesor del hielo que cubría el lago Wannsee. Afortunadamente, ahora no divisó ningún temerario arriesgando la vida, seguro que debido al día nublado. El lago y los alrededores estaban desiertos, solo unos cuantos patos y cisnes se habían reunido en la orilla, desafiando la nevada que sumía el paisaje en un melancólico tono grisáceo.

—Le mentí a Philip —admitió Emma, continuando con su intento de explicarse—. Le dije que mis nervios me habían hecho una jugarreta y que no había bebido suficiente agua. De ahí mi desmayo y las alucinaciones de un paquete que no existía.

—¿Y él te creyó? —preguntó Konrad, dubitativo.

—No, pero cuando vio que tragaba un Diazepam supo que dormiría todo el día.

—¿Eso alivia los ataques de pánico? —preguntó Konrad, y Emma recordó que él era abogado, no médico.

Mentalmente, ya lo veía trabajar en su alegato de atenuante por consumo excesivo de pastillas, pese a que ya tenía mucho más que un nimio abuso de medicamentos para poder alegar incapacidad mental. Pero estaban a punto de hablar de ello.

—Sí, en realidad el medicamento que debiera haber tomado es Lorazepam; es más nuevo, de efecto más rápido y no tan sedante como el Diazepam, que causa un cansancio increíble, pero por desgracia era lo único que tenía en casa.

—¿Así que te tragaste una pastilla y después ambos hombres se fueron a Saarow para asistir a la reunión?

—Sí, primero comprobaron los sensores de movimiento de todas las habitaciones y después registraron toda la casa, incluso el sótano.

Emma era incapaz de decir a qué lo atribuía, si a sus labios apretados o a su voz enronquecida, pero percibió hasta qué punto Konrad desaprobaba la actitud de su marido. Philip y Konrad jamás habían simpatizado, lo que desde luego se debía a que Emma nunca apoyó los comentarios desdeñosos de su marido sobre el abogado y a que incluso alimentó los celos de Philip. Por su parte, Konrad a menudo se sorprendía ante el tosco «campesino», que no lo saludaba cuando atendía el teléfono y se limitaba a pasárselo a Emma, o que apenas le estrechaba la mano en las escasas ocasiones en que ambos se encontraban.

Pero ahora los reproches de Konrad resultaban injustificados. Si se hubiese encontrado en el lugar de Philip y ella le hubiera suplicado de la misma manera, a él también le habría resultado difícil negarse a su petición.

«Necesito tranquilidad, Philip. Me estresaría más si desaprovechas la oportunidad de pronunciar tu discurso solo por mí. Acabo de tomar el medicamento, vosotros habéis comprobado todo y además Sylvie pasará esta tarde para ver cómo me encuentro, así que haznos un favor a ambos y déjame sola, ¿de acuerdo?».

Nada de eso era mentira, pero tampoco sincero.

—¿Y el medicamento surtió efecto? —quiso saber Konrad. Le sirvió un poco más de té; pronto habría que reemplazar la velita del calentaplatos, la mecha ya flotaba en la cera.

—Sí, ya lo creo que surtió efecto.

—¿Te sentiste cansada?

Emma cogió la taza y bebió un sorbo; el té Assam tenía un ligero sabor amargo, como si hubiera reposado demasiado tiempo.

—El Diazepam casi me derribó. Me adormilé como antes de una operación.

—¿Y se te pasó el miedo?

—Al principio no, pero eso también se debió a que...

—¿A qué?

—Ocurrió algo... durante la despedida...

Konrad arqueó las cejas y aguardó.

—Jorgo me dio la mano...

—¿Y?

—Y depositó algo en ella.

—¿Qué?

—Una nota.

—¿Qué ponía?

—Lo más bonito que un hombre me ha dicho en mucho mucho tiempo.

—¿«Te creo»? —aventuró Konrad.

Emma asintió con la cabeza.

—Vale —dijo él. No parecía sorprendido, pero dada su entrenada cara de póquer eso no significaba casi nada—. Vale —repitió en voz baja.

—Jorgo lo garabateó en un papelito. Y también puso que lo llamara por teléfono. En cuanto ambos se marcharon leí la nota y me quedé sin palabras.

—¿Y entonces?

Antes de contestar, Emma se estremeció.

—Ya sabes lo que pasó.

—Quiero oírtelo decir.

—Yo, yo... —Cerró los ojos y se imaginó la puerta principal de su casa. Vista desde el interior. Vio cómo tendía la mano hacia el picaporte y hacía girar la llave en la cerradura, dos veces—. Hice lo impensable —dijo.

Konrad asintió levemente con la cabeza.

—¿Por primera vez en seis meses?

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó el abogado, y se inclinó hacia delante.

Ella alzó la cabeza y lo miró a los ojos. Se reconoció a sí misma en la diminuta imagen reflejada en las pupilas de su amigo.

—Por la sangre —susurró—. De repente había sangre por todas partes.

Tres semanas antes

Emma estaba arrodillada en un charco rojo en medio de la sala, a mitad de camino entre la chimenea y su escritorio, y se sentía curiosamente tranquila. La sangre había brotado a chorros, de un modo inesperado a pesar de los resuellos y jadeos precedentes.

Una inspiración profunda, un espasmo en el pecho, un sonido como si algo vivo fuese expulsado del cuerpo y después *Samson* vomitó a sus pies.

—Mi pobre tesoro, ¿qué te pasa?

Le acarició la cabeza y notó que temblaba, como si tuviera tanto frío como ella. No hacía ni media hora que Philip y Jorgo se habían marchado y ella había aprovechado el tiempo para poner la casa patas arriba en busca del paquete, que efectivamente había desaparecido.

«¡Pero esto es imposible!».

Presa del cansancio, con la espalda empapada de sudor, había regresado del recibidor —que registró una vez más— a la sala e, impulsada por la desesperación, finalmente quiso mirar bajo la manta de *Samson* para ver si al perro se le había ocurrido arrastrar el paquete hasta allí, y entonces lo encontró en ese estado lamentable.

—*Samson*, ¿me oyes?

El husky empezó a resollar una vez más.

En circunstancias normales, Emma se hubiera llevado un susto de muerte, pero el Diazepam que acababa de tragar mitigó las oleadas más intensas del miedo sin eliminarlo por completo; era comparable a una anestesia en la consulta del dentista: ya no se percibían las llamaradas de dolor, pero sí un ardor apagado general que, agazapado en las profundidades, solo aguardaba el momento de volver a surgir en cuanto el efecto de la inyección se redujera.

«Y, ¿ahora, qué?».

Dirigió la mirada al exterior. Una corneja de cabeza plateada se posó en una magnolia sin hojas y pareció guiñarle un ojo, pero solo era producto de su imaginación, desde luego. Aún caían densos copos de nieve, Emma no podía ver los ojos de ningún ave. Más bien se trataba de su inconsciente, que intentaba decirle lo que debía hacer.

«¡Debes abandonar la casa!».

—¡No! —exclamó en voz alta.

Pero apenas logró oír su propia voz porque *Samson* volvió a vomitar; esta vez la cantidad de sangre fue menor, pero eso no mejoraba la situación.

«Bueno, sí, la mejora, y lo sabes. Has de salir de aquí. ¡*Samson* necesita ayuda!».

—No, no saldré.

Emma negó con la cabeza y se dirigió a su escritorio, donde reposaba el móvil.

«¿A quién quieres llamar?».

—¿A quién? A urgencias veterinarias, por supuesto.

«¿Estás segura?».

—Pues claro, mira cómo está el pobre. —Emma miró a *Samson*.

«Te comprendo —dijo la voz en su cabeza que parecía una versión sabihonda de la suya propia—. Es de suponer que está en las últimas, pero ¿de verdad quieres hacerlo?».

—¿Salvarlo?

«Ponerte en peligro», respondió la voz.

Presa del estupor, Emma tardó un momento en asimilar las palabras. Después volvió a dejar el móvil en el escritorio.

—Tienes razón. No puedo llamar a nadie.

Porque el asunto no se limitaría a una llamada. En algún momento alguien aparecería ante su puerta, un veterinario desconocido al que tendría que franquearle el paso, puesto que no podía pretender que revisara a *Samson* en el gélido exterior, y al final se vería obligada a ir a la clínica en el coche del veterinario, cuando resultara que no podían tratar al perro en la casa.

—¡Maldición! —exclamó.

Entretanto, *Samson* estaba tendido de lado en una posición casi embrionaria y jadeaba. La lengua pálida le colgaba fuera del morro, tenía la nariz seca y un hilillo de sangre se extendía de sus belfos negros al parqué.

—¿Qué te ocurre, por Dios? Y ¿qué hago ahora?

No podía dejar entrar a ningún extraño, no en su estado actual. No obstante, la única opción lógica, abandonar la casa, resultaba al menos igual de aterradora. Durante un instante se preguntó si llamar a Philip, pero entonces él podría abandonar su reunión de manera definitiva, y ella no quería eso.

«A lo mejor solo es un virus...».

Acarició el suave pelaje del perro y casi no notó el movimiento de sus costillas al respirar. Quizá sufría una pulmonía, pero los síntomas habían sido demasiado drásticos y repentinos.

«Mi pobre mascota, más bien parece como si alguien te hubiese...». Se puso de pie abruptamente, electrizada por la espantosa idea. «¡Como si alguien te hubiese envenenado!».

Le vino a la cabeza la imagen de Salim tendiéndole una golosina a *Samson*. «No, no, eso es una tontería». Las ideas de Emma flotaban lentamente en la corriente de su conciencia, el típico efecto de los tranquilizantes. Aún era capaz de sacar conclusiones, pero todo tardaba el doble. «No puede haber sido Salim. Siempre le da una golosina a *Samson* y nunca ha ocurrido nada».

Fuera, ante la ventana, el grajo había desaparecido. Emma aún divisó las plumas de su cola mientras el ave volaba en la dirección que ella también debía emprender: la consulta del doctor Plank, el veterinario, solo se encontraba una calle más allá, en dirección a la carretera.

Debía ponerse algo de abrigo, ajustarle la correa a *Samson*, tal vez cargar con él en brazos... pero eso no era lo que le causaba tanta inquietud. El problema principal consistía en que debía abrir la puerta y, por primera vez en casi seis meses, abandonar la protección ofrecida por su propia casa.

—No, no puedo, eso es impensable —dijo.

Lo cual naturalmente suponía una paradoja, puesto que ella acababa de pensarlo, y también que jamás lograría derribar la pared que se había elevado entre ella y el mundo exterior y dar, no solo un paso, sino varios en un mundo con el que no quería volver a tener el mínimo trato.

«No, no lo lograré».

No obstante, el doctor Plank era el veterinario más próximo y se encontraba a menos de cinco minutos andando, y los sábados su consulta permanecía abierta hasta las seis de la tarde, mientras que los otros veterinarios de Berlín no atendían los fines de semana.

«Sin embargo, no puedo hacerlo. Es impensable».

Durante un cuarto de hora permaneció inmóvil junto al sufriente animal, hasta que tomó una decisión: primero intentaría algo sin recurrir a una ayuda externa.

Entonces *Samson* sufrió la primera parada respiratoria.

El miedo corroe el alma y ahueca a la persona, al tiempo que se alimenta de la vida de sus víctimas. Emma tardó media hora en ponerse algo de abrigo y tuvo que hacer varios intentos para anudarse los cordones de los botines antes de cerrar la cremallera de su anorak con dedos entumecidos y, bañada en sudor, abrir la puerta, lo cual le llevó una eternidad, o al menos eso le pareció.

De momento, el Diazepam surtía efectos principales y secundarios. Emma estaba sumamente cansada, pero la argolla de hierro que le rodeaba el pecho todavía no se había aflojado.

Por suerte, *Samson* había vuelto a respirar, aunque no lograba mantenerse en pie, y por eso, para colmo de desgracias, Emma tuvo que dar un rodeo hasta el cobertizo, pequeño y de metal, situado en la parte posterior del jardín. Si no se equivocaba, allí todavía colgaba de la pared el trineo que Philip había comprado para la mudanza, con la absurda suposición de que lo utilizarían con frecuencia puesto que entonces vivían muy cerca de Teufelsberg, la Montaña del Diablo.

Bien, puede que ese día tal vez sirviera para transportar a *Samson*.

Respirando con dificultad, se concentró en recorrer el césped cubierto de nieve. Avanzó arrastrando temerosamente los pies, tal como hacen los convalecientes de una cirugía cuando intentan caminar. Cada paso ponía a prueba su valor.

Caminar le resultaba muy difícil, como si avanzara con bombonas de oxígeno de submarinista sujetas a la espalda y aletas en los pies, que se hundían hasta los tobillos, y más de una vez tuvo que detenerse para tomar aire.

Al menos no tiritaba, pero eso podía deberse a que su alma ya estaba tan congelada que no quedaba espacio para sentir frío. «O es que ya sufro un “desnudamiento paradójico”». Así se denomina el fenómeno psicológico que consiste en que algunas personas a punto de morir de frío creen sentir muchísimo calor, y por eso a veces se encuentran cadáveres desnudos y congelados al aire libre: en su agonía, los desdichados se arrancan la ropa.

«Ay: si el miedo fuera una camisa, me encantaría arrancármela», pensó Emma, y se sorprendió al comprobar que su sentido del olfato había desaparecido: no percibía ningún olor a nieve o tierra, ni siquiera el de su propio sudor. El viento diseminaba el traqueteo del ferrocarril metropolitano desde la cercana estación por encima de los jardines. Su oído se había vuelto más agudo, pero su visión había menguado.

Con cada paso que avanzaba, el jardín parecía más estrecho. Tardó unos minutos en comprender que el pánico reducía su campo visual. Primero desaparecieron los setos, después el cerezo y el rododendro, y por fin solo quedó un largo y estrecho túnel que conducía al cobertizo.

«Perturbaciones visuales».

Emma conocía los síntomas de un inminente ataque de pánico: boca seca, pulso acelerado y una percepción distorsionada de los colores y las formas. La idea de que no volvería a caminar si se detenía la hizo avanzar a trompicones hasta que por fin alcanzó el cobertizo. Abrió la puerta y cogió el trineo a ciegas; Philip lo había colgado de la pared junto a la puerta.

Era un ligero y ancho trineo de plástico rojo, no uno de esos anticuados y pesados artilugios de madera con patines, por suerte, de los que *Samson* podría haber caído con facilidad.

El regreso resultó más fácil; el éxito que suponía haber encontrado el trineo de inmediato le proporcionó cierta seguridad en sí misma y su campo visual se despejó un poco: los setos estaban en su lugar, aunque se movían de un modo extraño, no se inclinaban de lado como empujados por el viento sino arriba y abajo, como el fuelle de un acordeón. Eso resultaba desagradable, pero no tan aterrador como las huellas de pisadas que no había notado en el trayecto de ida.

Contempló las huellas de pesadas botas en la nieve. No eran suyas, la talla era al menos bastante más grande y solo avanzaban en una dirección: hacia el cobertizo.

Se volvió hacia allí y vio que había dejado la puerta abierta.

¿Se movía?

¿Había alguien dentro?

¿Acaso había cogido el trineo en la penumbra sin notar la presencia de un hombre acurrucado detrás de la cortadora de césped?

No veía nada ni a nadie, pero no obstante se sentía observada.

«¡Lárgate!!».

—¡*Samson!* —gritó, y echó a correr—. ¡Ven, *Samson!* ¡Ven, pobrecito mío, ven!

Y el sufriente animal la complació. Se incorporó del felpudo al pie de los escalones de la entrada, donde la había esperado, agitado por una tos convulsa.

—Gracias, cielo. Buen perro.

El animal se arrastró hasta el trineo de plástico que ella le indicaba y, resollando, se desplomó en él.

—No tengas miedo —dijo Emma, dirigiéndose al perro y a sí misma—. Te ayudaré.

Le palmeó la cabeza, apretó los dientes y, mediante una correa, arrastró el trineo hacia la calle, pero insensatamente se volvió una vez más y creyó ver una sombra tras la pequeña ventana de la puerta.

¿No acababa de moverse la cortinilla?

No, no se movía, y por detrás tampoco había una luz encendida que podría haber proyectado una sombra. Emma se sentía perseguida por miradas invisibles.

LÁRGATE
ANTES DE QUE SEA DEMASIADO TARDE

Y las miradas abrían heridas por las que rezumaba todo su valor.

«Si mi voluntad de vivir fuese líquida, dejaría una huella roja a mi espalda — pensó—. Eso sería práctico: solo tendría que seguirla para encontrar el camino de regreso».

Recogió la correa del trineo, que se había deslizado de sus manos, y se obligó a seguir avanzando hacia la consulta del veterinario, alejándose de la oscura casa a sus espaldas, desde la que creía ser observada por ojos muertos detrás de las ventanas... que la aguardarían hasta su regreso.

Si es que algún día regresaba.

—¿Cuánto hace que se encuentra en este estado? —preguntó el doctor Plank mientras auscultaba a *Samson*.

El pobre animal estaba conectado a un gotero que le proporcionaba electrolitos y un medicamento que, en pocos minutos, debía provocarle el vómito. Desde que el veterinario y Emma lo depositaran en la camilla, *Samson* casi había perdido el conocimiento. De vez en cuando un temblor le recorría el cuerpo al espirar, y esa era la única señal de vida.

—¿Cuánto? Yo... pues yo creía que... —La voz le temblaba tanto como sus rodillas. Se sentía como si hubiese corrido una maratón y no escasos doscientos metros.

«Es la primera vez que salgo fuera y encima con un perro que parece estar tan cerca de la muerte como yo de la locura».

Bajo la luz de la deslumbrante lámpara halógena que colgaba por encima de *Samson* apenas lograba comprender cómo había logrado llegar hasta la ancha casa adosada que hacía esquina, de fachada color crema y persianas verdes, cuyo garaje hacía años había sido reformado y convertido en la sala de espera de la consulta. Por suerte, Emma no tuvo que esperar allí mucho tiempo. A excepción de una niña pequeña de ojos llorosos que sostenía una cesta con una gata en el regazo, ella era la única paciente, y debido a los graves síntomas de *Samson* la hicieron pasar de inmediato.

—No estoy segura, ya parecía muy débil desde temprano por la mañana —dijo—. Creo que empezó alrededor de las once.

El médico soltó un gruñido y Emma no supo si de satisfacción o preocupación. Había engordado desde la última vez que lo había visto, aunque es verdad que ya había transcurrido un tiempo, en el verano anterior, durante la fiesta del vecindario que la asociación del barrio organizaba todos los años. La bata almidonada se tensaba por encima del vientre del hombre de un metro noventa de estatura; le había salido una ligera doble papada, tenía las mejillas regordetas y ello lo hacía parecer más bondadoso que antes. Plank parecía un gran oso de peluche de despeinado cabello castaño claro, nariz ancha y ojos pequeños y melancólicos.

—¿Ha comido algo inusual?

Emma palpó el pañuelo que cubría su corto cabello con gesto nervioso. Si a Plank lo sorprendía que no se lo quitara, lo disimulaba perfectamente.

—Sí, bueno, quiero decir, no. Usted conoce a Salim, ¿verdad?

—¿El cartero?

—Siempre le da una galleta para perros a *Samson* y hoy también.

—Hummm.

Plank se rascó la frente y Emma deseó no haber visto los guantes de látex que le cubrían las manos, similares a aquellos que la habían acariciado en la oscuridad de aquella habitación de hotel.

—¿Y ahora qué pasará? —le preguntó al veterinario con una mano apoyada en el pecho de *Samson* y la vista clavada en la blanca vitrina, que contenía vendas de gasa y collarines, como si fueran tan interesantes como una obra de arte.

—Primero hemos de esperar —contestó él. Comprobó el gotero con mirada crítica e indicó la ranura de desagüe de la mesa—. Me temo que ha sido envenenado. En cuanto haya vomitado le administraremos carbón activo para fijar posibles sustancias dañinas. Mi asistenta acaba de llamar al laboratorio; en cuanto hayamos solucionado ese punto, le aplicaremos un catéter en la vejiga para evitar que el veneno sea reabsorbido a través de sus paredes. Después le administraremos el habitual cóctel de medicamentos.

Emma asintió con la cabeza; procederían del mismo modo con una persona.

—Todo por si acaso, mientras no dispongamos de un análisis de sangre.

—¿Podría tratarse de otra cosa que no sea un envenenamiento?

Plank logró asentir con la cabeza al tiempo que también se encogía de hombros.

—Es poco probable. Lo sabremos con más exactitud cuando tengamos los resultados del laboratorio —dijo, palmeando la tirita que cubría la zona del pinchazo en la pata trasera del perro, donde le había extraído sangre—. Tengo buenos contactos en la clínica veterinaria de Düppel, a más tardar tendré los resultados mañana por la mañana.

Emma notó que los ojos se le humedecían, sin saber si se debía al agotamiento o al temor de que podría ser demasiado tarde y el veneno ya se hubiese abierto paso a través de *Samson* de manera irremediable.

—Será mejor que lo deje aquí las próximas veinticuatro horas, señora Stein, para poder monitorizarlo. —Hizo una breve pausa en la que rozó la mano de ella como por casualidad; ambos acariciaron la cabeza del chucho—. Aquí estará mejor cuidado que en casa —dijo, y añadió una pregunta desconcertante—: Por cierto, ¿su sótano vuelve a estar seco?

—¿Cómo dice?

—La inundación del mes pasado. También sucedió aquí; llevó una eternidad hasta que pudimos volver a montar la calefacción. Incluso pensé: «Ay, Dios mío, pobre señora Stein». Quiero decir, primero el asunto de su enfermedad y encima algo así. Es lo único que le faltaba. Su marido me contó todo ese embrollo con las tuberías reventadas.

—¿Philip?

La puerta de la consulta se abrió y entró una corpulenta mujer mayor vestida de enfermera. Le lanzó una sonrisa de ánimo a Emma al tiempo que se acercaba al armario de los medicamentos, al parecer a fin de preparar todo lo necesario para el tratamiento de *Samson*.

Plank siguió hablando en tono despreocupado.

—Me encontré con él en la ciudad, por casualidad. Debe de haber sido hace un mes, una casualidad absurda. Yo estaba de servicio y esa noche requirieron mi presencia en un hotel. El chihuahua, ¿recuerdas? —le dijo a la enfermera, que asintió con gesto cansino. Plank sonrió y meneó la cabeza—. La mascota de una turista americana se había clavado una astilla de cristal en la pata y al salir vi a su marido sentado en el vestíbulo.

Emma oía las palabras del veterinario mientras una oleada de calor le invadía el pecho.

—¿Mi marido? ¿En el vestíbulo? —repitió, como si estuviera en trance.

—Sí. «Vaya, ¿qué hace el señor Stein aquí?», pensé, y entonces vi las dos bebidas apoyadas en la mesa. Cuando lo saludé me explicó que ustedes dos pernoctarían en el hotel hasta que hubiera pasado lo peor.

Entonces sonó el timbre y la asistente de Plank se dirigió una vez más al recibidor.

—Bueno, no es que sintiera curiosidad, pero retrospectivamente pensé que podría haber malinterpretado la situación, porque ¿quién duerme en un hotel en su propia ciudad...?

»... A no ser que tenga obreros en casa. —Emma terminó la frase en tono apagado... “obreros que se ocupan de la habitación de los niños. Que nunca ha sido utilizada”—. O algún daño causado por el agua... —“que jamás se produjo”.

—Bien, vaya, espero que hayan desmontado las bombas y su pavimento vuelva a estar seco, señora Stein.

Emma retiró la mano contraída del pelaje de *Samson* y se dio cuenta de que hacía un buen rato que estaba contemplado a Plank fijamente y sin expresión. Si no fuera por el tranquilizante, quizás habría soltado un grito agudo, pero el Diazepam había silenciado sus emociones.

—¿Se encuentra bien, señora?

Ella se esforzó por sonreír.

—Sí, muy bien. Solo estoy un tanto preocupada por *Samson*.

—Lo comprendo. —Plank le rozó la mano con suavidad—. No se preocupe por él, está en buenas manos. Al salir pídale una tarjeta con mi número de móvil a la enfermera; si tiene alguna pregunta, puede llamarme a cualquier hora.

Ella asintió con la cabeza.

—Hay algo que quisiera preguntarle ya —dijo.

—¿Qué es?

—El hotel.

—¿Sí?

—Ese en el que se encontró a mi marido. ¿Todavía recuerda el nombre?

Emma abrió la boca y aguardó a que le llegara el sabor de su infancia en cuanto los copos de nieve le tocaran la lengua, pero la experiencia no se produjo.

El aroma del invierno, el olor del viento, el sabor de la nieve y las demás sensaciones que no se pueden describir, solo experimentar, y que evocan el primer recorrido en trineo, las esforzadas caminatas con calcetines mojados y una caída de la bicicleta, pero también el agradable baño caliente por las noches, la leche tibia en que sumergía el pan de especias mientras observaba los herrerillos picoteando los alimentos esparcidos en la caseta de las aves... Emma no lograba recordar nada de eso.

Solo tenía frío, el camino de regreso era largo y cansado, incluso sin el trineo, que había dejado en la consulta. Avanzó cuidadosamente paso a paso a lo largo de la acera en parte cubierta de hielo, oyendo el crujido de sus zapatos.

En el primer mes de diciembre transcurrido allí, en la avenida Teufelssee, Emma aún creía que el barrio había sido creado para la Navidad: casas pequeñas y confortables con gruesas velas en las ventanas, y pinos perennes en los jardines delanteros, que no necesitaban más que una cadena de luces para parecer navideños. Casi no había coches cuyo ruido estropeará el ambiente, de los que los zorros debían cuidarse cuando, a principios de la tarde, surgían sigilosamente del bosque y cruzaban la calle.

Incluso los habitantes, en su mayoría de cierta edad, encajaban en la imagen. Damas con delantal tipo la Madre Nieve de los hermanos Grimm, que regresaban del mercado semanal de la avenida Preussen con sus carritos de la compra; hombres canosos vestidos con bombachos de pana que retiraban la nieve de la acera mientras fumaban en pipa. Al verlos, uno no se habría sorprendido si exclamaran «¡Ho, ho, ho!» como saludo.

Pero de momento, a excepción de un adolescente que quizás había sido castigado por sus padres y obligado a barrer el sendero de entrada, no se veía ni un alma.

«Algo es algo».

Emma no habría soportado que un vecino la detuviera, solo para verse envuelta en una conversación intrascendente.

«Vaya, señora Stein, esto sí que es una sorpresa. ¡Hace tiempo que no la vemos! Se ha perdido cuatro desayunos comunitarios, como mínimo».

«Sí, lo siento. Un violador introdujo su pene en mi vagina reseca y después me rapó la cabeza. Desde entonces estoy un poco confusa, pero si no le importa que durante la comida de pronto me levante gritando, golpee la cabeza contra la mesa o me arranque mechones de pelo solo porque durante un segundo haya creído que el hombre sentado frente a mí podría ser el causante de mis ataques de pánico

paranoicos, entonces con mucho gusto asistiré al próximo desayuno y también llevaré unos cruasanes. ¿Qué le parece?».

El absurdo diálogo interior le despertó una breve sonrisa, pero a continuación se echó a llorar y las lágrimas se deslizaron por su rostro humedecido de nieve. Luego dobló la esquina, giró a la derecha, enfiló su propia calle, y entonces, tras unos pasos, tuvo que agarrarse a una verja, jadeando.

«Maldita sea, Emma, pedazo de estúpida».

No podía, no quería admitir cuánto se había degradado. Hacía escasos meses había dirigido una consulta exitosa, ahora era incapaz de realizar las más sencillas tareas cotidianas, ni siquiera completar una ridícula caminata de escasos cientos de metros.

«Y todo esto únicamente porque aquella noche no pernocté en casa».

Autocompasión. Recriminaciones. Ideas de suicidio.

Emma conocía la trágica tríada y mentiría si afirmara que nunca había pensado en la tercera opción.

«¡Qué ridiculez!», dijo su sensatez. «¡Cuán inevitable!», dijo su alma, esa parte del ser humano que en el fondo es la que toma todas las decisiones y que no se deja controlar ni curar, sino solo herir.

El problema de las enfermedades psíquicas consistía en que resultaba imposible diagnosticarlas uno mismo. Pretender que el cerebro se entendiera con el propio cerebro era como esperar que un cirujano manco se volviera a coser su propia mano. Eso no funcionaba.

Emma sabía que su reacción era exagerada, que con toda seguridad existía una explicación inocente de por qué el veterinario se había encontrado con Philip en ese hotel. «Fue en el Le Zen. Un palacio de *kitsch* asiático, ¿no cree?».

Y era de suponer que la explicación del misterio del paquete también sería ridículamente sencilla. Devanarse los sesos preguntándose si Salim realmente le había dado un envío para el vecino era una insensatez, puesto que su propio cerebro nunca aceptaría la alternativa: que ella había perdido el juicio. A lo mejor ese día no se había encontrado con Salim, tal vez no fue el cartero quien llamó al timbre de su casa sino un extraño que no le dio una golosina a *Samson*, sino veneno.

Quizá tampoco acababa de visitar al veterinario, sino que estaba tendida en el pabellón de aislamiento de la clínica psiquiátrica Bonhoeffer, sujeta con correas.

Emma consideró que eso era bastante improbable. Semejantes impulsos esquizofrénicos intensos y audiovisuales eran muy raros y no los provocaba un único acontecimiento traumático, los precedían daños graves y prolongados. Pero esa idea también podía ser un razonamiento protector, ¡que ella se obligaba a creer!

En el fondo estaba segura de que, aunque había perdido sus capacidades de comunicación social, no había perdido todo vínculo con la realidad. Sin embargo, no podía existir una seguridad completa, sobre todo si el alma había sufrido heridas tan graves como las suyas.

—¡El paquete estaba allí! —dijo en voz alta, para zafarse del círculo infernal de sus pensamientos. Y lo repitió como para darse ánimos a sí misma—: El paquete estaba allí, lo sostuve en la mano.

Volvió a decirlo tres veces más, y con cada repetición se sentía un poco mejor. Así reconfortada, sacó el móvil del bolsillo y marcó el número de su marido.

Sonó un tono y saltó el buzón de voz.

En la A10 rara vez había cobertura, quizás estaban atravesando un túnel; en todo caso, Emma agradeció poder transmitir sus noticias sin que él la interrumpiera con preguntas inquisitivas.

—Sé que suena raro, cariño, pero es posible que nuestro cartero no sea completamente de fiar. Salim Yüzgec. ¿Podrías investigar sus antecedentes? —Le explicó el motivo de su sospecha y acabó el mensaje diciendo—: Y hay algo más. El veterinario dijo que se encontró contigo en el Le Zen. Que tú le contaste no sé qué de unos daños causados por una rotura de tuberías. ¿Puedes decirme de qué va todo eso?

Después volvió a guardar el móvil en el bolsillo del pantalón y se quitó la nieve de los ojos.

Solo tras retroceder un paso advirtió a qué verja se había agarrado durante la llamada. La verja del jardín había conocido días mejores: estaba torcida, colgada de un varillaje de hierro oxidado y cubierta de una tela metálica ruinosa. No había buzón y, en vez de una placa con el nombre, alguien había pegado un trozo de cinta adhesiva al marco de la verja y escrito dos letras con un marcador resistente al agua. Las letras ya se habían vuelto bastante borrosas, así que Emma alzó la vista y miró la anticuada placa esmaltada que, según la costumbre, estaba fijada directamente a la pared de la casa, entre la puerta y la ventana de la cocina: «Avenida Teufelssee 16».

No cabía duda.

Dirigió la mirada a la verja una vez más. Durante una fracción de segundo temió que las letras escritas en la cinta adhesiva podrían haberse disuelto en el aire, al igual que el paquete depositado en su escritorio, pero seguían allí, iguales a sí mismas: «A.P.».

«Las iniciales de A. Palandt...».

Y en la siguiente fracción de segundo, Emma tomó una decisión de graves consecuencias.

El razonamiento era simple: «Si existe el aviso del cartero, también existe el paquete».

Una prueba sencilla.

Si Salim, tal como dijo que haría, había dejado un aviso en la casa de A. Palandt, entonces antes también le había entregado el paquete a Emma.

Tan sencillo y lógico como eso.

Lo más obvio que Emma hubiera podido hacer para cerciorarse habría sido llamar al timbre y preguntarle a Palandt por el paquete, en caso de que ya hubiese regresado, pero eso no entraba en consideración, no después de lo que ella había visto en Internet esa mañana. Las tripas se le revolvían de miedo ante la mera idea de que la puerta pudiera abrirse y apareciese un hombre que se asemejara al del ascensor.

No, lo único razonable era echar un rápido vistazo al buzón, del que —y entonces se enfrentó a ese problema— al parecer esa casa carecía. En los últimos tiempos también parecían haberse extraviado unas cuantas cosas más.

Emma recordó que la grácil y delicada viuda que vivía sola en la casa siempre había mantenido su hogar en buenas condiciones, pero ahora faltaban las bombillas exteriores y las estatuillas de arcilla del jardín habían desaparecido. Además, ya no había cortinas detrás de las ventanas. Por todo eso, la modesta casa gris de tosco enlucido —como picado de viruela— no solo no parecía acogedora, sino prácticamente abandonada.

«Me parece que aquí no hay nadie».

La verja en que se había apoyado estaba atascada, pero la puerta del garaje estaba abierta de par en par. Debería abandonar su plan y regresar a casa, pero Emma se sentía mágicamente atraída por las puertas abiertas y, a decir verdad, también sabía cuál era el motivo: no solo le importaba demostrar la existencia del paquete, también la impulsaba la necesidad paranoica de confirmar la identidad de A. Palandt.

Por más improbable que fuera que esa persona guardara alguna relación con el Peluquero, tanto más seguro resultaba que la idea de ese desconocido y del posible contenido del paquete la volviera loca si no intentaba aclarar sus sospechas.

Así que se hundió en la nieve hasta los tobillos mientras recorría el sendero hasta el garaje. Hizo caso omiso de la humedad que penetraba en sus botines y también de la nieve que empapaba el pañuelo que le cubría la cabeza y le aplastaba los cortos cabellos contra el cráneo.

Más desagradables resultaban las miradas penetrantes que creía sentir en la espalda: vecinos ante la ventana, observando cómo se abría paso hasta la puerta de la casa, que, a diferencia de lo habitual, no daba a la calle sino que se encontraba en un

lateral. Un alero de chapa ondulada la protegía y estaba sombreada por un abeto cuyas ramas cubrían los escalones de ladrillo como una cortina.

Subió los cuatro peldaños y dirigió la vista a la calle, pero no distinguió a nadie, nadie que la observara desde un coche o un terreno vecino, y tampoco ningún transeúnte que se preguntara por qué esa mujer que durante seis meses no se había dejado ver en público, de pronto se plantaba ante la puerta de una casa que no era la suya.

Tal como había temido, en el domicilio de A. Palandt la correspondencia era arrojada directamente a través de una ranura en la puerta.

«¡Maldición!».

En un buzón quizá podría haber tanteado el aviso de correos con sus dedos delgados, pero ¿a través de una ranura?

Levantó la tapa metálica que cubría la ranura y espió al interior. No vio nada; en el interior, la oscuridad era más profunda que en el exterior.

Extrajo el móvil y activó la función linterna con dedos entumecidos.

A lo lejos ladró un perro y el sonido se mezcló con el omnipresente zumbido de la carretera que, en general, solo notaba cuando los amigos que la visitaban por primera vez se sentaban en su jardín y lo comentaban.

O cuando el temor aguzaba sus sentidos.

No solo el temor de ser descubierta (¿pues qué diría si de repente se abría la puerta?), sino también de saturarse psíquicamente. Hasta ese día por la mañana, el mundo que se extendía más allá de su casa le había parecido un océano tempestuoso a cuya orilla permanecía de pie sin saber nadar, y ahora estaba a punto de aventurarse mar adentro.

«Pero no puedo evitarlo».

La linterna del móvil no le proporcionó más información. Lo único que podía ver a través de la estrecha ranura y el ángulo inclinado eran algunas tablas del suelo y algo que parecían papeles o cartas desparramadas... pero resultaba imposible saber si el aviso del cartero se encontraba entre ellas.

«Vale, se acabó, estoy perdiendo el tiempo».

Cuando volvió a incorporarse, Emma se sintió aliviada. Su cerebro había hallado un motivo aceptable para no completar el plan inicial. Que ya no se dejara llevar por los impulsos era una buena señal, una señal saludable, y que no buscara una llave de repuesto oculta bajo el felpudo, tironeara de la ventanita lateral del lavabo o se empeñara en accionar un picaporte que... ¡no ofrecía la menor resistencia!

Emma retiró la mano. La puerta soltó un leve chirrido al desplazarse por el oscuro suelo de madera y empujar la correspondencia. Echó un vistazo por encima del hombro y no vio a nadie, al menos nadie que ella pudiese ver. Cuando se volvió, comprobó que el interior de la casa no era tan oscuro como aparentaba. Una tenue luz amarillenta salía de una de las habitaciones traseras del pasillo. Empujó la puerta, pero se había atascado en algo.

Se coló por la estrecha abertura y entró. El objeto era delgado y de la altura de un bebé y, más que atractivo, parecía desagradable. Se acercó y no pudo dar crédito a lo que veía, justo a un lado de un perchero vacío. Como temió que solo se tratara de un producto de su imaginación, una visión producida por su cerebro paranoico para alimentar aún más su manía persecutoria, se vio compelida a cerciorarse.

Adelantó la mano y percibió que allí dentro hacía bastante menos frío que fuera. Tocó el frío poliestireno y notó la réplica de una cabeza humana calva. Sí, no cabía duda: «Un soporte de pelucas». Al tiempo que alcanzaba dicha confirmación que le provocó una extraña sensación de entumecimiento en las manos, su móvil comenzó a vibrar. Afortunadamente, había activado solo la vibración, pues de lo contrario el timbre hubiera sonado como el tañido de una campana en el pasillo.

—¿Sí? —respondió, al ver que la llamaban de la consulta del veterinario. Además del soporte de pelucas, la preocupación por *Samson* suponía otro motivo para abandonar aquella casa lo antes posible.

—Señora Stein, la llamo de la consulta del doctor Plank. Perdona la molestia, pero tenemos un problema con el pago de los análisis del laboratorio. Las urgencias veterinarias de Düppel afirman que su tarjeta de crédito está anulada.

—Debe de tratarse de un error —susurró Emma, volviéndose para salir afuera, pero de repente no podía, aunque no era una persona quien se lo impedía y tampoco un objeto, sino un haz de luz.

Un haz de luz potente que iluminaba el sendero de entrada y alcanzaba el interior de la casa. De pronto, dos faros iluminaron la verja cuando un coche enfiló lentamente el sendero, acompañado del borboteo del motor.

«La salida trasera».

Eso fue lo primero que pensó tras colgar. Había pasado súbitamente al modo huida, olvidando el cansancio y pensando con claridad: el temor de ser descubierta despejó la niebla a través de la que había vadeado por obra del Diazepam.

Al menos de momento.

«Aquí debe de haber una salida trasera», pensó.

No quería salir por la puerta delantera bajo ningún concepto, volver a pasar por encima de la correspondencia, bajar los escalones de ladrillo y quedar a merced de quien fuera que venía en ese coche.

«Corre por el pasillo y pon pies en polvorosa».

Si, como la mayoría de las casas del barrio, esa era de los años veinte del siglo pasado, entonces el diseño sería similar y dispondría de una sala que daba a una terraza.

Recorrió el pasillo a toda prisa y abrió la primera puerta de la derecha. Daba a una habitación más grande y más oscura. Al principio temió que las persianas exteriores estuvieran cerradas, pero lo único que tuvo que apartar de las grandes puertas cristaleras fueron unas cortinas pesadas que apestaban a polvo y humo. Las cristaleras se abrían a un jardín que se extendía ante ella como una toalla larga y estrecha.

Las puertas cristaleras eran viejas, y mirar por sus irregulares vidrios era como ver el mundo a través de un objetivo ojo de pez. Sin embargo, la vista deformada de un enorme sauce llorón, varios árboles frutales y diversas rocas desparramadas cubiertas de nieve, en ese momento no le interesó en absoluto.

Oyó pasos en la entrada. Inspiró el aire polvoriento, reprimió la tos y trató de hacer el menor ruido posible mientras movía lentamente el pomo de la cristalera.

El chirrido estridente que se produjo cuando tiró de la puerta casi le destrozó los tímpanos: más sonoro que el timbre de una escuela anunciando el recreo, el estrépito resonó en toda la casa.

«¿Se trata de una alarma?».

Era improbable que Palandt hubiese dejado abierta la puerta principal y, sin embargo, hubiera instalado una alarma en la salida al jardín, ¿verdad? Eso no tenía sentido, sobre todo porque, a juzgar por la austera sala, allí no había nada que proteger.

El sofá situado a la izquierda de Emma estaba parcialmente cubierto de viejos periódicos y un muelle surgía entre el tapizado; un cajón de cerveza puesto boca abajo hacía las veces de mesilla auxiliar. De las paredes colgaban torpes dibujos de caballos, pero no había mesa de comedor, estantes de libros, alfombras ni sillas. En cambio, había una fea figura de un perro y un felpudo junto a la puerta. Un perro

labrador de porcelana, sentado, que podía servir de paraguero. Emma pensó en *Samson*.

«¡Ojalá ahora estuvieras a mi lado!».

Por lo demás, el único otro mueble era una vacía vitrina de contrachapado dispuesta en ángulo, como apresuradamente abandonada por los empleados de una empresa de mudanzas. En definitiva, nada que pudiese interesar a un ladrón, y sin embargo un penetrante timbre acababa de interrumpir el silencio.

Emma sudaba y tenía la boca reseca, pero el Diazepam y la adrenalina realizaban un buen trabajo de equipo: el temor le daba alas, el cansancio la sosegaba; incluso se dio cuenta de que la supuesta alarma solo había sonado una vez, lo cual también resultaba extraño.

Soltó el pomo y, cuando se disponía a empujar la cristalera atascada con el hombro, oyó voces.

Voces extranjeras.

«¿Albaneses, eslovenos, croatas?».

No lo sabía, solo sabía que ninguna de esas voces podía pertenecer a A. Palandt, porque los dos hombres que al parecer habían llamado al timbre —y que ya recorrían el pasillo soltando gritos agresivos— no dejaban de rugir el nombre del dueño de la casa.

—¿¿Paaaalandt?? ¡¡Paaaalandt!!

Uno de ellos parecía haber sufrido una operación de laringe, porque su voz era áspera y metálica. La del otro parecía un ladrido surgido directamente del estómago de un bull terrier.

Entre un grito y otro los hombres siseaban palabras en su extraño idioma, palabras que parecían cualquier cosa menos cordiales.

—¿¿¡¡Aaanton!!??

Entonces supo cuál era el nombre de pila de su vecino, pero no la manera de salir de allí.

Tironeó de la puerta que daba a la terraza y la empujó, pero sin éxito; estaba atascada firmemente, como si estuviera encolada o clavada, a diferencia de la puerta de la sala a través de la cual acababa de entrar, porque los intrusos la abrieron de un puntapié tan violento que casi saltó de los goznes.

Si el primero de los dos hombres no se hubiese vuelto hacia su acompañante con un comentario incomprensible, habría descubierto a Emma en el acto, pero ese gesto le dio a ella tiempo para deslizarse rápidamente a un lado, pasando junto a la vitrina vacía tras la cual quería ocultarse, pero que, tal como constató, le había impedido ver lo que en principio suponía su salvación: otra puerta. Estaba abierta y Emma la cruzó de puntillas, mientras a sus espaldas los hombres parecían soltar improperios en su idioma natal.

«¿Me han visto?».

No perdió tiempo en averiguarlo, no miró hacia atrás, solo hacia delante, y allí estaba la escalera pegada a la pared interior que conducía a la planta superior.

«Arriba estaré bien...».

Al menos era mejor que estar abajo, en el sótano, donde uno solo bajaba en las películas de terror cuando estaba en peligro. «Pero no en una casa ajena, huyendo de hombres desconocidos que buscan a un vecino desconocido para hacerle algo que supuestamente no quieren que nadie presencie».

Así que Emma se aferró a la estrecha barandilla y procuró subir los desgastados peldaños de madera sin hacer ruido.

A sus espaldas resonó un estallido, quizá los individuos habían derribado la vitrina; oyó tintineo de cristales, pero el sonido más sonoro era su propia respiración.

Una vez en la planta superior, tan oscura como la sala, Emma tanteó a lo largo del empapelado que cubría la pared del pasillo hasta una puerta.

Estaba cerrada con llave, al igual que la segunda situada justo enfrente.

«Maldición».

Siguió hacia una rendija clara al final del pasillo: otra puerta bajo la cual surgía un retazo de luz que alcanzaba el oscuro pasillo, que parecía un túnel. Pero esa también estaba cerrada con llave.

Emma quiso gritar de rabia, miedo y desesperación, pero eso ya lo hacían los hombres en la planta baja.

—¡¡Paaalaaandt!!

No solo se aproximaban sus alaridos, sino también sus pasos, pasos de botas pesadas que subían los peldaños más rápidamente que ella.

Se volvió hacia la izquierda, totalmente desorientada: no sabía si la puerta cuyo picaporte sacudía daba al jardín o a la calle. En vano. Con la fuerza de la desesperación, se arrojó contra la puerta en un último intento... y casi cayó dentro de la habitación.

Tropezó, soltó el picaporte, cayó de rodillas al suelo alfombrado y, apoyándose en los codos, impidió darse de cabeza contra el suelo.

«¡Mierda!».

Se puso de pie de inmediato y cerró la puerta. «¿Me habrán oído?».

Mareada, buscó algo a lo que agarrarse y vio una pequeña cómoda junto a la que se arrodilló, sin tomar conciencia de que solo hacía unas horas se había ocultado en una posición idéntica. Apoyó la espalda contra la pared y dirigió la mirada a una cama grande. Hacía más calor que en el resto de la casa, percibió olor a sudor y a algo ligeramente putrefacto. O las cortinas de la planta superior eran menos gruesas que las de la sala, o la agitación había agudizado sus sentidos. En todo caso, empezó a distinguir algo más que sombras y contornos. Una gran cama con dosel presidía el dormitorio de Palandt, en el cual era evidente que se encontraba. Estaba bien hecha, una manta de *patchwork* cubría gruesos edredones cuyas puntas asomaban a los pies de la cama. Almohadas prolijamente dispuestas ocupaban la cabecera.

«Como en un hotel», pensó Emma, y detestó dicha comparación.

—¿Paaalaaandt?!

Los hombres ya se encontraban en la planta superior y probaban los picaportes de las mismas puertas que ella había probado un momento antes, solo que de un modo menos remilgado. La madera se astillaba, los goznes chirriaban... Y Emma no sabía dónde meterse.

«¿Debajo de la cama?». No. ¡Sería el primer lugar que registrarían!

No había grandes armarios, solo un colgador provisto de ruedillas, un galán de noche junto a la ventana y una mesita de noche delante de ella, donde se veían numerosos botes de píldoras, espráis, blísteres de comprimidos y otros medicamentos.

De pronto no oyó nada más, solo el miedo zumbando en sus oídos, hasta que la proverbial calma que precede a la tempestad tocó a su fin: la puerta de la habitación se abrió con estrépito, chocó contra el borde de la cómoda junto a la cual ella se acurrucaba... y Emma quedó deslumbrada.

Una luz cruda se encendió en el techo, iluminando la cama y todo lo demás de manera implacable.

«Por tanto, también a mí».

Emma cerró los ojos, no debido a un reflejo infantil con la esperanza de no ser vista solo porque ella no los veía, sino porque se había equivocado: el objeto junto a la ventana no era un galán de noche sino otro soporte de pelucas. Y no estaba calvo como el de abajo en el recibidor: una tosca peluca femenina, larga y rubia, cubría el poliestireno.

«¿Qué has hecho, so estúpida? ¿Dónde te has metido?».

¿Entre dos matones y un perverso?

Oyó que dos pies calzados con botas entraban en la habitación. No osó abrir los ojos... y de repente sonó su móvil.

«¡Mierda!». Tonos sonoros y penetrantes, como los del timbre de abajo. «¡Mierda, mierda y mierda!».

El sudor le empapaba el cuerpo como si la temperatura de la habitación hubiese alcanzado la de una sauna. Sabía que todo había acabado, que ya ni siquiera tendría tiempo de gritar pidiendo auxilio en cuanto sacara el móvil y respondiera la llamada, pero no obstante lo intentó.

Demasiado tarde.

Sostuvo el móvil en la mano con la vista clavada en una pantalla oscura, maldijo a la persona que le había llamado —pues solo dejó que el móvil sonara dos veces, para delatarla— y oyó la risa desagradable del hombre de la voz de bull terrier. Abrió los ojos, convencida de que contemplaría el rostro de la muerte... pero allí no había nadie.

Y las carcajadas se volvieron más débiles, se alejaban de la habitación a lo largo del pasillo, con las botas del segundo hombre resonando contra el suelo de madera.

Solo cuando ambos volvían a descender la escalera Emma se dio cuenta de que lo que había sonado era el móvil del bull terrier, no el suyo, y que lo había hecho con el mismo tono estándar del suyo. Una llamada de alguien que había causado la risa del hombre y que, evidentemente, le había dicho algo que hizo que él y su compinche abandonaran la búsqueda.

«Largaos, hemos encontrado a Palandt», u «Olvidaos del vecino, hay otro encargo», u «Hola, soy yo, Anton Palandt. También me llaman el Peluquero. Quedamos de encontrarnos en mi casa, pero ¿podéis venir a otro lugar? Tengo un problema aquí con una puta moribunda».

Sea lo que fuere, Emma se sentía como si la persona que había llamado le hubiera salvado la vida.

«Por ahora».

Se incorporó, se agarró al borde de la cómoda, se preguntó si debía coger un bote de píldoras de la mesilla de noche, esas cuyas etiquetas —tal como entonces distinguió gracias a la lámpara del techo— al parecer estaban escritas en caracteres cirílicos, pero ya no tuvo tiempo de nada más.

Justo delante de ella, las almohadas se movieron, la manta de *patchwork* se arqueó y se deformó en algunos puntos como el vientre de una embarazada en el que patalea un nonato. Entonces el brazo de un hombre flaco y calvo apareció de debajo del edredón. Se incorporó.

De torso desnudo y huesudo, parecía un prisionero famélico; mantenía los ojos muy abiertos, húmedos. No parpadeó ni una sola vez.

Tampoco al volver la cabeza hacia ella y mirarla fijamente.

Ni siquiera cuando Emma soltó un grito agudo y huyó del dormitorio. Bajó la escalera y echó a correr hacia la salida, donde creyó darse de bruces con los dos hombres cuando derribó el soporte de pelucas, que la hizo caer. Se levantó en el acto y corrió hacia la calle sin malgastar un solo pensamiento en los vecinos u otros posibles observadores. Resbaló varias veces en la acera helada, pero ya no volvió a caer.

Emma corría, corría y corría, asustada por la gravilla que levantaba y el resuello de sus pulmones. Presionó la mano donde las punzadas eran más intensas y siguió corriendo, hasta que por fin se encontró ante su propia casa. Era la única construcción aislada de la zona y disponía de un sistema de alta seguridad instalado por Philip, con cerraduras electrónicas que solo se abrían mediante un transponedor, un chip en forma de moneda que había que sostener ante la cerradura hasta que emitiera dos pitidos y que en ese momento Emma extraía de sus tejanos al tiempo que subía los peldaños de ladrillo.

Y que casi dejó caer al ver el brillo verde del piloto LED de la cerradura, además de una luz tenue detrás de la cortinilla que cubría el pequeño cristal del ventanuco de la puerta.

«¡No —pensó—, esto es imposible! ¡No puede ser!».

Alguien había desconectado la alarma, abierto la puerta y encendido la luz. Y no era Philip, pues su coche no estaba aparcado en la calle.

—¿Adónde vas?

Emma, que se había vuelto abruptamente y trataba de coger su móvil dispuesta a marcar el 112 si no le quedaba más remedio, sintió un inmenso alivio al oír la voz de su mejor amiga y se volvió hacia la puerta principal, que entretanto se había abierto.

—Dios mío, Sylvie... Me has dado un susto de muerte.

En vez de disculparse o al menos saludarla, su amiga la dejó parada en los peldaños y desapareció en el interior de la casa sin decir una palabra.

Emma la siguió, sintiéndose exhausta: *Samson*, la irrupción en la casa de Palandt, aquellos dos desconocidos, el agotador camino de regreso... todo eso la había llevado al límite de sus fuerzas, así que no estaba dispuesta a enfrentarse a otro problema, ahora provocado por la extraña conducta de su amiga.

Cerró la puerta y, con dedos temblorosos, colgó su abrigo en la percha, se quitó los botines empapados por la nieve y fue a la sala. El repentino cambio de temperatura hizo que sus mejillas enrojecieran.

—¿Va todo bien? —le preguntó a su amiga.

Con expresión enfadada, Sylvie negó con la cabeza. Sus rizos oscuros, que siempre llevaba recogidos, colgaban sobre sus hombros.

Cuando la visitaba, Sylvie solía aposentarse en el sofá con las piernas cruzadas y pedirle un café con leche antes de parlotear sobre los acontecimientos, en su mayoría intrascendentes, de la última semana. Ese día, en vez de sus habituales prendas de diseño, llevaba un chándal color gris ratón y permanecía sentada al borde del sofá, rígida como una estatua y con la vista clavada en los leños ardientes de la chimenea.

—No, nada va bien —contestó, confirmando su extraña actitud.

Sylvie Bergmann no solo era su mejor amiga, sino también la más íntima. Incluso entre el amplio círculo de conocidos de Emma no había ninguna que se encontrara a su altura, y no solo en sentido figurado. El mero hecho de que calzara la talla 42 ya indicaba ciertas cosas; se habría convertido en jugadora de baloncesto profesional si sus conservadores padres no hubiesen insistido en que tuviera una profesión decente, es decir, que se dedicara a estudiar Medicina y no Fisioterapia. Los pacientes que acudían a su consulta en Wienberg la adoraban por sus grandes y sanadoras manos, que, como provistas de una sonda de profundidad, empezaban por palpar tensiones y contracciones, y luego las hacían desaparecer mediante presiones en puntos de energía y reflejos solo conocidos por Sylvie. Sin embargo, y a juzgar por su aspecto, ese día podría haber necesitado uno de sus propios tratamientos: presentaba un aspecto completamente tenso y contraído.

—¡Siéntate! —ordenó en tono brusco, como si estuviera en su casa y Emma fuese una visita.

Emma luchó contra el cansancio que la hacía tambalear aun en su propio hogar, aunque su casa ya no parecía tan segura como esa mañana; entre otras cosas, debido a la presencia de Sylvie.

—No tiene importancia, Sylvie, pero sabes que solo te di la llave para un caso de emergencia, ¿verdad?

—¡Siéntate! —repitió su amiga en tono frío—. Este es un caso de emergencia.

—¿Qué diablos te ocurre? —preguntó Emma y optó por quedarse de pie. Pese a sus temblorosas rodillas, de pronto le pareció importante mantener las distancias. En el peor de los casos podría agarrarse a la repisa de la chimenea.

—¿Que qué me pasa, preguntas? —Sylvie se puso aún más tensa—. ¿Cómo puedes haberme hecho esto? —soltó.

—¿De qué estás hablando?

—¡De esto! —Su amiga extrajo un bote de píldoras de tapa roja del bolsillo del chándal—. ¿Sabes qué es?

Emma asintió con la cabeza.

—Parece la progesterona que te di.

Es un medicamento que aumenta la posibilidad de quedar embarazada. Su sustancia activa fomenta el riego sanguíneo del útero; recomiendan esa hormona sexual a las mujeres que no han visto cumplido su deseo de procrear. Emma se lo había hecho recetar por su ginecóloga tras el primer tratamiento con ultrasonidos, y luego le dejó el bote empezado a su amiga. Tras las hemorragias, «tras la noche en el hotel», ya no le resultaba necesario.

—¿Por qué a mí? —espetó Sylvie, y dejó el bote de píldoras en la mesilla.

—¿De qué demonios estás hablando?

—¿Acaso consideras que no merezco tener hijos?

—¿Qué?

—¿Es que deseas que corra el mismo destino que tú?

—Pero ¿qué mosca te ha picado? —Emma alzó las manos, abriendo y cerrando los dedos como si el aire fuera una masa invisible, impotente, sin saber cómo reaccionar ante ese reproche hiriente—. ¿Cómo se te ocurre que podría pensar semejante cosa? —preguntó con lágrimas en los ojos—. Te quiero, Sylvie. No le desearía una noche con el Peluquero ni a mi peor enemigo.

Sylvie la contempló en silencio y después asintió con aire desdeñoso, como si hubiese contado con oír semejante paparrucha.

—En las últimas semanas he sufrido mareos, dolores de cabeza y cansancio de manera permanente —dijo en tono apagado.

«Bienvenida al club».

—Al principio me alegré porque creí que por fin lo había logrado, pero los análisis siguieron siendo negativos y tuve el período, así que fui al médico y él me preguntó si estaba tomando algún medicamento. «Solo Utrogestan», contesté, y a él le pareció bien. «Sí, eso puede ser de ayuda», dijo.

La mirada de Sylvie se deslizó por el rostro de Emma; fue como si le clavaran agujas de acupuntura. Su amiga abrió la boca y Emma retrocedió un paso instintivamente, como ante un perro que gruñe y enseña los dientes.

—Claro, siempre y cuando lo que contenga el bote que te ha regalado tu querida amiga sea progesterona. Y no Levonor no sé qué —añadió Sylvie en voz demasiado baja como para lanzar esa increíble acusación.

—¿Levonorgestrel? —Una oleada de calor inundó a Emma—. Eso es imposible —soltó. Se tambaleó hasta la chimenea y sintió aún más calor.

—¿Qué te habías imaginado? —replicó Sylvie—. Cuando las hemorragias se volvieron más intensas Peter echó un vistazo a las píldoras, ya que resulta que su exmujer también las tomó en cierta ocasión, y dijo que sus píldoras tenían un aspecto distinto.

«¡Peter!».

El amigo de Sylvie carente de apellido; al menos Emma no lo sabía, lo cual también podía deberse a que apenas prestaba atención a su amiga cuando esta hablaba de él. Sylvie lo había conocido en el tiempo posterior, ese en el que Emma tenía ganas de escuchar cualquier cosa menos historias de relaciones. Ni siquiera quiso ver una foto de él. Lo único que sabía acerca de Peter era que supuestamente era «el adecuado», el hombre ideal con el que quería tener hijos.

—Así que le llevé las píldoras a un farmacéutico para que las analizara.

Sylvie se echó a llorar y, bañada en lágrimas, cogió el bote de píldoras y se lo arrojó a Emma. El bote no dio en el blanco y chocó contra la repisa a sus espaldas. Cuando cayó al suelo, se abrió y las píldoras rodaron por el parqué como diminutas canicas, al tiempo que su amiga le espetaba:

—¡Me diste el cambiazo! ¡Me diste píldoras del día después, zorra estúpida!

Emma mantenía la vista clavada en el bote a cierta distancia: parecía idéntico al que le había dado a Sylvie hacía más de tres meses.

«¿Píldoras del día después?».

—Tiene que haber una explicación lógica —dijo, sin tener la menor idea de cuál podía ser.

—No me sorprende que ahora quieras venirme con uno de tus cuentos.

—Tú me conoces, Sylvie.

—¿Te conozco?

«No lo sé. Ni siquiera sé si me conozco a mí misma». Emma se rascó el antebrazo con gesto nervioso; de pronto sentía picor en todo el cuerpo.

—Si lo que dices es verdad, entonces alguien debe de haber cambiado las píldoras.

—Vaya, una vez más otro ominoso «alguien». Como ese que supuestamente te violó, ¿eh?

¡Zas!

Lo había dicho: «supuestamente». Una única palabra bastó para arrojar su amistad al cubo de la basura y cerrar la tapa.

—No quise decir eso —graznó Sylvie, como recién despertada de una horrible pesadilla. Con mirada menos dura y más compasiva, se cubrió la boca con la mano.

—Pero acabas de decirlo —musitó Emma.

—Lo sé, pero ponte en mi lugar, por favor. ¿Qué quieres que crea?

—La verdad.

—Pero ¿cuál es la verdad, Emma? —La ira volvió a adueñarse de Sylvie—. ¿Una habitación de hotel que no existe? ¿Una testigo imposible de encontrar? Pero si ni siquiera encajas con la víctima típica: el Peluquero asesina putas. Tú eres la esposa más fiel que conozco. Y además estás viva.

—Me raparon y me violaron. Había un hombre en mi habitación...

—Sí, como Arthur en tu armario...

¡Zas y zas!

El cubo de basura en que se pudría su amistad estaba listo para ser trasladado al vertedero.

—¡Qué te has creído, pedazo de...! —El dolor impidió que Emma encontrara las palabras. Cerró los ojos y temió perderse en un remolino de recuerdos.

Una palabra brillando en un espejo: «LÁRGATE».

La voz de su padre. «LÁRGATE AHORA MISMO. ¡O TE HARÉ DAÑO!».

Las cuchillas vibrando. *Zummmm...*

Un portazo, tan violento que tembló toda la sala.

—¡Esa noche no solo perdí mi pelo y la seguridad en mí misma, sino también a mi hijo! —gritó Emma con los ojos cerrados, y empezó a golpearse el vientre con furia. Una vez, dos veces, cada vez más violentamente, hasta que el dolor se volvió tan intenso que cayó de rodillas. Boqueó, resolló y estaba a punto de vomitar—. Ayúdame... —pidió con voz lastimera—. Ayúdame, no sé qué me pasa...

Abrió los ojos, extendió los brazos y tanteó en busca de su amiga. Pero allí no había nadie que pudiera ayudarle.

Sylvie se había marchado.

Se arrastró hasta el sofá y tosió. La garganta le escocía y el estómago le ardía. Pensó en el pobre *Samson*, que seguramente se encontraba mucho peor; ojalá estuviera bien cuidado y le administraran píldoras...

«¡Me diste el cambiazo... zorra estúpida!».

Sylvie ya no estaba, pero su voz aún resonaba en la cabeza de Emma, lanzándole acusaciones incomprensibles.

Nunca había tomado la píldora del día después, y menos acumulado un montón para dárselas a otra persona. Como médica, consideraba que se debía a la vida; jamás le daría un medicamento equivocado a su mejor amiga, nunca, ella, que como protesta contra el maltrato de pacientes incluso había reavivado el debate sobre los experimentos Rosenhan. Sin embargo, pese a la gravedad de las acusaciones de Sylvie y a lo mucho que la habían afectado sus suspicacias, ese altercado —en comparación con lo que acababa de sucederle en la casa de Palandt— no tenía importancia.

Volvió a incorporarse en el sofá. Debía llamar a Philip.

Era obvio que le haría reproches en cuanto se enterara de que había salido de casa sola, pero al final tendría que darle la razón: Anton Palandt era un vecino sumamente extraño al que habría que investigar.

Se dirigió al ropero arrastrando los pies.

«Hola, Philip. ¿Puedes pedir a los detectives que investiguen al habitante de la avenida Teufelssee 16, por favor? Es un hombre calvo que toma muchos medicamentos, vive en una casa en penumbra, al parecer se ve amenazado por alguien y —ahí va— tiene varios soportes de pelucas. El que se encuentra en su dormitorio incluso tiene cabellos de mujer. Y será mejor que no preguntes cómo lo he averiguado».

Eso era lo que le diría por teléfono, eso o algo similar, pero sería imposible, tal como descubrió al tantear el bolsillo de su chaqueta: el móvil había desaparecido.

«¡No! No, no, no...».

Aterrada, bajó las manos.

«Desaparecido» no era la palabra apropiada para lo que había ocurrido con su móvil. «Lo he perdido», pensó, y maldijo en voz alta cuando se dio cuenta de que solo había un lugar donde se podía haber caído de su bolsillo: la casa de A. Palandt.

«Cuando tropecé con el soporte de pelucas al huir de allí».

Fue como si la abofeteara una corriente de aire frío, una reacción psicósomática al estrés. Una voz le decía que debía intentar recuperar su móvil; otra más sensata le preguntó si de verdad estaba tan chiflada como para querer volver a la boca del lobo.

Tiritó y cogió su gruesa bata azul celeste del ropero. Olía al perfume que el día anterior había vuelto a sacar, con la esperanza de que el aroma de la fragancia que Philip le había comprado en Barcelona el primer día de su luna de miel le recordara los días más dichosos del tiempo anterior. Pero aquella mezcla de frambuesa, ámbar y loto se limitó a confirmar que había perdido la dicha pasada para siempre.

Fue a la cocina con paso pesado y cogió el teléfono fijo de su base junto a la cafetera. Con la espalda apoyada en la nevera, que vibraba, dirigió la mirada al jardín trasero y marcó el número de Philip.

«Contesta, por favor; por favor, contesta...».

Una corneja descendió en medio del jardín y se posó en el tronco astillado de un abedul al que hacía años le había caído un rayo y que hacía tiempo que debería haber talado. Fuera ya empezaba a oscurecer y entre los árboles brillaban las luces de las casas vecinas, acogedoras como pequeñas lámparas de azufre.

A esa hora, en los fines de semana de antaño solía prepararse una taza de té, encender una vela y poner un CD de música clásica, pero en ese momento la única banda sonora que subrayaba su estado de ánimo depresivo era el repetido tono de la llamada. Emma ya contaba con que saltaría al buzón de voz cuando oyó un chasquido en la línea y un carraspeo.

—¿Sí?

Emma se apartó de la nevera, todavía notando la vibración en la espalda, que se intensificó cuando se dio cuenta de quién había contestado al móvil de su marido.

—¿Jorgo?

—¿Va todo bien? —susurró el policía.

—Sí. ¿Dónde está Philip?

—Está... espera un momento. —Ella oyó un ruido, luego pasos y por fin algo parecido a una puerta que se cierra. Entonces Jorgo alzó la voz; reverberaba de un modo curioso, como si se encontrara en un recinto vacío—. Ahora no puede ponerse. Está pronunciando su discurso; por eso tengo su móvil.

¿Se trataba de una evasiva? Emma presionó el auricular contra la oreja, pero no logró oír ningún ruido de fondo que confirmara o desmintiera la afirmación de Jorgo.

—¿Y tú no querías escuchar la intervención de tu mejor amigo?

—Salí de la sala cuando oí tu llamada. ¿Hay algún problema?

«Sí. Mi vida».

—¿Cuánto tiempo tardará aún? —preguntó ella.

—Unos minutos más. Oye, no es asunto mío, pero si llamas por lo de su visita al Le Zen...

Una sensación helada le atenazó el estómago.

—¿Cómo sabes eso? —jadeó.

La explicación era tan sencilla como irritante.

—Antes, cuando Philip escuchó tu mensaje en el buzón de voz, el teléfono del coche estaba en manos libres.

Ella parpadeó, nerviosa. «¡Maldición!». Había olvidado su primera llamada y ahora resultaba que Jorgo había escuchado todo. Abandonó la cocina y volvió a la sala.

—Hace un mes nos encontrábamos en ese hotel por motivos profesionales. Volvimos para que nos enseñaran todas las habitaciones de la planta diecinueve. ¿Qué se suponía que Philip debía decir cuando de pronto apareció ese veterinario? «¿Hola, estoy esperando al director del hotel? ¿Queremos encontrar la habitación donde violaron a mi mujer?».

Emma asintió con la cabeza. Eso tenía sentido. La sensación helada desapareció.

—¿No escuchaste los mensajes de tu buzón de voz? —preguntó Jorgo tras una breve pausa.

—¿Qué?

—Philip te llamó varias veces, pero no contestaste, ni al móvil ni al fijo.

«Porque estaba en casa de Palandt, donde perdí mi móvil. Todo esto es una maldita mierda».

En cuanto su vecino lo encontrara en el pasillo, solo era cuestión de tiempo que descubriera quién había entrado en su casa. «¡Además me vio en su dormitorio!». Al recordar aquellos ojos muy abiertos y su mirada fija, Emma se estremeció.

—Por favor, ¿puedes decirle a Philip que ahora no puedo ponerme al móvil? Dile que me llame al fijo. Y gracias por la nota.

Entonces oyó ruidos de fondo, como si Jorgo hubiese conectado el manos libres.

—¿Qué nota? —preguntó.

—Pues la que me diste antes de irte. Te agradezco por creerme.

—Disculpa, pero no sé de qué me hablas.

—¿Qué?

A Emma se le nubló la vista. Se sentó al escritorio y clavó la mirada en el jardín en busca de un punto donde fijar la vista, puesto que parecía haber perdido el juicio. Volvió a mirar el abedul astillado. La corneja había desaparecido.

—Pero tú... pero si tú me...

Se revisó los bolsillos, pero la nota ya no estaba allí. Trató de concentrarse, mas no lograba recordar dónde había dejado la nota de Jorgo. Entretanto habían ocurrido muchas cosas, tal vez la había perdido en la consulta del veterinario, de camino a la casa de Palandt o incluso allí, junto con el móvil.

—No te di ninguna nota —oyó decir a Jorgo, cuya voz de repente parecía extrañamente nerviosa.

«¡¡Mientes!!», quiso rugir Emma, pero su mirada se clavó en algo depositado ante ella en el escritorio, tan grande que no podía pasarlo por alto. Como el proverbial bosque al que uno no le presta atención debido a los árboles. Se estremeció.

—¿Qué te pasa? —oyó preguntar a Jorgo como desde el otro lado del mundo.

Sin poder evitarlo, el estremecimiento se convirtió en un intenso temblor.

—Nada —graznó y colgó, aunque en realidad hubiera querido gritar: «¡Sí! ¡Me pasa algo! ¡Algo terrible!».

Se echó a temblar espasmódicamente y el teléfono inalámbrico se le cayó de la mano, pero esa reacción extrema no se debía a Palandt ni a Sylvie, sino al paquete.

Ese que por la mañana Salim le había entregado para el misterioso vecino.

Volvió a estar allí, en el escritorio. En el mismo sitio donde ella lo había dejado.

Como si nunca hubiese desaparecido.

Como el alcohólico que sabe lo que hace cuando coge la primera copa, Emma sabía lo que hacía cuando desató el cordel del paquete: emprendía la etapa más peligrosa de su viaje autodestructivo, hacia las profundidades de su inútil y desdichada existencia.

Una de las primeras cosas que aprendió en los cursos de Psiquiatría era el significado de «paranoia», que procede del griego y cuya traducción más precisa es «contrario a todo juicio sensato». Y lo que hizo fue exactamente eso: algo contrario a todo juicio sensato; incluso era un delito, pero infringir la inviolabilidad de la correspondencia era lo que menos le preocupaba. Más bien estaba aterrada de ella misma. ¿Y si todos tuvieran razón? ¿Como la psicóloga de la policía al afirmar que solo se había inventado la violación para llamar la atención, o Jorgo, que afirmaba que jamás le había dado ninguna nota?

Y encima el paquete había vuelto a aparecer.

Estaba segura de que contenía la clave que resolvería todos los misterios de las últimas horas y tal vez los de las últimas semanas, pero ¿a cuántas personas había conocido cuya percepción de la realidad era totalmente falsa? ¿A cuántos pacientes había tratado, almas perdidas que no hacían otra cosa que deformar mentalmente sus observaciones y experiencias a fin de demostrar sus teorías respecto a la existencia de malvados complots y persecuciones?

Emma sabía que uno también puede contemplar las cosas de otra manera. Durante las últimas horas había descubierto numerosas «anomalías», pero no había hallado la mínima prueba de que ese paquete guardara relación con su dolorosa experiencia.

Cuando arrancó el envoltorio se hizo un corte en el pulgar con el canto del papel. Desplegó los pliegues con gesto violento, prácticamente rompiendo el paquete y, con la mano derecha, hurgó entre las bolitas de poliestireno que protegían el contenido. Extrajo cajitas en las que se leía: МОРФЕЙ N60 ТАБЛ.

Eran al menos diez cajitas de cartón blanco con una franja azul celeste. Emma abrió una de ellas. «Medicamentos». Píldoras de color ocre del tamaño de una lágrima albergadas en un blíster transparente. «Pero ¿qué clase de medicamento?».

Emma había aprendido inglés y latín en el instituto, pero no ruso. Volvió a coger la cajita abierta: МОРФЕЙ N60 ТАБЛ. Llegó a la conclusión de que se trataba del nombre comercial del medicamento y su composición.

Había un prospecto entre los blísteres. Lo desplegó y los caracteres cirílicos le recordaron los medicamentos dispuestos en la mesilla de noche de Palandt. Siguió hurgando entre las bolitas de poliestireno y cogió algo que curiosamente no le arrancó un grito... aunque se trataba de un instrumento mortal.

Un bisturí de plástico.

Pero contuvo la respiración cuando desprendió el celofán que envolvía el bisturí y notó que estaba manchado de rojo oscuro.

«¿Sangre?».

Tenía la surrealista sensación de que alguien a sus espaldas tendía la mano hacia ella y se volvió, pero allí no había nadie. Ni siquiera *Samson*, a quien en ese momento le hubiera gustado tanto tener a su lado.

Asqueada, dejó el bisturí a un lado y siguió registrando el paquete; entonces dio con un frasco marrón provisto de una etiqueta sin logotipo y escrita a mano: ГАММА-ГИРОКСИМЛЯИЯ КИСЛОГа.

Se restregó los ojos y tuvo que obligarse a abrirlos; se sentía como un conductor que lucha contra el sueño. «Pues entonces debería parar en el arcén y descansar. Buena idea». Ansiaba tumbarse en el sofá («ay, solo un momento, sería maravilloso»), pero era imposible. «¿Y si Palandt acude en busca del paquete?».

Cogió el bisturí manchado y lo guardó en el bolsillo de su bata. Pese a ello, se sentía completamente indefensa, pues aparte de que era bastante improbable que fuese capaz de blandir un bisturí, este resultaría inútil para defenderle de su más cruel enemigo: «Los demonios que socavan mi juicio».

Pues ¿qué pasaría si se tendía a descansar y el paquete volvía a desaparecer en cuanto el Diazepam dejara de surtir efecto y ella despertara? Emma barajó la idea de tomar una foto que demostrara la existencia de las cajitas de medicamentos desparramadas en la mesa, «pero ¿con qué?». Su móvil estaba en la casa de A. Palandt, quien, a juzgar por el idioma que hablaban aquellos matones, quizá supiera leer esos jeroglíficos que Emma no podía descifrar...

«Un momento...». Clavó la mirada en su ordenador portátil. «¡Pero sí mi ordenador!».

Abrió el *notebook* y la página del navegador, y en el recuadro de búsqueda escribió «Rusia». Eso no le llevó nada de tiempo, pero sí hallar los símbolos correspondientes en el teclado. Solo lo logró mediante el método de ensayo y error y tardó unos cuantos minutos en escribir МОРФЕЙ & ГАММА-ГИРОКСИМЛЯИЯ КИСЛОГа en el traductor de Google. Cuando miró el recuadro de la derecha con los resultados, deseó no haberlo hecho: «Morfina & Ácido gamma-hidroxitúrico».

Todos los jóvenes conocían lo primero. Y todos los médicos, lo segundo.

GHB. Un narcótico líquido que, en dosis elevadas, no solo dejaba a los pacientes sin voluntad e indefensos, sino que también reducía su memoria. Por eso el GHB — que aparecía en la prensa bajo la denominación de «gotas KO» — había alcanzado una triste fama después de que numerosos violadores lo hubieran disuelto en las copas de sus víctimas sin que estas lo notaran.

Emma jadeó y se esforzó por tomar aire: el paquete contenía el medicamento con que el Peluquero envenenaba a sus víctimas. Su campo visual centelleaba, como si mirara el asfalto caliente de una calle en pleno verano.

Había llegado el momento de dejar las investigaciones por su cuenta. En realidad, hacía tiempo que había superado ese momento. Absolutamente sola, indeciblemente fatigada y sintiendo una debilidad casi dolorosa, se puso en pie, se alejó del escritorio y se dejó caer en el sofá, exhausta.

Entonces reflexionó acerca del paquete y su contenido, del que había deseado que pusiera punto final a sus morbosas dudas y cuyo efecto había sido precisamente el contrario. Y acerca de A. Palandt, quien, amenazado por dos matones, lloraba en silencio en la oscuridad de su habitación. Y también acerca de Philip, que la había dejado sola con su vacío interior, y con quien ahora no podría hablar por teléfono. Y no porque su móvil estuviera tirado en la casa de Palandt, junto a un soporte de pelucas, y tampoco porque ella temiera su enfado, visto que ese día ya había cometido dos delitos: allanamiento de morada y violación de correspondencia.

No, Emma no podría hablar por teléfono con su marido por un motivo muy sencillo: se le cerraban los ojos.

Lo último que percibió de su entorno fue una sombra que, a cierta distancia, se movía junto a la puerta de la sala. Una sombra que parecía perfilar una oscura figura masculina cuyo aspecto la inquietaba, pero que era incapaz de sacarla de su duermevela. Con cada paso que daba hacia ella, Emma se alejaba de su propia conciencia, e incluso el sonido de sus pesadas botas no pudo impedir que se quedara profundamente dormida.

Tres semanas después

Cuando Emma abrió los ojos le resultó difícil orientarse. Sabía dónde estaba (en el bufete de Konrad), sabía quién era (una paciente paranoica sentada en el banquillo de los acusados) y por qué se encontraba allí (para hacer una declaración en la que había mucho en juego). No obstante, no tenía idea de lo ocurrido durante los últimos minutos. Las manecillas del reloj apoyado en el estante indicaban que había transcurrido un cuarto de hora y el té que Konrad acaba de servirle ya no despedía vapor, y eso que ella solo había parpadeado una vez.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó al abogado, y bostezó.

—Te quedaste dormida.

Él ya no tenía las piernas cruzadas, pero ese era el único cambio en su postura, por lo demás perfecta. Estaba sentado en el sillón con la espalda recta y ello no parecía costarle el menor esfuerzo. Emma sabía que desde hacía años era un defensor acérrimo de las técnicas de autorrelajación y había perfeccionado una disposición mental que le proporcionaba paz interior.

—¿Dices que me dormí? ¿Durante nuestra conversación? —preguntó ella en tono incrédulo y se masajeó la nuca.

—En medio de una frase —confirmó Konrad—. Los medicamentos te provocan cansancio y además aquí hace mucho calor. He bajado las llamas de la chimenea.

«¡Qué pena!». Dirigió la mirada al cristal engarzado en la chimenea, tras el cual las llamas de gas se habían reducido bastante. Volvió a bostezar.

Konrad arqueó las cejas y, con voz suave, preguntó:

—¿Prefieres que por hoy demos por acabada la declaración?

—En ese caso, ¿tengo que volver allí? —Emma tragó saliva: la mera idea de volver a su «celda» le causaba un nudo en la garganta.

—Sí, por desgracia, pero me consta que esta noche no te administrarán tranquilizantes.

«¡Uau, qué progreso!».

—Me gustaría quedarme un rato más.

—Ya, pero...

—No, no pasa nada. El cansancio no es una enfermedad, ¿verdad? Todavía tengo fuerzas, así que deberíamos aprovechar el tiempo. Contártelo todo me hace bien.

—¿Todo?

—Ajá.

Él inspiró hondo y vaciló un instante.

—Bien, noto que hay cosas que solo mencionas de un modo superficial y luego cambias de tema con rapidez.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, el dinero.

—¿Qué dinero?

Konrad sonrió con expresión pícaro, como si la pregunta supusiera una demostración de su aseveración anterior.

—¿No has dicho que el veterinario se quejó de que tu tarjeta de crédito estuviera anulada?

—Ah, te refieres a eso. —Emma enlazó las manos en el regazo.

—¿Qué pasó? ¿Era un error del banco?

—No —admitió ella en voz baja.

—Entonces, ¿realmente estaba anulada?

—Sí.

—¿Y ese email que antes mencionaste como de paso? La anulación de tu cuenta, el mensaje que creíste que era correo basura...

—Pues era auténtico.

Konrad entornó los ojos.

—¿Teníais problemas de dinero?

—No.

—¿Y entonces...?

Emma carraspeó, abochornada, e hizo un esfuerzo.

—Has preguntado si teníamos problemas de dinero. He dicho que no, porque la única que los tiene soy yo.

Además, que Philip tuviera problemas económicos era casi inimaginable. Sus padres le habían dejado la fortuna que ganaron mediante la construcción de áreas de servicio en autopistas, antes de que el cáncer acabara con ellos.

—Había pedido demasiadas cosas, compré un montón de tonterías *online* y mediante la televenta, desde caros productos cosméticos hasta pantuflas que puedes calentar en el microondas. Trastos inútiles con los que intentaba distraerme, y al mismo tiempo los ingresos de mi consulta se esfumaron.

—Pero Philip no te hubiese dejado en la estacada, ¿verdad?

—No; conoces su generosidad. Ni siquiera tenemos capitulaciones matrimoniales aunque él aportó la fortuna al matrimonio. Pero ya estaba pagando el crédito de mi consulta privada; para mi adicción a las compras utilicé mi propia cuenta.

—Y cuando quedó vacía, ¿te dio vergüenza decírselo?

—Así es —contestó Emma, bajando la vista.

—Bien —dijo Konrad, como si tachara un punto de una lista, y cambió de tema—. Hablemos de lo que me contaste de Sylvie. ¿Qué fue lo que más te irritó? ¿Que te acusara de cambiar las píldoras o que hablara de una «supuesta» violación?

Emma tragó saliva.

—No lo sé, creo que son la misma cosa. Dijo que era una mentirosa chiflada que quería hacerle daño.

—¿Seguro que fue eso lo que dijo? —replicó Konrad ladeando la cabeza—. ¿No será que más bien dudó de tu percepción?

Ella frunció el ceño.

—¿Dónde está la diferencia?

—Pues la hay. Sabes que tres testigos de un accidente de coche a veces describen tres versiones distintas del mismo. Ninguno miente, pero a algunos el cerebro les hace una jugarreta en situaciones de estrés.

—Puede ser, pero supongo que aún soy capaz de saber si cambié las píldoras adrede y si fui violada o no.

Konrad asintió y entonces ocurrió algo inquietante: cambió súbitamente, como si alguien le hubiese dado a un interruptor. Su sonrisa paternal desapareció con la misma rapidez que las arrugas de expresión causadas por la sonrisa. Su mirada se volvió penetrante, casi fija y aguda como el abrecartas apoyado en su escritorio, y su respiración se tornó muy pausada.

«Como un zorro a punto de abalanzarse sobre un conejito», pensó Emma. De hecho, su cariñoso mentor se había convertido en un famoso abogado estrella cuyas repreguntas temían tanto los testigos como los fiscales de toda Alemania.

—¿Así que estás segura? —preguntó él.

—Sí.

Bajo la manta, Emma apretó los puños.

—¿Tan segura como que durante los experimentos Rosenhan recibiste tratamiento en contra de tu voluntad?

—Konrad, yo...

—Al fin y al cabo, eso fue lo que contaste a los que escucharon tu disertación. Les mostraste un vídeo. La piel de la mujer no tenía el mismo color que la tuya, pero dijiste al público que la persona a la cual le aplicaron los electrochoques eras tú.

—Sí, pero... —Lo había soltado: el «pero» que cambiaba todo. Se restregó los ojos en un intento inútil de contener las lágrimas—. Pero tampoco sé por qué mentí sobre ese punto —añadió, y se corrigió en el acto—: O sí. Quería tomarle la delantera a un colega, se llama Stauder-Mertens, un cabrón arrogante que quería hacerme quedar en ridículo interrumpiéndome con sus preguntas. Fue una gran estupidez por mi parte, pero... —Dejó el segundo «pero» suspendido en el aire, porque no había nada que pudiera borrar sus mentirijillas.

—Puede que la pregunta maliciosa de un colega haya sido el desencadenante de tu mentira, pero no la causa —dijo Konrad.

—Sí, lo sé. —Emma se volvió hacia la ventana y contempló la nieve y el lago. Deseó encontrarse allí fuera, flotando bajo el hielo, sin vida.

—Por supuesto que lo sabes. Tu especialidad es la pseudología; conoces las circunstancias que pueden desencadenar las mentiras patológicas.

—Por favor, Konrad... —Se volvió y le lanzó una mirada suplicante, pero el abogado se mostró inmisericorde y enumeró los síntomas:

—Abandono durante la infancia; rechazo por parte de los padres, en especial del padre; una fantasía superior a la media que permite una huida a un mundo irreal donde uno se fabrica un sustituto amigo imaginario al que, por ejemplo, podría llamar «Arthur».

—¡Basta! —Emma se quitó la manta de las rodillas—. ¿Para qué seguimos hablando si de todos modos no me crees ni una palabra? —espetó, y quiso levantarse del sofá.

Pero sobreestimó sus fuerzas, volvió a desplomarse en el sofá y volcó la taza de té. Gruesas gotas cayeron de la mesa auxiliar justo en la parte blanca de la alfombra; en el borde negro, que con el tiempo se había vuelto de un pálido marrón, una mancha no hubiese destacado mucho.

—Lo siento, Konrad. No pretendía estropear la alfombra, maldita sea. —Las lágrimas volvieron a humedecerle los ojos.

—No te preocupes —oyó decir a Konrad—, no es nada.

El abogado tenía razón. La mancha era ridícula y seguro que lograrían eliminarla en la tintorería; sin embargo, Emma consideraba que había violado su sanctasanctórum. ¡Había manchado nada menos que la alfombra de la «O»! Sabía lo mucho que esa vieja alfombra redonda significaba para él. Hacía decenios que Konrad —cuando aún era un estudiante— la había traído del Tíbet. Había sido su primera adquisición importante, su talismán... y ella la había estropeado.

—¿Adónde vas? —preguntó él cuando ella intentó abandonar el sofá una vez más.

Ella señaló la puerta junto al pasillo que daba al lavabo.

—A por agua y jabón.

Él meneó la cabeza con suavidad; ya volvía a ser su viejo amigo y mentor. Una vez más, el cambio sucedió en segundos y, si bien no sonreía, sus palabras eran tan cálidas y cordiales como siempre.

—La alfombra no tiene importancia, Emma. Lo importante es que me digas la verdad.

—Intentaba hacerlo, pero tú me asustas.

Konrad se encogió de hombros, como diciendo «lo sé, pero ¿qué quieres que haga?».

—No te dejes intimidar por mí —rogó, y volvió a tomar asiento—. Aquí solo interpreto el papel de abogado del diablo. Durante el juicio la fiscalía intentará desquiciarte mediante trucos muy agresivos.

Emma tragó saliva y deseó que él la abrazara o le cogiera la mano, pero Konrad se limitó a observarla mientras ella volvía a sentarse. Solo entonces se puso en pie, sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y lo pasó por la mesa auxiliar de cristal. Hizo caso omiso de la mancha en la alfombra.

—El fiscal sacará a la luz tus secretos más oscuros, como le corresponde. Al fin y al cabo, quiere verte en la cárcel de por vida.

—Lo sé. —Emma se rascó la frente y resistió el impulso de comprobar el largo de sus cabellos. Se limpió la nariz con un pañuelo y dijo—: No quise que nada de todo eso sucediera, ¿me crees?

Konrad se llevó un dedo a los labios y, tras reflexionar un momento, respondió:

—Normalmente, una vez llegado a este punto siempre digo que no se trata de eso. Que a mí me resulta irrelevante que mi cliente mienta o diga la verdad. Pero en tu caso es diferente.

—¿Porque somos amigos?

—Porque todavía no conozco toda la historia, Emma. ¡Cuéntamela! Y no únicamente aquello que ya sé gracias a los expedientes. Debes descender a lo más profundo y al mismo tiempo hablar de las cosas que te resultan dolorosas.

La mirada de ella se tornó vidriosa. Lo miró y comprendió a qué se refería, desde luego: quería que le hablara de los cadáveres.

«Bien, de acuerdo».

Volvió a enfocar la mirada, la deslizó por la chimenea y el enorme escritorio hasta la ventana, tras la cual se encontraba el lago por donde tal vez nunca volvería a pasear. En cambio, su cabeza estaba llena de imágenes que se llevaría a todas partes, sin importar cuán rápidamente huyera de sí misma.

«El contenedor con los miembros cortados, por ejemplo... Sí, buena idea. Le hablaré del contenedor».

Pero antes debía explicarle por qué había ido a parar al cobertizo y por qué se vio obligada a abandonar la casa por segunda vez, sin notar que el cartero estaba observándola... Así que debía contar las cosas por su orden.

Entonces se recostó en el sofá, dispuesta a volver, una vez más, a la vieja casa de la avenida Teufelssee, donde pronto perdería todo lo que una vez había sido importante para ella.

Tres semanas antes

Emma se había quedado dormida sentada, con la cabeza ladeada y apoyada en el borde del cojín del sofá, y por eso la habitación parecía haberse inclinado cuarenta y cinco grados en el sentido inverso de las agujas del reloj.

La taza de té en la mesilla, la fotografía enmarcada en la repisa de la chimenea, el florero con flores secas en el alféizar... todo el contenido de la sala parecía desafiar la ley de la gravedad.

Y también el hombre situado a tres pasos de ella.

Durante un momento creyó que estaba atrapada en un sueño y se sorprendió: por lo visto, los somníferos le permitían soñar. Después se sorprendió por haberse sorprendido, porque en general no tendía a reflexionar mientras dormía. Finalmente, se dio cuenta de que tenía los ojos abiertos y que todo lo que la rodeaba era real: el polvo en la mesa auxiliar, los leños quemados en la chimenea, la bata, que durante su breve pero intenso sueño se había impregnado de sudor. Y el hombre de las toscas botas de invierno de las cuales caían gotas al suelo.

«¡El hombre!».

Se incorporó tan bruscamente que se sintió mareada y el mundo comenzó a girar. Cogió el interruptor de la lámpara de pie, la encendió y una luz cálida inundó la sala, diluyendo la penumbra.

—Hola —dijo el hombre, y alzó la mano.

—¿Qué hace aquí? ¿Qué quiere? —repuso Emma, y hurgó en busca del bistori en el bolsillo de la bata.

Curiosamente, estaba mucho menos atemorizada de lo que en realidad debiera haber estado al ver a un desconocido que había irrumpido en su hogar mientras ella dormía. Eso sí, se sentía inquieta y nerviosa, como si tuviese que rendir un examen para el cual no había estudiado, pero estaba muy lejos de quedarse paralizada por el *shock* o de gritar. Eso no se debía tanto a que se conformara con su destino como a que el hombre parecía menos amenazante que cuando lo había visto por primera vez, hacía menos de una hora, llorando en su dormitorio.

—¿Señor Palandt? —preguntó, y él asintió con la cabeza.

Antes era calvo, ahora llevaba una peluca de corto cabello castaño oscuro, humedecido por la nieve.

Era alto, casi tanto como Sylvie, y muy delgado, incluso flaco. Su negra chaqueta impermeable colgaba como una lona de sus hombros hundidos; los botones eran amarillos y parecían extrañamente elegantes para alguien que no parecía darle importancia a su aspecto. El pantalón de pana, tres tallas grande, era demasiado ligero

para el tiempo que hacía, como si Palandt se viera obligado a llevar las prendas de un hermano mayor, y eso que parecía tener al menos sesenta años.

Lo más llamativo de su vecino eran sus gafas: enormes, de plástico beige y cristales tan gruesos que por detrás sus ojos apenas se distinguían. ¿Sería capaz de ver algo sin ellas?

—¿Qué desea? —preguntó Emma, con la esperanza de que Palandt no la hubiese reconocido en su dormitorio—. ¿Cómo logró entrar aquí?

Se incorporó y se apoyó en los cojines del sofá con la sensación de tener que disculparse, pese a que era el vecino quien había irrumpido en su casa, y el allanamiento de morada era más grave que los daños materiales, ¿verdad?

—Lo siento, espero no haberla asustado, pero la puerta estaba abierta.

«¿Abierta?». Emma recordaba haber estado tendida en el suelo llorando y oír cómo Sylvie la cerraba de un violento portazo. A lo mejor no se había cerrado correctamente. «¡Y tú, pedazo de estúpida, no lo comprobaste!».

Palandt desvió la mirada y la dirigió al escritorio.

«¡Al paquete!». Abierto como por las manos de un niño impaciente en Navidad y con el contenido desparramado entre las bolitas de poliestireno.

—Lo siento —dijo ella, sintiéndose culpable, y señaló el escritorio—. Estoy... bueno... no me encuentro bien. La idea de abrir la correspondencia tras tomar un somnífero fue una estupidez. Creí que el paquete era para mí. Lo siento.

—No se preocupe —dijo Palandt en tono cordial y voz muy débil—. Soy yo quien debe disculparse. —Emma negó con la cabeza y él insistió—: Sí, sí. No debería haber irrumpido aquí así, sin más, para buscar el paquete. —Metió la mano en el bolsillo trasero de su pantalón de pana y sacó el aviso de correos—. Llamé a la puerta, pero no encontré ningún timbre.

—El timbre está en la verja del jardín.

—Ya, sí, pero no podía regresar a la verja tras haber subido los peldaños. Estoy bastante débil, ¿sabe? Las piernas apenas me sostienen. —Bajó la vista, como si quisiera asegurarse de que sus piernas flacas seguían unidas a su cuerpo escuálido—. Sea como sea, como nadie contestó, me preocupó la idea de que aquí también hubieran entrado ladrones.

—¿También? —Y de pronto el miedo volvió a Emma, porque sabía de qué hablaba Palandt.

—Ah, hoy mismo ya han irrumpido en mi casa —dijo él, y se rascó la nuca—. Fíjese qué nervioso estoy que incluso me pareció verla a usted en mi dormitorio.

Un escalofrío la recorrió. Abrió la boca, dispuesta a formular las preguntas que un inocente hubiera hecho en el acto: «¿De qué está hablando? ¿Qué quieren esos de usted? ¿Ha llamado a la policía?», pero fue incapaz de pronunciar palabra. No, tras ver cómo la peluca se desplazaba en la cabeza de Palandt mientras él no dejaba de rascarse.

Murmuró algo que sonaba como «este maldito picor» y sus grotescas gafas se transformaron en un acuario de lágrimas: Palandt se había echado a llorar.

—¿Le importaría que...? —Palandt alzó la cabeza y miró en derredor como si buscara algo en la sala; cuando pareció encontrarlo desvió la mirada de Emma y dio un paso a la derecha—. ¿Le importaría que me siente?

Sin esperar respuesta, se dejó caer en el sillón junto al sofá, en el que Philip gustaba de leer el periódico los domingos. Era de piel verde oscuro y apoyabrazos grises; según Emma, su feo aspecto industrial no encajaba con la casa, amueblada al estilo rústico, pero era un objeto heredado de la madre de Philip por el que él sentía aprecio. Palandt también parecía sentirse cómodo en el sillón, pues soltó un suspiro de alivio, se secó las lágrimas con el dorso de la mano y cerró los ojos.

Emma, de pie y titubeando ante la mesilla, ya temía que su vecino se quedara dormido, pero entonces él abrió los ojos.

—Me resulta muy embarazoso, señora Stein, pero no me encuentro bien, tal como usted quizás haya notado.

«Señora Stein». Emma se preguntó cómo sabía su nombre, pues no lo ponía en la puerta. Entonces se le ocurrió que seguramente Salim lo había anotado en el aviso en que le informaba que ella tenía el paquete.

—¿Qué le pasa? —preguntó ella, cuando en realidad quería obtener respuestas a preguntas muy distintas: por ejemplo, si había encontrado su móvil, qué pasaba con su pelo, si estaba jugando al gato y el ratón con ella, un juego que en ese momento quizá se encontraba en la «fase de distensión»: Emma debía creer que Palandt, débil y enfermo, no suponía un peligro, cuando en realidad solo aguardaba el momento oportuno para abalanzarse sobre ella.

—Tengo cáncer —dijo él—. Un tumor en el hígado. Metástasis en el pulmón.

—¿Por eso los medicamentos?

Ambos miraron el escritorio.

—Morfina y GHB —reconoció Palandt sin tapujos—. Lo primero me quita los dolores, lo segundo me excita o me ayuda a conciliar el sueño, depende de la dosis. Supongo que hoy tomé demasiado y por eso estaba durmiendo cuando vino el cartero —añadió con una sonrisa triste—. Nunca hubiese creído que un día me convertiría en un yonqui. He hecho deporte toda mi vida, ¿sabe?, me alimenté de manera saludable, nunca bebí alcohol. Bueno, tampoco podía hacerlo, dada mi profesión.

Palandt hablaba con rapidez, con esa mezcla típica de excitación y vergüenza de las personas solitarias cuando tras mucho tiempo por fin encuentran la oportunidad de conversar con alguien, aunque se trate de un absoluto desconocido.

—Trabajaba en un circo —prosiguió—. Me llamaban Papaíto Piernaslargas, quizás haya oído hablar de mí alguna vez. ¿No? Vaya, ya ha pasado un tiempo. En todo caso, Papaíto Piernaslargas, como la araña, porque yo también tengo piernas

largas, pero podía volverme muy pequeño. ¡Dios mío, cuán flexible era! Con el número de la maleta siempre cosechaba los mayores aplausos.

—¿El número de la maleta?

—Sí, era capaz de encogerme tanto que cabía en una pequeña maleta, como las del equipaje de mano. —Sonrió con tristeza—. Por entonces tenía huesos de goma. Hoy siento dolor cuando me ato los cordones de los zapatos.

Emma tragó saliva, asaltada por la imagen de una persona que se apretuja en el último rincón de una habitación para que no la encuentren. «Pero en el Le Zen no había ni un solo escondrijo, ni siquiera para un hombre-serpiente».

Miró por la ventana; bajo la farola de la calle los copos de nieve se arremolinaban en torno a la luz como un enjambre de mosquitos en verano. Sentía un dolor apagado que le presionaba la frente. No pudo evitar pensar que solo media píldora de esas que había en su escritorio bastaría para librarla de los dolores y migrañas. Notó que Palandt había percibido la mirada que le dirigía al paquete y dijo:

—Eso no me incumbe, pero soy médica, ¿sabe?

Él asintió con una risita.

—¿Quiere saber por qué encargo esos medicamentos genéricos en el mercado negro?

Ella asintió.

—Sí, fue una idea tonta —admitió Palandt—. Antes jamás tuve un seguro médico. ¿Para qué? Siempre fui una persona sana y si las cosas se tuercen, pensaba, pues entonces viviría en casa de mi madre con mis ahorros.

—¿La señora Tornow?

—Era su apellido de soltera; volvió a usarlo tras el divorcio. ¿Usted la conoció? —Palandt pareció alegrarse y sonrió.

—De vez en cuando nos encontramos en la calle. Es una señora simpática. Hace mucho tiempo que no la veo.

—Está en Tailandia. En una residencia asistida junto a la playa.

Emma asintió. Eso sonaba razonable. Un número cada vez mayor de jubilados alemanes pasaba sus últimos años en Asia, donde por mucho menos dinero recibían mejor atención. Y donde en invierno no hacía tanto frío como en Alemania.

—Debía ocuparme de la casa durante su ausencia... —Palandt quiso añadir algo, pero se cubrió la boca con la mano, afectado por un repentino acceso de tos—. Disculpe... —Intentó decir algo más, pero la tos interrumpía sus palabras y apenas parecía capaz de respirar.

Emma fue a la cocina a por un vaso de agua. Cuando volvió, el rostro de Palandt estaba enrojecido. De manera casi inaudible, balbuceó:

—¿Le importaría darme una píldora, por favor?

Ella le alcanzó la morfina del escritorio. Palandt tragó dos píldoras y siguió tosiendo un poco más, hasta que por fin se relajó.

—Lo siento —dijo, parpadeando. Se había quitado las gafas y se secó los ojos con el dorso de la mano—. A veces despierto con dolores tan intensos que se me saltan las lágrimas —añadió, y volvió a ponerse las gafas con una sonrisa de disculpa—. Sé que me dan aspecto de espantapájaros, pero sin ellas usted podría ponerse de pie y salir de la habitación y yo seguiría conversando con el cojín del sofá.

«¿Estará diciendo la verdad?».

Quizás esa fuese la explicación de que no se mostrara sorprendido al verla en su habitación, tras despertar tal vez sufría esos dolores que había mencionado: sin gafas y con lágrimas en los ojos no podía haberla visto junto a la cama.

«A lo mejor no ha encontrado mi móvil».

Pero el yo paranoico de Emma quería ver las cosas de otro modo, por supuesto, uno en que Anton Palandt era un actor de talento que fingía estar enfermo para hacerle creer que estaba a salvo, «¡al fin y al cabo lleva una peluca!», pero Emma ansiaba hallar una explicación lógica a todas esas cosas misteriosas que había experimentado y observado ese día, y por eso le hizo la siguiente pregunta:

—¿Perdió el cabello debido a la quimioterapia?

Palandt asintió con la cabeza.

—Sí. Tengo un aspecto horrendo, ¿verdad? —Se levantó el tupé un instante y Emma vio que numerosas manchas oscuras le cubrían el cráneo—. Una cosa barata comprada en Internet que me causa un picor de mil demonios, pero sin la cual no me atrevo a pisar la calle. La calva hace que parezca un violador.

Palandt soltó una risa gutural y Emma trató de poner buena cara esbozando una sonrisa. «Una casualidad», dijo su yo normal. «Está jugando contigo», lo contradijo su yo paranoico. Se inclinó hacia el sofá, como hacía durante sus sesiones de terapia cuando quería dar a entender a su paciente que gozaba de toda su atención.

—Usted ha dicho que eso de los medicamentos *online* fue una mala idea. ¿Es que no surten efecto?

Palandt asintió.

—Son genéricos baratos; nunca debería haberme mezclado con esos tipos que me los proporcionaron.

—¿Son rusos?

—No; albaneses. Los obtienen en el mercado negro y los envían por correo, naturalmente sin remitente, pues su negocio no es muy legal que digamos.

—¿Y cuál es el problema?

—Que esos cabrones son unos estafadores. Cuando los encargué, los medicamentos no costaban ni una tercera parte de su precio oficial, y por eso los pedí, porque ya no puedo darme el lujo de comprar otra cosa, ¿sabe? Todo mi dinero se fue en pagar tratamientos alternativos: chamanes, terapias génicas y curanderos en los que malgasté mis ahorros y mis esperanzas. Pero tras la primera entrega, esos cabrones de pronto me pidieron más de mil euros. No dispongo de esa suma.

—¿Y esos son los que irrumpieron en su casa?

Con esa pregunta, fue como si Emma le hubiera dado a un interruptor. Los rasgos de abuelo bondadoso de Palandt se endurecieron y apretó los labios al tiempo que su mirada se volvía un tanto distante.

—Sí, con el fin de cobrar el dinero que me reclaman. —Alzó la mano derecha y señaló a Emma con el índice; su mano temblaba como la de un enfermo de Parkinson—. Al principio las amenazas eran sutiles —continuó en tono acalorado. La rabia que sentía contra sus extorsionadores hizo que dejara de utilizar palabras corteses—. Esos malditos hijos de puta siguen enviándome medicamentos de una calidad cada vez peor; apenas surten efecto, solo bastan para que no la palme, para que no estire la pata antes de que ellos obtengan lo que quieren, mi dinero.

Palandt se quitó un poco de saliva del labio inferior, después pareció notar la tensión de Emma, que, perpleja y asustada por su repentino cambio de humor, había contenido el aliento.

—Lo siento, he perdido la compostura —dijo Palandt. Su ira desapareció con la misma rapidez con que había surgido.

Emma se preguntó si quizá su enfermedad le había provocado un trastorno bipolar maníaco-depresivo. Decidió no subestimarle y le rogó que siguiera hablando.

—Bien, señora Stein, ¿qué quiere que le diga? Ellos intentan intimidarme por todos los medios, incluyendo el envío de recortes de prensa sobre crueles asesinatos.

«O un bisturí manchado de sangre».

—Para advertirme que mi nombre también podría aparecer en los periódicos, ¿comprende? Pero ahora ya no se limitan a las advertencias, ahora allanan mi casa, me amenazan con palizas y ya ni siquiera puedo cerrar la puerta con llave: la última vez rompieron la cerradura. Y hoy volvieron.

—¿Por qué no llama a la policía?

—Hasta ahora no hubiera servido de nada —repuso Palandt, suspirando—, puesto que ignoro quiénes son o dónde viven. ¿Qué puede hacer la policía? ¿Vigilar la casa de un enfermo de cáncer las veinticuatro horas? Me temo que tendrán algo mejor que hacer.

—¿Cómo entró en contacto con ellos?

—Encargué los medicamentos a través de una página rusa de Internet.

—¿Y qué significa «hasta ahora»?

—¿Qué?

—Usted dijo que hasta ahora no podía denunciarlos. ¿Qué ha cambiado?

—Ah sí. Es que hoy cometieron un error. Perdieron un móvil —dijo, soltando una risita triunfal, al tiempo que la temperatura corporal de Emma aumentaba.

—¿Un móvil?

—Sí. Lo encontré en el pasillo. Se puede averiguar la identidad del propietario, ¿verdad?

Emma se encogió de hombros y un tic agitó su párpado izquierdo. «Así es. Incluí mis señas por si alguna vez lo perdía», pensó, sintiendo náuseas.

—¿Ya ha informado a alguien de la irrupción en su casa?

Para alivio de Emma, Palandt negó con la cabeza.

—No. Cuando encontré el aviso del cartero decidí que primero vendría a su casa a recoger los medicamentos. Aún me queda morfina en casa, pero casi no me quedan gotas. —Palandt se puso en pie—. Le estoy muy agradecido por haberme escuchado. Y por el vaso de agua. Le ruego me perdone si la asusté irrumpiendo en su casa. ¿Podría darme una bolsa de plástico?

—¿Una bolsa de plástico?

—Para los medicamentos —dijo él, señalando el paquete abierto—. Entonces podré marcharme y ocuparme de ese móvil.

—¿Para qué? —preguntó Emma, temerosa.

—Todavía no estoy seguro. No confío mucho en la policía, pero a lo mejor pueden hacer algo si les doy el nombre del dueño del móvil.

Rara vez Emma se había sentido tan desbordada como en ese momento. Ya no sentía cansancio, pese a que el sueño del que la arrancó su vecino había sido demasiado breve como para recuperarse por completo. Pero, al igual que antes en casa de Palandt, el temor de ser descubierta tenía un efecto estimulante.

Debía impedir que su allanamiento de morada saliera a la luz. Palandt no debía llamar a la policía bajo ningún concepto, porque ¿cómo quedaría ella si descubrían que se había colado en la casa de un hombre viejo y casi moribundo? Mucha gente ya dudaba de que estuviera en plena posesión de sus facultades mentales. Ese día, incluso Philip le había sugerido que iniciara una terapia, y su mejor amiga la había acusado de haberla envenenado.

Si su allanamiento salía a la luz, su reputación quedaría definitivamente arruinada y todos dirían que habría sido mejor que los médicos la hubieran tratado contra su voluntad durante el experimento Rosenhan. O sea, realmente era una candidata para ser internada en un manicomio.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Palandt cuando ella salió de la cocina con una bolsa de plástico en la mano—. Está muy pálida.

—¿Qué, cómo dice? Eh... no; estoy bien. Solo estaba reflexionando.

Le alcanzó la bolsa y él se acercó al escritorio mientras ella permanecía junto a la chimenea.

—¿Sobre qué? —quiso saber su vecino al tiempo que metía los medicamentos en la bolsa.

«No le pregunté si quería quitarse el abrigo», pensó Emma con la vista clavada en su esmirriada espalda. De repente se le ocurrió una idea.

—¿Ya lo ha tocado? —preguntó.

—¿El qué? —repuso Palandt, y se volvió hacia ella.

—El móvil. ¿Ya lo ha tenido en la mano?

—Sí, claro. ¿Por qué?

—Pues resulta que mi marido es policía.

—¿Ah sí?

—Sí. Philip a menudo se ocupa de casos de extorsión —mintió—, puesto que suelen guardar relación con el crimen organizado.

Palandt tosió unos segundos y luego dijo:

—Ya, puedo imaginármelo. Seguro que esos que me acosan pertenecen a una banda organizada.

Guardó la última cajita y se dispuso a marchar, pero Emma se interpuso en su camino.

—De vez en cuando trabajo como psiquiatra con mi marido, cuando se trata de realizar una evaluación, por eso tengo cierto conocimiento de su trabajo, pero por desgracia usted ha vuelto un poco más difícil la investigación de su caso.

—¿Debido a mis huellas dactilares? —Palandt se quitó las gafas y se restregó los ojos.

—Sí. Esos mafiosos tienen buenos abogados. Puede que ellos mismos lleven guantes y por eso ahora las únicas huellas que aparezcan en el móvil sean las suyas.

—Pero eso da igual: si comprueban el número sabrán que ese móvil no es mío —dijo Palandt, no muy convencido.

—En caso de que esos delincuentes fueran tan estúpidos como para usar un móvil de contrato, pero seguramente se trata de un móvil de prepago.

—Ah.

Las tablas del suelo crujían a medida que Palandt se apoyaba en una pierna u otra. Su mirada seguía pareciendo cordial, pero su expresión se tornó tensa; era evidente que estar de pie le resultaba doloroso.

—Bueno, sea como sea, merece la pena hacer un intento —dijo. Volvió a ponerse las gafas y quiso marcharse, pero ella no cejó.

—Yo procedería con cautela.

Él volvió a detenerse.

—¿Por qué? ¿Qué puede pasar?

—Bueno, si usted llama a la policía, comprobarán el móvil, pero al final no lograrán demostrar nada. No obstante, sus extorsionadores lo sabrán y se enfadarán aún más con usted.

—Hummm.

Emma había alcanzado su propósito: Palandt estaba dudando.

—Quizá tenga razón. No quiero más problemas, así que dejaré las cosas como están. Pero... —dijo, y le lanzó una mirada insegura— quiero que esto se acabe, ¡maldita sea! Porque seguro que esos volverán para recuperar el móvil, ¿no? No puedo seguir así y confiar que todo se arreglará por sí solo.

—Lo comprendo —dijo Emma, buscando una solución que también la sacara a ella del apuro—. Démelo a mí —propuso.

—¿A usted?

—Por mi marido conozco un truco policial que permite descubrir si el móvil está registrado o no. Todos los fabricantes introducen una función de sistema oculta. —Era una tontería y una mentira como una casa, pero surtió efecto.

—¿Haría eso por mí?

—Por supuesto. —«Haría cualquier cosa antes de que descubras a quién pertenece el móvil».

Dirigió la vista a la ventana, contra la que caía la nieve como si fuera el parabrisas de un coche en movimiento. Dedicó unos segundos a considerar la idea de pedirle a Palandt que le trajera el móvil, pero quizá sería mejor ir a recogerlo ella misma.

—Bien, entonces... —Emma notó su bata empapada en sudor y ya fría al tacto—. Espere aquí. Me pondré algo de abrigo y lo acompañaré.

En cierta ocasión, Arthur le había hablado de un interruptor que servía para controlar el tiempo y las estaciones del año, que los padres solían esconder en el sótano. A esas alturas hacía tiempo que Emma ya no tenía miedo de su amigo imaginario, también porque este nunca volvió a aparecer con su casco intimidante. Ella conversaba con la voz que surgía del armario, en secreto, para que sus padres no se enteraran.

Desde aquella noche, tras ver a Arthur por primera vez, no había vuelto a pisar la alcoba de los padres. Ni siquiera de día.

Y mamá tampoco había vuelto a contarle un cuento de buenas noches antes de dormir. Eso se acabó el día que perdió el bebé, algo de lo que Emma se culpó durante un tiempo, si bien no sabía muy bien por qué. Arthur la había consolado y había explicado que ella no tenía la culpa de no tener un hermanito. Y había adoptado el papel del narrador del cuento de las buenas noches, al menos hasta que el padre de Emma notó que ella hablaba con el armario y a la mañana siguiente se apresuró a pedir una cita con un psiquiatra infantil.

Después de asistir a más de veinte sesiones, su padre se alegró tras comprobar que su hija había abandonado sus quimeras, pero Emma se sentía como si hubiera perdido un amigo. Echaba de menos la voz que le contaba historias tan divertidas como la del interruptor para cambiar las estaciones del año, a fin de que los padres que no tenían ganas de acompañar a sus hijas a los parques infantiles, pudieran cambiar un día soleado por otro nevado.

Y puesto que eso resultaba tan verosímil como el cuento del hombre de la barba blanca que repartía millones de regalos entre todos los niños del mundo en una única noche, un día Emma bajó al sótano en busca del legendario interruptor. Por desgracia, lo único que encontró fue la válvula de cierre del termo instalado en el cuarto de las calderas y, debido a ello, durante un tiempo hizo mucho frío en la casa, pues había desconectado la calefacción.

El interruptor que controlaba el clima no apareció. Una pena, pues ese día Emma hubiese deseado disponer de algo que le permitiera desconectar la oscuridad que ya había caído y también el frío, y sobre todo el viento gélido que clavó sus afilados dientes en su rostro en cuanto cerró la puerta de la casa y abandonó la protección del alero.

—Un tiempo lamentable —refunfuñó Palandt.

Emma se levantó el cuello de su anorak y tuvo que esforzarse por mantenerse a la par, sintiendo un súbito respeto por su vecino, por sus andares erguidos y firmes. A pesar del cáncer, la anterior actividad artística de Palandt parecía haberle beneficiado. A diferencia de ella, él no avanzaba arrastrando los pies con pasitos inseguros y

tampoco se encogía como un perro apaleado ante las ráfagas nevadas. Pasó la bolsa de los medicamentos de una mano a la otra y echó un vistazo por encima del hombro.

—Es muy amable por su parte. Pero no es necesario que haga esto por mí.

«¿Recoger mi móvil antes de que usted lo identifique? Ah sí, si supiera cuán necesario es que lo haga».

Sin embargo, no se trataba de «querer hacerlo». Ya era bastante desastroso que ese día Emma se hubiera expuesto al horror del mundo exterior, y no se refería al mal tiempo sino a las calles, las farolas y los desconocidos.

El efecto del Diazepam menguaba, lo cual significaba que no se veía obligada a bostezar sin parar, pero en cambio el miedo volvía a sacar cabeza. En cada coche aparcado veía una sombra agazapada en el asiento trasero. La luz de las farolas iluminaba tramos del camino y dejaba a oscuras todo un mundo repleto de peligros; el viento que arrastraba la nevisca aullaba apagando todos los sonidos que podrían haberla alertado del mal que la amenazaba. En efecto, soplaban con tanta violencia en sus orejas desnudas (debido a las prisas, no se había cubierto la cabeza con un pañuelo) que ahogaba incluso el rumor del tráfico en la carretera.

Pasaban junto al sendero de entrada de una casa que hacía esquina, en el que los propietarios habían esparcido gravilla, cuando Palandt le dio un susto a Emma: se volvió hacia ella y preguntó:

—¿Ya ha estado en mi casa con anterioridad?

Ella cometió el error de alzar la vista y no se percató de un bache cubierto de nieve que la hizo tropezar. Un dolor agudo le subió hasta la rodilla y perdió el equilibrio. Entonces una anilla le rodeó la muñeca como un grillete de hierro y una fuerza brutal la arrastró hacia delante. Emma chocó contra un cuerpo que también la rodeó con el brazo.

¡Palandt!

La había aferrado del brazo para evitar que cayera.

—¡Gracias! —dijo ella con un hilo de voz que se llevó el viento, demasiado inquieta por encontrarse entre los brazos de aquel huesudo vecino cuya fuerza había subestimado. Tanteó en busca del bisturí en su bolsillo y soltó un gemido cuando se dio cuenta de que no lo encontraría en su chaquetón. El bisturí se encontraba en la cesta de la ropa junto a la escalera del sótano, donde había arrojado su bata húmeda cuando la cambió por su anorak. «Estoy indefensa», pensó, y eso incrementó su temor. «Creo que esto no fue una buena idea. Será mejor que vuelva a casa», quiso decirle antes de volverse y echar a correr hacia a su casa—. Por los pelos... —fue lo único que logró articular. Tenía lágrimas en los ojos, de dolor, miedo y frío. Parpadeó.

—Quiero decir, en casa de mi madre —prosiguió Palandt una vez que ella recuperó el equilibrio y él la soltó, con las manos aún tendidas como un padre junto a su hijo que por primera vez prescindía del andador de apoyo—. ¿Alguna vez la visitó cuando todavía vivía aquí?

Emma negó con la cabeza.

—No me extraña —dijo Palandt, y pareció reír en voz baja, pero el viento también se tragó su risa—. Mamá siempre fue una persona extraña.

Recorrieron el resto del corto trayecto en silencio, hasta que por segunda vez aquel día Emma se encontró ante el número 16 de la calle. Subió los peldaños laterales y, segundos después, entró en la casa y por primera vez la vio con las luces encendidas.

—Lo siento, pero mi casa no es tan acogedora como la suya —dijo Palandt, dispuesto a ayudarle a quitarse el anorak. Pero Emma tenía demasiado frío.

Según un viejo termómetro de mercurio colgado de la pared, en el pasillo había apenas 16 °C, y en las demás habitaciones la situación no era mejor, tal como admitió el propio Palandt.

—Por desgracia, mi economía no me permite poner la calefacción en todas las habitaciones, pero podemos sentarnos ante la chimenea en la sala y prepararé té para ambos.

Ella rehusó el ofrecimiento.

—¿Tiene el móvil? —preguntó.

—Sí, claro. Aguarde, por favor.

Palandt depositó la bolsa de los medicamentos en un aparador y desapareció por una puerta situada a la izquierda del pasillo. Emma supuso que se trataba del cuarto de baño. «¿Es allí donde guarda mi móvil?».

Aprovechó su breve ausencia para echar otro vistazo al pasillo.

La correspondencia ya no estaba desparramada en el parqué delante de la puerta, el perchero seguía vacío. Al igual que la cabeza de poliestireno sin boca ni ojos, supuestamente utilizado para la peluca que Palandt llevaba debido a la quimioterapia.

Bajo la luz incierta de una vieja y desnuda bombilla de filamento colgada del techo, el soporte proyectaba una sombra que parecía viva. Emma se acercó y vio brillar algo claro, un pequeño resplandor en la opaca superficie. Adelantó la mano, rozó el áspero poliestireno y después contempló sus dedos.

«¡No!», gritó mentalmente. Se restregó la mano contra el muslo y después contra la chaqueta, pero el largo y rubio cabello femenino que había recogido del soporte de la peluca se negaba a despegarse de su dedo.

—¿Va todo bien? —oyó preguntar a Palandt, que ya regresaba del cuarto de baño.

Emma se volvió hacia él, dirigió la mirada a sus ojos tras las gafas, a su sonrisa forzada... y a sus delgados dedos de cirujano enfundados en finísimos guantes de látex y sosteniendo una bolsa de plástico.

—Los encontré en el armario del lavabo —dijo Palandt, refiriéndose a los guantes, y continuó sonriendo, pero a continuación sus ojos se volvieron llorosos tras las gafas—. Lo siento —añadió, alzando la nariz—. Siempre me pongo sentimental cuando pienso en mi madre. Ahora está tan lejos... —Alzó las manos y chascó los dedos enfundados—. Mamá siempre se los ponía para teñir sus pelucas.

Emma hubiese querido gritar, pero el miedo le atenazó la garganta y le impidió respirar.

—A diferencia de mí, a ella le gustaba llevar esas cosas peludas.

Palandt fue hasta el aparador sobre el que estaba la bolsa y empezó a vaciarla. El impermeable de su vecino crujía con cada movimiento.

Emma retrocedió, llevándose las manos al pecho; su corazón se había desbocado. Palandt le cerraba el paso hacia la salida y ella miró en torno, buscando otra vía de escape, o algo para defenderse del ataque inminente. «¿El perchero?». Demasiado pesado, y además estaba atornillado a la pared. «¿La cabeza de poliestireno?». No; demasiado liviana. «¿La puerta situada a la izquierda, un poco más allá?». Con mucha suerte y piernas menos entumecidas quizá lograría alcanzar la cocina, pero ¿quién le aseguraba que allí tendría tiempo de coger algún cuchillo antes de que Palandt la arrastrara del pelo hacia atrás? Ya estaba bastante largo como para que un hombre pudiera aferrar un mechón.

—¿Me la sostiene un momento, por favor?

Emma pegó un respingo.

Palandt le tendió la bolsa vacía antes de girarse hacia el aparador una vez más y abrir el cajón superior. No tardó en volverse con una sonrisa en los labios. Y el móvil de Emma en la mano.

—Aquí está —dijo, asintiendo con la cabeza y procurando animarla. Al parecer, había malinterpretado la mirada trastornada de Emma, pues añadió—: Sí, lo sé, puede que los guantes sean innecesarios puesto que ya he tocado el móvil, pero al menos así no se añadirán más huellas dactilares. ¿Puedo? —dijo, señalando la mano de ella.

Emma contempló los dedos con que sostenía la bolsa: Palandt la instaba a abrirla para que él pudiera meter el móvil dentro.

—Así se hace con las pruebas, ¿verdad? —dijo—. ¿Cuándo cree que su marido lo examinará?

Ella parpadeó, nerviosa, y se mordió el labio inferior, que había empezado a temblarle. El pánico era como un monstruo nocturno invisible: incluso tras comprobar que no se ha escondido en el armario o bajo la cama, uno permanece tendido en la cama con el corazón palpitante en medio de la oscuridad, incapaz de creer que allí no hay nada.

—¿Examinará? —repitió Emma, pues había olvidado su propia mentira. Tenía el rostro sudoroso, pero Palandt no parecía notarlo, o quizá creía que eran restos de nieve que comenzaban a derretirse en la frente de ella.

—La función especial —le recordó él— para descubrir a quién pertenece... —Se interrumpió de pronto, agitado, como si hubiese recibido una descarga eléctrica. Esa reacción involuntaria respondía al zumbido y el destello que brillaba en su mano.

El móvil.

Repentinamente iluminado, el aparato zumbaba entre los dedos enguantados de Palandt, que tardó un momento en comprender lo que aparecía en la pantalla: dos personas. Un hombre y una mujer, sentados uno frente al otro y mirándose con afecto, fotografiados en un restaurante mientras ambos clavaban los tenedores en la misma fritura de patatas. ¡La foto que anunciaba una llamada de Philip!

La violencia del reconocimiento penetró en la conciencia de Palandt tras el cuarto o quinto zumbido.

—¡Qué diablos...! —masculló.

Emma tendió ambas manos hacia el móvil, pero entonces quien retrocedió fue él.

—Puedo explicárselo —dijo, tratando de coger el móvil, pero Palandt retiró la mano con gesto brusco.

—¿Usted? —dijo, señalando la pantalla con el índice.

Las tornas habían cambiado y, en cuestión de segundos, Palandt había perdido la calma, y su ira, a diferencia de antes, en casa de Emma, se dirigió contra ella, no contra los extorsionadores.

—¡Esta es usted!

Emma asintió con la cabeza.

—¡Sí, pero las cosas no son como parecen!

—¿Usted estuvo aquí?

—Bueno, sí...

—¿Irrumpió en mi casa?

—No como...

—¡Entonces fue su voz la que oí en el dormitorio!

—Sí, pero...

—Su grito agudo...

—Sí.

—¡Pretendía darme un susto de muerte!

—No es eso.

El vocabulario de Emma se había reducido al de la niña pequeña que había tomado la foto por error, y se veía obligada a dar explicaciones.

La mirada de Palandt había cambiado y ya no parecía un afectuoso anciano aquejado de una grave enfermedad. En el sentido más estricto de las palabras, había perdido el «contacto con la realidad».

—¿Por qué no podéis dejarme en paz? —rugió.

«¿Vosotros?».

Emma intentó salvar lo salvable y adoptó un tono sereno y cordial, casi como antaño, cuando durante la sesión los pacientes se ponían irascibles.

—Le ruego que me permita explicárselo.

Pero Palandt no se lo permitió.

—¿Dónde estuvo? —espetó alzando la voz—. ¿También estuvo fuera?

Cuanto más se acercaba a ella, tanto menos comprendía Emma a qué se refería.

—¿Fuera?

—En el jardín. ¿Lo ha encontrado?

—Encontrado, ¿qué?

—¡No me mientas! —gritó él, tuteándola y asestándole el primer golpe. Una bofetada en plena cara.

Durante un segundo, él mismo pareció sorprendido ante la ira que lo embargaba y Emma creyó que se tranquilizaba, pero más bien ocurrió lo contrario. Se volvió aún más agresivo, como un perro rabioso al que quitan el bozal. Le gritó aún más, alzando los puños amenazadoramente.

—¡Por supuesto que lo encontré! Por eso también abrió el paquete, ¿verdad? Para acusarme. Pero eso no funcionará, ¡no vale como prueba de nada!

Emma quiso retroceder más, pero ya estaba contra la pared. Palandt le aferró los hombros.

—¡No iré a la cárcel! ¡Jamás!

La zarandeó con tanta violencia que si Emma hubiera sido un bebé, habría sufrido daños cerebrales permanentes. Entonces, presa de una cólera creciente, él le pegó un empujón y la apartó de la pared. Ella tropezó, se agarró al perchero atornillado a la pared, pero solo a medias y acabó arrancándolo. Cayó al suelo sin soltar el perchero.

—¡Maldita furcia! —vociferó Palandt fuera de sí, y le pegó una patada. Se inclinó sobre ella y la agarró del pelo, pero su mano se escurrió porque estaba mojado («¿O sigue estando demasiado corto?»).

Emma lanzó hacia atrás un codo que chocó dolorosamente contra la barbilla o la sien del anciano. No lo supo porque no volvió la vista hacia atrás, solo miró al frente, pero el pasillo se prolongaba hacia el interior de la casa. El hombre la aferraba de los tobillos (por lo visto, había tropezado con el perchero) y le gritaba incongruencias:

—¡Tuve que hacerlo! ¡No tenía opción! ¡Ya no tengo dinero! ¿Por qué nadie lo comprende? ¿Por qué no podéis dejarme en paz?

Emma le pegó una patada en la cara y esta vez se volvió y vio la sangre que brotaba de la nariz de Palandt, hincado de rodillas. Pero, aun así, no la soltó y la hizo trastabillar. Al caer, su pie le arrancó un incisivo de la boca y eso por fin tuvo el efecto deseado: él la soltó y se cubrió la boca con ambas manos, aullando de dolor. Emma se arrastró a cuatro patas hasta la puerta de la sala.

Se puso de pie agarrándose del picaporte y se oyó gritar, una mezcla de miedo y odio. Reflexionó un instante si debería dirigirse a la cocina y coger un cuchillo, ya no para defenderse sino para poner fin a aquella pesadilla.

Pero entonces creyó ver una sombra detrás de Palandt, tras la puerta de entrada. Notó una brisa en la cara empapada en lágrimas y vio que Palandt también recuperaba el equilibrio y se restregaba las babas sanguinolentas de la boca y, con una mirada asesina, le gritaba:

—¡Tú no arruinarás mi vida, so puta!

Ella abrió la puerta de un tirón, entró y salió a cerrarla. Se precipitó bajo la mirada desorbitada de la cabeza de caballo colgada de la pared, pasó junto al sofá y

llegó a la puerta cristalera que daba a la terraza. No podía perder tiempo averiguando si seguía atascada y tampoco tenía que evitar hacer ruido, así que cogió el feo paragüero, hizo caso omiso del crujido de sus vértebras al alzarlo y arrojó la figura *kitsch* del perro labrador contra el cristal.

Sonó igual que un grito, pero tal vez solo se trataba de una fantasía, de una señal errónea de sus sentidos sobreexcitados. Emma se volvió de espaldas al jardín, se protegió el rostro con los brazos y, al retroceder a través del hueco, los restos de las astillas de cristal le hicieron cortes en el anorak.

Echó a correr a través de la terraza hacia el jardín trasero, se hundió en la nieve hasta los tobillos y quiso rodear la casa hacia la derecha, hacia la calle, pero entonces oyó una voz. No era la de Palandt. ¿Tal vez la de un cómplice?

Siguió corriendo en línea recta, con la intención de encaramarse a la verja al final del jardín y enfilarse por la callejuela que recorría la parte posterior de las parcelas, un sendero inútil utilizado por la mayoría de los vecinos para que los perros hicieran sus necesidades, pero que en ese momento suponía su salvación. Sin embargo, no resultó así.

Echó un vistazo por encima del hombro y vio que Palandt la perseguía. Sus pisadas y las plumas caídas del anorak marcaban su camino, mientras que él iba dejando un rastro sangriento a sus espaldas.

Durante un instante se preguntó por qué lo veía con tanta claridad, su cabeza calva tras haber perdido la peluca durante el forcejeo. Después vio la fuente de luz: focos de jardín en el suelo que tal vez se encendían con el movimiento, un resto de las precauciones de su madre, que siempre había mantenido la casa y el jardín en buen estado, antes de dejársela a su hijo («¿el Peluquero?»).

Emma oyó a Palandt detrás de ella, percibió su cólera en la nuca y siguió las luces en el suelo nevado que conducían a un cobertizo de herramientas cuya puerta solo estaba entornada.

«¿Me meto ahí?».

Solo había dos respuestas: sí o no, correcta o incorrecta, pero no disponía de tiempo para sopesar los pros y los contras. A lo mejor optó por el cobertizo debido al temor de resbalar en la verja, quedarse sin fuerzas y ser capturada por su perseguidor.

Una mezcla de olores penetrantes la asaltó: aceite industrial, cartón mojado y desinfectantes, y también algo más: un tufo a ambientadores y paté rancio.

Cerró la delgada puerta de aluminio del cobertizo y buscó la llave; no estaba en la cerradura y tampoco colgada junto al marco, aunque en la penumbra apenas veía su propia mano, ya que a través de la pequeña y mugrienta mirilla de la puerta penetraba una mínima luz del exterior.

Pero incluso si hubiese dispuesto de una linterna gigante no habría podido examinar el cobertizo. Casi no tuvo tiempo de tomar aliento: la puerta, que se abría hacia dentro, empezó a temblar bajo los puñetazos de Palandt. Emma la aseguró

mediante un pequeño pestillo destinado a impedir que las ráfagas abrieran y cerraran la puerta. No resistiría mucho tiempo.

—¡Sal de ahí! —rugió Palandt—. ¡Sal de inmediato!

Era cuestión de segundos antes de que embistiera la puerta con todo su peso y la derribara. Emma no podría impedirlo con su propio peso.

«Tengo que poner algo delante de la puerta».

Echó un rápido vistazo en torno, vio un destartado banco de trabajo, una estantería metálica, una caja de plástico verde que albergaba los cojines del mobiliario de jardín y un contenedor para la basura orgánica, un cubo de 240 litros con el logotipo BSR en el que la «I» de «orgánica» había sido reemplazada por una zanahoria. Una caja de herramientas estaba apoyada sobre la tapa.

Arrojó la caja al suelo y cogió el contenedor. Aliviada, comprobó que estaba bastante lleno. Incluso apoyado en sus ruedas resultaba difícil arrastrarlo, pero solo eran unos centímetros y tal vez tuviera suerte y encajara bajo el...

—¡Picaporteeeeee!

Sus ideas se convirtieron en un alarido cuando se dio cuenta de que ya era demasiado tarde, que había tardado demasiado en empujar el contenedor y le había proporcionado tiempo para actuar a Palandt, que se había arrojado contra la puerta con tanta violencia que hizo saltar la cerradura y cayó al interior del cobertizo, empujando a Emma a un lado de un codazo en el estómago.

A ella se le nubló la vista y, para evitar la inevitable caída se agarró a algo que no reconoció, pero cuando notó la textura del plástico tomó conciencia de que era el contenedor, que cayó de lado junto con ella.

Se golpeó la cabeza contra la caja de herramientas al caer, pero no perdió el conocimiento. Alzó la vista y quiso gritar al ver las hileras de ambientadores colgados del techo justo por encima de su cabeza. Después gritó de verdad al ver que Palandt, de pie ante ella, empuñaba algo, algo que parecía un cúter. Al mismo tiempo la inundó un pestazo asqueroso, e «inundó» casi se podía tomar de manera literal.

—¡Nooooo! —oyó gritar a Palandt, desquiciado.

«¡Socorro, Dios mío! ¡Haz que esto pase!».

Estaba tendida en un charco del líquido putrefacto que se había derramado del contenedor: una decocción orgánica de hedor dulzón y vomitivo.

Emma quiso vomitar en el acto, pero no lo logró. Tampoco al ver la pantorrilla. Aún conservaba el pie pero no la rodilla, y apenas un poco de piel cubría la carne y la espinilla, habitada por numerosos gusanos. Los viscosos bichos habían anidado en los miembros cercenados que, junto con los excrementos putrefactos y otros trozos de cadáver, se habían derramado del contenedor de residuos orgánicos.

Con cada respiración el hedor de la muerte se abría paso a través de los pulmones de Emma y se le pegaba a los bronquios, clavado como un garfio imposible de desprender, ni con el más sonoro de los gritos ni la más violenta de las toses. Sabía que incluso si sobrevivía a las circunstancias (lo cual no parecía muy probable), siempre permanecería algo en lo más profundo de su ser, una semilla del horror, un caldo de cultivo de las más espantosas pesadillas.

—¡Déjala en paz! —bramó Palandt en una mezcla de grito y sollozo.

Emma supo que se refería al género del cadáver, pues en aquel momento de lucidez cercano a la muerte no albergaba la menor duda: el huesudo pie y la pantorrilla medio putrefacta de la que colgaba pertenecían a una mujer. Y Palandt, que agitaba el cúter en su dirección, era el Peluquero.

Emma estaba perdida, todavía en el suelo húmedo a un lado de la caja de herramientas. No obstante, había logrado coger algo para defenderse, algo alargado, manejable y que hasta disponía de dientes afilados, pero ¿qué podía hacer con una sierra?

La golpeó contra las piernas de Palandt, pero este ni siquiera notó el golpe, amortiguado por sus gruesos pantalones.

—¡Me las pagarás! —chilló, y le pegó un puñetazo en la cara con la mano que aferraba el cúter.

Emma cayó hacia atrás y por fin se desmayó, soltó la sierra y, de manera paradójica, volvió a despertar cuando su cabeza golpeó dolorosamente contra el borde de la caja de herramientas. Notó el sabor de la sangre, con la sensación de que se le había rajado el cuero cabelludo, pero era Palandt que la agarraba del pelo. Abrió los ojos y vio el cúter directamente ante sus ojos. Solo un centímetro lo separaba de su pupila.

«Me arrancará la cabellera», pensó y recordó el Le Zen: «Lárgate antes de que sea demasiado tarde»... Tuvo ganas de llorar, porque esa imagen atroz no debía ser el último recuerdo antes de abandonar este mundo.

Había tantos momentos bonitos por los que merecía la pena vivir... Como la arrugada piel matutina de Philip, cuando la almohada le dibujaba un mar agitado en la mejilla. O las diminutas botas de piel de cordero talla cuatro que durante un tiempo, cuando aún intentaban engendrar un hijo, habían reposado en su tocador; eran de color marrón claro, porque no sabían si tendrían un hijo o una hija. Incluso la abolladura en el coche oficial de Philip, que ella, tras una pelea banal sobre un campamento (que él consideraba divertido y ella, despreciable), había causado pegándole un puntapié a la puerta al apearse del coche; sí, incluso esa ridícula

demostración de que a veces era incapaz de controlar su carácter sería una última imagen mejor que la odiosa inscripción en el espejo del Le Zen.

«No quiero morir, maldita sea. No así».

Palandt volvió a alzar el brazo y le asestó una cuchillada.

Emma aún logró pensar qué extraño resultaba que por primera vez en semanas no sentía miedo y estaba tranquila, ya que por fin tenía la prueba de que no estaba tan paranoica como se había temido. Pero tal vez también se debía a que se había entregado, y se sorprendió ante la absoluta ausencia de dolor con el que acontecía la muerte.

«Así que es así», logró pensar cuando el cúter le rajó la frente y la sangre se derramó ante sus ojos, un rojo velo tras el que Palandt desapareció.

Emma cerró los ojos y oyó que su propia respiración se alejaba de ella para mezclarse con un grito gutural. La voz de Palandt había cambiado tras blandir el cúter por segunda vez; se había vuelto más profunda, como si su cuerpo hubiese ganado peso.

—¡Emma! —gritó él, al tiempo que un peso casi insoportable caía sobre ella.

Sin fuerzas, notó cómo su cabeza se escurría de la caja de herramientas y caía al suelo. Durante un instante irreal temió que se la hubieran cortado. Entonces, en una experiencia próxima a la muerte, vio que Palandt se alejaba de ella, flotando.

Su vecino, que hacía un momento había estado tendido sobre ella impidiéndole respirar, se apartaba de ella.

«¿O yo me aparto de él?».

Emma vio una luz, no lejana tal como se creía que ocurría en el paso hacia la muerte, sino cercana y brillante, enmarcada en rojo e iluminándole directamente los ojos. Después la luz se desplazó a un lado. Tal vez ahora comenzaría el final definitivo, cuando uno volvía a ver a sus seres queridos. Entonces Emma se preguntó por qué precisamente era ese hombre el primero que se le aparecía.

—¿Salim? —dijo, dirigiéndose al cartero.

Que estaba arrodillado a su lado.

Que le preguntaba si podía oírlo.

Que le apretaba la mano.

Que no era una última visión, sino su primera ayuda.

Y que le iluminaba los ojos con la linterna con que había golpeado a Palandt por detrás, dejándolo sin sentido. Su agresor estaba tendido junto al contenedor de basura orgánica con los trozos de cadáver, y parecía tan muerto como Emma suponía que ella misma lo estaba desde hacía un buen rato.

—Todo irá bien —oyó decir a Salim, y tras asimilar esa mentira perdió el conocimiento.

Emma notó que la nieve penetraba a través de sus pantalones y humedecía su ropa interior, pero allí fuera el aire era tan puro y vivificante que se hubiesen necesitado diez caballos para obligarla a levantarse de aquel banco de jardín hasta donde Salim la había conducido.

Desde allí todo estaba al alcance de su vista: el cobertizo, cuya puerta el cartero había atrancado por fuera anudando su propio cinturón en el pestillo, el ventanuco situado por debajo de la luz de la puerta (una lámpara barata de ferretería), tras la cual creía que, en cualquier momento, aparecería la cara de Palandt. Y eso que Salim le había asegurado que su vecino tardaría en volver a ponerse de pie. «No se preocupe, he dejado fuera de combate a ese cerdo».

De momento, Salim había desaparecido; era la segunda vez que rodeaba el cobertizo y sus botas producían sonoros crujidos en la nieve.

—No hay otra salida —informó cuando apareció al otro lado de la esquina—. Ese loco no puede escapar.

«A menos que excave un túnel», pensó Emma, aunque el suelo era de cemento y seguro que por debajo la tierra estaba congelada. Sin embargo, no se sentía segura, y no solo por los intensos dolores causados por la herida en la frente.

Tratando de detener el sangrado, se presionó una bayeta de microfibra contra la frente, con la que quizá Salim limpiaba las lunas interiores de su coche, pues olía a limpiacristales, pero en aquel momento una posible infección era el menor de sus problemas.

—¿Por qué? —le preguntó a Salim.

A cierta distancia se oía el ruido del tren suburbano: seguro que a esa hora iba lleno de juerguistas. Adolescentes y jóvenes adultos de camino a Mitte, para entonarse tomando copas en los bares o dirigirse directamente a alguna fiesta.

—No tengo ni idea de qué mosca le picó. Vi que usted entraba en la casa con él, señora Stein, y por algún motivo me pareció extraño. Tras tropezar, de algún modo usted no pareció entrar en la casa con él voluntariamente.

—No me refería a eso. —Emma negó con la cabeza y se preguntó cuánto tardaría en llegar la policía, a la que Salim había llamado con su móvil—. ¿Por qué volvió usted? Su turno acabó hace horas.

«¡Su último turno!».

—¿Qué? Ah, sí —contestó Salim, y adoptó una expresión contrita—. Por *Samson* —explicó, compungido, y Emma recordó que el veterinario aún no había llamado para informarle de los resultados del laboratorio.

«¿O tal vez, sí?».

A lo mejor aparecía una llamada perdida del doctor Plank en el buzón de su móvil, que todavía estaba en el vestíbulo de la casa de Palandt, allí donde se le había caído de la mano por segunda vez durante la pelea.

—No estoy seguro, pero creo que cometí un espantoso error —dijo Salim, y su aliento formaba densas nubecillas de vaho.

—¡Envenenó a *Samson*!

Para desconcierto de Emma, él no lo negó, solo preguntó en tono preocupado:

—¿Entonces se encuentra mal? —Se rascó la barba e hizo una mueca, como si quisiera abofetearse a sí mismo—. Señora Emma, lo siento mucho. Me temo que, por error, le di un trozo de chocolate al pobre, el que guardaba en mi bolsillo derecho, y no la galleta para perros que siempre llevo en el izquierdo.

«Chocolate».

¡Claro! Una pequeña cantidad de cacao en polvo podía resultar mortal para un perro. Y entonces Emma reconoció los típicos síntomas de un envenenamiento por teobromina: calambres, vómitos, apatía, diarrea... Por lo visto, la reacción de *Samson* al chocolate era bastante aguda.

—No tenía su número de teléfono, además usted no figura en el listín, así que volví aquí —añadió él—. Pero no esperaba encontrarme con algo así. —Señaló el cobertizo con una sonrisa triste—. Supongo que esto es como decir: de lo malo, lo mejor, ¿verdad? —preguntó, y volvió al cobertizo para comprobar que la puerta seguía firmemente cerrada.

En ese momento, las luces de la policía iluminaron el cielo del atardecer y se reflejaron en la nieve del jardín, como focos en la pista de baile de una discoteca. Llegaban sin encender las sirenas, bien pertrechados y preparados para una situación de emergencia.

Dos coches de policía y una furgoneta, de los que se apearon varios funcionarios enfundados en uniformes negros. Recorrieron el sendero hasta el jardín y se acercaron a ellos encabezados por un oficial de paisano que se dio prisa, sin empuñar ningún arma y vestido con un traje demasiado ligero; llevaba guantes pero ni siquiera una gabardina encima de la chaqueta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó cuando llegó junto a Emma. A ella le pareció increíble que fuese él.

—Gracias a Dios —dijo, y rompió a llorar al tiempo que se ponía de pie y abrazaba a Philip.

Los policías con los rostros cubiertos por pasamontañas negros se apostaron uno detrás del otro ante la puerta del cobertizo, todos empuñando sus armas.

El más menudo, un tipo con físico de culturista (al menos eso sugería bajo su uniforme), era el primero de la fila y ya había cortado el cinturón con su cuchillo de combate; apoyaba la mano en el pestillo, dispuesto a abrir la puerta para irrumpir dentro.

A un lado del cobertizo estaba Philip. ¡Qué suerte que hubiese regresado a Berlín antes de lo previsto!, pensó Emma. Se había inquietado después de las últimas revelaciones de Jorgo. Cuando Philip la llamó al móvil, que en ese momento Palandt sostenía en la mano, él quería anunciarle que volvería a estar en casa en diez minutos. Y ahora estaba presente, esperando a que el oficial diera la orden de allanar el cobertizo.

Tal como ocurría en las películas, los hombres de más atrás entrarían gritando y con las armas listas, con linternas fijadas en los cañones.

«¡Dios mío!», diría Philip mentalmente al ver el contenedor volcado y los restos del cadáver. O a Palandt —a quien Salim tal vez le había fracturado el cráneo— tendido en aquel charco de sangre... Pero todo eso solo eran suposiciones.

Emma veía, oía y percibía todo eso únicamente en su imaginación.

Estaba sentada a cuarenta metros de distancia de los acontecimientos, en la plataforma de una ambulancia que había aparcado delante de la casa de Palandt.

—Creo que esto requiere puntos —dijo un joven enfermero o médico (Emma no había prestado atención cuando se presentó), que guardaba un gran parecido con un Günther Jauch más joven: alto, flaco, de peinado erizado y orejas de soplillo. Le había limpiado la sangre de la cara, le aplicaba un spray desinfectante en la herida y un vendaje en la cabeza. Cuando acabó, Emma oyó un agresivo aullido colectivo en el jardín.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó en voz tan alta que Salim, que aguardaba ante la ambulancia, pudo oírla.

—Ya han entrado —contestó él.

Un policía uniformado se encargaba de que ninguna persona no autorizada pisara el terreno. Sin embargo, los mirones todavía no habían osado salir fuera, al menos Emma no vio ninguno a través de las puertas abiertas de la ambulancia, tal vez porque los vehículos policiales que bloqueaban el bulevar Teufelssee intimidaban a los vecinos. Pero quizá solo porque nevaba más intensamente que nunca y casi no se veía nada.

Permaneció sentada con Salim en la ambulancia durante unos cinco minutos, porque el paramédico parecido a Jauch debía redactar su informe en la cabina

delantera.

Entonces Philip volvió a aparecer.

—¡Nada! —exclamó, asomando la cabeza por la puerta.

—Hay trozos de cadáver, pero ni rastro del vecino.

—¿Qué estás diciendo? —Eso era imposible.

Philip se volvió hacia Salim.

—¿Usted derribó a Palandt y lo maniató?

El cartero negó con la cabeza.

—No lo maniaté. Pero estaba inconsciente.

—¿Señor Stein? —Una funcionaria apareció detrás de Philip y le informó de que el jefe del grupo de asalto deseaba hablar con él urgentemente.

—Quédate aquí —dijo él, pero Emma ya no aguantaba un minuto más en la camilla.

Lo siguió unos pasos, hasta que la funcionaria se interpuso en su camino y Emma no se contuvo:

—¡Déjeme pasar! —«Debo verlo. Debo ver que Palandt ha desaparecido». Solo el hecho de que Salim también lo había visto impidió que creyera que había perdido el juicio por completo—. Quiero reunirme con mi marido. ¡Soy una testigo presencial!

Philip se volvió hacia ella, a punto de exclamar «¡Emma!» en el tono con que los padres reprenden a sus hijos pequeños, pero se limitó a encogerse de hombros y, tras recibir una señal, la policía la dejó pasar.

—Tal vez puedas ayudarnos —dijo él, aunque el viento, que levantaba pequeños remolinos de nieve, se tragó la mitad de la frase.

Philip entró en el cobertizo. Alguien había encontrado el interruptor de la luz. Solo un policía se encontraba allí, quizás el jefe del grupo. Se había subido el pasamontañas hasta la frente y aguardaba a los recién llegados con una expresión que parecía decir: «Como veis, so blandengues, aquí estoy en medio de esta sopa de cadáver, pero el pestazo no me afecta».

—Debería echarle un vistazo —le dijo a Philip—. Aquí hay más trozos de miembros.

Philip se volvió hacia Emma.

—Será mejor que no entres —le aconsejó.

Como si ella no hubiera dejado bastantes huellas en el cobertizo, «pero da igual: me quedaré en el umbral».

Allí fuera el hedor resultaba más soportable.

Desde la puerta, observó cómo su marido pasaba por encima de la pantorrilla cercenada, al tiempo que evitaba pisar el charco putrefacto junto al contenedor volcado que contenía el resto del cadáver.

«Aplastado como carne arrojada a la basura».

Pese a la repugnancia, Emma no pudo dejar de examinar el cuerpo de la mujer, que había sufrido lo que ella se había ahorrado.

«Yo podría estar en tu lugar», pensó, y lloró la muerte de esa desconocida cuyo nombre con toda seguridad no tardaría en aparecer en titulares, junto con el de Emma, por quien entonces la prensa seguramente se interesaría.

—¡Mierda! —exclamó Philip en un rincón. Había echado un vistazo al cajón que contenía los cojines, cuya tapa solo entreabierta impedía que Emma viese el interior.

Si la cara de su marido se volvía verdosa, lo que estaba viendo debía de ser aún más repugnante que el cadáver descuartizado en la parte delantera del cobertizo.

—¿Hay más cajones aquí? —preguntó Philip al jefe del grupo de asalto—. ¿Algún sitio donde almacenar más cadáveres?

El oficial negó con la cabeza.

—Y tampoco nada donde el fugitivo pueda haberse escondido. Lo hemos registrado todo.

A Emma le temblaban las piernas. El *déjà vu* era inevitable: una habitación con un secreto.

—Aquí no hay nadie.

«Eso es imposible».

—Trabajaba en el circo —se oyó decir a sí misma en voz baja, casi susurrando.

—¿Cómo dice?

Ambos hombres se volvieron hacia ella.

—Su especialidad era el número de la maleta.

Philip la contempló como si le hablase en chino.

—¿Qué quieres decir?

«Que es capaz de hacerse tan pequeño que cabe en un equipaje de mano».

—¿Está vestido? —preguntó Emma en tono angustiado, pero ya sabía la respuesta. No había otra explicación.

—¿A qué te refieres?

—El cadáver, maldita sea. En el cajón de los cojines —espetó—. ¡¿Está vestido o no?! —Era lo único que tenía sentido. «No han encontrado trozos de cuerpo, sino a Papaíto Piernaslargas. Palandt, que se ha achicado y en cualquier momento saltará del cajón...».

—No, maldita sea —dijo Philip con calma, y sus palabras sirvieron para pinchar la burbuja de los peores temores de Emma—. Son miembros cercenados. Un torso. Una cabeza, una pierna entera. Desnuda. ¡Llena de gusanos! —Y entonces añadió algo que lo cambió todo—. Pero aquí hay ropa, a un lado del cajón.

El jefe de grupo se acuclilló y levantó una chaqueta enganchándola con el cañón de su arma. Un impermeable negro con botones amarillos.

¡Así que Palandt se había desvestido! ¿Por qué? Emma todavía no había resuelto el enigma. Y tampoco cuando su mirada se posó en el contenedor por enésima vez, el contenedor con el logotipo BSR, la zanahoria que reemplazaba la «I» en la palabra

«orgánico». Solo cuando se inclinó sobre él, haciendo caso omiso del hedor, las piezas de la comprensión encajaron, porque hizo lo único lógico: concentrarse en la respiración.

No en la propia, sino en la del supuesto cadáver.

En el que lo primero que se movió fue el tórax... y después todo el cuerpo desnudo.

Con una rapidez de la que solo era capaz un hombre al que antes llamaban Papaíto Piernaslargas, Palandt, pese a su enfermedad, salió disparado de su escondite en el contenedor como una bala de cañón.

—¡Está vivo! —Emma aún tuvo tiempo de gritar, y a continuación se abrieron las puertas del infierno.

Tres semanas después

—Diecisiete puntos.

Konrad depositó el informe del interrogatorio de la Brigada de Homicidios abierto en su regazo. Para una mayor comprensión de la declaración de Emma había cogido el expediente de su escritorio tras alcanzarle un vaso de agua.

—Tres en el ojo. La mayoría en el cuello y la laringe, solo dos en la frente y un pinchazo, este en la oreja izquierda.

Emma se encogió de hombros.

—Legítima defensa.

—Hummm.

Konrad examinó el expediente como quien repasa el menú de un restaurante y no halla nada que le apetezca.

—¿Legítima defensa?

—Sí.

—Ya estaba inerte tras el primer corte, Emma. Con ese le seccionaste la carótida.

—No obstante...

—No obstante, te sumiste en una borrachera sangrienta. Con el cúter... —Alzó la vista del documento y frunció el entrecejo—. ¿Cómo te hiciste con él?

Hasta entonces Emma había mantenido la vista fija en la ventana, contemplando el nublado firmamento por encima del lago Wannsee; ya no nevaba y el tono gris negruzco parecía reflejar su estado de ánimo. Entonces miró a Konrad a los ojos. Ya llevaban más de tres horas hablando, pero, a diferencia de ella, él no parecía cansado en absoluto. Y por lo visto tenía una vejiga de hormigón. Ella misma hubiera ido al baño para aliviarse, pero ya ni siquiera tenía fuerzas para eso.

En las últimas semanas había aprendido una lección amarga: lo mucho que debían de sufrir los depresivos cuya enfermedad a menudo era confundida por una profunda tristeza. En realidad, uno estaba sumido en un agujero espiritual tan profundo que incluso era incapaz de taparse la cabeza con la proverbial manta, uno de los motivos del elevado número de suicidios la primera vez que los depresivos tomaban medicamentos que aliviaban los síntomas de su enfermedad, pues estos no les devolvían el valor de seguir viviendo pero sí la fuerza de ponerle fin a sus vidas.

—El cúter estaba en el suelo —dijo Emma, respondiendo a la pregunta anterior de Konrad—. Un momento antes había intentado matarme con ese cúter, ¿recuerdas?

—Ya. Pero, desde un punto de vista jurídico, dicho ataque se había producido hacía un cuarto de hora y ya te habían atendido la herida.

—¿Y cuando él saltó del contenedor del cadáver embadurnado en sangre? ¿Cómo se evalúa eso «desde un punto de vista jurídico»? —replicó Emma, dibujando comillas en el aire con los dedos.

—Como una huida. —Konrad se llevó la punta de los dedos a la boca y se tamborileó los labios.

—¿Huida?

—Estaba desnudo y desarmado, no representaba ningún peligro. Al menos así lo considerará el fiscal, sobre todo porque había un policía armado a tu lado.

—¡Que no disparó!

—Porque no podía. Tú y Palandt formasteis un ovillo en el suelo, el riesgo de darte a ti era demasiado grande. Además, en aquel momento la que suponía un peligro eras tú, no Palandt...

—¡Ja! —Emma resopló—. Eso es absurdo. Un psicópata descuartiza a una mujer y la mete en un contenedor de residuos orgánicos, se desnuda, guarda algunos trozos del cadáver en un cajón de cojines y después se disfraza de cadáver desnudo. Finalmente, ese individuo (que antes me pegó puntapiés, me golpeó, me persiguió y casi me arrancó el cuero cabelludo) brinca de su escondite, y ahora soy yo la que está sentada en el banquillo de los acusados. ¿Cómo puede ser?

La respuesta de Konrad fue dolorosamente cruda.

—Le clavaste el cúter diecisiete veces. Estabas enloquecida. Ambos hombres, tu marido y el jefe del grupo, tuvieron problemas para despegarte de Palandt. Les causaste heridas cortantes incluso a ellos, porque no dejabas de blandir el cúter como una posesa.

—Porque estaba desquiciada y aterrorizada.

—Un exceso de legítima defensa. Suele ocurrir, pero por desgracia no supone una justificación. En todo caso —entonces fue él quien dibujó comillas en el aire—, «desde un punto de vista jurídico» es un argumento de defensa más débil que una auténtica emergencia.

Emma notó presión detrás de los ojos, preludio de un ataque de llanto.

—Estoy realmente en un apuro, ¿verdad?

Konrad no le hizo el favor de negar con la cabeza.

—Pero ¿cómo podría haber adivinado lo que todo eso significaba? —Los ojos le dolían y se restregó lágrimas invisibles de la mejilla con mano trémula; aún no había derramado ninguna. «Aún».

—Te equivocaste, eso también es humano, Emma. En esa situación muchos hubiéramos alcanzado conclusiones erróneas y tomado a Palandt por un delincuente. —Konrad cerró el expediente y se inclinó hacia delante—. Y eso que él no quería hacerte daño, al menos no al principio. Y eso hace que sea tan difícil defenderte.

Ella no soportaba su mirada penetrante y tampoco veía las llamas de la chimenea de gas que se habían vuelto más altas y cuyo calor parecía abrasarle el rostro. Pero tal vez solo era la vergüenza causada por la comprensión.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó Konrad en tono sereno. El mejor interlocutor del mundo había vuelto a adoptar su cara de póquer.

—¿Quieres decir cuando descubrí que me había equivocado en cuanto a Palandt? —Emma suspiró, cogió el vaso de agua y se humedeció los labios—. Ojalá lo ocurrido aquella noche hubiera sido mi peor error.

Echó otro breve vistazo al lago y cerró los ojos. Le resultaba más fácil hablar de sus horas más oscuras si les cerraba la puerta a la luz y al mundo.

Tres semanas antes

Emma sabía que estaba en casa, en su propia cama. También sabía que, tras las luchas en el cobertizo de Palandt y haber matado a un hombre, se encontraba física y espiritualmente exhausta, sumida en un sueño febril.

Así pues, sabía que estaba soñando, pero eso no mejoró la situación.

Estaba acurrucada en el baño del hotel y alzó la vista del suelo y la dirigió al espejo. Leyó el mensaje:

LÁRGATE
O TE HARÉ DAÑO

Llamaron a la puerta, pero la que apareció no fue la rusa sino ella misma. Parecía sufrir el síndrome de la radiación, tenía costras en la cabeza, interrumpidas por algunos mechones que conservaba como malas hierbas olvidadas, listas para ser arrancadas.

Pero eso (las costras de sangre en la frente y las mejillas, la blusa mal abotonada, los mocos en la nariz) no era lo peor, sino lo que estaba ausente: la expresión en su rostro, la vida en su mirada.

Se había apagado en la oscuridad de la habitación de hotel y lo único que quedaba era el zumbido de la afeitadora y la presión en el antebrazo. El punto donde le habían clavado la jeringa, que entonces palpitaba como un diente después de una sesión de torno.

Cerró la puerta con el número 1904 y, descalza, corrió hacia los ascensores, pero cuando la puerta de uno se abrió no pudo entrar porque un contenedor de desperdicios orgánicos ocupaba casi todo el espacio, un monstruo de tapa marrón con una etiqueta pegada en la que ponía EMMA; cuatro zanahorias formaban la segunda «M».

Oía un sonido procedente del contenedor, como si su interior fuera un abismo. Un zumbido de terror que se abría paso desde el fondo y que —una vez liberado— jamás podría ser vuelto a atrapar.

—¡Maldita furcia! —aullaba Anton Palandt—. ¡Tuve que hacerlo! ¡No tenía opción! No tengo dinero. ¿Por qué nadie lo comprende? ¿Por qué no podéis dejarme en paz?

Emma se acercó y echó un vistazo dentro del contenedor, que en realidad era un pozo en cuyo fondo Palandt estaba en cuclillas. En sus ojos pululaban gusanos. Solo sus labios se movían.

—¡No tengo dinero! —bramó desde las profundidades, y cuando el cadáver desnudo, embadurnado en sangre y apestando a putrefacción, se lanzó hacia Emma, ella despertó.

El corazón le latía desbocado. Le palpitaba el párpado derecho, la aorta y la herida en el nacimiento del pelo. Tanteó buscando la venda y se alegró de que estuviese allí. Cubría gran parte de su cabeza, también sus cabellos; el menor roce le hubiera dado náuseas.

Y eso que le habían dado medicamentos para evitarlo: ibuprofeno para el dolor, Vomex para los vómitos y omeprazol para proteger el estómago.

Pudieron suturarle el corte. Lo único que aún debía ser suturado urgentemente era su vida, desgarrada en varios pedazos desde que había matado al Peluquero.

«Peluquero. Peluquero. Peluquero».

Daba igual cuántas veces repitiera ese apodo, él seguía siendo una persona. Una persona. «He matado a una persona». Emma bajó la vista, se contempló y no se habría sorprendido de ver su mano encadenada al cabecero mediante un grillete.

Philip había logrado que, después de una primera declaración breve en la sala, pudiera tenderse en su cama. Por la mañana, el interrogatorio no acabaría tan pronto. Y quizá resultaría menos cordial, una vez que examinaran el informe del forense.

Emma no sabía cuántas veces le había clavado el cúter, pero sí que habían sido muchas. Y que no pretendía únicamente defenderse, sino acabar con la vida de Palandt. En aquel momento, en el cobertizo, no solo hubiese matado a Palandt, sino a cualquiera que hubiera intentado impedirle acabar con aquella amenaza de una vez por todas.

Venganza.

No existe ningún sentimiento más acuciante cuando uno ha sufrido una injusticia. Y ninguno que provoque mayor sensación de culpa tras haberlo experimentado.

Emma tanteó en busca del interruptor y sus dedos tocaron una taza de té que Philip había dejado en la mesilla de noche. Eran poco menos de las diez y media. Había dormido más de una hora.

—Pero si no tengo dinero —murmuró, meneando la cabeza mientras acomodaba una almohada detrás de su espalda para incorporarse en la cama.

¿Por qué recordaba esa frase de su pesadilla?

Ella no creía que la interpretación de los sueños resultara útil para un tratamiento psicoterapéutico. No todas las visiones que uno experimentaba por la noche tenían un significado diurno. Pero resultaba que, incluso vista a la luz, dicha frase carecía de sentido.

¿Por qué la había pronunciado Palandt?

Aun cuando el análisis del perfil trazado por Philip no encajaba con la realidad en ciertos puntos, por ejemplo en la prosperidad, existían rasgos universales casi

irrefutables que definían a un delincuente sexual. Lo que los estimulaba no era tanto el deseo carnal como el poder, su deseo funcionaba por impulsos y en el caso de un violador en serie el dinero rara vez —o nunca— jugaba un papel.

Sin embargo, Palandt había pronunciado esa oración en un estado de apuro y excitación máximo, cuando no actuaba impulsado por la mente sino por el instinto, como un animal en una trampa que lucha desesperadamente por su vida.

«¿Y precisamente en ese momento recordó sus problemas económicos?».

En ese momento de terror, ella misma no había pensado en su tarjeta de crédito anulada ni en que debía pedirle a Philip que ingresara dinero en su cuenta. Y había algo más, algo muy extraño: Palandt estaba muy enfermo y unos desconocidos lo martirizaban, pero aun así había demostrado una fuerza sorprendente. Eso no encajaba del todo. O sea, ¿el Peluquero se encontraba en un estado físico tan lamentable que no era capaz de quitarse de encima a unos extorsionistas, pero sí de violar y asesinar a mujeres?

Emma apartó la manta.

Alguien le había puesto un pijama de seda, era de suponer que Philip antes de acostarla en la cama. Llevaba calcetines deportivos, lo cual resultaba práctico porque no necesitaba buscar sus pantuflas si quería bajar para hablar con Philip sobre lo que la preocupaba: a saber, que el peligro que suponía el Peluquero todavía no había sido eliminado.

Volvió a comprobar que el vendaje no se había movido, ahuecó la mano para oler su aliento y comprobar si era tan maloliente como el sabor que le inundaba la boca... y entonces vio la lucecita roja: un pequeño diodo en el teléfono inalámbrico que indicaba que necesitaba ser recargado.

«¡Pero si no tengo dinero! ¡Nunca iré a la cárcel, nunca!», recordó que gritaba Palandt. Entonces pensó en el cadáver del contenedor, otra cosa que no encajaba. Las otras víctimas del Peluquero habían quedado tiradas en el lugar de los hechos. Eso le dio una idea.

Cogió el teléfono apoyado en la mesilla de noche y desactivó la función de identificación del número.

—Lechtenbrinck.

La voz de Hans-Ulrich era inconfundible. Nasal, como resfriada y demasiado aguda para un profesor de sesenta años.

Bastaba una palabra para que Emma reconociera al director del Departamento Forense de la Charité. Intentó modificar su voz para que el profesor Lechtenbrinck no descubriera con quién estaba hablando, aunque era improbable que la recordara. No habían hablado muy a menudo.

—Soy la comisaria Tanja Schmidt, de la Brigada de Investigación Criminal —se presentó Emma, usando el nombre de la funcionaria que hacía unos momentos la había interrogado en la sala. Mencionó el departamento encargado de la investigación del asunto Stein/Palandt—. Esta noche le han dejado en la mesa a Anton Palandt, víctima de un acto violento en el Westend.

—¿Cómo obtuvo este número? —quiso saber el forense.

—Figura en el ordenador —mintió Emma.

En realidad, aparecía presionando la tecla 9 en el marcado rápido de su teléfono. Philip y Lechtenbrinck habían estado en frecuente contacto debido al caso del asesino del rompecabezas, en el que durante meses un asesino en serie había dejado trozos del cadáver de una víctima en bolsas de plástico en lugares públicos de Berlín. En la última semana, poco antes de atrapar al asesino, habían hablado por teléfono casi a diario y el estrecho vínculo profesional se había convertido en amistad, por eso el número de Lechtenbrinck aún estaba guardado en el teléfono.

—Es un descaro —rezongó el forense—. Este número está reservado para casos de urgencia y personas escogidas. Exijo que sea borrado de inmediato.

—Me encargaré de ello —prometió Emma—. Pero puesto que ya he podido contactar con usted...

—Me llama cuando estoy en medio de una autopsia.

«¡Perfecto!».

—Oiga, no quiero molestarlo, de verdad, pero volveremos a interrogar a Emma Stein, imputada por ese crimen, y nos sería muy útil conocer la causa de la muerte de la víctima femenina hallada en el contenedor.

—Ufff...

Bastó con un resoplido para que Emma supiera que lo había convencido. Los forenses detestaban aparecer en los libros y películas como unos tipos extravagantes y malhumorados que en general solo entraban en acción cuando ya era demasiado tarde. Consideraban que a menudo su tarea no recibía el respeto merecido. Y eso que no solo se dedicaban a cortar cadáveres, sino que también cumplían otras funciones, sobre todo durante los interrogatorios de testigos y sospechosos. En cierta ocasión,

Lechtenbrinck había logrado probar la culpabilidad de un delincuente, solo porque en la sala de autopsias estaba conectado telefónicamente con los investigadores en la sala de interrogatorios. Cada vez que el asesino trataba de presentar la muerte de la víctima como un trágico accidente, Lechtenbrinck, gracias al examen de las heridas, pudo demostrar lo contrario, casi en paralelo con el interrogatorio. Y también en esta ocasión puede que el célebre experto no quisiera perder la oportunidad de ejercer una influencia decisiva en una investigación.

—Bien, la causa de la muerte es bastante normal. El informe todavía no está completo, pero apunta a un fallo multiorgánico múltiple debido a una isquemia causada por la vejez.

—¿Me está... tomando el pelo? —Emma estuvo a punto de gritar y, al formular su siguiente pregunta, estaba tan nerviosa que olvidó suavizar su voz—: ¿La causa de la muerte fue natural? A la mujer le cortaron diversos miembros.

—*Post mortem*. Al parecer, se trata de una clásica estafa a la Seguridad Social.

Emma se preguntó si el forense había perdido el juicio, pues sus palabras carecían de sentido, a menos que quisiera tomarle el pelo.

—¿Una estafa clásica, en la que el estafador se mete en un contenedor de desperdicios orgánicos, pero sin las pantorrillas?

—No, no el estafador. Pues ese es Anton Palandt, obviamente.

—No comprendo.

Lechtenbrinck volvía a respirar pacientemente; el papel de sabio experto que podía enseñarle un par de cosas a una policía ingenua parecía divertirlo.

—Escuche, señora Schmidt. No he visto el lugar de los hechos, pero apuesto diez a uno que nuestro estafador tenía apuros económicos. Un día regresó a casa de su madre, la encontró muerta en la cama y...

—¿Su madre? —lo interrumpió Emma.

—¿Es que no lo he mencionado? Casi con absoluta seguridad, el cadáver del contenedor pertenece a la madre de Palandt. Estamos esperando el análisis definitivo de la dentadura, pero en todo caso tiene más de ochenta años. —Y siguió con sus explicaciones, que Emma oyó alelada—. En todo caso, el hijo se dijo: «Maldita sea, pero si tengo acceso a la cuenta de mamá. ¿Por qué debo llamar a la policía solo porque ella haya muerto?». Así que decidió dejar que su madre siguiese viviendo para las autoridades, con el fin de cobrar su jubilación.

«¡Pero si yo no tengo dinero!».

—A los vecinos les habla de una estadía prolongada en el extranjero, en un balneario o algo así, pero en Berlín nadie se sorprende si de repente una anciana ya no se deja ver. Solo el hedor llama la atención en algún momento, y por eso el criminal opta por meterla en un contenedor de desperdicios orgánicos. Mete los restos en el cubo de la basura, lo cual es una considerable cochinado, ya que en general los cadáveres no caben sin practicarles algunas amputaciones. Después los lleva al

contenedor del cobertizo, añade serrín para gatos o lo rocía con ambientador Febreze. Lo clásico.

«Entonces mi pesadilla me indicó la pista correcta», pensó Emma. Palandt no era el Peluquero y ella no había matado a un asesino en serie, sino a un desalmado bribón que solo debía pagar por perturbar horrorosamente el eterno descanso de su madre, pero no por una serie de violaciones y asesinatos.

Así pues, ¡el peligro no había sido eliminado, ni mucho menos!

Emma se las arregló para no espetarle esa conclusión a Lechtenbrinck y, en cambio, logró darle las gracias y colgar apresuradamente. Exhausta, se dejó caer en las almohadas.

«¡He matado a una persona! ¡Y no era el Peluquero!».

Palandt no guardaba la menor relación con su violador. Su peluca, los medicamentos, el paquete... En medio de su paranoia, ella misma había sacado conclusiones erróneas y eso le había costado la vida a aquel viejo.

Cerró los ojos y pensó en la sangre que había brotado de Palandt mientras ella le clavaba el cúter una y otra vez, y eso le hizo recordar el charco que ese día había tenido que limpiar en la sala.

«¡*Samson!*».

Tras despertar, ya no había vuelto a pensar en el perro. Con la angustiada esperanza de que al menos él se encontrara mejor, marcó el número que, a través de la red fija, daba acceso al buzón de su móvil, incautado por la policía como prueba.

«Tiene tres mensajes nuevos», proclamó la voz robótica del ordenador. El primero era del doctor Plank, para informarle de que *Samson* estaba fuera de peligro («Gracias a Dios»), pero que para recogerlo debía esperar a los resultados definitivos, que se tendrían el lunes, y de paso le recordaba que aún no había pagado la cuenta.

El siguiente mensaje era de Philip, que le informaba en tono inquieto que se reuniría con ella en escasos minutos. Y en el último, oyó una voz que al principio sonaba tan excitada que no la reconoció de inmediato, y también porque Jorgo hablaba en susurros: «¿Emma? Lamento lo de antes. Por haberte mentado, quiero decir. Claro que te di esa nota».

«¡La nota!».

Una cosa más que ella había olvidado a causa de los nervios. Entonces el teléfono soltó un pitido, anunciando que la carga estaba baja. Debía volver a conectarlo al cargador, pero entonces no podría seguir telefoneando. Así que bajó a la planta baja, donde confiaba en que el segundo teléfono estuviera cargado.

Abandonó la cama.

«Tu marido tiene un programa-espía en su móvil —continuó Jorgo—. Registra todas las llamadas entrantes de manera automática».

«Un programa-espía. ¿Y qué diablos significa eso ahora?».

«No quería que tu marido descubriera lo de la nota cuando escuchara nuestra conversación. Así que llámame a mi móvil, por favor. Es importante. Hemos

averiguado algo. Philip no quiere decírtelo, pero creo que tú deberías saberlo. En el hotel Le Zen...».

Pitido. La comunicación se interrumpió y la pantalla se quedó tan oscura como el pasillo de la planta baja. Emma tanteó en busca del interruptor al tiempo que las últimas palabras de Jorgo resonaban lentamente en sus oídos.

«Hemos averiguado algo». Primero se dirigió a la cocina, pero el segundo teléfono inalámbrico no estaba en su base. «Philip no quiere decírtelo...».

De camino a la sala, creyó volver a oír el zumbido de la afeitadora en su cabeza, solo que esta vez no se trataba de un largo y penetrante sonido sino de un intervalo balbuceante. «En el hotel Le Zen...». Como un taladro o un insecto.

Emma se acercó a su escritorio, donde esa tarde había abierto el paquete de Palandt. Allí tampoco encontró el teléfono, pero sí que descubrió el origen del zumbido en la mesa de trabajo: era el móvil de Philip, que, con cada tono, giraba en círculo impulsado por la vibración. El visor mostraba el número de Jorgo.

Se volvió, pero la imprecisa sensación de que su marido de pronto aparecería a sus espaldas no se confirmó. Vacilando, cogió el móvil y presionó la tecla verde.

—¿Qué averiguasteis en el hotel, Jorgo? —le preguntó con voz temerosa.

—¡Ayúdame!

Reconoció la voz en el acto, aunque nunca le había oído ese tono tan extraño: apagado, asfixiado, acompañado de sonidos guturales.

—¿Sylvie? —preguntó, y la respuesta fueron los sollozos de su amiga—. ¿Qué pasa? ¿Estás herida? ¿Cómo puedo ayudarte? —«¿Y por qué llamas a través del móvil de Jorgo?».

—Me... mme esstoy... muriendo —balbuceó Sylvie.

El pánico y el terror aún estaban presentes en su voz, pero esta se había vuelto más débil, exangüe.

—Pero ¿qué dices...? No, no morirás. Buscaré ayuda y todo irá bien.

—No. Nunca más... ¡Nunca... bien!

Emma notó que Sylvie estaba perdiendo el conocimiento. Cuanto más presionaba el auricular contra la oreja, tanto mayor era el silencio en la línea.

La asaltó una imagen de su amiga con un cúter clavado en la garganta, tendida en un charco de sangre brotado de su boca. Sylvie no decía nada más, solo tosía y resollaba, pese a que Emma la instaba a contarle qué había pasado.

—¿Dónde estás? —preguntó Emma a gritos, tanto a Sylvie como a Philip, cuya ayuda necesitaba con gran urgencia.

Cruzó la sala a toda prisa, con el auricular pegado a la oreja, vio las llaves de Philip en el aparador y su chaqueta colgada en la percha, así que no se encontraba en el exterior de la casa. Y ella acababa de bajar de la primera planta y, además, Philip había dejado su móvil —sin el cual jamás abandonaba la casa— en la sala, «algo que solo hace cuando...

—¿Sigues ahí, Sylvie? —preguntó; del móvil solo surgía un frío silencio.

... cuando se dirige a su laboratorio, pues ahí abajo no hay cobertura».

Dirigió la mirada hacia la vieja puerta del sótano. A través de la rendija inferior la luz del hueco de la escalera penetraba en el pasillo.

—No cuelgues, Sylvie. He de bajar al sótano, ¿oyes? Enseguida vuelvo, ¿oyes? ¡No cuelgues!

No hubo ninguna reacción.

Emma reflexionó un instante si sería mejor cortar la comunicación y marcar el 112, pero ¿y si su amiga no estaba en su casa? Siendo así, la comunicación quizás era la única manera de localizar su paradero.

Dejó el teléfono en el aparador, abrió la puerta del sótano y, descendiendo los peldaños de hormigón, gritó:

—¡Philip! ¡Date prisa! ¡Debes ayudarme, Philip!

El techo del sótano era tan bajo que en su momento el vendedor aceptó rebajar el precio al ver que incluso Emma tenía que agachar la cabeza. Una vez instalados,

habían revestido el techo de la escalera con madera, lo que lo había vuelto aún más bajo. Agachada, Emma bajó presurosa hacia el «laboratorio», al que se llegaba tras un recodo en ángulo recto.

Originalmente destinado a trastero para escobas, aspiradoras y fregonas, Philip había reemplazado la vieja cortina por una puerta plegable, detrás de la cual había instalado un pequeño espacio de trabajo que albergaba un diminuto escritorio y un ordenador portátil conectado a Internet, dos estantes metálicos atiborrados de literatura técnica y varias cajas de plástico llenas de instrumental —lupas, pinzas, microscopios, etc.—, para examinar fotos, analizar caligrafías y otras tareas para crear sus perfiles.

Allí abajo, en su «cueva», separado del resto del mundo, era donde Philip lograba concentrarse mejor. Solía escuchar música con los auriculares mientras trabajaba; una música que en pocos segundos le hubiera causado una pérdida de audición a Emma: Rammstein, Oomph, Eisbrecher... Por eso no era extraño que no reaccionara a los gritos de ella y que también se pegara un susto de muerte cuando Emma abrió la puerta plegable y le arrancó los auriculares.

—¿Qué diablos...?

—Philip... Yo...

Emma clavó la vista en las manos de él, enfundadas en guantes de látex grises. Apagados golpes de bombo surgían de los auriculares, invadían la diminuta habitación y acompañaban la agitada respiración de Emma.

Trató de tomar aire, y no debido a la breve carrera escaleras abajo, y tampoco a la preocupación por Sylvie. El motivo de su falta de oxígeno se debía a que no lograba encontrar una explicación para aquello que reposaba en la mesa ante Philip.

El cúter.

Los guantes.

«¡Y un paquete!».

Ya se había preguntado adónde habían ido a parar sus pantuflas compradas *online*. La caja del tamaño de una caja de zapatos con su pedido *online*, que uno podía meter en el microondas. Philip había guardado los alimentos en la nevera y las lentillas de Emma estaban en el cuarto de baño, pero el ligero paquete envuelto en papel normal estaba allí abajo, directamente bajo la lámpara de mesa de Philip, junto a su ordenador portátil sobre el escritorio.

El papel estaba cortado y las solapas, abiertas. Una parte del contenido se hallaba repartido bajo el soporte de la lupa; otra, todavía en la caja.

No eran pantuflas que se pudieran calentar en el microondas.

Era evidente que Emma se había equivocado, al igual que había olvidado fijarse en el nombre del destinatario, pues los gruesos y largos mechones de pelo castaño enviados en ese paquete no estaban destinados a ella, sino a Philip.

—¿Qué es eso? —preguntó Emma, buscando una explicación lógica y, sobre todo, inocua—. ¿Te los envió el Peluquero? —«Claro, el psicópata se ha puesto en contacto con mi marido. Aquí solo se dedica a su trabajo y a examinar sus trofeos».

—¿Qué quieres decir? —repuso Philip, que se había levantado de la silla.

—Pues esos cabellos —dijo ella, y un escalofrío le recorrió la espalda al ver que Philip abría un cajón del escritorio para meter dentro el oscuro mechón.

—¿Qué cabellos? No sé de qué estás hablando, cariño —repuso él, e hizo girar su portátil para que ella viera la pantalla.

—¿Qué... cómo... dónde...? —Emma se oyó balbucear y sus palabras cambiaban al ritmo de las imágenes que aparecían como una suerte de diaporama en el monitor.

Fotos de mujeres.

De mujeres bonitas.

Señoritas de compañía, fotografiadas ante diversas puertas. Puertas de hotel que les abría un hombre que siempre era el mismo, su marido, mientras que las *escorts* cambiaban.

—¿Tú? —preguntó Emma, aún empeñada en negar lo evidente—. ¿Tú te encontraste con esas mujeres? —«¿Con las prostitutas? ¿Las víctimas?»—. Entonces... ¿tú las mataste?

—¿Te encuentras bien, cariño? —preguntó Philip con una expresión rara.

Emma pensó que solo fingía estar sorprendido, y presionó la tecla haciendo aparecer otra imagen en la que volvía a aparecer una víctima. De pronto, se reconoció a sí misma y soltó un alarido: arrastraba una maleta de ruedas, delante de una puerta que en ese momento abría. Al igual que las demás, la toma estaba mal iluminada, pero el número de la habitación en la madera de nogal se destacaba con claridad: «1904».

—¡Fuiste tú! —le gritó a Philip—. ¡Tú eres el Peluquero!

«¿Cómo pude haberme equivocado tanto? ¿Cómo pude dejarme engañar hasta ese punto?». Trastornada por el paquete destinado al vecino, no le había prestado atención al segundo paquete y le franqueó el paso al enemigo a su propio hogar. Emma se había perdido en el laberinto de su propia paranoia y causado la perdición de inocentes.

—¡Eres un cerdo!

Su marido sonreía y respondió en tono preocupado, un tono que no encajaba con su diabólica sonrisa:

—Tranquilízate, Emma, por favor. No estás en tu sano juicio. —Presionó una tecla del ordenador y la pantalla se volvió negra.

—¿Qué te propones?! —gritó ella. No tenía idea de qué debía hacer; de momento, la confusión y el espanto la paralizaban—. ¿Quieres volverme loca?

—¿De qué estás hablando? Me temo que vuelves a ver cosas que no existen, cariño.

«Sí, así es. No sé por qué, pero no dejo de alimentar mi paranoia».

Emma miró en derredor, buscando algo para defenderse en caso de que Philip la atacara. Entonces descubrió una pequeña cámara en el techo, fijada como para que Emma siempre apareciera en la imagen, pero no su marido.

—¿Me estás filmando? —preguntó, consternada.

—Pero si tú misma me pediste que asegurara el sótano —contestó él, haciéndose el inocente—. Por miedo a los ladrones.

—¡Nunca dije nada de una cámara!

Y aunque no comprendía cuáles podrían ser los motivos de Philip, en cambio se le ocurrió otra idea aterradora: «Sylvie no me llamó desde el móvil de Jorgo, sino desde el suyo propio». Ahora entendía el juego malicioso de Philip: «¡Lo hizo igual que en aquel entonces, con su ex!». Se limitó a guardar el número de Sylvie bajo otro nombre, y ¿qué clase de hombre hace algo así? «Uno que tiene algo que ocultar». Una aventura.

Para no llamar la atención si la amante llamaba varias veces al día, enviaba SMS o dejaba llamadas perdidas. Emma sintió un retortijón en el estómago.

«Claro, ¡qué listo!».

Jorgo era el compañero de Philip, era lógico que llamara a menudo, al menos resultaba explicable cuando la ingenua mujercita miraba la pantalla y hacía preguntas.

«Qué listo y qué pérfido».

En su móvil, Sylvie se llamaba «Jorgo» y Sylvie llamaba «Peter» a Philip.

«Y tiene cabellos maravillosamente largos, igual que yo». Al igual que todas las víctimas del Peluquero.

—Pero ¿por qué tuviste que matarlas a todas? —graznó Emma. Comprenderlo parecía asfixiarla—. Las prostitutas, tus aventuras. Incluso Sylvie. ¿Por qué tenían que morir?

Como si el nombre de su mejor amiga fuese la palabra clave, la sonrisa diabólica desapareció de la cara de Philip y por primera vez pareció inquieto.

—¿Qué pasa con Sylvie? —preguntó, como si realmente ignorara que, en su agonía, había tratado de llamarlo por teléfono.

Tal vez fue el instante de debilidad que Emma creyó ver en su mirada, o la circunstancia de que no se refiriera a su última aventura con un nombre cariñoso, lo que la sacó de su parálisis. O quizá solo fue el valor de la desesperación.

—¡Detente, Emma! —gritó Philip.

Pero ella no tenía intención de rendirse sin intentar una huida y, de un golpe, apartó el brazo con que él trataba de agarrarla. Se volvió y echó a correr escaleras arriba, pero no con suficiente rapidez: para Philip no supuso un problema agarrarla de un pie; era más fuerte y rápido que ella. Y no tenía una herida en la cabeza que palpitaba como un insecto vivo bajo el vendaje e irradiaba dolor con cada movimiento.

Emma se tambaleó y cayó sobre el borde del peldaño con las palmas por delante. Se volvió de espaldas y le pegó un puntapié, igual que hacía unas horas le había pegado a Palandt, pero esta vez ya no llevaba aquellos rígidos botines, solo calcetines, y no podía hacerle daño a Philip, ni siquiera quitárselo de encima.

—¡Emma! —exclamó su marido, y la aferró por las muñecas.

Los bordes de los peldaños se clavaban en su espalda, pero Emma no dejó de debatirse como una posesa, hasta que Philip rugió:

—¡Quédate quieta!

Y le pegó una bofetada, todavía más violenta que la que le había dado esa mañana, cuando la había abofeteado para que recuperara el conocimiento. La cabeza de Emma golpeó contra el peldaño de hormigón y vio estrellitas. Cuando volvió a abrir los ojos, fue como si contemplara a Philip a través de un espejo hecho trizas. Notó que le sangraban los labios, así que quizá le había dado con el pie en la boca.

«Eso no es bueno», pensó. Al igual que un animal herido, la magulladura sanguinolenta solo lo había enfurecido más y, antes que debilitarlo, le había proporcionado renovadas fuerzas. En cambio, ella ya no sabía cómo defenderse; la presión de los dedos de él en sus muñecas era casi insoportable.

Quiso que todo acabara por fin.

Los dolores. La violencia.

«¡Las mentiras!».

Su repentina pasividad dio alas a Philip, que se tendió con todo su peso sobre ella, como un hombre loco de amor dispuesto a tirarse allí mismo, en la escalera, a su mujer; solo que no quería hacer el amor, sino todo lo contrario.

—¡Socorro! —gritó Emma.

Le pareció que su grito resonaba más en el penumbroso hueco de la escalera. Cerró los ojos y entonces desaparecieron el sencillo revestimiento de madera de las paredes laterales, el tiesto de plástico bajo la barandilla, la caja de fusibles junto a la entrada —que solo veía si inclinaba la cabeza hacia atrás— y la puerta que daba al «laboratorio» de Philip al pie de la escalera.

Y Philip también desapareció, desde luego. Pero por desgracia solo su figura: sus palabras se negaban a desaparecer.

—Todo irá bien —oyó que decía en un tono cruelmente amistoso.

Percibió su aliento, notó que deslizaba una mano (tal vez la derecha) por debajo de su cabeza, que con el dorso de la otra le rozaba la frente... Ojalá no lo hubiera hecho. La sensación del látex en su rostro y el olor a caucho y talco se le clavaron como un puñal en el corazón, que no dejaba de retorcerse con cada movimiento.

Emma abrió los ojos y vio que Philip sonreía, tal vez como había sonreído aquella noche en la habitación del hotel. Acercó la cabeza y ella consideró darle un cabezazo con la suya, pero, una vez más, su fuerza no bastaría para hacerle daño y solo conseguiría enfurecerlo más.

Rompió a llorar, oyó que él soltaba un siseo supuestamente tranquilizador, pero a ella le recordó a una serpiente. Un instante después, le pegó un rodillazo en la entrepierna.

Philip gimió, aflojó las manos y le brindó la oportunidad de darle un puñetazo en la mandíbula. Él soltó un alarido, se volvió de lado, presionó una mano contra la boca y escupió un poco de sangre. El golpe había sido tan fuerte que quizá le había aflojado un diente, o tal vez se había mordido la lengua, a juzgar por la sangre que brotaba de su boca.

Fuera como fuese, él la había soltado. Emma ya no notaba la presión en el cuerpo, en las muñecas o los tobillos. Así pues, se puso de pie y corrió escaleras arriba, pero otra vez con demasiada lentitud, pues Philip volvió a aferrarle el pie para arrastrarla hacia abajo, hacia el abismo.

Emma tanteó en busca de la barandilla y quiso agarrarse, pero su mano resbaló y dio contra un borde duro del que se aferró instintivamente, pero este no estaba completamente pegado a la pared y parecía un asa, aunque un asa en el hueco de una escalera era absurdo, a menos que fuera... el asa de un extintor de incendios.

Mientras se tambaleaba, Emma comprendió que se le presentaba una oportunidad. Cogió el extintor, giró sobre sí misma e intentó lanzarse hacia delante, contra Philip. Pero la fuerza de gravedad se lo impidió y volvió a caer de espaldas sobre los peldaños y, mientras caía, no pudo arrojar el pesado extintor contra su marido, que volvía a inclinarse sobre ella.

Alcanzó a ver que él alzaba la mano y entonces todo se volvió blanco: el sótano, las paredes, la escalera, Philip, ella misma... En un segundo todo quedó envuelto en una nube de polvo parecida a una tormenta de arena.

Emma oyó un siseo, presionó más la mano derecha, con la que al parecer controlaba el siseo y el polvo, y durante una fracción de segundo apareció un hueco en la bruma, un hueco ocupado por Philip. Estaba cubierto del contenido del extintor con que ella lo rociaba. Trataba de quitarse el polvo de los ojos y parecía un fantasma con la boca embadurnada de sangre.

—¡Eeeeemmmaaaa! —lo oyó gritar y vio cómo, trastabillando, lograba agarrarse a la barandilla.

Entonces volvió a moverse y avanzó hacia ella paso a paso. Con espantosa lentitud, Emma se arrastró escaleras arriba, boca abajo. Casi había alcanzado el último peldaño cuando él la agarró del pie y la arrastró hacia atrás. Emma tanteó en busca de algo a lo que agarrarse, pero solo derribó la cesta de la ropa sucia, cuyo contenido se derramó sobre ella.

Recordó el líquido que envolvía el cadáver en el cobertizo de Palandt y percibió el olor putrefacto que desprendía la ropa sucia. Tejanos, blusa, ropa interior, todas las prendas que Philip le había quitado y debía de haber metido en la cesta. Nada que pudiera servirle de ayuda, porque «¿cómo podría defenderme con una bata?».

¡¡Una bata!!

La idea le cruzó la cabeza junto con el dolor que sintió cuando fue arrastrada hacia abajo y se golpeó el mentón contra los peldaños.

Philip estaba furibundo, seguía bramando algo que se parecía al nombre de ella, pero que también sonaba a dolor, tortura y muerte.

Pero Emma no soltó la bata y logró rebuscar en el bolsillo derecho. «Maldición». En el izquierdo... y entonces por fin lo tocó. En el instante en que Philip la agarró de las caderas para volverla hacia él, sus dedos se cerraron sobre el mango de plástico.

Emma cedió ante la fuerza de su marido, la aprovechó para tomar impulso y alzó la mano, la que aferraba aquel bisturí manchado de sangre. Y, con un único y rápido movimiento, le hizo un corte en la garganta.

Tres semanas después

Lo curioso es que no llorara.

Durante las solitarias horas en la clínica psiquiátrica los ojos se le humedecían con solo pensar en Philip, pero desde que había admitido sus atroces delitos ante Konrad por primera vez, su reserva de lágrimas parecía haberse agotado. Sentía la presión detrás de los ojos, esa que le provocaba dolor de cabeza, pero sus mejillas permanecían secas.

—Estoy en las últimas —admitió Emma, y ambos sabían que no se refería a poner fin a su declaración.

Dos hombres habían perdido la vida el mismo día y ella era la culpable.

Solo a causa de un paquete destinado a su vecino.

Si no lo hubiera aceptado, si no hubiera perdido el móvil en casa de Palandt y si no hubiese abierto el paquete, no se habría hecho con aquel bisturí.

—¿No lo notaste?

Konrad estaba de pie ante su estante con las obras de Schopenhauer y la contemplaba. Sostenía una delgada carpeta en la mano, de la que Emma no podría haber dicho cómo llegó allí. Ni siquiera había notado que Konrad se hubiera puesto en pie y hubiese atravesado la habitación. Desde que pronunció su última palabra habían transcurrido al menos dos minutos en los que mantuvo la vista clavada en la mancha de té en la alfombra redonda, comparando el contorno de la mancha con el mapa de Nueva Zelanda.

Le hormigueaba la mano y tenía la lengua entumecida: típicos síntomas de abstinencia. Pronto tendría que volver a tomar sus pastillas, pero no se atrevía a pedirle otro vaso de agua a Konrad, porque entretanto la presión de la vejiga se había vuelto casi inaguantable.

—¿Qué es lo que no noté? —preguntó al fin. Estaba cansada y reaccionaba con la lentitud de una borracha.

—Que fue tu propio marido quien te violó, Emma. ¿De verdad crees que no lo notaste?

A excepción del hecho de que la tuteaba, en sus palabras ya no había ninguna intimidad. Solo con una breve frase se las había arreglado una vez más para cambiar el lugar que ella ocupaba: ya no estaba sentada en el sofá, sino en el banquillo de los acusados.

«Donde por otra parte debería estar».

—Tenía el cuerpo lleno de medicamentos que me paralizaban y trastornaban —dijo, en un intento de responder a la pregunta que ella no había dejado de hacerse una

y otra vez. Konrad no se dio por satisfecho con la respuesta.

—¿Tu propio marido se materializó de la nada en tu habitación de hotel, como el mago David Copperfield, solo para hacer algo que podría haber obtenido de ti con naturalidad un día después, en vuestra casa?

—Sabes perfectamente que lo que le importa a un violador no es el sexo sino el poder.

—Y, sin embargo, tú lo tocaste y lo percibiste miles de veces, ¿y en esa ocasión no sentiste ni un asomo de sospecha?

—Sé lo que estás pensando, Konrad, ya me lo dijiste hace un momento: no le creen a quien ya ha mentido una vez, ¿verdad?

Él le lanzó una mirada melancólica, pero no la contradijo.

—Te equivocas —dijo Emma—. Sí, he mentido cuando estúpidamente afirmé que yo era la mujer en el vídeo de Rosenhan. Pero supongo que ahora se trata de un asunto diferente.

—¿Por qué?

—Porque, al fin y al cabo, encontraron cabellos de todas las víctimas en el laboratorio de Philip. ¡De todas!

—¡Pero no los tuyos propios! —Konrad abrió la carpeta y extrajo cuatro grandes fotografías en blanco y negro—. ¿Qué te dicen estas caras? —preguntó, y depositó las fotos en la mesilla de cristal.

Emma apartó la vista de aquellas mujeres. Para reconocerlas no necesitaba ver los altos pómulos, por no hablar de los cabellos gruesos y espesos. En las fotos reían, fruncían los labios como para besar o miraban la cámara con expresión descarada y maliciosa. Ya no tendrían oportunidad de volver a hacerlo.

—Las víctimas —dijo.

—Correcto, estas son las señoritas de compañía asesinadas por el Peluquero —repuso Konrad, y la contempló con mirada indescifrable—. Estas mujeres tienen mucho en común contigo, Emma. Les hicieron cosas atroces. Tenían un cabello maravilloso e incluso guardaban cierto parecido entre ellas. De hecho, podría hablarse de un plan inequívoco en cuanto a la elección de las presas cuando un hombre prefiere mujeres de este tipo. Pero en caso de que me hubieras dicho la verdad respecto a los puntos esenciales, existe una enorme diferencia entre tú y estas desdichadas criaturas, y no me refiero al hecho de que ya no estén vivas.

«... en caso de que me hubieras dicho la verdad respecto a los puntos esenciales...».

Emma se sentía más agotada que antes, cuando había tomado los Diazepam.

—¿De qué estás hablando?

—A esas mujeres les raparon la cabeza y las mataron, pero... —Konrad tocó una fotografía tras otra y después puso un signo de admiración delante y detrás de cada una de sus palabras—: ¡Pero! ¡estas! ¡mujeres! ¡no! ¡fueron! ¡violadas!

Silencio. No era absoluto porque el rumor del fuego de gas llenaba la habitación, pero, aun así, el silencio posterior al arrebató de Konrad resultaba abrumador. Emma quería decir algo, percibía que las palabras con que en ese momento debía armar una frase lógica estaban enterradas en lo más profundo de sí misma. Lo único que logró decir fue:

—Mientes.

—¿Que yo miento? —replicó Konrad—. No hubo ninguna prueba forense que indicara una penetración violenta. En ninguna de las víctimas.

—Pero en las noticias...

—Olvida las noticias. El primer periódico que publicó la falsa información, en letras gigantes y a doble página, ese mintió para aumentar su tirada. Y todos los demás teletipos, tuits y noticias de Internet, que de todos modos nadie comprobó y a los que más personas daban crédito cuanto más sonoramente proclamaban la mentira, esos difundieron la mentira aún más. Después le siguieron las revistas serias, los semanarios y los programas de televisión. Esos también mintieron, pero en este caso porque se lo pidieron los detectives que investigaban los asesinatos.

—Pero... ¿por qué?

—¿Por qué se ocultan informaciones al público? —Él mismo se respondió—: A ti no tengo que explicarte los problemas de la policía con los perturbados que, cuando se trata de crímenes espectaculares, se jactan de haber cometido los delitos cometidos por otros.

«Mediante mentiras patológicas».

—Por eso las informaciones explícitas sobre los delincuentes no se comunican a los medios. Para poder comprobar si las confesiones se ajustan a la verdad. —Konrad hizo una pausa para darle mayor peso a sus palabras—. En general, ese método sirve para excluir a los oportunistas. Con menor frecuencia, a las víctimas de estos.

Konrad se puso de pie y recorrió su despacho como si fuera una sala de audiencias, con las manos cogidas a la espalda.

—¿Tienes idea del número de mujeres que se raparon ellas mismas y llamaron a la línea caliente para ofrecer informaciones al respecto? ¿Mujeres que dijeron que fueron violadas pero lograron escapar?

—Yo no soy una de esas —dijo Emma, y cometió el error de pasarse la mano por el pelo, tal como había hecho durante decenios cuando estaba nerviosa.

—He hablado con el fiscal. ¿Sabes lo que cree? Que querías atar a Philip a causa de tus problemas económicos. Él quería abandonarte y por eso le mentiste diciéndole que estabas embarazada. Pero como es imposible prolongar esa mentira eternamente, te inventaste la violación para explicar el aborto del niño. Y al mismo tiempo querías que se compadecieran de ti debido a tus traumas psíquicos. Sin embargo, cuando comprobaste que todo eso no funcionaba para mantenerlo a tu lado, lo mataste, lo cual te convirtió en su única heredera.

—Konrad, tú... cómo... puedes siquiera considerarlo, que yo... Sé lo que ocurrió. Y no estoy loca.

—¿No?

«¿No? ¿Realmente acaba de preguntarme eso?».

Konrad se aproximó unos pasos y volvió a estar tan cerca que a ella le hubiese bastado con levantar la mano para acariciar su descuidada barba.

—Déjame —dijo ella al notar que él quería tocarla—. ¡Vete! —protestó, pero no con firmeza. Y tampoco le apartó la mano cuando él la apoyó en la suya.

—Sufriste un abuso espiritual —susurró en tono suave—. ¡Pero no físico!

—Sí, fui... —Emma cerró los ojos—. Me violaron y ahora te ruego que acabes con tus trucos de abogado del diablo, de lo contrario...

—¡Emma!! —exclamó Konrad tan sonoramente que ella tembló—. Abre los ojos y escúchame. Aquí no se trata de una táctica de negociación. No te hablo como abogado sino como amigo —añadió, e inspiró profundamente—. Tu marido abusó de ti, pero solo espiritualmente. No abusó de tu cuerpo, y tampoco de las otras víctimas.

Emma gimió.

«No, no, eso es imposible».

—¿Philip no era el Peluquero?

—No.

La mirada de Konrad solo expresaba una melancólica certeza y Emma se volvió, no podía soportar esa mirada que al parecer quería hacerla comprender que, tanto en el caso de Palandt como en el de su marido, había matado a dos personas inocentes en un día.

—Pero ¿entonces quién era? —Sentía un picor en todo el cuerpo y le hubiera gustado rascarse los brazos, las piernas y el vientre, y aún mejor: arrancarse aquella piel en la que ya no quería estar metida—. Si no fue Philip, ¿quién asesinó a esas mujeres?

—Reflexiona, Emma. —Konrad se puso en pie y recogió las fotos de la mesilla, sosteniéndolas en la mano en forma de abanico—. Contempla todas estas víctimas y entonces verás el vínculo que las une.

De mala gana, ella dirigió la mirada a las imágenes.

«Sí, se parecen. Tienen bonitos cabellos, tal como yo tuve una vez».

—Pertenece al tipo de presas de Philip.

—Exactamente —dijo Konrad, asintiendo con la cabeza—. Pero a diferencia de ti, son prostitutas. Putas de lujo. Tu marido te engañó con cada una de ellas —añadió, y agitó las fotografías—. Y esa infidelidad es el motivo. Nos indica el camino al asesino.

Emma no podía respirar y tosió, procurando tomar aliento.

—¿Qué quieres decir?

—Piensa, Emma. ¿Quién estaba tan próximo a Philip como para descubrir sus asuntos? ¿Quién estaba tan herido y era tan inteligente como para forjar un plan de venganza consistente en quitarles a las mujeres con que Philip se acostaba aquello que despertaba el deseo de Philip?

«Sus cabellos».

—Estás loco —protestó Emma—. Has perdido el juicio. ¿De verdad crees que todas esas mujeres...

—¡Tus rivales!

—«... fueron asesinadas por mí?», acabó la pregunta mentalmente.

—Ponte en su lugar, Emma. Philip sabe que el Peluquero apunta a las mujeres con que él, Philip, mantenía relaciones sexuales. El asesino se burlaba de él enviándole paquetes con sus trofeos a casa, como si quisiera decirle: «Mira lo que hago con las fulanas que te follas». Si tu marido hubiese informado de ello y les hubiera mostrado las pruebas a los investigadores, todos habrían sabido que te engañaba. Él no quería eso, así que tuvo que encargarse del asunto personalmente. Examinaba las pruebas en su laboratorio, sin saber que el Peluquero se encontraba en su entorno inmediato. Aunque sabía que no hubo ninguna violación, cometió un error y buscó a un hombre. No obstante, hasta un niño sabe quién utiliza el veneno mediante el cual las prostitutas fueron asesinadas.

«El sexo débil. Las mujeres».

Emma cruzó los brazos detrás de la cabeza. El corte que Palandt le había hecho en la frente aún palpitaba y escocía, pero resistió el impulso de rascarse.

—¿Y entonces por qué me mostró las fotos en el sótano y fingió que no había cabellos? ¿Intentó volverme loca?

Konrad asintió con la cabeza.

—Reconozco que eso es lo que más me preocupa. No será fácil convencer al tribunal de que Philip aprovechó tu desquicio anímico para sus fines.

—¿Qué fines?

—Supongo que quería declararte judicialmente incapaz.

—¿Ponerme bajo tutela? —preguntó Emma.

—Por decirlo coloquialmente.

—Pero eso no tiene sentido. El que tenía el dinero era Philip, no yo.

—Precisamente por eso. A falta de estipulaciones matrimoniales, tu marido hubiese perdido la mitad de su fortuna en caso de divorcio, ya sabes, bienes gananciales. A menos que, como tu tutor, recuperara el control de todo mientras tú permanecías en una clínica psiquiátrica por mandato judicial.

«El motivo». La infidelidad lo había hecho salir a la luz. «Y sin embargo...».

—Vale, has dicho que no fue Philip quien asesinó a las mujeres, que no las violaba y solo se acostaba con ellas. Así que otro, el Peluquero, las rapaba y enviaba sus trofeos a Philip para mostrarle que estaba al tanto de que me era infiel. Y, por otra parte, afirmas que Philip aprovechó esa extorsión espiritual para destruirme.

—Algo por el estilo —dijo Konrad, asintiendo.

—Y tú crees que el Peluquero... —Emma se interrumpió y Konrad concluyó el razonamiento:

—Creo que solo una persona extremadamente celosa sería capaz de cometer una cosa semejante. Alguien que quiere a Philip solo para sí y que no soporta la idea de compartirlo con otro.

—Yo ignoraba que Philip me engañaba. No conocía a esas prostitutas, así que yo no las maté.

—¿Tú? —exclamó Konrad, perplejo, y en tono suave y consciente de su culpabilidad, dijo—: ¡Vaya, Emma! ¿Así que todo el tiempo creías que estaba hablando de ti?

Todo empezó a girar en torno a Emma.

«¿Konrad no considera que soy la asesina? ¿No estaba hablando de mí? Pero... pero ¿entonces de quién hablaba?».

Reflexionó sobre las preguntas que su viejo amigo acababa de plantearle. ¿Quién estaba muy unido a Philip? ¿Quién era lo bastante inteligente como para urdir un plan de venganza femenino? ¿Y quién, ya que no su propia esposa, era la que más sufría debido a las relaciones sexuales con las chicas de compañía?

—¡Su amante! —soltó y, en el instante de la comprensión, se cubrió el rostro con las manos.

—Correcto —dijo Konrad—. Ninguna prostituta, sino la mujer que era realmente importante para él. La que estaba más unida a él y a quien veía con frecuencia.

—¿Sylvie? —susurró ella.

Konrad hizo un gesto afirmativo.

Emma soltó una carcajada histérica y volvió a cubrirse la cara con las manos.

—¡Noooo! —gritó—. Eso es absurdo. Imposible. Ella murió mientras...

—... mientras tú estabas en el sótano con Philip. Así es. Ella lo amaba. Tanto, que no le perdonó sus aventuras e infidelidades. Pero si tú misma lo descubriste: no existía ningún Peter. El hombre con quien Sylvie quería tener hijos se llamaba Philip.

Un zumbido se instaló en el oído de Emma y empezó a apagar los otros sonidos de la habitación, sobre todo la voz de Konrad.

—Amaba a Philip y detestaba a las mujeres con las que él se acostaba. Putas miserables que se merecían la muerte.

—Pero a mí me dejó con vida... —Eso era absurdo.

—No necesitaba asesinarte, cielo, porque de ti él podía divorciarse. Es muy probable que le hubiera prometido a Sylvie que te abandonaría por ella, que quería tener hijos con ella. Desde aquella noche tú no volviste a tocar a Philip. Lo siento, pero me temo que ella ya no te consideraba una rival. A diferencia de las prostitutas. Sylvie quería impedir que Philip mantuviera cualquier contacto sexual con otras mujeres. También por eso le envió sus trofeos, para demostrarle lo siguiente: «Sé con quién te acuestas. Todas las mujeres con las que te acuestes morirán».

Emma sintió que caía en un abismo.

Por eso Philip había reaccionado de un modo tan extraño cuando ella mencionó el nombre de Sylvie, allí en el sótano. Ella le había preguntado por qué también quería matarla a ella, pero él ignoraba que Sylvie estaba agonizando.

Konrad volvió a acercarse al sofá, se sentó a su lado y le rozó la mejilla con suavidad.

—Un moralista diría que tu marido tiene a todas esas mujeres sobre su conciencia, pero él no las asesinó. Y tampoco le hizo nada a Sylvie. Cuando ella intentó comunicarse con él a través del móvil y tú contestaste, ya había ingerido una sobredosis de somníferos.

—¿Era una llamada de socorro? —Retiró la mano que Konrad se disponía a cogerle y dirigió la mirada a la chimenea. Las llamas soltaban destellos violetas y azules y le recordaron derrames sanguíneos de heridas que jamás cicatrizarían—. Pero ¿por qué ella me visitó aquel día? ¿Por qué me acusó de haberle dado la píldora del día después para impedir que se quedara embarazada?

—Estaba loca, Emma —contestó Konrad, suspirando—. No puedes comparar la conducta de una asesina en serie con una persona normal. Pero tu pregunta contiene la respuesta que estás buscando.

—No comprendo.

—Es evidente. No fuiste tú quien cambió la hormona del embarazo por la píldora del día después, sino Philip.

«¡Zas!».

Esta revelación la golpeó con la violencia de un hachazo.

—¿Porque él no quería que ella se quedara embarazada? —musitó, presa del espanto.

—Eso es lo que Sylvie debió de haber comprendido tras visitarte hecha una furia. Y entonces supo que Philip no quería tener hijos con ella; temió que él, pese a sus promesas, jamás te abandonaría, lo cual también parecía confirmarse dado que él renunció a su reunión de fin de semana por ti.

Un velo de lágrimas ocultó el entorno que rodeaba a Emma.

—Quizás eso sea cierto —sollozó—, pero esta historia alberga un gran error. Puede que yo sea una paranoica y haya reaccionado de manera exagerada ante Philip, pero el motivo de mi reacción se debió a lo que me hizo el Peluquero en la habitación del hotel. Y ese no era Sylvie.

—¿Por qué?

Entonces fue Emma quien puso un signo de admiración antes y después de cada palabra.

—¡Porque! ¡me! ¡violó! —chilló, temblando—. Una mujer percibe algo así.

Konrad respondió en tono sereno y con el rostro inexpresivo:

—¿Estás completamente segura, Emma?

—Sí, cien por cien segura. —Se volvió hacia la ventana y soltó una risita histérica—. Puede que tenga una fantasía desbordante, a veces invento historias... ¡pero en ese punto estoy segura! Era un hombre. Dentro de mí. Por eso perdí mi bebé. Todavía puedo sentirlo, el modo en que él...

Se quedó sin aliento y se le nubló la vista, como si hubiese contemplado el sol demasiado tiempo, no el paisaje invernal de Zehlendorf a través de la ventana detrás del escritorio.

—¿Qué te pasa? —preguntó Konrad en un tono que, más que inquieto, parecía interesado.

—La luz —dijo ella, y señaló el lago. «¿No debería estar mucho más oscuro?»—. ¿Cuánto hace que estoy aquí contigo en el... en el... —una vez más, fue incapaz de acabar la frase, y en esta ocasión se debía al hombre en el paseo marítimo y al gran dogo que llevaba sujeto de una correa y que abría la boca como si quisiera atrapar los copos de nieve con la lengua— en el bufete? —murmuró, presa de una sensación irreal de haber ido a parar a un bucle temporal. No solo observaba una escena parecida, sino exactamente la misma que al principio de la reunión. Se puso en pie con esfuerzo, y esta vez tuvo fuerza para hacerlo—. ¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó, y se acercó a la ventana.

A sus espaldas, Konrad empezó a hablar con alguien aunque estaba solo en la habitación.

—Ya está —dijo en tono severo—. Repito, ya está.

Emma oyó pasos que se acercaban por el pasillo y al mismo tiempo volvió a percibir un olor a pintura fresca y trabajos de albañilería. Y en el momento en que las puertas se abrían a su espalda y ella se disponía a tocar el cristal de la ventana con la punta de los dedos, el lago desapareció, así como el paseante, la nieve, el dogo, el paseo marítimo, todo. Incluso la ventana ya no estaba allí.

Solo un rectángulo negro en la pared.

—¿Doctora Stein? —dijo una voz masculina que no era la de Konrad y que ella ignoró.

—Pero si yo sé quién soy... —dijo Emma, y se echó a llorar al notar el chasquido electrostático del televisor de alta definición contra el que presionaba la frente.

—No tenga miedo, señora Stein —dijo el hombre.

Ella se volvió hacia él y, al ver a su psiquiatra con bata blanca y junto a dos enfermeras a un lado de Konrad, eso fue exactamente lo que sintió: un miedo que invadía cada célula de su cuerpo y que parecía haberse instalado en ella para siempre.

Emma se mareó y, al tiempo que se le doblaban las rodillas y se le nublaba la vista, trató de aferrarse a algo, pero no lo encontró.

Detrás de los bastidores
Clínica Parque

—Magnífico. Lo ha hecho estupendamente, Konrad.

El doctor Martin Roth indicó la pantalla apoyada en la mesa rodante delante de ellos cuyo volumen acababa de bajar. En la pantalla se veía la habitación tras los bastidores, donde dos enfermeras se ocupaban de Emma. Había recuperado el conocimiento tras un breve desmayo y estaba tendida en el sofá con las piernas encogidas. Si Konrad no lo hubiese sabido, habría creído que estaba contemplando su propio bufete junto al lago Wannsee. Resultaba increíble la perfección con que los carpinteros y montadores de las paredes de aglomerado habían reproducido el bufete.

«¡Por no hablar de los técnicos!».

Konrad había dudado hasta el último minuto, pero al final los demás habían tenido razón: resultaba imposible diferenciar la imagen del televisor de alta definición de la realidad.

Durante el experimento, él mismo se había descubierto varias veces contemplando por la «ventana», hasta que volvía a recordar que la «vista» desde su despacho solo era una película UAD que, mediante un nuevo método de reproducción, modificaba el ángulo de visión según la posición del espectador.

—No podemos estar seguros, desde luego, pero probablemente hoy hayamos logrado un gran avance en el tratamiento de Emma Stein. —El doctor Roth parecía querer animar a Konrad con sus palabras y una amplia sonrisa.

Exhausto, el abogado aceptó el elogio del psiquiatra. Había escuchado a Emma durante casi cuatro horas, al tiempo que procuraba atenerse a las indicaciones del médico. Puede que no se notara —demostrar debilidad no era algo que él se permitía en público—, pero Konrad tenía la cabeza a punto de estallar tras esa maratónica sesión y lo último que quería era mantener una conversación analítica con Roth —de aspecto inusualmente joven pero cuya fama era legendaria en el ámbito profesional—. Hacía diez años, el doctor Martin Roth supuestamente ya había logrado tratar a un paciente esquizofrénico con la ayuda de alucinaciones y con ello estableció la piedra angular de su éxito. En bien de los pacientes, a veces también recurría a terapias inusuales.

Como ese día.

Para alcanzar el ansiado éxito en el caso de Emma Stein, el doctor había hecho construir una réplica exacta del bufete de Konrad en el pequeño gimnasio de la clínica, donde los fisioterapeutas supervisaban los ejercicios de rehabilitación. Ese esfuerzo fue necesario porque no habían recibido autorización judicial para llevar a

cabo un interrogatorio fuera de la clínica y porque, por otra parte, Emma se negaba a mantener cualquier contacto con la institución.

—Ahora lo que necesito es una cerveza —declaró Konrad y tomó asiento en una silla plegable.

Allí, detrás de las falsas paredes y contemplado desde el lado de Emma, se encontraba una perfecta réplica de su despacho de Zehlendorf; el lugar presentaba el aspecto de una obra en construcción. Sólidos puntales sostenían los tabiques de madera aglomerada. Los cables de los micrófonos ocultos y las minúsculas cámaras (casi todos situados en el estante) atravesaban el suelo de linóleo del gimnasio como los hilos de una telaraña. Todo guardaba un gran parecido con un plató cinematográfico. En una mesa de camping habían dispuesto zumos, galletas y sándwiches envueltos: el *catering* del *show* «Konrad & Emma», donde el doctor Roth se había instalado con toda comodidad para observar a su paciente.

—Una cerveza fría y un cigarro —precisó Konrad.

—Se ha ganado ambos —aseguró Roth, y cogió un *walkie-talkie*—. Aquí, en la Clínica Parque, hay una estricta prohibición de consumir alcohol y tabaco, pero me parece que, como director, hoy puedo hacer una excepción.

Presionó una tecla, hizo el pedido, tal vez a la patizamba asistente del director con la cual Konrad había hablado por teléfono durante los últimos días para arreglar los detalles finales. La señora era la personificación del aburrimiento y la lentitud. Si se ocupaba de la cerveza y el cigarro con la misma rapidez con que se había ocupado del transporte de los muebles de su bufete a la clínica, no daría la primera calada ni bebería el primer trago hasta la semana siguiente.

—Bien, los tendrá en cinco minutos.

«Hummm. No lo creo».

Una vez que tomó unas breves notas en un bloc, Roth también cogió una silla plegable y tomó asiento frente a Konrad, de espaldas al monitor.

—Creí que todo fracasaría cuando Emma derramó la taza de café y quiso quitar la mancha —dijo sonriendo.

—Ya —contestó Konrad—. Por los pelos no buscó el lavabo inexistente.

Había resultado imposible recrear ese elemento del despacho debido a motivos tecnicosanitarios. Imitar un lavabo, eso sí, pero ¿instalar un váter con agua corriente? Las características del recinto no permitían semejante instalación. Si Emma hubiera tirado de la falsa puerta que conducía a un baño inexistente habría descubierto el engaño. De hecho, lo habían incluido en los planes para que Emma comprendiera la realidad de su situación, pero no con tanta rapidez, sino como punto culminante dramático, en lo posible al final de la sesión.

—¿Cómo se encuentra ahora? —preguntó Roth, acentuando la palabra «ahora», pues al principio Konrad había mostrado una gran resistencia ante los excéntricos métodos de tratamiento del psiquiatra.

—Todavía me encuentro incómodo por haber tenido que mentirle a Emma y engañarla con un mundo irreal. Pero he de reconocer que su original idea alcanzó el efecto deseado.

Roth asintió.

Que Emma rechazara toda visita en el ala que ocupaba había situado a quienes pretendían ayudarla ante un problema prácticamente irresoluble. Se negaba a declarar y no había nada sobre lo cual montar una buena defensa. En cambio, la fiscalía disponía de un vídeo en el que se veía cómo Emma le rajaba la garganta a su marido en el sótano de su casa, tras haberle lanzado acusaciones confusas y en parte balbuceadas.

Y Roth tampoco había logrado avanzar con sus tratamientos, hasta que se le ocurrió una idea que le permitiría matar dos pájaros de un tiro: impulsar a Emma a que declarara y, a su vez, mantuviera una conversación terapéutica. Según su evaluación, Emma era una persona muy reservada y con quien más se sinceraba era con su paternal amigo. Pero con eso no bastaba. Para una declaración ajustada a la verdad se requería también un ambiente familiar.

«Si el paciente no puede ir a la montaña, es necesario mover la montaña hasta el paciente», había declarado Konrad hacía diez días, en un frío y lluvioso viernes, cuando solo hacía dos semanas que Emma estaba a su cargo. Konrad aún recordaba muy bien que, cuando el doctor Roth concretó su plan, le sugirió que él también comprobara su propio estado mental.

—Partimos de la base de que la señora Stein confiará en usted. Al mismo tiempo, le resultará muy difícil soltarle una mentira a su amigo más íntimo, y aún menos en un ambiente en el que ella siempre se sintió protegida. Hoy hay muchas cosas que no podemos explicarnos: si la señora Stein realmente fue atacada en una habitación de hotel o si se hirió a sí misma en algún otro lugar. O exactamente cómo se produjeron las muertes. ¿Fueron intencionadas o por negligencia? Si usted, profesor Luft, lleva a cabo una conversación de abogado que nosotros podamos observar, nos proporcionará una oportunidad invaluable de analizar la declaración de Emma Stein bajo un punto de vista psiquiátrico.

Konrad se había reído y había buscado una de esas cámaras ocultas mediante las que él y Emma habían sido observados durante las últimas horas.

—¿Quiere reconstruir todo mi despacho? ¡Usted está de broma!

—En absoluto y, si usted me investiga, comprobará que de vez en cuando recorro caminos poco convencionales para...

—¡Alto, un momento! —lo había interrumpido Konrad, apoyando ambos codos en su escritorio y contemplando a Roth—. ¿En serio me propone que engañe a mi defendida? ¿Que infrinja el secreto profesional?

Roth había negado con la cabeza.

—Somos un grupo de personas que comparten el mismo destino. Su defendida es mi paciente y eso significa que su secreto profesional se combina con el mío propio.

Emma Stein está acusada de matar a Anton Palandt y a su marido Philip. Al mismo tiempo, parece sufrir una paranoia aguda, incluso tal vez una pseudología.

—¿Y con mi ayuda...?

—Podremos matar dos pájaros de un tiro. Averiguaremos lo que realmente sucedió y, a lo mejor, no solo encontraremos un enfoque para la defensa, sino también para una terapia. Pero ambas cosas solo funcionarán con su ayuda. Es una «condición» sin la cual me resultaría imposible. Es un término jurídico, ¿verdad?

—Una condición *sine qua non* —había confirmado Konrad.

—Su entrevista profesional con su defendida sería al mismo tiempo un análisis psicoterapéutico, y servirá tanto para averiguar la verdad como para una curación. Y nada de ello llegará a oídos de terceros ni podrá dañar a Emma. Solo ustedes dos tendrán acceso a todas las tomas. No habrá camarógrafos. Solo objetivos fijos.

Ese fue el argumento que acabó por convencer a Konrad, si bien exigió un fin de semana para reflexionar. Pero, en realidad, tuvo claro que accedería cuando, poco antes de despedirse, le preguntó a Roth:

—¿Pretende trasladar todo mi bufete?

—Solo los muebles —contestó el psiquiatra en tono sereno, como si se tratara de un trámite cotidiano—. Reconstruiremos el resto del bufete.

Así que Emma, con la promesa de volver a ver a su amigo, quien tal vez lograría evitar que la condenaran a prisión, fue sedada en su habitación y cuando despertó, creyó encontrarse en el bufete tras haber sido transportada hasta allí.

«Pero ¿todo este esfuerzo realmente ha merecido la pena?», se preguntó Konrad.

Oyó unos golpes apagados y se sorprendió, puesto que la puerta que daba acceso al gimnasio más próxima a ellos era de cristal y no había nadie al otro lado.

—¿Qué es eso? —preguntó Konrad cuando los sonidos se repitieron y parecían causados por patadas.

Emma.

No estaba tendida en su cama de enferma ni en el sofá, sino en el centro de la habitación y pateaba el suelo con furia. Una enfermera un tanto torpe trataba de cogerla del brazo, pero Emma se zafó sin esfuerzo.

—¡Sonido! —ordenó Konrad en el tono que solía utilizar en la sala de audiencias.

Roth cogió el mando a distancia apoyado en la mesa y la voz de Emma se volvió audible.

—¿Konrad?! —gritaba, girando en círculo. Había comprendido que la filmaban y grababan, por supuesto, pero de momento ignoraba dónde se encontraban los micrófonos y las cámaras—. ¿Puedes oírme, Konrad?

—Sí —contestó él, aunque esa mañana Roth le había explicado que la insonorización detrás de los bastidores funcionaba tan bien que allí podrían haber arrojado una pila de platos al suelo sin que nadie oyera nada en el falso bufete.

—¿Konrad? —repetía Emma, y gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas. Su voz chirriaba en los pequeños altavoces—. ¡Vuelve, Konrad, por favor! ¡Debo

confesarte algo!

«La vista desde la habitación que le han asignado a Emma es bonita. No tan mundana como la que se ve desde mi bufete, pero al menos no está enlatada», pensó Konrad.

Si Emma hubiera estado a su lado junto a la ventana ambos habrían observado una pequeña familia de conejos atravesando la nevada superficie verde del parque y desapareciendo más allá del haz de luz proyectado por la farola exterior y, poco después, dejando huellas visibles en la capa blanca.

También podrían haber visto su viejo Saab, con el que antaño de vez cuando la acompañaba a la universidad, pero para hacerlo Emma hubiese tenido que abandonar la cama, y de momento era de suponer que estaba demasiado débil. El Cabrio aparcado en el pequeño p rking estaba cubierto por una gruesa capa de nieve; era un lugar reservado para los jefes de la clínica. Roth le había ofrecido su propia plaza.

—¿Lo has registrado todo? —oyó que Emma preguntaba desde la cama.

Era más ancha y comfortable que la camilla en que había sido transportada hasta el falso bufete hacía unas horas.

—S  —afirm  Konrad.

A petición de ella, Konrad había registrado toda la habitación en busca de cámaras y micrófonos ocultos, pese a que Roth le había asegurado que all  arriba, en aquella ala, nadie ni nada estaba bajo observación.  l no osar a interferir en la intimidad de sus pacientes.

—Lo lamento —dijo Konrad, abrumado, y era verdad.

Más adelante, en los registros, seguro que desagrar an al doctor Roth donde constara que había tratado a una mentirosa patológica mediante una mentira, pero eso no cambiaba el hecho de que Konrad había engañado a su mejor amiga y protegida.

—No; soy yo quien lo lamenta —lo contradijo ella en tono apagado. Parecía ensimismada, la piel en torno a los ojos estaba arrugada y seca, como si hiciera mucho tiempo que no bebía agua.

—Quizá sea mejor que sigamos hablando mañana. Pareces exhausta, cariño.

—No. —Palme  la manta a su lado—. Acércate, por favor.

Konrad se apartó de la ventana y en dos pasos estaba a su lado. Deseaba acercarse a ella. Cuando no se veía obligado a guardar la distancia profesional, Emma ya no era su clienta y volvía a ser su pequeña y encantadora protegida. Ella susurró, al tiempo que él apartaba la mesilla de noche para sentarse en el borde de la cama.

—Quería hablarte aquí, en mi celda.

—En tu habitación de la clínica, quieres decir.

Ella sonrió, como si Konrad le hubiese gastado una broma. Roth no había tenido inconveniente en trasladar a Emma a su habitación en el acto. El falso bufete ya había cumplido con su cometido. Tras descubrir que el paisaje detrás de la ventana que

aparecía en el televisor de alta definición era falso, ella había comprendido que una persona podía perder la capacidad de diferenciar entre la ficción y la realidad. Konrad era incapaz de juzgar la utilidad psiquiátrica de dicha comprensión, pero estaba de acuerdo con el médico: que Emma se encontraría mejor en su habitación que abajo, en el gimnasio.

—No quería decírtelo allí abajo. No ante las cámaras y micrófonos.

Konrad asintió con la cabeza y le cogió la mano: estaba seca y era tan ligera como una hoja.

—No quiero que nadie nos oiga —añadió ella.

Hablaba como si tuviera una patata en la boca; sentía la lengua entumecida. Roth le había administrado otro sedante que al parecer empezaba a surtir efecto, antes de despedirse comentando que aguardaría en el pasillo.

—Descansa —dijo Konrad, y le apretó cariñosamente la mano.

—Ante todo, lo que voy a decirte solo es para tus oídos —repuso ella.

Konrad notó una punzada en el corazón; siempre le ocurría cuando percibía que una persona por la que sentía afecto se encontraba mal y él no sabía cómo ayudarla. En el campo de batalla judicial siempre sabía desenvolverse, pero cuando se trataba de problemas privados, a menudo se bloqueaba. Sobre todo con Emma.

—¿Qué me quieres contar? —le preguntó.

—Empiezo a no estar segura de si estuve en ese hotel.

Él le dedicó una leve sonrisa.

—Eso es bueno, Emma, es bueno que lo digas. Y créeme: nadie te hace reproches. Ahora haremos todo lo posible por curarte.

—No hay cura en la psicoterapia —replicó ella.

—Pero sí ayuda.

—No quiero ayuda.

—¿No? ¿Qué es lo que quieres, pues?

—Morir.

La reacción de Konrad fue brusca. Aferró la mano de Emma y, al ver su trémulo labio inferior, ella se dio cuenta de que se esforzaba por no perder el control.

—Bromeas.

—No; hablo en serio.

—Pero ¿por qué quieres morir?

—Por muchas razones. Maté a Palandt y a Philip debido a mi paranoia, e impedí que Sylvie se salvara.

—Pero fue sin querer —le recordó Konrad en tono enérgico—. No fue por tu culpa.

Emma meneó la cabeza, tenía los ojos enrojecidos pero secos: ya no lloraba.

—Philip... —dijo—. Sin Philip mi vida carece de sentido. Yo lo amaba, da igual la clase de cerdo que era. Sin él no valgo nada.

—Sin ese embaucador vales mucho más —replicó Konrad alzando la voz—. Si hay alguien que carga con la culpa de tus desgracias, ese es tu infiel y egoísta esposo, que te engañó y te descuidó toda la vida, y ahora, después de muerto, te arroja a un abismo de desesperación. —Konrad aflojó la mano y volvió a bajar la voz, lo cual le costó lo suyo—. Tú no tienes culpa alguna, Emma. Fue en defensa propia.

Ella suspiró.

—Incluso si logras convencer a los jueces de eso, no quiero seguir viviendo. No así. Debes comprenderlo, Konrad. Soy psiquiatra, conozco los más profundos abismos espirituales. Apenas soportaba observarlos, y ahora yo misma estoy hundida en el más profundo.

—Emma...

—Chist... Escúchame, Konrad, por favor. Ya no sé qué pensar. Estaba muy segura de haber sido violada. ¿Y ahora? Si uno no distingue entre el delirio y la realidad, ¿vale la pena vivir? No para mí. Debo ponerle fin, pero no lo lograré sin tu ayuda. Seguro que conoces a alguien que puede conseguir los medicamentos que te apuntaré.

—Estás completamente...

—Loca. Exacto.

—No, no era eso lo que quería decir. —Konrad meneó la cabeza. Emma nunca lo había visto tan triste e impotente.

—No; es verdad, tengo un defecto...

—Solo una fantasía muy vivaz, cariño. Y estrés, mucho estrés.

—Otros también están estresados y, sin embargo, no alucinan con violaciones en imaginarias habitaciones de hotel.

—Esos tampoco tienen tanta imaginación como tú, Emma. Verás, aquella noche tuviste que pronunciar una conferencia difícil, tus colegas te atacaron abiertamente, tuviste que defenderte. Es más que comprensible que perdieras el control sometida a tanto estrés. Sospecho que viste algún informe sobre el Peluquero en la televisión y, debido a tu desbordante fantasía, imaginaste que eras una de sus víctimas. Llevará mucho tiempo, pero junto con el doctor Roth seguro que lograremos averiguarlo.

—Eso no es lo que quiero.

Él volvió a apretarle la mano, como si fuera una bomba mediante la cual insuflarle ganas de vivir.

—Reflexiona, Emma. Ya te ayudaron una vez, antaño, durante tu infancia, cuando tu fantasía también hacía el saltimbanqui.

«Arthur».

Invadida por una inesperada melancolía, Emma tuvo que pensar en el amigo imaginario de su infancia, al que había temido durante tanto tiempo. Gran parte de sus recuerdos eran borrosos, pero el casco de motorista y la jeringuilla en la mano de Arthur la habían perseguido durante años después de la terapia, que —tal como entonces parecía— no había sido tan exitosa...

Se le cerraban los ojos y dejó de luchar contra el cansancio que arrastraba fragmentos de recuerdos como presagios de sus sueños.

Las palabras de su padre: «Lárgate de inmediato. O te haré daño».

Los gritos de su madre: cuando perdió el bebé en el cuarto mes.

La píldora del día después.

Su propia voz, gritándole a Sylvie: «Me raparon y me violaron. Había un hombre en mi habitación...». Y la réplica de su amiga: «Sí, como Arthur en tu armario...».

Emma abrió los ojos y buceó a través de las brumas del aturdimiento hasta la superficie.

—¿Cómo sabía su nombre? —La lengua le pesaba varios kilos, apenas lograba moverla.

—¿Qué?

—Arthur. ¿Por qué Sylvie sabía su nombre?

—¿Estás hablando del fantasma?

Ella contempló la cara perpleja de Konrad.

—¿Lo ves? No le había dicho cómo se llamaba, ni siquiera te lo dije a ti. Hoy fue la primera vez que lo oíste, cuando te conté mi pelea con Sylvie. Cuando me visitó en casa y me acusó de impedir que tuviera un hijo, dijo algo acerca de que yo ya había mentido de niña, cuando me inventé a Arthur... Pero yo conocí a Sylvie después de la terapia. Y nunca le hablé de Arthur.

El abogado se encogió de hombros.

—Ella tenía una aventura con Philip —gruñó—. Puede que él se lo contara.

Emma parpadeó.

—Haz el favor de escuchar. Ni siquiera Philip sabía nada de ello, me guardé el nombre de Arthur para mí. Tras aquellas sesiones durante mi infancia, nunca volví a pronunciar su nombre en voz alta, era una especie de superstición. Creía que si no lo pronunciaba, Arthur jamás volvería, ¿comprendes? En aquel entonces solo les dije su nombre a mis padres y mi psiquiatra. Así que, ¿cómo es posible que Sylvie lo supiera?

Emma temblaba y de pronto supo la respuesta. Y esa respuesta señalaba una verdad tan atroz y aterradora que tuvo ganas de echar a correr fuera de la habitación, gritando.

Pero entonces la respuesta desapareció, junto con su capacidad de seguir luchando contra la inconsciencia.

Y lo único que acompañó a Emma durante su profundo sueño fue una sensación de temor, una sensación mucho peor que aquel día, cuando aceptó el paquete.

El doctor Roth estaba contento. El experimento, en gran parte financiado por su propio bolsillo, había sido un éxito total. Casi lamentaba no poder prolongarlo, pero en la clínica necesitaban la sala de rehabilitación y, de todos modos, ya no podría alcanzar más éxitos mediante el falso bufete.

—Entonces, ¿ya está? —preguntó Konrad a su lado, mientras vigilaba con ojo avizor a los dos operarios que retiraban su sofá del gimnasio. Tras la entrevista con Emma, el abogado había querido dar un paseo por el parque, para tomar aire y refrescarse. Ahora ya parecía recuperado—. ¿Ha acabado la charada? —Tuvo que alzar la voz, pues delante de él y a sus espaldas resonaba el zumbido de los destornilladores eléctricos que quitaban los tornillos de los tabiques.

Un aroma a serrín fresco flotaba en el aire. Roth adoraba ese olor desde su infancia, pues había asistido a una escuela donde los trabajos de carpintería formaban parte del programa educativo; a lo mejor eso explicaba su aprecio por los métodos creativos.

—Sí, calculo que ya está —contestó—, a menos que la señora Stein le haya contado algo más que podría resultar importante para mi tarea.

—Secreto profesional —replicó Konrad con una sonrisa, pero luego hizo un ademán negativo con la mano—. No, en serio. Estaba muy confusa, manifestó ideas de suicidio, así que usted debe mantenerse vigilante.

—No se preocupe, estamos preparados —dijo Roth, y se rascó una de sus entradas—. Lamentablemente, esa reacción no resulta inesperada.

—¿Por qué?

—Hemos afectado al mundo de la señora Stein profundamente. —Señaló el estante que contenía las obras completas de Schopenhauer—. El mundo como voluntad y representación. Y por ahora ella no concibe la menor posibilidad de volver a poner orden en él.

—¡Eh, tengan cuidado, por favor! —Konrad se acercó a uno de los hombres de la mudanza que trataba de arrancar la alfombra redonda de debajo de la mesilla—. Eso ha de ir a la tintorería, no a la basura.

—¿Es un *enso*? —preguntó Roth, que lo había seguido.

Konrad le lanzó una mirada de aprobación.

—¿Está versado en la simbología zen?

—Un poco —contestó el psiquiatra, sonriendo, e indicó el borde negro de la alfombra blanca—. En la pintura zen, un *enso*, es decir, «el círculo», se dibuja con un único y fluido trazo de pincel. Los artistas zen consideran que solo quienes gozan de equilibrio interior son capaces de dibujar un *enso* perfecto. Por eso la realización de semejante círculo permite reconocer el estado de la conciencia del pintor.

—Me quito el sombrero —dijo Konrad, sonriendo.

Entretanto, los hombres de la mudanza habían desaparecido cargando con el sofá y los otros objetos fuera del gimnasio, así que, de momento, Konrad y el médico estaban solos.

—Ignoraba que con usted se ha perdido un filósofo —añadió.

Roth asintió, pero parecía distraído. Volvió a rozar las pelusas de la alfombra con el círculo zen, después se incorporó y echó una última mirada al falso bufete antes de preguntar a Konrad:

—Usted no podía separarse de ella, ¿verdad?

—¿Cómo dice?

—Siempre debía tenerla a su lado. Cerca.

—¿De qué diablos está hablando?

En vez de contestar, Roth contempló las hebras que había recogido de la alfombra. Presentaban vetas marrón oscuro y parecían demasiado delgadas para pertenecer a una alfombra. Casi parecían pelos.

—Encontraron los trofeos de todas las víctimas en el laboratorio de Philip, pero no los de Emma —dijo el psiquiatra, y lo miró a los ojos.

El abogado palideció y pareció repentinamente frágil. La seguridad en sí mismo había desaparecido y de pronto era como si sus pies no se apoyaran en el suelo, sino en una trampa.

—¿Qué quiere decir?

Roth le respondió con otra pregunta.

—¿Es que todo este esfuerzo no le sorprende, profesor Luft? —El psiquiatra abrió los brazos y simuló ver todo lo que les rodeaba por primera vez—. Un simulacro de bufete perfectamente instalado, un televisor de alta definición, cámaras y micrófonos ocultos... ¿Y todo eso solo para liberar a una paciente paranoica de sus alucinaciones?

—No le entiendo —repuso Konrad en tono apagado. Deslizó una mirada impotente por los bastidores en busca de una salida.

Y antes de que lograra encontrarla, Roth hizo caer la guillotina de la verdad sobre él.

—¡No estábamos observando a Emma, sino a usted!

Emma nadaba por el fondo de un lago oscuro como el petróleo y se sentía mareada, al tiempo que una extraña melodía acompañaba las corrientes que la desequilibraban.

Una voz medio susurrante, medio sonriente.

La voz de un demente.

La voz de Konrad.

«Te amo, Emma».

Presas de una inmensa oleada de malestar, Emma abrió los ojos y vomitó a un lado de la cama.

Todavía estaba atontada, veía el mundo a través de un cristal esmerilado, pero sabía quién era (una mujer violada), dónde estaba (en la Clínica Parque) y lo que Konrad le había asegurado:

—No te preocupes, yo me ocuparé de ti —había dicho él, cogiéndole la mano, cuando creía que ella estaba inconsciente, pero Emma solo flotaba justo por debajo de la superficie del sueño—. Te protegeré, como siempre he hecho.

Cada vez volvía a adormilarse y cada vez la voz de Konrad la había hecho regresar. Y, entonces, cuando hubo vomitado los medicamentos, pero antes de recuperar el control sobre su cuerpo, ya hacía un buen rato que Konrad había desaparecido de la habitación. No obstante, su voz aún resonaba en su cabeza, ese aterrador y susurrante canturreo de la memoria:

—Soy tu ángel de la guarda, Emma. He cuidado de ti durante los últimos meses, al igual que hace una eternidad, ¿comprendes? Maté a las putas por ti, volví a restablecer tu honor.

Solo entonces sus grotescas palabras cobraron todo su sentido para Emma. Todavía estaba cansadísima, pero el remolino de los psicofármacos ya no la arrastraba hacia el pantano de su conciencia.

—Te he deseado desde el primer segundo en que te vi. Aún eras demasiado joven, tenías tres años cuando visitaste mi bufete junto con tu padre; estaba amueblado casi exactamente igual que hoy. Incluso la alfombra ya estaba allí. Siempre te gustó jugar sentada encima de la O, pero seguro que no lo recuerdas, todavía eras demasiado pequeña.

«Por eso ese lugar siempre me pareció tan hogareño desde el principio». En ese momento, Emma había intentado abrir los ojos, pero no lo logró.

—Me di cuenta de inmediato de que tu padre no te hacía bien. Tú tratabas de acercarte a él, pero él se mostraba brusco y frío. En cambio, yo no podía demostrar mis sentimientos, debía ocultarme para verte.

«¡En mi armario!».

—Te observé, te cuidé, te vigilé y te protegí. Fui el padre que nunca tuviste.

«Konrad no solo es el Peluquero».

¡También era Arthur!

«Por eso Sylvie sabía su nombre. No fue Philip quien se lo dijo, sino el hombre que se lo puso a sí mismo». Emma recordó sus propios pensamientos muy lentos, siempre interrumpidos por los susurros de Konrad.

No cabía ninguna duda de que Konrad había visitado a Sylvie cuando Emma se encontraba tan mal. Para hablar con ella, para ver cómo podrían ayudarla. El mejor amigo y la mejor amiga.

—Te he cuidado toda tu vida, querida mía. Como antaño, cuando tu exnovio Benedict te molestaba, ¿lo recuerdas? Tantas veces sostuve mi mano protectora sobre tu cabeza... pero tú no te enteraste. Después, cuando ya tenías edad suficiente, me mostré ante ti, pero temía que te dieras cuenta de mis auténticos sentimientos e interrumpieras el contacto con un hombre tan mayor que tú.

«Pero tú eres homosexual, ¿no?».

—Solo fingí ser homosexual. Te mentí, una mentira que me aseguraba tu proximidad, pero que, por desgracia, también nos separó. ¡Ah, cuánto me consumí por ti durante todos esos años!

«¡Hasta aquella noche en el hotel!».

—Quería que abandonaras el Le Zen y te fueras a casa, cariño. Que regresaras con tu marido, que en ese momento estaba en la cama con una puta. Pero te quedaste, te negaste a abandonar el hotel aunque te atemoriqué con el mensaje en el espejo, así que te rapé la cabeza para que Philip dejara de desearte. Para que no volviera a acostarse contigo como hacía cada vez que regresabas a casa.

En ese punto Emma creyó recordar que Konrad carraspeó, al igual que aquella noche en el hotel.

—No te violé. Solo lo hice cuando estabas tendida ante mí, tan apaciblemente...

Emma volvió a sentir náuseas. Apartó la manta e intentó levantarse, pero cayó a un lado de la cama.

—¡No! —rugió, dirigiéndose a la voz de la verdad que se había instalado en su cabeza.

—Fue un error, lo sé —oyó decir a Konrad—. Pero tampoco podía seguir esperando, Emma. Tras tantos años de soledad fue absolutamente natural, ¿sabes? Y fue maravilloso, exquisitamente maravilloso. Fue muy suave, un acto de amor.

Emma sintió un tirón doloroso en el bajo vientre y volvió a vomitar. Cuando ya nada surgió de su estómago, la voz en su cabeza también desapareció, como si hubiese escupido a Konrad de su cuerpo junto con el último resto de bilis.

Resollando, se puso en pie aferrándose al alféizar y miró hacia fuera... y casi esperó ver a Konrad en el parque, sonriéndole y saludándola con la mano, pero solo vio el paisaje invernal y nevado, y huellas de conejo en la nieve. Una farola proporcionaba una tenue iluminación.

Y el coche.

El viejo Saab cubierto de nieve estaba en el p rking de la clínica, aparcado en el lugar reservado a los jefes.

Emma dirigió la mirada a la puerta, se enjugó un poco de saliva del labio superior con la manga del camisón y tom  una decisión.

El antaño tan enérgico abogado tropezaba a través del simulacro de su bufete. Todavía no le había dicho nada al doctor Roth, ni siquiera lograba mirarlo a los ojos. Se detuvo, temblando, con la cara vuelta hacia la pared de la falsa ventana, de la cual ya habían retirado el televisor y donde lo único que quedaba era un hueco en el aglomerado.

Konrad se volvió, quiso apoyarse en el borde del escritorio, resbaló y, haciendo un esfuerzo, se dejó caer en el sillón.

—Entretejió los cabellos de Emma en la alfombra zen —dijo Roth, sin reproches, sin el mínimo matiz de escándalo en la voz. Como psiquiatra, estaba habituado a descubrir anormalidades de la conducta humana mucho más perturbadoras.

—Eso... eso es... —balbuceó Konrad, recuperando la voz—. Existe una explicación.

—De eso estoy seguro. Todo se aclarará. También la cuestión del número de la habitación. ¿Era 1903 o 1905?

—¿Qué?

—¿En cuál de las dos habitaciones contiguas del Le Zen reemplazó la placa de la puerta por la número 1904?

Roth notó que gotas de sudor perlaban la frente de Konrad. Había palidecido y un brillo ceroso apareció en sus cabellos.

—Lo sé: a nadie le gusta que le descubran los trucos —dijo Roth—. Desde luego, reservar ambas habitaciones para una familia de cuatro miembros desde un portal extranjero fue un truco brillante. Dado que en el Le Zen, al igual que en casi todos los hoteles de Berlín, uno solo ha de mostrar su tarjeta de crédito al hacer el *check-in*, lo único que necesitó fue alguien que recogiera la llave para usted. —Roth frunció el ceño—. En ese punto aún ignoramos cómo se las arregló. Suponemos que esa mujer y sus tres hijos realmente existen, tal vez una antigua clienta que viajó a Alemania tras ser invitada por usted, pero que de hecho abandonó el hotel un poco antes, exactamente según su plan, y entonces, el día que Emma se instaló en el hotel, usted tenía vía libre para realizar sus preparativos. Pudo montar el retrato de Ai Weiwei con toda tranquilidad sobre la puerta de comunicación carente de marco, de modo que Emma no se percató del acceso a la habitación vecina. Usted aguardó allí hasta que ella se acostó, ni siquiera tuvo que esconderse en el armario, como antaño. —Roth esbozó una sonrisa—. Por otra parte, el nombre Arthur me gusta. Yo también soy fan de Arthur Schopenhauer.

Konrad pegó un respingo cuando la puerta provisional del despacho se abrió con un sonoro chirrido y un hombre de pelo negro y rasgos balcánicos entró con paso seguro.

—Queda usted detenido, profesor Konrad Luft —dijo el policía. Jorgo Kapsalos se detuvo a dos metros del escritorio, con la mano apoyada en la empuñadura de su pistola, que llevaba colgada de la cadera—. Supongo que no es necesario que le informe de su derecho a negarse a declarar.

Konrad alzó la mirada y contempló a Jorgo, un policía alto y de anchos hombros, como si fuera un extraterrestre.

—¿Por qué? —graznó.

Roth, que había permanecido cerca del sofá, creyó ver una sonrisa en los labios de Jorgo, pero quizá solo se debió a la tenue luz de la lámpara de escritorio.

El antiguo compañero del marido de Emma no tenía nada de sádico. La muerte de Philip Stein había afectado profundamente a Jorgo, que se culpaba a sí mismo de no haber descubierto el contexto con anterioridad. No obstante, Roth no creía que lo que impulsara a Jorgo fuera el deseo de venganza, aunque que sintiera una gran satisfacción por poder detener al Peluquero resultaba comprensible.

—¿Cómo me descubrió?

Jorgo meneó la cabeza y se llevó la mano a las esposas colgadas de su cinturón.

—Tendremos tiempo suficiente para comentarlo todo en comisaría, cuando grabemos su confesión.

Konrad asintió con la cabeza y se dio por derrotado.

—Increíble —dijo, y deslizó una mirada sorprendida por el falso bufete en el que creyó ayudar a Emma, cuando en realidad él había sido el centro de atención todo el tiempo—. Ha logrado engañarme, Roth —murmuró el abogado. Dirigió la vista a la entrada; ninguno de los hombres de la mudanza había regresado a los bastidores: se atenían a las indicaciones que les había dado Jorgo—. No era Emma quien debía sentirse segura, sino yo mismo, en mi entorno familiar. —También durante aquel momento de máxima derrota, la inteligencia de Konrad funcionaba a la perfección—. Claro, ustedes jamás habrían obtenido una orden de registro para allanar mi bufete. Ambos lo han maquinado perfectamente. Mis respetos.

Konrad se apoyó en el escritorio sin fuerza, y entonces Roth debería haberse dado cuenta, sobre todo cuando el abogado espiró y dejó caer ambos brazos debajo del escritorio. Konrad estaba afectado. Era un hombre sensible, incluso tanto que quizá nunca se recuperaría del impacto, pero su transformación ocurrió con demasiada rapidez, incluso para alguien que se había entrenado toda su vida y aprendido a dominar su cuerpo y sus sentidos.

«Cometimos un error», pensó Roth y oyó un eco de su propio pensamiento, solo que en la voz de Konrad, que dijo:

—Pero habéis cometido un error.

Un instante después la pistola que el abogado extrajo del cajón secreto situado bajo la tabla del escritorio ya estaba en posición. Konrad la apuntaba exactamente entre los ojos del doctor Roth.

—Mi escritorio, mi cajón secreto, mi seguro de vida —añadió Konrad—. En realidad, previsto para clientes enfurecidos cuyo juicio he perdido. Visto así, encaja perfectamente. —El abogado soltó una carcajada triste—. Dispararé —añadió, y Roth sabía que hablaba en serio—. Apretaré el gatillo y entonces usted ya no necesitará operarios para la mudanza, sino una brigada de limpieza especializada en manchas dejadas por cerebros pulverizados.

—Vale, vale. —Roth se acercó con las manos en alto. Esa era su especialidad: personas psíquicamente afectadas en un estado emocional sumamente alterado—. ¿Qué quiere? —preguntó.

—Respuestas —dijo Konrad en un tono sorprendentemente sereno, y apuntó el arma al pecho de Jorgo. Solo los latidos de la aorta revelaban su excitación—. ¿Por qué sospeché de mí?

Mediante un breve intercambio de miradas con Roth, Jorgo se aseguró de que podía contestarle la verdad, y entonces dijo:

—No disponíamos de ADN ni de pruebas. En el caso del Peluquero estábamos tanteando a oscuras. Gracias al perfil de personalidad confeccionado por Philip sabíamos que se trataba de un hombre mayor de carácter más bien conservador, muy culto y con un gran sentido del orden.

Konrad asintió y con la mano libre le indicó a Jorgo que prosiguiera.

—Hace años que conozco a Emma y me parecía inimaginable que fuera una de esas perturbadas que solo quieren llamar la atención de su marido, y aún menos que se volviera violenta sin motivo.

—No, claro que no —dijo Konrad—. Ese más bien sería Philip.

Jorgo asintió con la cabeza.

—Pero estoy seguro de que mi compañero tampoco era alguien que ejerciera violencia física contra las mujeres.

—Pero sí espiritual —comentó Konrad y, durante un momento, Jorgo vaciló.

Luego volvió a asegurarse de que podía seguir hablando. O interpretó la mirada de Roth correctamente o, como policía, había aprendido que era mejor decir la verdad a las personas que estaban a punto de cometer un crimen.

—Philip actuaba de una manera muy sospechosa, frente a mí dudaba cada vez más del estado emocional de su mujer. Y cuando ambos registramos la habitación del Le Zen, me pareció que más bien buscaba pruebas que demostraran la paranoia de Emma y no lo contrario. Y se negaba a que ella descubriera la existencia de la puerta de comunicación entre las dos habitaciones, aunque ello hubiera supuesto un bálsamo para su alma torturada. También le ocultó que encontramos restos de cola en la pared, que quizá procedían del póster con que usted camufló la puerta. —Jorgo se encogió

de hombros—. A partir de ahí resultaba lógico investigar el entorno personal de Emma. Y cuando Philip confeccionó el perfil, este encajaba cien por cien con usted.

Konrad se llevó la mano a la garganta y volvió a clavar la vista en Roth y apuntarlo con la pistola.

—¿Y usted? Usted es el cerebro que lo planeó todo, ¿verdad?

—Pues sí, pero más bien diría que me ayudó la casualidad. Yo también participé en el congreso en que la señora Stein se refirió a los experimentos Rosenhan. Seguro que usted no se dio cuenta, pero ambos nos cruzamos en el guardarropa. Más adelante, cuando la policía me entrevistó, recordé nuestro encuentro. Supongo que usted no se encontraba allí por interés clínico, sino para cambiar las tarjetas que dan acceso a las habitaciones, que estaban entre los documentos de Emma, ¿no?

Konrad hizo un gesto afirmativo y luego dijo:

—Esa no era mi pregunta. Quiero saber si debo adjudicarle la estrategia y la trampa que me tendieron aquí.

Roth titubeó. Por una parte, estaba seguro de que si le mentía, Konrad lo notaría; por la otra, no podía responder con sinceridad sin ofender al abogado.

Tras haber recibido una petición de ayuda oficial de la policía como experto de renombre, durante las últimas semanas se había dedicado a investigar detalladamente la psique del abogado, estudiado todos los vídeos de los seminarios y las grabaciones de las alocuciones de Konrad disponibles en la red. Analizó su aspecto casi pedante, sus salidas a escena siempre controladas y destinadas a obtener el máximo aplauso. Y no tardó en sospechar que el mayor defecto de Konrad representaba la mejor oportunidad para los investigadores de la policía: su vanidad narcisista.

—Para probar su culpabilidad debíamos ponerlo en una situación en que usted se sintiera al mando —explicó Roth—. Usted debía creer que manejaba todos los hilos de la función y que era el protagonista de una puesta en escena, como las que usted monta ante los tribunales. Estaba bastante seguro de que usted aprobaría mi idea de trasladar su bufete a la clínica, dado que antes se había tomado tantas molestias con la habitación del hotel para que la policía no tomara en serio a la doctora Stein.

—Entonces, ¿todo esto que montó aquí no tenía nada que ver con su preocupación por Emma? —Konrad parpadeó. Tenía los ojos húmedos, pero no parecía compadecerse de sí mismo. De hecho, incluso en ese momento extremo parecía más preocupado por el bienestar de Emma.

—Sí, claro que también me preocupaba la doctora Stein —respondió Roth—. Como le dije, mediante la reconstrucción de su despacho podíamos matar dos pájaros de un tiro. Emma se negaba a mantener cualquier comunicación tras los terribles acontecimientos. Y esa puesta en escena finalmente la impulsó a abrirse... y a la vez nos permitió aclarar los crímenes del Peluquero.

La mirada de Konrad se endureció. Durante un momento volvía a parecer el abogado que somete al testigo de cargo a preguntas implacables.

—¿Cómo lo supo? ¿Cómo supo que yo traería la alfombra?

Roth negó con la cabeza.

—No lo sabía. Si he de ser sincero, hasta el momento en que usted quiso impedir que Emma limpiara la mancha ni siquiera se me ocurrió que podría tratarse de una prueba, pero entonces el *zoom* me permitió ver que sus pupilas se dilataban. Un segundo después usted se puso de pie de manera casi instintiva. En ningún caso quería que Emma tocara la alfombra. Kapsalos y yo nos preguntamos por qué. Por eso examinamos la alfombra minuciosamente. Así descubrimos los cabellos, que, si Emma hubiera limpiado la alfombra, quizás hubiese arrancado.

Konrad golpeó la mesa con la mano libre, tal como hacen los estudiantes cuando aprueban a un profesor y lo aplauden.

Jorgo deslizó la mano hacia la pistolera, Konrad lo notó.

—No es una buena idea —le dijo, y sus nudillos blanquearon cuando empuñó la pistola con más fuerza, la pistola con que apuntaba directamente al corazón del policía.

En ese preciso instante sonó un crujido a espaldas de Roth, que, al igual que Jorgo, se volvió hacia la puerta del «bufete» a través de la cual se accedía a las taquillas del vestuario. La puerta se abrió lentamente, como si la persona que la empujaba desde el otro lado tuviera que vencer un violento viento en contra. O como si no tuviera fuerzas.

—¡Emma! —exclamó Konrad, como si quisiera advertirla, pero ya era demasiado tarde.

Ella ya estaba en el umbral, con sus cabellos cortos, pantuflas blancas en los pies y el camisón de la clínica atado a la espalda.

—¿Qué estás... haciendo aquí? —musitó, pero el final de su pregunta se perdió en el alboroto que estalló después del disparo.

Desconcertado, Konrad miró el arma que sostenía, sin saber qué acababa de suceder. Dejó caer el brazo y un segundo después Jorgo lo derribó lanzándose sobre él por encima de la mesa.

Roth no prestó atención a la desigual lucha, en la que el abogado se dejó vencer sin ofrecer resistencia mientras Jorgo le retorció el brazo a la espalda. Solo veía a Emma.

Que se acercaba a él, tambaleando.

La sangre, roja y pringosa, goteaba en el parqué recién instalado, en el sillón de cuero, en el lugar antes ocupado por la mesilla auxiliar y donde ahora solo quedaba la alfombra *enso*, sobre la que ella finalmente se desplomó.

CUATRO SEMANAS DESPUÉS

—Número tres —dijo la mujer de mejillas hundidas y peinado masculino, encargada de recibir a los visitantes en el control de seguridad. Era alta y corpulenta, tenía los dientes manchados de nicotina y manos con las que podría haber rodeado una pelota de baloncesto. Pero era simpática y amable, lo cual casi era un milagro para una persona que se ve obligada a trabajar todos los días en el ala de seguridad de un hospital psiquiátrico penitenciario—. Dispone de cinco minutos.

La funcionaria de prisiones indicó el lugar correspondiente al número que aparecía en el cristal que separaba a los reclusos del mundo libre.

Konrad ya estaba sentado allí, pálido y demacrado. Le habían afeitado la barba, pero eso incluso lo hacía parecer más viejo. Al verlo, muchos debían de pensar en la muerte y en el modo en que marcaba a algunas personas aún con vida.

Un ligero hedor a descomposición flotaba en la sala de visitas, pero solo se trataba de un error olfativo, pues el tórax de Konrad subía y bajaba y sus aletas nasales temblaban, mientras con una mano salpicada de manchas de la edad sujetaba el auricular, con mucha menos fuerza que aquel día la pistola. Con razón los carceleros a veces llamaban zombis a los reclusos.

Muertos vivientes, sedados con medicamentos, encerrados para siempre.

Allí, en el ala destinada a las visitas, donde los familiares estaban sentados frente a psicópatas especialmente peligrosos, separados de ellos por un cristal, una persona normal experimentaba la misma angustia causada por la idea de una tarántula recorriéndole la lengua.

Emma cogió el auricular y tomó asiento.

—Gracias —le dijo el hombre que había rapado la cabeza a cuatro mujeres, matado a tres de ellas y que le había causado la noche más atroz de su vida—. Que me visites aquí significa mucho para mí.

—Es una excepción —repuso Emma en tono inexpresivo—. Esta es la única vez que vendré.

Konrad asintió con la cabeza, como si ya lo supiera.

—Deja que lo adivine: te ha enviado el doctor Roth. Opina que un punto final te ayudaría en tu terapia, ¿verdad?

Emma no pudo evitar cierta admiración por su antiguo amigo. La reclusión en el hospital psiquiátrico penitenciario no había tardado mucho en afectar a su salud, su aspecto gallardo y su encanto juvenil, pero no a su inteligencia.

—Está esperando fuera —contestó. Con *Samson*, que volvía a acompañarla a todas partes. Y con Jorgo, del que quizá no lograría librarse jamás.

Emma apoyó el auricular contra la otra oreja y se frotó el codo izquierdo. Hacía poco que le habían quitado el vendaje y aún se veían las costras de la cicatriz causada

por la operación.

Como las habitaciones individuales de la Clínica Parque solo se cerraban con llave por las noches, aquel aciago día había podido abandonar su habitación, aunque debido a su estado tardó más de diez minutos en recorrer los escasos metros hasta el gimnasio.

Gracias al disparo efectuado por Konrad por error cuando Emma apareció tan repentinamente en el falso bufete, recordaría al abogado toda su vida en cuanto flexionara el brazo. Pero si no le hubiera destrozado la articulación, tal vez tampoco habría podido olvidarlo.

—Lo siento, nunca quise hacerte daño —dijo él, con el mismo tono que ella había oído la última vez, cuando estaba adormilada en la Clínica Parque.

El recuerdo que le despertó fue tan intenso que Emma volvió a notar el sabor de la bilis y el vómito en la boca, como aquel día, cuando vomitó en su habitación. El doctor Roth opinaba que el medicamento le había afectado al estómago, pero Emma sabía que no era así. Lo que impidió que perdiera el conocimiento por completo fue la voz de Konrad, y fue el contenido de sus confesiones lo que primero le revolvió el estómago y después acabó por despertarla del todo.

—¿Cuál es el verdadero motivo? —oyó preguntar a Konrad, y Emma frunció el entrecejo.

—¿Qué?

—¿Por qué has venido a verme? Eres una tozuda, Emma, siempre he admirado ese rasgo tuyo. Tu fuerza, ya de niña. No aceptarías órdenes de Roth si no hubiese algo que te aflige a ti personalmente.

Emma inspiró profundamente y volvió a sentir respeto por Konrad: no había perdido el don de adivinarle el pensamiento.

—Tras todo lo ocurrido, en realidad no tiene mucha importancia. Pero hay una pregunta que me martiriza.

Konrad alzó las cejas.

—¿Qué pregunta es esa?

—Philip. ¿Por qué lo dejaste con vida? —Emma se mordisqueó el pulgar. Volvía a llevar las uñas cortas pintadas con esmalte transparente; se había puesto perfume y depilado las piernas: señales externas de curación espiritual, pero al mismo tiempo tenía la sensación de estar a punto de sufrir un constipado, tenía el rostro tenso y le dolían los oídos, a lo mejor porque no quería oír la respuesta de Konrad—. Me refiero a que mataste a esas mujeres, pero no al individuo al que más detestabas, pues él era el adúltero. ¿No hubiera sido más sencillo deshacerte de él?

Konrad meneó la cabeza con aire triste.

—¿Es que no lo comprendes, cariño? Quería evitar que sufrieras, pero nunca causarte sufrimientos. Debes creerme, Emma, siempre te he amado, pero no actué de manera egoísta, y tampoco antaño, cuando me encargué de que siguieras siendo hija única.

De pronto, Konrad llevaba un casco de motorista en la cabeza y lo que sostenía en la mano ya no era el auricular, sino la punta de una larga aguja que resplandecía a la luz de la luna. «Tiéndete tranquilamente en la cama, Emma —oyó decir a Arthur—. Vuelvo enseguida». Emma parpadeó y la visión impulsada por los recuerdos se desvaneció.

—¿Qué contenía la jeringuilla? —le preguntó a Konrad al otro lado del cristal.

—Un abortivo —reconoció él abiertamente—. Lo introduje en la botella de agua que tu madre dejaba a un lado de su cama. No me desprecies, por favor. ¿Cómo podía permitir que diera a luz otro niño que quizá se vería sometido al mismo maltrato que te infligía tu padre? ¿Cómo confiar en un hombre que quiere hacerle daño a su propia hija solo porque ella tiene miedo?

—Estás enfermo —dijo Emma, y lo acusó—: Fuiste tú. Tú cambiaste las píldoras de Sylvie.

—Para impedir que Philip te hiciera aún más daño engendrándole un hijo.

Emma aferró el auricular.

—Tú le contaste lo de Arthur para minar aún más mi credibilidad, y más adelante le revelaste las infidelidades de Philip, para que ella sufriera.

—Lo único que quería era que Sylvie dejara de verlo. No esperaba que se suicidara, la verdad.

—Y, sin embargo, pesa sobre tu conciencia. Estás completamente loco, ¿lo sabes?

—Sí —reconoció Konrad—. Pero nunca fui un egoísta. Lo único que me importaba era tu bienestar, incluso si eso significaba que habías de estar junto a Philip. Ese inútil impresentable... —Durante un instante pareció a punto de escupir contra el cristal que los separaba—. Ese cabrón te dejó sola cuando estabas en un aprieto. En aquel entonces tuve que entrar en la casa a hurtadillas. Te cuidé, incluso retiré el paquete de tu escritorio y lo oculté en el cobertizo del jardín durante unas horas, para que Philip comprendiera cuán confusa estabas, ¡que no podía dejarte sola el fin de semana! ¡No en tu estado! Pero, a pesar de ello, el muy cerdo se marchó. Insensible, sin escrúpulos.

—¿Te escondiste? —preguntó Emma. «Y ¿cuántas veces me observaste en secreto durante todos esos años?». Ella sabía que ese era otro pensamiento aterrador, como el de sus propios cabellos entretejidos en la alfombra por Konrad. Un pensamiento que, con suerte, palidecería, pero que nunca dejaría de ser estremecedor.

—En el cobertizo. En el sótano. Durante vuestra conversación estaba en la cocina, solo separado de vosotros por una delgada puerta —confirmó el abogado.

—Como aquella noche, detrás de la puerta de comunicación entre las habitaciones del Le Zen —le recordó Emma, y resopló.

Los ojos de él se humedecieron.

—Ah, pequeña, por supuesto que ahora debes de despreciarme. —Su labio inferior temblaba y un hilillo de saliva le resbaló, pero no se lo enjugó—. Quería que él dejara de hacerte daño. El único motivo por el que le envié los cabellos fue para

que supiera las consecuencias que conllevaba engañarte. Y en cambio el muy cerdo los utilizó para torturarte todavía más. Lo siento tanto...

—¿Qué es lo que sientes? —Había estado firmemente decidida a enfadarse con él. De camino hacia allí había repasado mentalmente la conversación que mantendrían. Incluso se había visto a sí misma poniéndose en pie y golpeando el auricular contra el cristal una y otra vez, hasta hacerlo añicos, y entonces ella atacaría a Konrad y le cortaría el gaznate con las astillas del cristal. Pero ahora, cuando él estaba sentado ante ella como un niño pequeño a quien le han quitado su juguete predilecto, lo único que sentía era un enorme vacío cargado de compasión—. ¿Y no lamentas haber matado a esas mujeres? —preguntó, y vio que él derramaba una lágrima—. ¿Y tampoco haberme perseguido toda mi vida? —Él negó con la cabeza, llorando—. ¿Y no lamentas haberme anestesiado, violado y arrastrado fuera del hotel? ¿Y convertido en una piltrafa paranoica que acuchilló a inocentes?

—No... —sollozó Konrad—. Solo lamento no haberte confesado mi amor mucho antes. Entonces quizás ambos hubiésemos tenido una oportunidad.

Emma cerró los ojos, se restregó los párpados con la mano libre y colgó el auricular. «Por supuesto —pensó—. Está enfermo, muy enfermo. ¿Quién podría comprenderlo mejor que yo?». Abrió los ojos y le lanzó una última mirada. Y aunque nunca había aprendido a hacerlo, aunque no lo había intentado ni una sola vez en su vida, pudo leer los labios de Konrad y lo que él le decía detrás del cristal.

—Por amor, Emma. Hice todo eso solo por amor.

Los mayores delitos se cometen por amor.

VIKTOR LORENZ

Diez años de Fitzek

A los diez años asistía a la clase 5b de la escuela primaria Wald y era tan apreciado como lo sería alguien que se viera obligado a vestir la ropa de su hermano siete años mayor y llevara un peinado (*made by mami*) muy pasado de moda.

Imaginad un gruñón de nariz ancha, corte de pelo de tazón, pantalones de cuero y portafolio de aluminio, que prefiere pasar sus ratos libres en la biblioteca de la escuela. Sí, tal cual: yo era el clásico ratón de biblioteca, al que nadie quería en su equipo de fútbol, excepto como carne de cañón.

Vaya, y entonces vino Ender.

Repitió curso dos veces, era turco-alemán y el más descarado de la escuela. Cuando entró en el aula creí que había acudido un padre para recoger a su hijo antes de la hora de salida, pero entonces le indicaron al chico más guay de todos que se sentara justo a mi lado.

Supongo que la maestra consideró que el empollón (es decir, yo) podría ejercer una buena influencia en el caso problemático (es decir, Ender), pero fue precisamente al revés. Ender me cambió la vida, sobre todo porque yo le caía bien, lo cual también podría haberse debido a que le ayudaba con los deberes. Y creedme, ello ocurrió sin que me obligara y sin que tuviese que darle mis zapatillas. Al contrario, él me trajo mis primeras zapatillas Adidas de la tienda de artículos deportivos de su padre, para liberarme de las mías, feas y desgastadas.

Y como él se convirtió en mi amigo, ello matizó la relación con mis compañeros, que hasta ese momento ni siquiera se molestaban en ignorarme.

Ender me enseñó muchas cosas útiles que uno, como alumno de primaria, necesita saber urgentemente para la vida cotidiana: por ejemplo, cómo liar un cigarrillo (hacerlo detrás del gimnasio mientras el profesor de gimnasia pasaba por allí practicando *jogging* era mala idea). Más adelante, sacó de contrabando los vídeos prohibidos para menores de dieciocho del apartamento de su padre (*Rollerball*, *Curso 1984*, *Posesión Infernal*, *Zombis en los Grandes Almacenes* y, desde luego, *1997: Rescate en Nueva York*, protagonizada por Kurt Russel). Quizás ahora sospechéis de dónde proviene mi pasión por las novelas de suspense. Resumiendo: tengo mucho que agradecerle a Ender y, colega, es bonito seguir siendo tu amigo a lo largo de tantos años, y por supuesto que volveré a visitarte el próximo domingo en la penitenciaría (es broma).

Bien, ahora es la segunda vez que tengo que celebrar un décimo aniversario y, con todo el derecho del mundo, puedo afirmar que los últimos años han sido los más intensos y dichosos de mi vida.

A menudo me preguntan qué ha cambiado en mi vida desde que me convertí en autor. Entonces mi respuesta estándar es la siguiente: no mucho. Sigo conduciendo un

Ferrari y sigo durmiendo en mi mansión de veinte habitaciones de Grunewald. (En Facebook sería el momento de poner un *smiley* para aclarar que esto también es broma, en el mejor de los casos una broma con lágrimas en los ojos. Maldita sea: me encantaría saber cuándo realmente reí tanto por última vez como ese *smiley* lloroso exageradamente utilizado, pero estoy divagando).

De hecho, mi vida cambió de manera radical durante la última década, sobre todo porque pude conocer a innumerables personas a las que jamás hubiera conocido si no fuera por mi actividad como autor. ¡Y en primerísimo lugar, a vosotros!

Lo reconozco: en 2006, cuando debuté con la novela *Terapia* e incluí mi dirección de email, era totalmente ingenuo. Contaba con recibir un puñado de respuestas, tal vez una docena de correos en los que lectoras y lectores me llamaran la atención sobre algunas erratas, ejercerían una crítica o manifestarían un breve elogio. Pero me equivoqué por completo.

Fueron cartas como las siguientes, que me mostraron por qué escribir es la profesión más bonita del mundo:

¡Buenos días!

Cuando hace alrededor de dos años leí *Terapia* estaba a punto de terminar el bachillerato y no tenía ni idea de lo que haría con mi futuro. Era una sensación espantosa, porque todos estaban planeando su vida y yo sencillamente ignoraba qué hacer con la mía. Cuando terminé de leer *Terapia* fue como si me golpeará un rayo... De momento, haré el examen de selectividad y es de suponer que dentro de un año iniciaré los estudios de Psicología. Y fue gracias a usted y su cautivadora novela —que incluye fascinantes exámenes de la psiquis humana— que comprendí qué quería hacer realmente. Así que sus libros me cambiaron la vida en el sentido más auténtico de la palabra. ¡Y quisiera agradecerse de todo corazón!

Lo saluda afectuosamente,

Simone B.

Un breve comentario: no quiero que me malinterpreten. La joven lectora se equivoca. A la única persona que le debe el desarrollo positivo de su vida es a ella misma, no a mí. Solo tuve la suerte de poder acompañarla un poco en ese camino. Al igual que a Britta S.:

Estimado Sebastian:

En el año 2013, mi hijo de dos años logró burlar la muerte. Pasé horas sentada a un lado de su cama en el hospital y solo la abandonaba cuando las enfermeras me echaban. Durante una de esas «pausas» deambulé por la ciudad y por casualidad di con uno de tus libros en una librería. Cuando regresé al hospital, solo gracias a tu novela *Splitter* de vez en cuando pude desconectar del ajeteo y los pitidos y zumbidos de la UVI y pensar en algo completamente diferente.

Hasta hoy he recibido más de cuarenta mil cartas. No todas tan conmovedoras pero sí numerosas con historias muy personales. Y con «Diez años de Fitzek» (que

para algunos críticos es un sinónimo de «pena máxima»), quiero compartir algunas de esas cartas con vosotros.

Correspondiente a este décimo aniversario, escogí diez cartas, diez lectoras y lectores que —en representación de tantos otros— brindan su respuesta personal a la siguiente pregunta: en qué parte de sus vidas pude acompañarlos.

Recibí muchos emails en abril de 2016, tras informar de mi plan en las redes sociales, y últimamente nada me resultó más difícil que escoger entre todas las cartas merecedoras de ser citadas. Las he abreviado un poco aquí y allá y, en parte a petición de los concernidos, también cuando me parecía correcto anonimizar nombres y lugares.

Una pequeña pero importante advertencia: todas las cartas siguientes están dirigidas a mí personalmente. Sin embargo, mientras las compilaba se me ocurrió que no solo estaban destinadas a mí, sino a todos los autores predilectos de los lectores.

Estoy seguro de que muchos de mis colegas recibieron reacciones similares. O las recibirían si buscaran el contacto con sus lectores. Por lo tanto, solo puedo recomendar lo siguiente a quienes publican un libro: que proporcionen su dirección de contacto. ¡Y que contesten!

Si no lo hacen... pues lean ustedes mismos lo que se pierden:

Estimado señor Fitzek:

Quiero expresarle mi gratitud. Hace exactamente ocho semanas leí su última novela de suspense en tres días y gracias a ello me salvé de una crisis nerviosa, y también logré reprimir el impulso de saltarle al cuello a alguien. Pues hace exactamente ocho semanas estaba tendida en la sala de partos para que me indujeran el parto de mi hija. Eso, que suena tan simpático y sencillo, no tardó en convertirse en una experiencia extremadamente desagradable e irritante. Ahora no quiero entrar en detalles, porque según mi experiencia casi ningún hombre quiere saber algo así. Resumiendo, puedo decir lo siguiente: una sufre dolores, debe permanecer tendida inmóvil durante horas y de vez en cuando ir a dar un paseo (lo que como una ballena con patas de elefante no resulta precisamente placentero). Tres días sin un resultado que merezca la pena mencionar. Puede que una mujer con contracciones parezca agresiva. Créame, una mujer a la que le inducen el parto se convierte en un arma letal. Pero gracias a Dios tenía su libro a mano y mi marido y yo lo leímos por turnos durante las fases de permanecer tendida. Al igual que todos sus libros anteriores, gracias al suspense este también hizo que pudiera olvidarme del tiempo. En cambio, nuestra hija se negaba a nacer, así que finalmente aterrizamos en el quirófano, pero esa es otra historia. Lo principal es que leímos un libro estupendo y tuvimos la hija más estupenda del mundo. Por cierto, las comadronas consideraron que era un tanto estrambótico que leyéramos una historia sobre niños secuestrados en una sala de partos y algunas de ellas aventuraron que, debido a eso, nuestra hija no tenía ganas de nacer. Así que si en los próximos tiempos se presenta una autoridad en su domicilio para exigirle que en el futuro imprima una advertencia en la portada de sus libros, ¡nosotros tenemos la culpa! ;-)

Saludos cordiales,

Andrea S.

PD: Puede tomarse un poco de tiempo con su siguiente libro: durante los próximos cuatro o seis meses no tendré tiempo para leer.

Estimado señor Fitzek:

Ante todo: devoro libros desde hace muchísimos años. Antaño pasé mucho tiempo con Böll. Entre las toneladas de libros, él es uno de los elegidos de cuyos libros no me deshice.

Desde que sufro un cáncer terminal mi cuerpo me abandona lentamente; sin embargo, no he dejado de leer. Los montones de libros en mi mesilla de noche han desaparecido; por amor a mi mujer me compré un lector de PDF y ahora hasta tengo tiempo de ver la televisión, cuando el nivel de morfina me lo permite. ¡Qué guarrería más embrutecedora! Solo veo programas auténticos (Arte, 3Sat y buenos documentales en otros canales) y, acorde con mi estado de ánimo apocalíptico, me encanta ver sátiras, humor y buenas obras teatrales alemanas tipo Schlachthof, Franken, Ladies Night. Todo eso y también a Kurt Krömer.

Allí lo vi a usted y me apresuré a googlear su producción, me bajé los libros al lector y hace dos horas acabé de leer *Noah*. Lo que usted escribió allí casi me impidió seguir tecleando en el iPad. Ningún libro me ha impresionado tanto como ese. La huella mental de su pisada recorre mi mente con paso pesado. Me alegro de que todavía haya podido leer algo así, ¡y se lo agradezco de corazón!

Por desgracia, ahora estoy aún más triste cuando hablo con mi nieta púber. Creemos ser personas preocupadas por el medio ambiente y profundamente ecologistas. De hecho, una pisada nuestra llega desde Zurich hasta Hamburgo.

Le hice enviar un ejemplar «real» de *Noah* a un compañero de la escuela. ¡En su época era el jefe de McKinsey Suiza y evangelizaba el desarrollo! Ojalá lo golpee.

¡Les deseo tiempos felices a usted y a su familia!

F. E., Zurich

Hola, Sebastian:

Me llamo Janine, tengo veintiocho años y trabajo como florista.

Lo que más le gusta a mi hijo de casi diez años es birlar el Fitzek de la mesilla de noche de mamá.

No sufrí experiencias horribles de las que necesitara el consuelo de un Fitzek, ni viví cosas espantosas en las que me haya reconocido en tus libros, sino que me limité a descubrir mi amor por la lectura gracias a ti.

(¡CUIDADO, PELIGRO DE SPOILER! SALTARSE ESTE EMAIL EN CASO DE QUE AÚN NO CONOZCA EL *SEELNBRECHER* Y TODAVÍA QUIERA LEERLO).

Estimado Sebastian:

En otoño de 2010 decidí someterme a un tratamiento psiquiátrico en un gran hospital porque sufría terrores con los que no sabía cómo arreglármelas. Retrospectivamente, resultó ser la mejor decisión: vuelvo a estar realmente sano y me he liberado de mis temores. Logré resolver mis problemas sin tomar medicamentos, solo mediante conversaciones y ejercicios mentales.

Una noche no lograba conciliar el sueño y registré el estante de libros de la sala común. Y allí encontré el *Seelenbrecher*, de un tal Sebastian Fitzek, que, hasta la fecha, me era completamente desconocido. Devoré el libro en dos noches y pensé: el personal de este lugar es muy gracioso, les ofrece precisamente

una novela de suspense a un grupo de pacientes neuróticos agudos, esquizofrénicos y quemados mentales, que se desarrolla en un manicomio. ¡Y encima la terapeuta es la auténtica loca!

En todo caso, les recomendé el libro efusivamente a todos los demás pacientes y a muchos les gustó tanto como a mí. Solo que entonces ya no confiábamos realmente en nuestros terapeutas.

Por fin, las seis semanas de terapia quedaron atrás y me pusieron «deberes» especiales. Debía apuntar mis metas inmediatas para los próximos años. En mi caso fueron las siguientes: tener un bebé y escribir una novela policíaca. Pensé lo siguiente: yo también puedo hacer lo que puede hacer Fitzek... pues al fin y al cabo, poseo información privilegiada... :-)

Entretanto —cinco años y medio después—, he tenido tres hijos y publicado dos novelas policiales en una pequeña editorial. La primera está ambientada en un manicomio, por supuesto; la segunda parcialmente también.

Saludos afectuosos,

Elisabeth B.

Hola, señor Fitzek:

Quiero contarle algo.

Hace tres meses estaba destinado en Kabul. Me encontré con un soldado inglés y... ¡adivine qué libro había leído! Uno de los suyos, por supuesto. Me pareció bastante raro —o más bien, fascinante— que precisamente se tratara de *Amokspiel*, teniendo en cuenta que librábamos una guerra solo teórica. También podría haber leído *Harry Potter* o la revista *Playboy*. Qué sé yo... Le hice preguntas al respecto y él tenía todos los libros que usted ha escrito. Todos, de verdad.

Consideraba que sus libros tenían algo mágico; he de decirle que no soy un gran lector y en el fondo tampoco soy una persona que crea en la magia. Sin embargo, él me convenció de que leyera sus libros.

Quisiera darle las gracias. Por escribir emails a las dos de la madrugada a personas completamente desconocidas y por aliviarle la vida a un soldado inglés en esta situación psíquicamente excepcional.

Con la esperanza de que usted dedique la noche a dormir, lo saluda atentamente,

Z. V.

Estimado señor Fitzek:

Nunca he leído mucho; claro que de vez en cuando una lectura se perdía en mi bolsillo, sobre todo durante las vacaciones, a menudo a causa de la escuela. Un lluvioso día de otoño *Der Seelenbrecher* cayó en mis manos. Empecé a leerlo por la mañana y por la noche ya devoraba las últimas líneas. ¡Había leído un libro entero en un solo día! Quizás eso suponga una obviedad para muchos lectores empedernidos, pero para mí fue un debut.

A partir de entonces leí un libro tras otro, y comencé a sentir un mayor interés por la literatura. Yo mismo también empecé a escribir algunas historias y acabé estudiando Filología Alemana. No para ejercer la docencia, aunque en aquel entonces mis mentores de la universidad trataron de convencerme de que con esos estudios acabaría como taxista, como mucho. (No tengo nada en contra de la profesión de taxista, pero no me gusta conducir a gran velocidad de noche, cuando llueve o en la autopista).

Tras acabar los estudios realicé prácticas en un periódico local. Un año después inicié mi voluntariado, y hoy, con veintisiete años, puedo considerarme una redactora formada. Hace ocho años todo eso parecía completamente remoto, un sueño que jamás me hubiese atrevido soñar.

No obstante, aún no he alcanzado mi meta, que consiste en ver mi propio libro en las estanterías de todas las librerías.

Puede que usted, señor Fitzek, no sea el responsable de los logros que he alcanzado, pero gracias a su obra me dio un empujón en la dirección definitiva.

Con mucho afecto, lo saluda atentamente,

Maxi O.

¡Estimado Sebastian!:

Era a finales de abril de 2105 en Tena, Ecuador, y era mi primer día libre en muchos meses.

Unos días antes me había enfrentado al campeón ecuatoriano de kick-boxing de peso welter con el fin de ganar dinero para una mujer enferma cargada de deudas.

Sin embargo, lo que me supuso un esfuerzo mucho mayor que las cinco horas diarias de entrenamiento y la dieta, que incluía la abstinencia de alcohol, fue la irritante organización del espectáculo.

Me sirvió para aprender que no tengo inconveniente en dejar que vuelvan a pegarme una paliza por una buena causa, pero seguro que nunca más planificaré un evento junto con una institución pública.

Sobre todo gracias a la ayuda de numerosos amigos, el combate finalmente pudo tener lugar y, en efecto, logramos pagar todas las deudas de esa mujer.

Dichoso por el éxito de la acción, decidí dirigirme a Baños, situado a solo tres horas de distancia —un balneario con salones de masaje y baños termales—, para concederle cierta recuperación a mi maltratado cuerpo.

Por la noche visité a un amigo alemán en su pizzería, para agradecerle su patrocinio y de paso también le eché un vistazo al estante de libros, cuyo contenido estaba a disposición de los clientes.

El título del primer libro que cogí era *Der Augensammler*, de Sebastian Fitzek. «Vaya, nunca he oído hablar de él. Pero como de todos modos me gusta leer novelas de suspense, tal vez lo hojearé antes de irme a dormir, si es que no estoy demasiado cansado», pensé.

Der Augensammler me mantuvo despierto de las diez de la noche a las tres y media de la madrugada. No podía dejar el libro y a la mañana siguiente me quedé dormido y no pude ir a trabajar al cibercafé. Sin vacilar, te envié un email en el que te pedí que escribieras una carta disculpando mi ausencia en el trabajo y recibí una respuesta inmediata: debido a tu falta de conocimiento del idioma español no podías enviarle una carta a mi jefe. Desde entonces he leído todas tus novelas; *Der Augensammler* sigue siendo mi predilecta.

Cordiales saludos,

Hannes K.

Estimado Sebastian:

Espero que me perdones el tuteo, pero como hace tantos años que nos conocemos lo consideraré normal. Claro que no nos conocemos personalmente, pero hace mucho tiempo que tus libros me acompañan. Y esta vez tampoco quiero dejar de enviarte unas líneas acerca de tu última obra. Leer ese libro supuso algo

distinto para mí. He dejado atrás un año turbulento: muertes, un accidente de coche... y entonces, el 1 de septiembre, de pronto mi maravilloso hijo Moritz de siete años ya no podía moverse sin dificultad. El lado izquierdo de su cuerpo quedó paralizado; sospechaban que había sufrido un infarto cerebral. Diagnosticaron una meningitis y una neuroborreliosis. Pasamos casi un mes en el hospital; yo tenía un miedo espantoso... ¿Se recuperaría? ¿Volvería a hablar? Moritz fue increíblemente valiente, no derramó ni una lágrima. Nada lograba distraerme, ni el cine ni los libros... Entonces tú entraste en juego: en otro día ajetreado vino a verme mi hermana y me dijo: «Tengo exactamente lo que necesitas», y me dio tu último libro.

Me regalaste un par de horas, horas en las que pude relajarme, y ello fue un bálsamo para mi alma. Te lo agradezco.

Hasta la próxima vez.

Afectuosamente,

Tina

PD: Mi hijo se encuentra bien.

Hola, señor Fitzek:

Me llamo Anja P., estoy haciendo un ciclo formativo y tengo veintiún años.

Si he de ser sincera, soy incapaz de ofrecerle una historia emocionante, conmovedora o fascinante. Sus libros se limitaron a introducirme en el mundo de las novelas de suspense y de suspense psicológico.

Hola, Sebastian:

Nos acompañaste en uno de los viajes más importantes que hicimos mi futura esposa y yo: el embarazo de nuestro hijo Erik.

Mi media naranja es librera y, por tanto, con mucho bagaje, pero también yo leí mucho durante ese tiempo, cuando pasábamos las veladas en el balcón. Así que entré en contacto con tus libros gracias a sus recomendaciones y el primero que leí fue *Noah*.

Los movimientos se volvieron más difíciles, al contrario que la fantasía, que emprendió viajes gracias a ti, y eso nos hizo mucho bien a ambos, sobre todo a mi mujer.

Finalmente, el 7 de octubre de 2015 un pequeño ser humano se convirtió en el centro de nuestras vidas, lo cual añadió más emoción a la lectura de *El pasajero 23*.

El 7 de mayo de 2016 nos casamos y en las mesas de nuestra boda no había números, sino nombres de autores: Carroll, Ende, Fitzek, Golding, Lindgren, Mann, Martin, Orwell.

Escoger tu nombre fue idea de Andrea, mi amiga y pronto esposa.

Te saluda muy cordialmente,

Daniel M.

Estimado Sebastian:

Lograr un principio razonable suele ser lo más difícil, ya sea en una carta, un email, la profesión o la vida real. Hace poco tiempo hubiera empezado estas líneas describiéndome como una persona deportista, inteligente y con sentido del humor, que lo domina todo y que encima tiene un aspecto estupendo. Entretanto, tuve que reconocer y aprender que el camino a una existencia satisfactoria solo puede pasar por un principio: ¡sé sincero contigo mismo! La peor verdad siempre es mejor que cualquier mentira.

Por eso comenzaré por presentarme tal como lo he hecho cotidianamente durante los últimos meses. Me llamo Fabian, tengo treinta y cuatro años, estoy casado, tengo un hijo de tres años y soy politoxicómano, pero sobre todo consumo cocaína.

Durante los últimos dieciocho años consumí toda clase de estupefacientes, perdí de vista la auténtica vida y emprendí el camino a la más absoluta autodestrucción. Ahora podría extenderme mucho, pero esta carta no trata de eso. En cambio, quiero comentar el modo en que tú, Sebastian, te convertiste en una parte de mi vida y contribuiste a que, por un lado, recuperara mi tranquilidad y, por el otro, lograra descubrir nuevos intereses que me brindaron la oportunidad de volver a ser una persona a quien mi mujer y mi hijo quieren y también necesitan. En esta carta seguiré tratándote de «tú», espero que no te moleste. Preferiría utilizar el «usted», por respeto, pero tengo la sensación de que más bien le escribo estas líneas a un camarada que a un autor. No te preocupes: esto no se transformará en una alabanza fanática y tampoco me convertiré en un fan que se tatúa tu nombre en el cuerpo. Así que ten presente que si durante tu espectáculo de celebración de los diez años en Bochum (al que asistiré) alguien arroja un tanga rosa al escenario, no será mío ;-)

Todo comenzó en diciembre de 2015, una semana antes de iniciar una terapia, cuando mi mujer y yo paseamos por la ciudad e hicimos las últimas compras para la estadía en la clínica. Dado que no podía llevarme un móvil o un *notebook*, tuve que idear una alternativa respecto a cómo ocupar los ratos libres. A esas alturas solo había leído un puñado de libros: biografías de asesinos por encargo, traficantes de drogas y roqueros. En la escuela solo leí las lecturas obligatorias hasta la mitad, como mucho, y soy una de esas personas que más bien prefieren disponer de un Joypad-Gen en vez de desarrollar un interés por la cultura, los libros o la historia. Gracias a la cariñosa mujer que está a mi lado cogimos unos cuantos libros de los estantes y por casualidad compramos *Das Joshua-Profil*. ¿Por qué? Ni idea.

Esa noche me quedé en casa con mi mujer y mi hijo, porque cualquier lugar al aire libre resultaba peligroso para mí y porque en aquel momento mi adicción hubiese vuelto a imponerse. Esa fue la mejor decisión que tomé en años, porque de ese modo la locura positiva emprendió su rumbo. Comencé a leer y por primera vez no eran lecturas obligatorias, historias de gánsteres o el relato adornado de un narcotraficante. Solo hojeé las primeras páginas, después volví a leerlas y volví a empezar, y a partir de entonces me sumergí en un mundo hasta entonces desconocido. Olvidé todo lo que me rodeaba, no sentí la presión de mi adicción ni una depresión latente, y tampoco pensé en lo que podría echarme al gaznate en un bar. No; por primera vez en la vida me sentí transportado, tal como normalmente solo lo conseguía drogándome. Volví a poder concentrarme bastante tiempo en un asunto y lo más increíble de todo fue que me divertía. Era como ver una película.

Al día siguiente volví a coger el libro y comprobé que el interés no había desaparecido, sino que no dejaba de aumentar. Eso duró unos cuantos días y no tardé mucho en terminar la novela; estaba orgulloso. Orgulloso de haber hecho algo nuevo, orgulloso de haber acabado un libro no por obligación y orgulloso por haber descubierto una nueva pasión. Como todavía no estaba en terapia, regresé a la librería y compré *El pasajero 23* y *Noah*. Un colega aún me regaló *Der Augenjäger* y *Der Augensammler*, con eso estaba cubierto y podía dedicarme a mi nuevo *hobby*. El descubrimiento del último ámbito de interés contribuyó a que lograra superar ciertas situaciones estresantes, a que haya vuelto a encontrar mi tranquilidad interior y me haya convertido en una persona serena capaz de vivir en familia. Me ayudó y todavía hoy me ayuda a escapar de las situaciones estresantes, olvidar las preocupaciones y la adicción durante unos momentos. Los efectos secundarios causados por lo anterior, tales como el creciente aumento de mi fantasía, imaginación, vocabulario y afán de saber, que mi capacidad de concentrarme vuelva a ser tan grande como

antaño y que durante esos momentos pueda desconectarme, me satisfacen indescriptiblemente. He cometido muchos errores en mi vida y raya en lo milagroso que mi mujer y mi hijo aún estén a mi lado y que yo no haya sufrido daños permanentes debido al consumo. Claro que haber recuperado el gusto por vivir no solo se debe a la lectura; semejante cambio es el resultado de muchos factores: la familia, los verdaderos amigos, las circunstancias sociales, la profesión y el propio impulso de supervivencia. Pero seis meses después de la experiencia con el primer Fitzek puedo afirmar lo siguiente con la más absoluta convicción: que la conjunción de felices coincidencias provocó un cambio decisivo en mi vida.

Supongo que no es necesario que mencione que, entretanto, he leído todos tus libros, y ese también es el motivo por el cual escribo esta carta. Nadie sabe qué habría ocurrido si en aquel día de diciembre de 2015 hubiera escogido otro libro; tus libros me asfaltaron un camino que puedo recorrer y me permite vivir. ¿Caminar? Pues caminar puedo hacerlo yo mismo, pero tus libros hicieron que el tiempo dedicado a la terapia y a volver a encontrar el camino a la vida se volviera más fácil, porque siempre podía volver a sumergirme en un mundo que me permitía desconectar. Lo que ello significa solo pueden apreciarlo las personas que han estado tan próximas al abismo como yo. Con esta carta sencillamente quiero darte las gracias por haberme dejado participar en tu existencia como autor y animarte a seguir con ella al menos diez años más.

Este fue mi pequeño viaje, en el que quizá no fueras necesariamente el piloto, pero sí un miembro importante del equipo, ¡y en el que cumpliste un papel importante en la carlinga!

Por consiguiente, me despido tal como me presenté, solo que con una pequeña y decisiva modificación.

Soy Fabian, tengo treinta y cuatro años, estoy casado, tengo un hijo de tres años, soy politoxicómano y... sobre todo, adicto a los libros de Fitzek ;-)

Estimado señor Fitzek:

Ante todo queremos agradecerle, nosotros, los alumnos de la clase 11B-T del instituto de enseñanza media Trautenstein, su libro *Der Seelenbrecher*. Nos sirvió de lectura durante la clase de alemán.

Seguro que cada uno de nosotros tiene su propia opinión sobre el libro, pero como lectura escolar fue estupendo: no solo para nosotros, los alumnos, puesto que, para variar, fue un libro apasionante, sino también para nuestra profesora, quien mediante su obra pudo transmitirnos sensibilidad para los recursos expresivos, tales como la ambientación y la estructuración, la creación de tensión y los rasgos típicos de la novela de suspense psicológico.

Por último, debíamos ahondar en su obra de manera creativa y volvernos productivos nosotros mismos. En caso de que sienta curiosidad por el resultado de ese tratamiento creativo de su novela, eche un vistazo al Dropbox cuyo link le enviamos.

En todo caso, la lectura nos resultó entretenida y encima aprendimos algo... ¡Así que muchas gracias!

Saludos cordiales,

La clase 11B-T

PD: Por cierto: yo también disfruté mucho con su obra, y después de una semana incluso mantuve una conversación con los padres debido a la primera escena del *Seelenbrecher* (me limité a decir: soldador y camilla de ginecólogo ;-)

Atentamente,

Elke W. (profesora)

(Y una vez más, el *Seelenbrecher*, que por lo visto no solo atormenta a los alumnos, sino también a los universitarios...).

Hola, Sebastian:

Ya hace tres años que tus libros me acompañan en privado, pero junto a mi entusiasmo privado de hecho también lograste acompañarme en mi desarrollo académico. Estudio Filología Alemana y Sociología en la Universidad Goethe de Frankfurt y en el semestre estival de 2015 redacté un trabajo escrito sobre el tema de la teoría paratextual... sobre *Der Seelenbrecher*. Mi docente, que no te conocía a ti ni a tus libros, estaba absolutamente fascinado por la misteriosa nota amarilla como paratexto. Por el trabajo escrito sobre el tema «Transgresión entre la ficción y la realidad». El desentrañamiento de una obra de ficción a través de paratextos en el ejemplo de la novela de suspense *Der Seelenbrecher* de Sebastian Fitzek sirvió como examen final del módulo y me brindó la siguiente nota: 1,7. Sumamente entusiasmado por la (cito conforme al sentido) «genialidad del autor para arrastrar a los lectores de ese modo», el docente responsable aceptó de buen grado mi propuesta de ampliar el trabajo y convertirlo en mi tesina. A partir de ahora tú me acompañas hasta octubre en mi proyecto de fin de carrera. Seguirá tratando del *Seelenbrecher* o sorprenderé a mi docente con tu última obra: *Joshua-Profil*. Quiero decir, un libro como paratexto de un libro... ¿Puede haber algo más idóneo? ¡Muchas gracias!

Saludos cordiales,

Julia (24 años)

Hola, Sebastian:

En 2010 conocí a un joven. Nos veíamos con frecuencia, asistíamos a las mismas fiestas por casualidad —son cosas que pasan— y quedamos en encontrarnos en una auténtica cita, solo nosotros dos. Fue la peor cita a la que jamás había asistido, tan mala que fui al lavabo, llamé a mi hermana y le pedí que volviera a llamarme y que insistiera a gritos que yo tenía que regresar a casa inmediatamente.

Eso fue lo que ocurrió, pero por desgracia el joven insistió en acompañarme a casa. No soy un monstruo y accedí a tomar un taxi con él. Para que no se generara un silencio incómodo durante el trayecto, le pregunté si le gustaba leer. Dijo que sí, así que le pregunté quién era su autor favorito. «Sebastian Fitzek», contestó. Agucé los oídos, no podía ser verdad que a ese individuo le gustaran los mismos libros que a mí. Le pregunté cuál consideraba que era tu mejor libro y dijo que *Splitter*. Yo abogué por *Amokspiel*. El asunto no me dejaba en paz, así que esa noche y al día siguiente leí ambos libros y escribí un comentario sobre cuál era el mejor. Por supuesto que entonces tuvimos que encontrarnos una segunda vez, para comentar mi texto. ¡Tus libros lo salvaron! Resumiendo, hoy estamos casados y tenemos una hija. El nombre Fitzek en nuestro estante de libros o en mis librerías predilectas a menudo me provoca una sonrisa de satisfacción.

Muchos saludos,

Eva

Hasta aquí la pequeña y no representativa selección de emails, que para mí vuelve a demostrar que a veces la vida escribe historias más extravagantes, más bonitas y de

vez en cuando también más tristes que las que imaginamos ante el ordenador. Y que algo como el «típico lector de Fitzek» no existe. Por suerte.

Si resultara que sois genios de las matemáticas, habréis notado que fueron más de diez emails. Y podrían haber sido más de diez mil si Hans-Peter Übleis, el director de mi editorial, no me hubiera suplicado que desistiera de provocar la ruina de la editorial con los costes de impresión.

Antes de que, debido a la emoción, lo olvide por completo: estos agradecimientos también son una disculpa. Y sin ningún orden o baremo reconocible, para con: Hans-Peter Übleis, Theresa Schenkel, Josef Röckl, Bernhard Fetsch, Steffen Haselbach, Katharina Ilgen, Monika Neudeck, Patricia Kessler, Sibylle Dietzel, Iris Haas, Hanna Pfaffewimmer, Carolin Graehl, Regine Weisbrod, Helmut Henkensiefken, Manuela Raschke y el resto de la family (incluso Karl y Sally), Barbara Herrmann, Achim Behrend, Ela y Micha, Petra Rode, Sabrina Rabow, Roman Hocke, Claudia von Hornstein, Gudrun Strutzenberger, Cornelia Petersen-Laux y Markus Michalek, Christian Meyer, Peter Prange, Gerlinde Jänicke, Arno Müller, Thomas Koschwitz, Jochen Trus, Stephan Schmitter, Michael Trutler y Simon Jäger, Clemens y Sabine Fitzek, Franz Xavier Riedel, Thomas Zorbach, Marcus Meier, los Krings-Brothers, Jörn Stollmann y también con todas las librerías y libreros, ayudantes y compañeras de bibliotecas... Esta vez todos vosotros (también tú, querida Sandra) solo estáis mencionados en una lista, aunque vuestro trabajo, afecto y amistad hicieron posible este libro y mi aniversario. Sin embargo, y tal como vosotros debéis haber comprendido sin demasiado esfuerzo, necesitaba el lugar para algo más importante: mis lectoras y lectores.

Y vosotros, en vuestra casa en el sofá, en el coche, en la playa o en el tranvía..., si realmente habéis aguantado hasta aquí, lo único que puedo deciros es «Gracias» (al igual que hace diez años). Gracias por todas las palabras, el tiempo y las geniales experiencias que hemos compartido, ya sea en la vida real o en el espacio virtual.

Espero que sigáis escribiéndome a fitzek@sebastianfitzek.de, pues, al igual que antes, estaré encantado de saber de vosotros.

Y lo prometo: me esforzaré para que lo mismo ocurra a la inversa.

Con mucho afecto,
Sebastian Fitzek

que el 8 de mayo de 2016 tiene cuarenta y cuatro años, mide 1,80 m (cuando no estoy tan encorvado) y pesa 78 kilos (dos kilos más que al principio de *El envío*: ¡malditos

chocolates Kinder entre capítulo y capítulo!).



SEBASTIAN FITZEK (Berlín, 1971). Escritor y periodista alemán, dedicado a la novela de intriga y suspense y autor de gran éxito internacional.

Estudió Derecho y recibió su doctorado en Derecho de Autor. Trabajó como editor y director de programas en varias estaciones de radio en Alemania.

Su primera novela, el *thriller* psicológico *Terapia* (*Die Therapie*, 2006), alcanzó enseguida el número uno en ventas de libros y fue nominada al premio Friedrich-Glauser en la categoría de mejor novela debutante, siendo aclamada por la crítica y los lectores por igual.

Sus novelas posteriores, *El retorno* (*Das Kind*, 2008) y *El experimento* (*Der seelenbrecher*, 2008), lo consagraron como el maestro alemán del *thriller* psicológico.

El autor alemán considera que la presión que ejerce actualmente la sociedad puede llevar a muchas mentes a «desconectarse» de la realidad, pero no cree que eso signifique necesariamente un aumento de las personas malvadas.